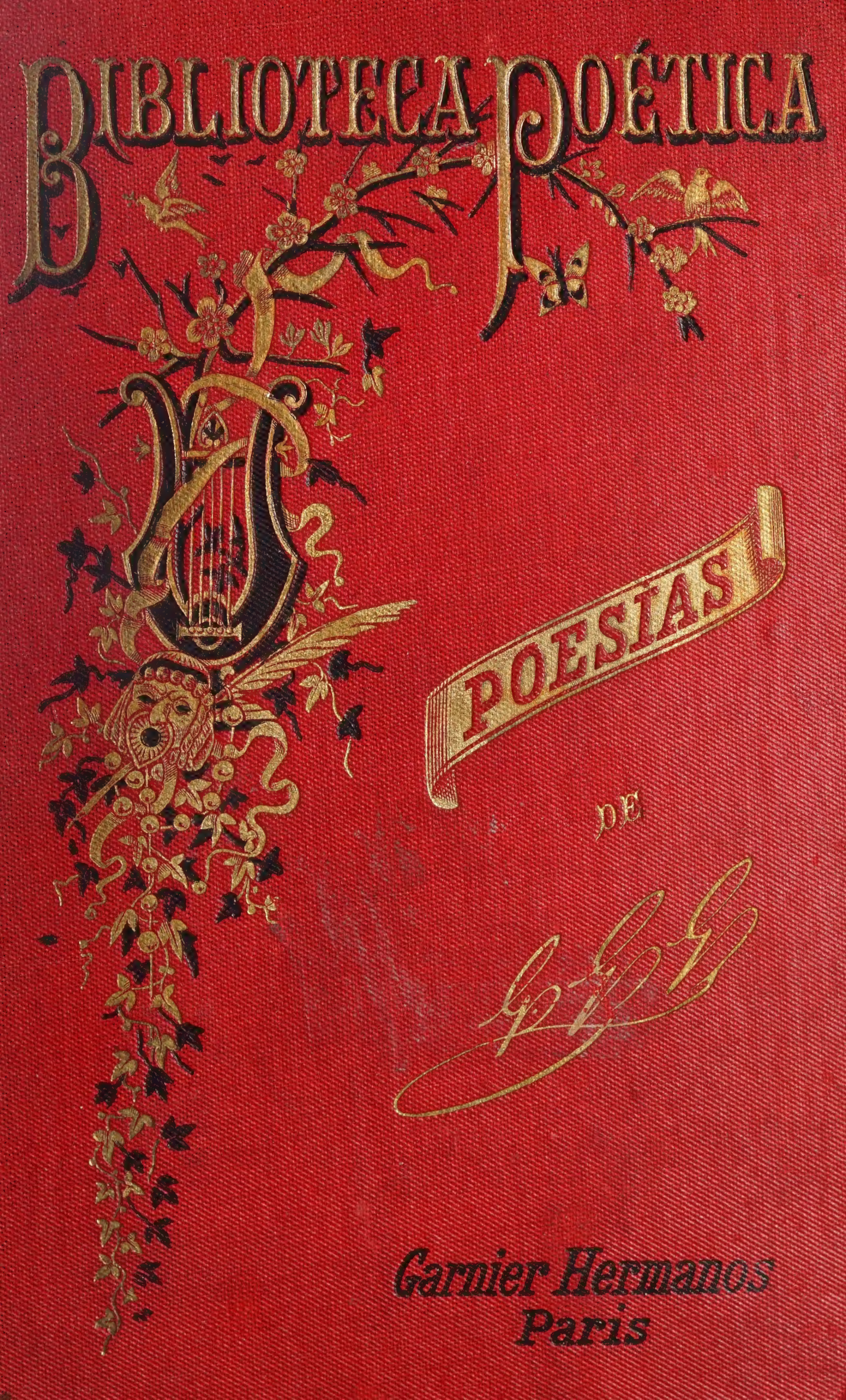
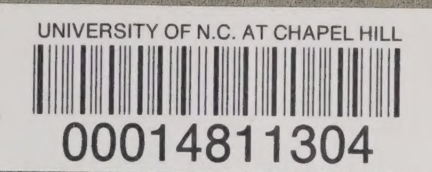


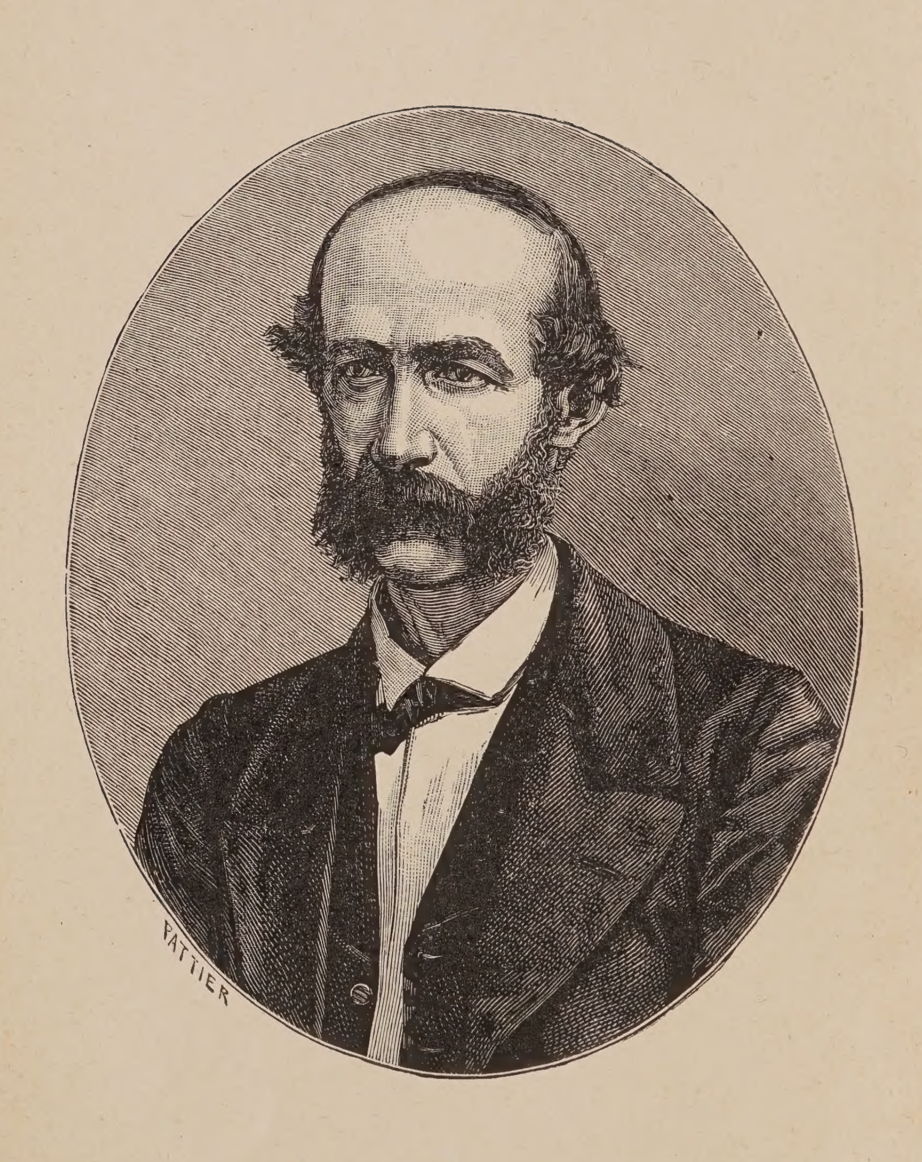
BIBLIOTECA POÉTICA
POESIAS
DE
Garnier Hermanos
Paris



POESÍAS

DE

GREGORIO GUTIÉRREZ GONZÁLEZ


PATTIER

POESÍAS

DE

GREGORIO GUTIÉRREZ GONZÁLEZ

CON INTRODUCCIÓN Y NOTICIAS

por

SALVADOR CAMACHO ROLDÁN

RAFAEL POMBO, MANUEL URIBE ÁNGEL

Y EMILIANO ISAZA

PARÍS

GARNIER HERMANOS, LIBREROS-EDITORES

6, RUE DES SAINTS-PÈRES, 6

1903

INTRODUCCIÓN

DE LA CUARTA EDICIÓN

Con viva emoción, casi con miedo, tomamos la pluma para escribir estas líneas de introducción á las poesías de GREGORIO GUTIÉRREZ GONZÁLEZ.

En nuestro humilde sentir, las notas melancólicas y tiernas del cisne antioqueño tendrán ese eco duradero que sólo es atributo del genio levantar en los montes y los valles, para repetirse luego en el corazón humano en larga serie de generaciones : y es osadía pretender asociar al prolongado y dulce acento de cantos que no morirán, el monótono ruido de insulsa prosa.

Además, esta colección de poesías que, por cuarta vez, aparece ante un público que ya es posteridad, estas poesías, decimos, fueron contemporáneas nuestras, y las voces de juventud y esperanza, de dolores primeros é inefables delicias que vibran en todas las cuerdas de ese laúd, despiertan en nosotros, medio puesto ya el sol, y bajando la contraria falda de la colina de la vida, un mundo de recuerdos de un tiempo que ya no volverá.

Condiscípulos y amigos íntimos del autor, recibimos en los claustros de San Bartolomé las confidencias de su alma poética y soñadora, y oímos recitar por primera vez gran parte de esas composiciones, con la ingenua admiración con que puede un niño contemplar en el alba la aparición de las primeras luces precursoras del sol.

I

Los seis años de 1842 á 1848 fueron, á no dudarlo, una época de poesía y de cultivo literario, originada en Europa por la paz que habían traído consigo las soluciones de Waterloo, la caída de la rama mayor de los Borbones en Francia y la regeneración liberal en España ; y en América por la independencia de las colonias españolas, época notable que pasaba sobre el mundo como una onda poética irresistible. Las tempestades de la política producen conmociones diversas en el cerebro humano, y, al parecer, el tiempo que sigue á esos grandes cataclismos es y ha sido, en la historia, el de incubación y renacimiento de las letras y las artes.

De las guerras troyanas, de invasión de la Europa sobre el Asia, surgió Homero. Las conquistas romanas, en uno de sus períodos de descanso, dieron nido seguro al dulce cantor de la Eneida para remontar poéticamente hasta los dioses la genealogía de ese pueblo conquistador. Las cruzadas prendieron la chispa de la poesía heroica en el alma del Tasso. El *Paraíso Perdido* bullía en el cerebro de Milton á compás de los grandes movimientos religiosos y políticos de la revolución inglesa en el siglo XVII. Corneille, Racine y Molière, en Francia, vinieron en pos de las guerras civiles de los hugonotes y de la Fronda, de las cuales salió triuntante, sobre los restos de la feudalidad, la Monarquía francesa de Luis XIV. Schiller y Goethe fueron meros precursores, en Alemania, del movimiento filosófico y político encarnado en la revolución francesa. Pero la escuela romántica de la primera mitad de nuestro siglo es un eco prolongado del tumultuoso movimiento de 1789 á 1793, que ha sobrevivido en la literatura y las bellas artes. Cervantes, Fernando de Herrera, los dos Argensolas, Moreto, Tirso de Molina, Francisco de Rojas, Calderón, Rioja y Lope de

Vega no abandonaron el teatro estrecho de los romances moriscos y de las églogas afeminadas de importación italiana para trepar á la altura de la oda pindárica y del teatro de capa y espada, sino cuando reunido en un solo haz el pueblo español y unificada la Monarquía, nunca se ponía el sol en sus dominios.

En el siglo presente, el movimiento político de la guerra de los siete años en España, y la reforma de la monarquía en sentido constitucional y progresista, trajeron consigo un despertamiento literario sumamente notable en los años de 1833 á 1840. En él aparecieron sucesivamente, - aparte de los últimos rayos de la esplendorosa tarde de Quintana, - Alberto Lista, Martínez de la Rosa, Gorostiza, Escosura, Rodríguez Rubí, Mesonero Romanos, Hartzenbusch, García Gutiérrez, Ángel Saavedra, Bretón de los Herreros, García Tassara, Bermúdez de Castro y, sobre todo, Espronceda, Larra y Zorrilla, á quienes no dudamos en atribuir una parte inmensa del movimiento literario en la América española, principalmente en Venezuela y en nuestro país.

Á Zorrilla, en particular. Por más que nuestro concepto no coincida con la opinión de los literatos españoles acerca de los méritos de este poeta contemporáneo; por más que sea en nosotros, profanos en los misterios de la literatura, y sobre todo de la poesía, un acto de intrepidez petulante dar voto en estas materias, Zorrilla es, á nuestro modo de ver, después de Jovellanos, la primera figura poética de España en este siglo, y será una de las piedras miliarias de la literatura, que marcarán su progreso y á veces su decadencia, desde Juan de Mena y Jorge Manrique, hasta Núñez de Arce.

Á decir verdad, Zorrilla no es lo que se llama un *literato,* en el vasto y casi ilimitado sentido que hoy tiene este nombre. Quizás Zorrilla no se formó en el estudio de los clásicos griegos y latinos, y de seguro no se encuentra en él reminiscencia de la grandiosidad de Homero, ni de la delicada ternura de Virgilio, ni de la expresión filosófica y

culta de Horacio : no se nota en sus versos el sabor exótico pero agradable que el estudio de las literaturas extranjeras comunica, ni tiene la grandilocuencia de Herrera, ni la frase contemplativa de Luis de León, ni la nobleza poética de Rioja * : no descuella por la familiaridad con los sistemas filosóficos antiguos y modernos, que forman el rasgo superior en las creaciones de Goethe ; pero es ante todo un POETA, poeta de la naturaleza, poeta de la música del lenguaje, poeta de la expresión feliz, que imita los ruidos profundos del bosque, « del ronco viento el mugidor empuje », el murmullo festivo del arroyo, la voz « del trueno horrendo que en fragor revienta » ** y la fulguración lívida con que en el centro de la nube negra, « en círculo abrasado, los fugaces relámpagos asoman ». Zorrilla no ha sido un gran literato ; pero de él puede decirse lo que Michelet decía de Alejandro Dumas, que « era una de las fuerzas de la naturaleza », y él ha dejado en la América española una posteridad poética más numerosa que la de ningún otro bardo español.

En ese tiempo, pues, de 1843 á 1848, Caracas merecía el nombre de la Atenas de América : allá se reimprimían ávidamente las más notables producciones de la literatura española contemporánea, y traducciones de la francesa, también entonces floreciente, en parte por efecto de la revolución popular de julio de 1830, - que había abierto á Víctor Hugo y á Alejandro Dumas la puerta cerrada por Carlos X á *Marión Delorme, Le Roi s'amuse* y *Cristina en Fontainebleau*. - Con las obras de Larra, de Zorrilla, Bermúdez de Castro y García Tassara, nos llegaban las producciones de Víctor Hugo, Lamartine, Alejandro Dumas, Alfredo de Musset, Beranger y Eugenio Sue, y al propio tiempo los ecos simpáticos que, al ruido de esas grandes voces, levantaban en Venezuela Abigaíl Lozano, José Anto-

* Ó sea de Rodrigo Caro y el capitán Fernández Andrada.
** Olmedo.

nio Maitín, los Calcaños, Rafael María Baralt y Heriberto García de Quevedo; aves de canto las dos últimas, que al reclamo de dulces voces españolas abandonaron el patrio nido y fueron á buscar abrigo en árboles y playas semi-extranjeras ya para nosotros.

Aparte de esas lecturas, la escena dramática, favorecida en esos tiempos en Bogotá con la presencia de Villalba, primero, de Torres, sus dos bellas hijas y Gallardo, después, estaba representada en 1846 por la mejor y más completa compañía intérprete del arte de Sófocles y de Eurípides que haya visitado esta ciudad. Fournier padre y Ramona, su hija, la actriz más inspirada que ha pisado las tablas de nuestro teatro, Belaval y su esposa, González, Peix y Emilio Segura, abrían su temporada con *Los Amantes de Teruel* y *Macías*, dos piezas llenas de pasión tumultuosa y espíritu español. Siguiéronla con las producciones de Bretón de los Herreros, Ventura de la Vega, García Gutiérrez (cuyo *Trovador* había interpretado ya Gallardo) y Gertrudis Gómez de Avellaneda.

Todo eso debía producir y produjo en Bogotá una de las más notables reverberaciones literarias que registrará algún día nuestra apenas naciente historia nacional.

Julio Arboleda producía entonces las más selectas notas de su plectro lírico; José E. Caro daba á luz las mejores inspiraciones de una musa llena de vigor filosófico; Ricardo de la Parra, - en medio de trascendentales estudios filosóficos, con los que se adelantaba treinta años á la generación actual, - no desdeñaba, desde las soledades de Bocas del Toro, á donde había ido á restablecer el disputado imperio de nuestra bandera, reproducir con pincel poético los brillantes colores con que tiñen el firmamento las magnificencias del *Arrebol de Mayo;* José Joaquín Ortiz escribía su oda *Al Tequendama*, que con *La Golondrina* y *La Bandera* nos parecen las tres más finas joyas de su poético taller; al *Tequendama*, que siempre ha inspirado cantos de primer orden á GUTIÉRREZ GONZÁLEZ, Samper, Celedón, Ortiz,

quien apostrofa á la « imagen del despecho » en lenguaje no menos magnífico que el de Fernando de Herrera :

Oir ansié tu trueno majestuoso,
¡Tremendo Tequendama ! ansié sentarme
Á orillas de tu abismo pavoroso,
Teniendo por dosel de parda nube
El penacho que se alza por tu frente,
Que cual el polvo de la lid ardiente
En confundidos torbellinos sube.
Quise también mezclar mi acento débil
Al grande acento de tus muchas aguas ;
Y respirando al aire de tu gloria
Ensalzarla también con voz ferviente,
Mi lira haciendo digna de memoria,
Y arrojarla después á tu corriente.
. . . .
¡Pobres indios ! . . . .
Como se avanzan á este abismo oscuro
Y en él se pierden las pesadas ondas,
Así su pobre raza desparece :
Parte cayó bajo el acero duro
De los conquistadores ; en los hierros,
En infectas prisiones y sombrías
Se marchitó su juventud lozana ;
Otra se pierde en el extraño abrazo
Con sangre de verdugos confundida...
¡Nación ayer, no existirá mañana !

Madiedo escribía su oda *Al Magdalena*, uno de los cantos indígenas de nuestro suelo que vivirá mientras nuestro río arrastre sus turbias ondas al través de soledades cubiertas de ceibas y caracolíes y por en medio de playas

. . . . que marcado había
De las tortugas la penosa marcha,
Y del caimán la formidable cola,
Y de los tigres la terrible garra.

En donde

Sobre la arena inculta y abrasada
El caimán abandona sus corrientes
Y junto al boga sin temor descansa.

Aranzazu se despedía de la vida como el cisne, alzando su primero y último canto en una *Epístola á Arnesto;* la meditación permanente de Juan de Dios Restrepo hacía contraste con el genio descuidado y alegre de sus jóvenes amigos, y preparaba ya esos sazonados y exquisitos frutos que le han dado el primer puesto en el no poco numeroso y por ningún título poco apreciable grupo de escritores de costumbres que ha producido este país. Una sociedad de estudiantes fundaba el *Albor Literario,* y en él se mostraban por vez primera, Lázaro María Pérez imitando con el número de las sílabas del verso la forma de una cruz en su oda á *La Crucifixion*; idea plástica que José María Samper imitaba en seguida en *El Cáliz de la amargura;* ensayo audaz, porque si el primero sólo había empleado la línea recta en la construcción de su arquitectura poética, el segundo había introducido la línea curva, que, como se sabe, en la historia de las construcciones humanas llegó algunos siglos más tarde que la primera. José Caicedo Rojas mostraba la tendencia clásica, culta y reposada de sus poesías. Germán Piñeres, muy joven aún, daba principio á sus cantares con una poética despedida á la vida:

El puro sol de mis brillantes días
Va declinando hacia su triste ocaso,
Y de mi vida adelantando el paso,
Mis ilusiones decayendo van.
Ya de mí se desprende marchitada
Mi juventud, mi juventud querida:
Queda el recuerdo á el alma dolorida
De las horas que nunca volverán.

Presentimiento del infausto destino que años más tarde había de arrancarle esta tristísima queja:

Yo vivo triste, como el triste huérfano
Á quien la tumba todo le quitó,
Quien buscando en sus ojos una lágrima,
Ni siquiera una lágrima encontró.

Joaquín Posada, en fin, preludiaba la chispa jocosa de su ingenio, censurando

Al hombre presuntuoso, torpe y rudo
Que libre como el burro se creía,
Como si el burro nada menos fuera
Que un ciudadano inglés de nuestra era.

Cuando, al contrario, Posada se llenaba de justa indignación viendo « sin rabo y sin orejas » á ese ciudadano inglés,

Al mirarle sufrir, noble pollino,
Con el noble valor de un granadino.

El Gobierno mismo, quizá sin pensarlo, contribuyó á este movimiento notable de los espíritus en busca de satisfacción literaria, colocando en la cátedra de Retórica, que hasta 1842 había regentado el venerable señor Pedro Herrera Espada, con más entusiasmo y gusto estéticos que éxito brillante, al español señor Diodoro de Pascual, cuyas lecciones orales, muy ruidosas y concurridas en 1845, dirigieron la corriente al estudio de la literatura española contemporánea. Á estas pocas lecciones, únicas quizás recibidas por GUTIÉRREZ GONZÁLEZ en el campo de la lituratura, asistía éste con vivo placer y era, con José de Jesús Alviar, de los alumnos más distinguidos.

Del seno de esa atmósfera poética salió á luz el autor de estas poesías, mostrando desde su primera aparición las grandes cualidades que habían de distinguirle después.

II

Hemos oído referir á Manuel Pombo que, algunos años más tarde, paseando una noche con GUTIÉRREZ GONZÁLEZ por las calles de Bogotá, - por hacer reminiscencia de las costumbres de los tiempos felices de la vida de colegio, - entraron á tomar dulce en una modesta botillería frecuentada

por los estudiantes, en la calle de San Bartolomé. Serviales los higos conservados en almíbar, rodeados de panes de yuca, según el uso tradicional, una muchacha rolliza, avispada, con gruesas y brillantes trenzas de cabellos, vivo clavel en las mejillas, enaguas de *frisa,* camisa bordada y sombrerito *raspón.* Pombo daba á su interlocutor el fraternal y cariñoso nombre de *Antioco*, el solo con que había sido conocido en los claustros, y á este nombre levantó la cabeza la muchacha, con aire mitad encogido, mitad travieso, preguntando si alguno de ellos era el señor GUTIÉRREZ GONZALEZ, *el poeta.* Á la respuesta afirmativa, acompañada á su vez de una pregunta de admiración acerca del motivo de esa curiosidad, replicó ella que siempre había deseado mucho conocerle, porque admiraba y sabía de memoria gran parte de sus versos.

— ¡ Vamos ! recítenos, pues, usted á *Aures,* la dijo Pombo.

Y ella, ruborizada y casi temblando, como un niño que dice su *resunta* en el certamen :

De peñón en peñón turbias saltando
Las aguas de Aures descender se ven ;
. . . .

Los helechos y juncos de la orilla
Temblorosos, condensan el vapor ;
Y en sus columpios trémulas vacilan
Las gotas de agua que abrillanta el sol.
. . . .

Reclinado á su sombra, ¡ cuántas veces
Vi mi casa á lo lejos blanquear,
Paloma oculta entre el ramaje verde,
Oveja solitaria en el gramal !

Del techo bronceado se elevaba
El humo tenue en espiral azul...
La dicha que forjaba entonce el alma
Fresca la guarda la memoria aún.

Allí, á la sombra de esos verdes bosques,
Correr los años de mi infancia vi;
Los poblé de ilusiones cuando joven,
Y cerca de ellos aspiré á morir.
. . . .

Hoy también de ese techo se levanta
Blanco-azulado el humo del hogar;
Ya ese fuego lo enciende mano extraña,
Ya es ajena la casa paternal.
. . . .

¡Infancia, juventud, tiempos tranquilos,
Visiones de placer, sueños de amor,
Heredad de mis padres, hondo río,
Casita blanca... y esperanza, adiós!

Con el último verso la muchacha levantó el revés del delantal para recoger una lágrima suspendida entre los párpados, y rápida se ocultó detrás del cancel.

Ruboroso y triste volvió *Antioco* á mirar á Pombo, diciéndole:

— Bueno... ¿y qué...?

— ¡Cómo y qué...! ¿no sabes qué es eso? ¡Pues eso es la fama, la fama, que es precursora de la gloria!

. . . .

Sí; cuando los cantos de un poeta han ido más allá del campanario de la aldea, y vagado en alas de las auras, y han sido repetidos por el murmurio de los arroyos, y reproducidos por el eco de las colinas, y antes que aplaudidos en los palacios del rico, han alegrado las vigilias en las cabañas de los pobres, y resonado en tierras remotas,... entonces está medio ganado el pleito de la fama. Y si reducida á polvo la generación que primero los oyó, tal vez indiferente, los cantos levantan la losa de los sepulcros y tornan á repetirse en los ecos, y otras y otras generaciones confirman el fallo, entonces se ha pronunciado la sentencia infalible, y la gloria envía desde lo alto coronas de luz á alumbrar para siempre un nombre decorado con el sello de la inmortalidad.

Sin embargo, el juez que adjudica esos lauros imperecederos no viste la toga de las altos ministros, ni lleva en la mano el cetro de los reyes, ni cubre la cabeza con el bonete magistral del profesorado : es el humilde pueblo, que ha sentido con esos cantos entrar la alegría á sus tristes hogares, y encontrado en ellos lágrimas de consuelo para sus dolores, y sentídose á su mágica influencia con alas para volar en las regiones de la fantasía, es la multitud desposeída la que es dueña del don casi divino á que aspiran el poeta y el guerrero, el sabio y el pacífico conductor de los pueblos.

GUTIÉRREZ GONZÁLEZ ha subido ya las primeras gradas de ese templo; sus versos han penetrado en todas las capas sociales, han trasmontado las altas cimas de los Andes que circuyen á su Estado natal, y lanzádose más allá de las playas que limitan su patria. Falta saber si el fallo de la posteridad confirmará el juicio contemporáneo.

III

Anticipar el juicio de otras generaciones sería aventurado : fundar el concepto presente es lo único que nos es permitido.

La poesía, como todos los demás ramos de las artes liberales, tiene por objeto el estudio de la naturaleza, el conocimiento de la verdad oculta, y la imitación ó representación de lo bueno y de lo bello que nos rodea, por su medio, que es el lenguaje, para procurar emociones simpáticas, fuentes de placer en los sentidos y de elevación intelectual y moral en el alma. Como todas las ciencias, la poesía tiene por base la observación y la experiencia; de suerte que el ejercicio de ella no procede, como generalmente se cree, de un funcionamiento desarreglado de las facultades afectivas, sino, al contrario, de un desarrollo natural y legítimo de fuerzas mentales y morales de un orden superior, que permiten la apreciación de hechos de difícil percepción á seres menos

privilegiados. La verdad en las ideas, la exactitud en la representación de los objetos, es la primera de sus condiciones, y ellas presuponen sentidos acostumbrados á la atención y la observación, y facultades mentales fuertemente educadas en las diversas tareas de la memoria, la especificación de los hechos, ó sea el análisis, la comparación, la abstracción, el juicio, la generalización, sin las cuales ninguna imagen puede representarse bien en el cerebro ni despertar asociaciones simpáticas en la imaginación de los pueblos.

La investigación de lo bello, campo especial de las labores del artista, llámese poeta, pintor, escultor ó músico, está rodeada de ese misterio con que la naturaleza parece haber querido cubrir todo lo que es creación. Sentimos lo bello, nos embriaga, nos eleva á regiones superiores en alas de esa mágica fuerza que se llama la fantasía; pero ha sido imposible definirlo á los grandes pensadores que, desde Aristóteles hasta nuestros días, han hecho de la estética un objeto especial de sus estudios. El santuario de esa divinidad, rodeado de oscuridad unas veces, perdido otras en el éter impalpable de los rayos de lo infinito y de lo eterno, requiere dotes exquisitas de percepción y sensibilidad para alcanzarlo, y un lenguaje de precisión delicada para representar después sus visiones en imágenes comprensibles para los no iniciados. Esta dificultad suprema exige en los sacerdotes de ese culto cualidades superiores, organizaciones privilegiadas, que hacen del poeta un ser excepcional y casi sagrado. Cuando una vez se ha subido al carro de fuego en que la fantasía arrebata á los poetas á las regiones desconocidas de lo bello, de lo eterno, de lo infinito, en donde la naturaleza se extiende á sus pies, limpia ya de las brumas que la oscurecen á los profanos, en donde suenan cítaras celestiales y en donde el firmamento se atavía con sus más puros colores, para mostrar visiones de belleza deslumbradora; cuando ese espectáculo ha sido contemplado una vez, la tierra y sus desiertos, el hombre y sus miserias, la vida y sus dolores, no son ya una mansión ape-

tecida para el ser escogido que ha presenciado esas magnificencias. El disgusto de las tareas prosaicas y comunes se apodera de él, lo hace inepto para los negocios, inconstante y difícil de entender en la política, indolente en el cumplimiento de los deberes habituales. Ésta ha sido la historia de todos los poetas. El don de la inspiración parece tornarse en una fatalidad adversa, semejante á una maldición, y el mismo hombre que en ratos fugaces habitó en el Olimpo y se alimentó con la ambrosía de los dioses, tiene que resignarse después á las inexorables realidades de la tierra, mansión de positivismo, en compañía de prosaicos calculadores.

Empero, el mismo hombre á quien la posesión de dotes casi divinas ha reducido á la miseria y por la miseria casi á la desesperación, es el dispensador gratuito de los más delicados placeres, de las más nobles fruiciones, de los más dulces consuelos á toda la humanidad adolorida. Las regiones de serenidad apacible y goces inefables pertenecen ya á huéspedes extraños, de quienes el poeta introductor se separa modestamente en los umbrales.

Tal fué la vida de GREGORIO GUTIÉRREZ: la felicidad, que, excepto en el dominio de sus afectos, no existía para él, podía derramarla á manos llenas sobre los demás.

Él lo expresaba así en el lenguaje de las Musas:

Al blando arrullo de opulenta cuna
No se mece jovial la poesía:
Brinda sólo cantares la fortuna
Al infeliz que llora en su agonía...
Que el canto no es placer, sino un consuelo
Que á falta de placer, nos presta el cielo.
Al recinto de espléndidos salones
Sólo penetra la algazara inquieta;
. . . .
Y jamás entrelazan sus blasones
Una humilde corona de poeta...
. . . .
Que es triste recordar que hemos gozado,
Y es triste recordar que hemos sufrido,

Y el canto es el recuerdo, y nuestra lira
Por eso en vez de modular suspira.

¡Cuántas veces, en medio de las numerosas vicisitudes de nuestra vida política, alguno que dejaba su hogar abandonado, sin saber si volvería á él algún día, viendo incierto el porvenir, escasa la esperanza, envuelto el corazón de dolor y de nieblas, pudo al menos murmurar esta plegaria, al soltar, para partir, la mano de la esposa:

¡Oh! si el volverte á ver fuera tan dulce
Como es triste y cruel decirte adiós!

Cambiemos la decoración y busquemos otra de las estaciones de dolor por donde es forzoso pasar en la peregrinación de aquí abajo. Un padre que ha perdido su hijo, tierno niño á quien hubiera deseado poder acompañar de la mano en el paso de las regiones sombrías que es fama se extienden desde los límites de la muerte hasta los campos de resurrección; que no puede resignarse á la idea de no volver á ver los rasgos risueños en cuyos ojos lucía un lampo de felicidad, y que en presencia de la piedra implacable del sepulcro, diría con GUTIÉRREZ:

Á esa tumba yo diera el alma mía
Y la sangre mejor del corazón
Si el polvo que ella guarda se animara,
Si reviviera la marchita flor;

á ese padre que no encuentra consuelo, porque su herida mana sangre todos los días, ¡cuánto bálsamo de melancólica resignación le dan á sentir estas santas palabras, que nunca hemos podido leer sin una lágrima involuntaria, palabras que el autor pone en boca de la dulce Julia, la compañera amable de su vida!

... el dolor que sufrimos en la tierra
En su bondad lo santifica Dios.

Haz como yo, inclina la cabeza
Y dobla la rodilla como yo

Y repite en el fondo de tu alma :
« ¡ Bendito y alabado sea el Señor ! »

¿Quién no conserva en su vida el recuerdo extrañamente grato de una serenata, sobre todo si es en tierras calientes? Sereno el cielo, alta la luna, fresco y perfumado el ambiente, silenciosa la noche, nos llega en armonioso arroyuelo el sonido de un tiple y una bandola bien acordados, realce delicioso á voces humanas que cantan al pie de una celosía implacable, « visiones de placer, sueños de amor ». Pues bien, lo declaramos francamente : esa impresión de la serenata, magnificada por el recuerdo, no es más agradable á nuestros sentidos que la siguiente inimitable armonía, tierna en grado superlativo, que entre otras bellezas, tiene la de conservar la idea del sonido concertante de un dúo :

Y como ruedan mansas, adormidas,
Juntas las ondas en tranquila mar,
Nuestras dos existencias siempre unidas
Por el sendero de la vida van.
. . . .

Con tu hechicero sonreir sonrío,
Reclinado en tu seno angelical,
De ese inocente corazón, que es mío,
Arrullado al tranquilo palpitar
. . . .

Son nuestras almas místico rüido
De dos flautas lejanas, cuyo son
En dulcísimo acorde llega unido
De la noche callada entre el rumor;

Cual dos suspiros que al nacer se unieron
En un beso castísimo de amor;
Como el grato perfume que esparcieron
Flores distantes y la brisa unió.

No recordamos nada en los líricos españoles que supere á estas estrofas en delicadeza, cadenciosa armonía é infinita

ternura. Casi nos atreveríamos á decir que Laura no oyó del Petrarca, ni Beatriz del Dante, una cántiga igual, y que á ella sólo son comparables las célebres estancias eróticas de Byron á *Jessy*, que tienen también el corte puro del arte griego, faltándoles, tal vez, el purísimo y casto velo en que GUTIÉRREZ envuelve este grito de amor*.

Varias son las dotes que dan derecho incontestable á GUTIÉRREZ GONZÁLEZ al título de gran poeta.

La primera de ellas es la verdad. No se encuentra en sus poesías una idea falsa, ni una comparación que no sea justa, ni una imagen que no corresponda al objeto que se quiere representar. No hay en él sensibilidad afectada, ni exageración en las sensaciones, y menos todavía lenguaje hinchado fuera de proporción con la altura de las impresiones recibidas por el poeta. La sencillez es una de sus grandes dotes, y á ella sacrifica siempre hasta la medida ó la cadencia del verso. La naturalidad es en él perfecta; y con excepción de algunas composiciones arrancadas por exigencias personales, en que la espontaneidad de la inspiración no es completa, la generalidad de ellas salta con raudal cristalino, como una fuente al través de la roca.

En ninguna de ellas se percibe el esfuerzo : las estrofas se suceden prestas, gentiles, llenas de gracia, y terminan en donde se apaga la voz interior que se abre paso en el verso, sin que se note en ellas el parche que ordinariamente producen las correcciones excesivas. Quizás por esto le tachan algunos de incorrección y descuido; pero si esto existiere, será efecto de la correlación natural entre los defectos y las cualidades inherentes á todo lo que, por ser obra humana, es limitado é incapaz de perfección absoluta.

Detengámonos un instante aquí.

La verdad, la naturalidad, la sencillez son las primeras formas de lo bello. El lazo invisible que une perpetuamente

* La composición de Byron en inglés, y la versión española de don José de Urcuilu que empieza así : « Hay una vida mística enlazada ».

el hombre aislado á la universalidad de la creación, es un conductor magnético que le trasmite la impresión externa ó interna de todos los objetos de la naturaleza; pero sólo lo que existe, sólo lo que se presenta con sus propios y naturales atributos, sólo lo que es simple, eterno y profundo puede despertar en lo íntimo de nuestra alma esa conexión misteriosa que se llama emoción. Las creaciones artificiales, las imágenes deformes ó monstruosas, ó la representación de seres verdaderos recargada con vestimentas complicadas y caprichosas, pueden causar placer momentáneo á imaginaciones enfermizas ó gastadas; pero no tienen el poder de evocar eternamente el espíritu vivo que anima á las creaciones de la naturaleza.

Cuando al despedirse la última vez Héctor de Andrómaca, ésta le presenta al tierno Astyanax en sus brazos, y el niño se asusta á la vista del rojo penacho que ondea sobre la cimera del padre, Homero nos presenta el hecho más sencillo, más común, más natural. Sin embargo, los críticos de la *Iliada* han reputado este pequeño incidente como una de las primeras bellezas de esa despedida inmortal, cuyas lágrimas no han cesado de correr en tantos siglos.

En el mismo poema va luego Príamo, conducido ocultamente por Mercurio, durante una lóbrega noche, á la tienda de Aquiles, á pedir de rodillas la devolución del cadáver de Héctor. El guerrero salvaje, lleno de barbarie primitiva, se irrita á la vista del padre del matador de Patroclo y amenaza al anciano; pero contemplando inmediatamente la figura venerable del Rey, sus blancos cabellos y el noble sello de la vejez, que le da un aspecto inviolable, se acuerda de Peleo, anciano también, tal vez abrumado por el peso de los años y perseguido por enemigos encarnizados; súbitamente se aplaca la cólera de Aquiles, entrega á Príamo, después de lavados en perfumes, los restos de Héctor, lava los pies de su huésped, y olvidado de la enemistad mortal que los divide, *Padre mío*, le dice al invocar para él la protección del cielo y despedirle en la puerta de la tienda.

Este *Padre mío*, arrancado por la naturaleza y en el que se revela el alma del héroe, ese sencillo y natural olvido de la guerra y del odio, á la sola evocación del recuerdo de un padre anciano, es para nosotros una de las más grandes bellezas de la *Iliada*, y ninguna vez hemos podido leerla sin sentir estremecimiento hasta en la última fibra de nuestra alma.

Las pompas de la dicción, las figuras retóricas, el lenguaje arcaico en ciertos casos, el esmero gramatical de las construcciones, todo eso es belleza también; pero es la belleza artificial, convencional pudiéramos decir, semejante á las galas que no hacen hermosa á la mujer fea, aunque sí realzan el prestigio de unos

Negros, brillantes, húmedos y bellos,
Ojos que lanzan rayos de placer,

sombreados por

Negros, brillantes, crespos los cabellos
. . . .

que

Ruedan, flotando, á acariciar el talle
Á merced del ambiente juguetón,
Y en anillos de luz y de azabache
Su mórbida espiral convierte el sol.

De desear sería, por supuesto, unir siempre la belleza intrínseca á la de las galas exteriores; pero si no fuera posible el todo, nos atendríamos á la sentencia de Burns, el poeta escocés, con quien no pocos rasgos de semejanza encontramos en GUTIÉRREZ GONZÁLEZ, entre ellos el de haber escrito sus poesías en el dialecto natal:

The rank is but the guinea's stamp:
The man's the gow'd for a' that.

— « El blasón es sólo el cuño de la guinea. El oro puro es el hombre, y á ver por qué no. »

La sencillez, la gracia, la verdad, son el oro puro de la poesía: las galas y atavíos externos son el blasón del literato, el cuño de su moneda; pero ese cuño puede caer sobre oro de baja ley ó sobre vil plomo dorado, y no le dará el valor que tendrá siempre la buena barra de mil milésimos de fino.

Á todas estas dotes esenciales y primarias, reune GUTIÉRREZ GONZÁLEZ música cadenciosa en sus versos y una melodía melancólica que, semejante á los conciertos de nuestras poblaciones calentanas, más bien que alegría presente, evoca, como la música de Carril de que habla Ossián, la memoria de las alegrías pasadas y despierta un sentimiento indefinible de dulzura y tristeza en el alma.

Sirva de ejemplo, tomado al acaso, la siguiente *lágrima* verdadera que se ve asomar y caer de los ojos del poeta, en la composición de ese nombre:

I

Te vi, te amó mi corazón de niño
Con un delirio virginal y santo.
Yo era tan joven y te amaba tanto...
Que fué mi pecho para ti un altar.
Con tu desdén ó con tu amor soñando
En mis horas de pena ó de alegría,
Por mi mejilla juvenil sentía
Silenciosa una lágrima rodar.

II

Fuiste la luz de mi primer mañana,
Fuiste el objeto de mi amor primero,
El bendecido y mágico lucero
Que alumbró la ilusión de mi niñez.
Y desde entonces sin cesar sentía
Al palpitar mi corazón amante,
Por mi marchito y pálido semblante,
Deslizarse una lágrima otra vez.

III

En el delirio de mi amor ardiente,
En tu hermosura ó tu candor veía
Del cristiano á la cándida María,
Del musulmán la voluptuosa Hurí.
Y delirante y ciego quise entonces
Arrojarme á tus plantas y adorarte,
Mas sólo pude en mi ansiedad mostrarte
Que rodaba una lágrima por ti.

IV

Pero después tu corazón de ángel
Contra mi pecho palpitó inocente,
Y con su fuego se tiñó tu frente
Del suavísimo velo del pudor.
Y al beber el amor en tu mirada
Y con el fuego de tus labios rojos
Sentí brotar de mis ardientes ojos
Una quemante lágrima de amor.

V

Todo pasó. Tu nombre solamente
Como un vago recuerdo me ha quedado,
Y el fuego abrasador, casi apagado,
De mi ardiente, extraviada juventud.
Y hoy otra vez al ensayar mis cantos
Vertí al recuerdo de tan bella historia
Una lágrima ardiente á tu memoria
Que humedeció las cuerdas del laúd.

Hemos dicho que la verdad en las descripciones es uno de los rasgos característicos de GUTIÉRREZ. En esta parte de sus facultades poéticas le notamos dos maneras distintas: en la una es fuertemente imaginativo y, sin apartarse de la verdad estética, reviste sus descripciones con las formas interiores del ideal; en la otra es estrictamente realista, casi tanto como lo era el señor don José Manuel Groot, así en sus obras de pincel como en las de pluma; pre-rafaelista, si

podemos decir así, aplicando al arte hablado el término que Ruskin ha introducido en el de la pintura.

De la primera sirvan como muestra las siguientes estrofas al *Tequendama,* en que la belleza de la descripción es realzada por la originalidad poética de las comparaciones:

Mudo á tu vista de terror y espanto
El oprimido corazón palpita,
Como el arcángel ante Dios agita
Sus blancas alas, su celeste canto.

Te he visto ya. Tu imagen imponente
La imagen es del Hacedor airado,
Cuando á su voz tremenda fué lanzado
Desde el rudo peñasco tu torrente.

. . . .

Yo he mirado de lo alto desprendidas
Tus ondas turbias entre hirviente espuma,
Rodar envueltas en la blanca bruma
Y en el abismo rebramar perdidas.

. . . .

Y tu raudal en nieblas se desata
Y en argentados remolinos sube,
Como de incienso la olorosa nube,
Que en vagos giros su extensión dilata.

Del sol naciente el rayo matutino
Tornasola tu niebla transparente,
Y aureola fantástica en la frente,
Blanda te ciñe el iris purpurino.

Un fantasma pareces circuído
De manto aéreo y ondulante velo,
Y que un rayo ilumina desde el cielo
Su flotante y magnífico vestido.

. . . .

¡Imagen del despecho...! Yo he vertido
Una lágrima al verte, pura, ardiente,
Que fué á juntarse á tu veloz corriente,
Cual pensamiento en la extensión perdido.

. . . .

Paréceme que miro vagar por el torrente
De niebla rodeado tu genio bienhechor,
Espíritu infundiendo á tu veloz corriente
Y á tus hirvientes aguas prestando animación.

¡Imagen atrevida por el Criador formada!
¡Salud, yo te venero, oh parto colosal!
¡Pues eres de la América el alma despechada
Que llora de sus hijos la antigua libertad!

Esta bella composición, escrita en una noche, y por apuesta con uno de sus condiscípulos, á quien fácilmente ganó el lauro disputado, ante un Areópago de estudiantes de diez y seis á veinte años, es una buena muestra de la aurora de las facultades poéticas del autor. Si algún crítico, demasiado severo, quisiere acusar de exagerada la imagen de la última estrofa, le recordaremos que la desesperación de los pobres aborígenes, progenitores nuestros, esclavizados, torturados, asesinados por la barbarie de los conquistadores, llegó hasta el punto de invitarles á precipitarse, hombres, mujeres, niños y ancianos, en suicidio colectivo de centenares de personas, al fondo del abismo formado por alta roca tallada á pico, en busca de un solemne y eterno descanso, no interrumpido por el látigo del opresor; Tequendama humano, dignamente representado por la naturaleza en ese prodigioso salto de las aguas, antes tranquilas, enfurecidas ahora; pero coronadas siempre con ese aureola fantástica de inmortalidad que,

Blanda le ciñe el iris purpurino.

De la segunda, citaremos como muestra la descripción fotográfica de *Una visita;* descripcion hecha por un joven de diez y nueve años, quien probablemente, sólo una vez, á lo más, habría penetrado en un salón, calzada la mano en guante apretado, decorado con casaca y chaleco blanco y con bastón de borlas, signo de un *pepitismo* poco conocido en esos tiempos de franciscana pobreza estudiantil, que pasaron ya.

No nos es posible, sin embargo, omitir la cita de algunos fragmentos de otra en que describe, con pincel digno de Murilio ó de Hogarth, las espirituales delicias en que el tresillo arrebata las horas del padre de familia, del hombre de Estado, del joven que sueña con la gloria, y hasta ¡oh portento! del generoso prestador á interés, y aun « de (chito, Arnesto) cuellos y cerquillo », en este siglo XIX, tan afamado por su positivismo, no menos que por su profunda intelectualidad.

Yo perdí este solo de oros,
El más grande que se ve:
Seis de cuatro matadores,
Rey de copas, cuatro y tres;
Por consiguiente, dos fallas...
— ¡Pero, hombre, no puede ser!
¿Lo perdiste?... — Lo perdí.
— ¿Por mal jugado? — ¡Tal vez!
Me recomieron los triunfos
Que en las dos fallas jugué,
Me asentaron los chiquitos
Y me fallaron el rey.

La exposición de la partida es tan clara y la explicación de los azares que determinaron la pérdida de ella tan completa, que cualquier aficionado, sin ser un Miguel Ángel, en ese arte divino, puede comprender en el acto que se perdió de puesta, en la que el pie, que indudablemente tenía caballo y siete de copas, hizo las cuatro basas, y el mano la falla del rey, habiendo sido atravesado el entrador.

— No; pero nadie ha perdido
La polla que perdí ayer:
Tres matadores en copas,
Y la tercia... robé tres...
— ¡Fuiste á robar, siendo solo!
— ¡Sí, hombre, y lo que robé!
Un orito, una copita
Y á pateperro. — Pero es

Que tan sólo renunciando
Esa se puede perder...
— Pues así me sucedió,
Robé mal y renuncié.
. . . .
— Habla el mano. — Paso. — Juego.
— Bien puede; diga de qué.
— De las bravas. ¿Quiere espadas?
— Dan espadas, robe usted.
— La mano juega. El rey de oros.
— Tengo oros. — Y yo también.
— Bastos, tengo. No metí.
¡Siempre está fallo ese rey!
. . . .
. . . . . . ¡Si yo he podido
Agachármele á su tres!
— No, señor, con un triunfito
De los míos que tenga usted...
— Ó que usted vuelva sus bastos.
— Ó que no vuelva oros él...
— Es puesta... — Le doy codillo...
— ¡Si era más grande! — Da, Andrés.
Y mareado, y aturdido,
No pudiendo comprender
Ni el juego, ni las palabras,
Y maldiciendo á Javier,
Salí á la calle al momento,
Llegué á casa y me acosté;
Pero apenas me dormí
Soñé que estaba en Babel.

No sabemos qué admirar más en este romance: si la profunda versación que muestra en el arte de las entradas un hombre que jamás dió codillo, ni metió el caballo delante de una falla al jugador perdidoso, ni siquiera se imaginó en su vida arrastrar de malilla; ó la difícil facilidad con que corren los versos, no superada en España por Moratín (don Leandro), sólo igualada entre nosotros por Posada, en su célebre carta á Antonio Ferro:

Caro Antonio, *sur le champ*,
Como dicen los franceses,
Y como tú lo mereces,
Mis décimas allá van.
Hoy recordaste un refrán
De exactitud inconcusa:
La Necesidad es Musa
Que tiene cara de hereje:
Necesitas caret lege :
Si falta ley, no se abusa.

Has de saber que yo estoy
En la más completa inopia,
Ya no soy sino mi copia,
Ó, mejor dicho, *no soy*.
Subo, bajo, vengo, voy,
Hablo, callo, lloro, río,
Atropello, me desvío,
Ando, — como tu reló,
Sin la conciencia del *Yo*,
Raíz cúbica del *Mio*.

Aunque he visto en una obra.
« *Time is money* », no es así;
La prueba mírala en mí,
Á quien *todo el tiempo* sobra.
Dime : si alguno me cobra,
¿Le he de decir, caballero,
El tiempo vale dinero,
Eche acá ese pagaré
Cancelado, y tome usté
Seis meses ó un año entero?

ó superada por Marroquín (José Manuel), no en la facilidad, sino en la dificultad vencida de este romance en *ii*, inspirado por el cumpleaños de Ricardo Carrasquilla, tema que más de una vez despertó alegre el canto de su musa retozona:

Al ver en el almanaque
Ayer, frente á *Sol en Piscis*,
Siete, viernes, San Ricardo...
Sentí una especie de crisis

Nerviosa y me quedé mustio,
Hasta que al fin, « *Quia tú es tristis ?* »
Me preguntó uno que entraba
Y que conocí era Griffith *.
Después de darle la mano
Y preguntarle por Mistris,
Le respondí : Pues, señor,
Se me ha alterado la bilis
Porque he visto que mañana
Son los días...
— De Barili **.
Ya me convidó á comer
Y aunque estoy con mi gastritis...
— ¡ Qué Barili ni qué droga !
Déjeme hablar, Míster Griffith.
Son los días de Ricardo,
De Ricardo, y el busilis
Es que, debiendo obsequiarle,
Por leer Wáshington Irving,
No le he hecho versos con tiempo...
— Pues un regalo, y *laus tibi.*
Los relojes que ha traído
Don Crisóstomo Valdiri...
— ¡ Comprar reloj ! ¡ quita allá !
Mi bolsillo está con tisis.
— Pues se le da una función.
— Eso es caer en Caribdis
Huyendo de Scila, ¿ acaso
Eso no cuesta ? Al fin Griffith
Se largó. . . . .
. . . .
Habiéndome así dormido
Soñé que por Picadilly
Andaba en los almacenes
Haciendo compras magnifi
(Aquí se secó la pluma).

* Encargado de negocios de Inglaterra, muy conocido por su seriedad silenciosa.

** Nuncio entonces de la Santa Sede en Bogotá, quien gustaba mucho de invitar á comer.

Compré dos cuadros de Vinci:
El uno era un San Ricardo
Y el otro un rapto de Psiquis.
(Cuidado con este nombre,
No vayas á decir Pisquis);
Un crucifijo precioso
Todo de plata, hasta el *inri:*
Diez vistas de las orillas
No me acuerdo si del Tigris...
No, como que era otro río
Del Liris... eso es, del Liris;
Cuatro (qué bonitos eran)
De las cascadas de Tívoli,
Y otras dos del templo de Apis
Y las ruinas del de Isis.

Forzoso nos será detenernos y desenredarnos de las deliciosas garras de Marroquín, porque si no, nos sucederá con este prólogo lo que á Marroquín mismo con su epístola; que:

Es tanto lo que he bregado,
Que me va á dar neumonitis,
Y para no bregar más,
Escribiré por fin, *finis*,
No sea que por esta obra
Me canten el *Parce mihi.*

Exquisita charla, que hace recordar las redondillas de *La cena* de Baltasar de Alcázar (no de Babilonia).

IV

De los diversos géneros de poesía ensayados por el autor, aquel en que sobresale es, probablemente, el didáctico-bucólico, del que nos dejó una muestra en la *Memoria sobre el cultivo del maíz en Antioquia,* que los ecos de las montañas antioqueñas repetirán por tantos siglos como

. . . . . El maíz, jefe altanero
De la espigada tribu, hincha su grano *;

y como el alto, esbelto, membrudo montañés de las riberas del Aures distraiga las fatigas de la *socola*

Cantando á todo pecho la guavina,
Canción sabrosa, dejativa y ruda,
Ruda cual las montañas antioqueñas,
Donde tiene su imperio y fué su cuna.

Este género, el más escaso en las literaturas modernas; en el que la *Silva á la agricultura de la zona tórrida* bastaría para asegurar á Bello el primer puesto entre los poetas hispano-americanos; desconocido en España y del cual nos legó Virgilio, en las Geórgicas, el más verde é imperecedero mirto de su corona; este género, decimos, es el más difícil quizá entre todos los de la poesía y el que requiere facultades naturales más delicadas y profundas.

Puede decirse que la poesía tiene su raíz en tres centros distintos de inspiración: el hombre mismo ó el *yo*, la sociedad humana y la naturaleza exterior que lo rodea.

El poeta empieza á cantar como las aves, alzando trinos de alegría y de esperanza, ó exhalando ayes lastimeros y quejidos de dolor: en uno y otro caso expresa sus sentimientos propios, interiores, y ésta fué, á nuestro entender, la primera y primitiva forma de la poesía. En la segunda, el cantor lleva la voz del cuerpo social á que pertenece: escudriña el corazón humano, muestra en combate las pasiones del hombre, expresa los sentimientos colectivos de odio ó de amor, de vergüenza ó de orgullo del gran todo llamado nacionalidad, pueblo, ó raza á que pertenece. Canta las grandes acciones, guarda en urnas de oro y marfil los hechos heroicos, y trasmite á la más remota posteridad la memoria de los cataclismos humanos, el recuerdo de las

* Bello.

hazañas y el nombre de los héroes. Es un sacerdote del templo de la inmortalidad, y á él le toca mantener el fuego sagrado del honor, de la abnegación, del patriotismo, calor que da vida á los grandes agrupamientos de hombres, en los que se funde en una sola alma colectiva el alma individual de las moléculas sociales.

Por último, animando con más vigor el arranque de la cuadriga mágica, el vuelo del poeta traspasa las regiones humanas y penetra en los espacios ya etéreos, ya profundos y oscuros, de los reinos de la naturaleza exterior. Allí pone el oído atento á las voces misteriosas del bosque, traduce á lenguaje humano el mugido de las grandes aguas despeñadas, se estremece con el horror profundo de las negras cavernas, se liga en místico himeneo con la tierra, y recibe de Ceres las espigas doradas de un alimento perpetuo é inagotable. En el reinado de la vida real el hombre ha hecho alianza con los vientos; puesto á su servicio diario las divinidades del fuego, reemplazado con la electricidad, — humilde mandadera hoy de todos los mortales, — á la ya lenta Iris, antes alada mensajera de sólo los dioses; Fulton ha uncido á su carro el monstruo de ojos y narices de llamas que en otro tiempo espantó los caballos de Hipólito. La poesía necesita consagrar en sus cantos estas nuevas conquistas del genio, escribir los nombres de estos nuevos argonautas que han traído á la tierra despojos más ricos que el vellocino de oro, de estos compañeros de Hércules y Teseo que han encadenado titanes más poderosos que Encelado y Tifón.

La rica imaginación de los griegos había vaticinado estas gloriosas conquistas y poblado los reinos de la imaginación con creaciones portentosas, que dejan la poesía primitiva á tanta distancia como la que hay en arquitectura entre el orden toscano y las volutas recamadas de hojas de acanto del capitel corintio. La poesía moderna, menos audaz, sin otra excepción que la de Goethe, no se ha remontado á esas alturas que, á nuestro humilde sentir, son todavía tierras

incógnitas, á las que algún nuevo Colón dirigirá algún día la proa de sus carabelas.

Parecería que la luz de la ciencia, penetrando á las profundidades de los abismos y dejando sus huellas en la cumbre de las más altas montañas, hubiera despojado, á los ojos de la poesía, de su prestigio de oscuridad y terror á los unos, y de su aureola de inaccesible virginidad á las otras No es ese, sin embargo, nuestro modo de ver. Lo conocido y trivial puede ennoblecerse y pintarse con el lenguaje de las imágenes y de las armonías métricas, mejor, si cabe, que lo desconocido y oculto : prueba de ello es la poesía histórica, tanto más grata al gusto, y noble y bella en sus cuadros, cuanto más conforme con la verdad real de los hechos. La descripción de los objetos más conocidos encuentra todos los días nuevas bellezas que cantar, mientras más popular es el asunto. El Tequendama y el Niágara no han perdido sus fuentes de inspiración, como tampoco se ha secado la fuente de sus asombrosos raudales.

Sea de esto lo que fuere, el hecho es que la poesía moderna marcha con paso tímido en el camino de la celebracion del consorcio fecundo entre la naturaleza y el hombre. Schiller, sin embargo, no ha temido inmortalizar en sus versos la explotación del cobre, y los trabajos diversos con que este metal es sucesivamente transformado en campana, instrumento que se asocia á los grandes fastos domésticos del nacimiento, el matrimonio, la oración y la muerte. Longfellow ha cantado en su *Lluvia de verano* á los bueyes del arado, poesía en que rebosa el poderoso aliento de actividad del pueblo americano, y no ha mirado como indigna de su plectro la vida del herrero de pueblo y las facciones del « color de la casca » con que curte su piel el humo de la fragua :

Thus at the flaming forge of life
Our fortunes must be wrought ;
Thus on its sounding anvil shaped
Each burning deed and thought !

—"Tal, de la vida en la fragua,
Forjar nuestro bien debemos,
Labrando al fuego en su yunque
Cada *idea* y cada *hecho*." (R. P.)

Á este género de poesía pertenece la *Memoria sobre el cultivo del maíz*. Ennoblecer el trabajo, inspirar amor á la naturaleza, acompañar con emociones de placer las rudas labores del campo, asociar el trabajo de la imaginación y del espíritu á las fuerzas materiales del obrero, sostener á éste en sus penas, con la idea de que sus sudores merecen la estimación y el canto de seres privilegiados, tal es el pensamiento de este poema, y por tanto ninguno más elevado, más republicano, más digno de la lengua de los dioses. De la manera como GUTIÉRREZ ha desempeñado esta labor respondan la admiración, el amor con que ha sido recibido en Antioquía, en donde se han hecho ya varias ediciones de él, y la rapidez con que se ha popularizado en todos los Estados de la Unión.

Buscando en donde comenzar la roza,
De un bosque primitivo la espesura
Treinta peones y un patrón por jefe
Van recorriendo en silenciosa turba.

Vestidos todos de calzón de manta
Y de camisa de coleta cruda,
Aquél á la rodilla, ésta á los codos,
Dejan sus formas de titán desnudas.

El sombrero de caña con el ala
Prendida de la copa con la aguja,
Deja mirar el bronceado rostro
Que la bondad y la franqueza anuncia.

Atado por detrás con la correa
Que el pantalón sujeta á la cintura,
Con el recado de sacar candela,
Llevan repleto su carriel de nutria.

Envainado y pendiente del costado
Va su cuchillo de afilada punta;

Y en fin, al hombro, con marcial despejo,
El calabozo que en el sol relumbra.

Á esta gráfica pintura de la salida de los peones en busca de suelo propicio para la siembra, encontrado después en

. . . . . . un tendón de tierra
Que dos quebradas serpeando cruzan,
En el declive de una cuesta amena
Poco cargada de maderas duras;

la última de ellas, circunstancia importante, porque la presencia de maderas duras es indicante de terreno bravío, que suele comunicar al maíz la afección llamado *pelagre;* á esa pintura, decimos, suceden los trabajos de la *socola,* en los que los trabajadores

No miran en su ardor á la culebra
Que entre las hojas se desliza en fuga,
Y presurosa en su sesgada marcha,
Cinta de azogue, abrillantada undula;

Ni de monos observan las manadas
Que por las ramas juguetones cruzan;
Ni se paran á ver de aves alegres
Las mil bandadas de pintadas plumas;

Ni ven los saltos de la inquieta ardilla,
Ni las nubes de insectos que pululan,
Ni los verdes lagartos que huyen listos,
Ni el enjambre de abejas qne susurra.

Limpio el bosque de la vegetación inferior y de los bejucos que oponen su red intrincada á los pasos del trabajador, queda aquél reducido á sólo los gigantes de la montaña,

Semejantes de un templo á los pilares
Que sostienen su toldo de verdura;
Varales largos de ese palio inmenso,
De esa bóveda verde altas columnas,

de cuyas galanas copas

. . . . se desprende
Una constante, embalsamada lluvia
De frescas flores, de marchitas hojas,
Verdes botones y amarillas frutas;

y en donde

Muestra el cachimbo su follaje rojo
. . . .

El guayacán con su amarilla copa
Luce á lo lejos en la selva oscura,
Cual luce entre las nubes una estrella,
Cual grano de oro que la jagua oculta.

El azuceno, el floro-azul, el caunce
Y el yarumo, en el monte se dibujan
Como piedras preciosas que recaman
El manto azul que con la brisa undula.

Y sobre ellos gallarda se levanta
Meciendo sus racimos en la altura
Recta y flexible la altanera palma
Que aire mejor entre las nubes busca.

¡Cuantá belleza, cuánta sencillez y, sobre todo, cuánta verdad hay en el conjunto y en los detalles de esta descripción! La comparación entre la amarilla copa del guayacán, uno de los reyes de la selva, con el grano de oro que en la jagua luce, no puede ser más feliz en medio de un pueblo como el antioqueño, minero antes que todo. Toda la descripción es una mina poderosa en auríferos lechos de aluvión : los granos de oro de todos tamaños brillan allí á porfía.

Se oye crujir el árbol acometido por el hacha cuando en graciosa curva empieza á descender; se ve al peón triunfante apoyando el cubo de su arma sobre el tronco que vacila... y duda... y cae... y de la caída

... el trueno, al lejos, repetir escucha.

Es singularmente bella la pintura de la *galga*, operación militar en que la cuadrilla, obrando de concierto, mina tan sólo la fuerza de los árboles menores, y combina la caída de los más fuertes para que su peso aplaste á los débiles, como también sucede en las luchas de los hombres. Al caer la *galga*

El viento azota el destrozado monte,
Leves cortezas por el aire cruzan,
Tiembla la tierra, y el estruendo ronco
Se va á perder en las lejanas grutas.

Todo queda en silencio. Acaba el día,
Todo en redor desolación anuncia.
Cual hostia santa que se eleva al cielo
Se alza callada la modesta luna.

En esta última antítesis del estruendo ronco de la caída de los árboles, con el silencio solemne que inmediatamente le sigue al caer el día y levantarse callada, cual hostia santa, la modesta luna; en esa contraposición, al parecer tan natural, hay un arte profundo.

Imposible sería citar uno á uno todos los primores que en magníficos cuadros de la quema, la ranchería, la siembra, la procesión de rogativa (á la que, tal vez con punta de delicada malicia, llama el autor "método sencillo de regar las sementeras"), la escarda ó deshierba, el pajarero, la cocina de la roza, el maíz en cabello y la recolección de los frutos, se ostentan en esta espléndida composición, fruto sazonado de las meditaciones poéticas del autor. Mas no podemos poner punto á esta parte de nuestras observaciones á la *Memoria sobre el cultivo del maíz* sin citar ciertos pasajes que dan á conocer la condición actual del pueblo antioqueño; pasajes á que ocurrirán, pasados algunos siglos, los futuros historiadores que quieran conocer los puntos de partida de la civilización que habrá de desarrollarse en el porvenir de nuestras comarcas. Homero nos ha dejado relación exacta de los banquetes con que los reyes griegos de ahora tres mil años celebraban los sacrificios á los dioses;

por él sabemos cual era la alimentación de los griegos aliados, y por esa descripción sola podemos hoy recomponer los rasgos de esos pueblos reducidos á polvo, y calcular el adelantamiento ó el atraso de su estado social, con relación á las primeras necesidades del hombre. GUTIÉRREZ, GONZÁLEZ nos va á decir en términos completos cual es la del pueblo antioqueño. En el " pan de cada día " que el peón de esas montañas recibe agradecido de la bondad de la Omnipotencia, vamos á tener uno de los jalones históricos que han de servir para juzgar de nuestra situación presente, compararla con la de otros pueblos que acaso se creen más adelantados, y con aquella á que llegaremos algunos siglos más tarde.

El poeta nos pinta primero la cocinera de peones,

. . . . una muchacha
Ágil, arrutanada, alta y morena,
Que su saya de fula con el chumbe
En su cintura arregazada lleva;

muchacha no muy distante, en su altivez y aire de ninfa y aun en la filosofía con que su inocentemente levantada enagua

... la redonda pantorrilla muestra
Con inocente libertad, pues sabe
Que sólo para andar sirven las piernas,

de lo que eran en tiempo de la Odisea las hijas de Néstor, el rey de Pilos, para quienes tampoco eran desconocidas esas faenas.

Á continuación nos enseña, con paleta llena de magistral sencillez, que

El muchacho que ayuda en la cocina
Reparte á los peones las arepas;
De frisoles con carne de marrano
Un plato lleno á cada par entrega.

En seguida les da la mazamorra,
Que algunos de ellos con la leche mezclan;

Otros se bogan el caliente claro,
Y se toman la leche con la arepa.

Medio cuarto de dulce melcochudo
Les sirve para hacer la sobremesa,
Y una totuma rebosando de agua
Su comida magnífica completa.

Simpatizando luego, fundiendo su alma de poeta en el alma del pueblo, celebra con entusiasmo sencillo la abundancia de ese festín, para derramar el contento y la paz en el alma de sus compatriotas :

¡ Salve, segunda trinidad bendita,
Salve, frisoles, mazamorra, arepa !
¡ Con nombraros no más se siente hambre !

y exclama complacido

"¡ No muera yo sin que otra vez os vea !"

Poeta lleno de corazón, que sabe que la naturaleza humana nunca es tan alegre y profunda como cuando al lado de todas sus bellezas, de todas sus sublimidades, se une lo más tierno, lo más delicado que hay en la vida, el espectáculo de la niñez inocente, llena de alegría y de esperanza, - el alma humana, santa, pura, confiada en la Providencia, - nos conduce al fin de los trabajos agrícolas, bendecidos ya por el que todo lo puede, en compañía de

... los niños pequeños de la hacienda,
Después de conseguir con mil trabajos
Que conceda la madre la licencia.

Sale la gritadora, alegre turba
Á asistir juguetona á la cogienda,
Con carrieles y jíqueras terciados
Cual los peones sus costales llevan.

¿ Quién puede calcular las mil delicias
Que proporciona tan sabrosa fiesta ?

. . . .

También la juventud recuerdos guarda
De placeres sin fin... pero con mezcla.
. . . .
Esos recuerdos con olor de helecho
Son el idilio de la edad primera,
Son la planta parásita del hombre
Que, aun seco el árbol, su verdor conservan.

Este poema nos parece la obra de la madurez del ingenio en GUTIÉRREZ, y una de las coronas de la literatura propiamente nacional que, con *Las Convulsiones,* de Luis Vargas Tejada; el *Alcalde á la antigua,* de José María Samper; *María,* de Jorge Isaacs y *Ricaurte en San Mateo* (¡contraste extraño! que la imparcialidad y la justicia exigen consignar aquí, hoy 17 de abril, fecha de la celebración del centenario de los comuneros de Santander y día en que se ratifica el tratado de paz con España), de Emilio Segura, generoso amigo español, son de lo más selecto en nuestro Parnaso.

La inspiración del poema es enteramente nacional-antioqueña. No hay que pedirle esmero en el empleo de voces estrictamente españolas: él no pulsa el laúd para los académicos de Madrid, sino para el pueblo que vive en nuestras cabañas; no canta las magnificencias del lujo cortesano, sino los « cortos y sencillos anales del pobre ».

Con el respeto debido á la ilustrada opinión de los que quisieran borrar de *nuestra* literatura todo vocablo provincial no consagrado por el uso de los escritores de la península española, nos será permitido expresar el concepto de que, siendo el lenguaje hablado la mera expresión refleja de las impresiones que recibe el cerebro al través de los sentidos, el eco natural é inconsciente que devuelve nuestra organización interior del golpe de la naturaleza exterior, no puede estar sujeto al principio de autoridad de poblaciones sometidas á influencias enteramente distintas de las nuestras, ni puede obedecer á dogmas emanados de metrópolis separadas de nosotros por la inmensidad de las soledades del Océano. Las lenguas no son creaciones artificiales y caprichosas de

la voluntad de los sabios : son producto involuntario de las acciones y reacciones incesantes á que da lugar el contacto del hombre con la naturaleza, tan variada en sus formas y en sus influencias por las latitudes, los climas, la conformación del suelo, el estado de la vida social y las instituciones políticas. La unidad de lenguaje es uno de los vínculos de unidad positiva en los hombres que pertenecen á una misma nacionalidad ; de suerte que la comunidad exacta del lenguaje puede llegar á ser una condición de integridad nacional. Comprendemos, pues, que en España deseen ardientemente no sólo los maestros de la lengua, sino los hombres de Estado, reducir el habla española, de cuatro ó cinco lenguas principales, á un solo tipo común ; á lo cual se ha opuesto, invenciblemente hasta ahora, la inflexible tenacidad de los hechos mismos : origen distinto de las diversas razas españolas (fenicias las unas, semi-arábigas las otras, indo-germánicas las del centro y célticas las del norte de la península); aislamiento de los diversos grupos de población, separados unos de otros por las seis cadenas de montañas que surcan el suelo arrugado de la península ; ocupaciones diversas de los diferentes pueblos, - comerciantes los de la costa del mar, mineros los que habitan las montañas, agricultores los habitantes de los valles. Si allá se ha experimentado esta dificultad, á pesar de encontrarse las poblaciones en proximidad y casi en contacto, ¿qué no sucederá respecto de nosotros, que nos separamos de España en guerra de quince años, y que vivimos á más de dos mil leguas de distancia, sin comercio ni trato alguno con ella? Para expresar mejor nuestro pensamiento en esta materia, diremos que, aceptando la unidad de lenguaje como una conveniencia de múltiple aspecto, creemos que, por la naturaleza de las cosas, no puede pasar de unidad en una *federación literaria*.

Volviendo al *Cultivo del maíz*. La armonía del verso es imagen fiel del aire antioqueño, de ese pueblo naturalmente poeta por su familiaridad con la naturaleza, - cazador,

montañés, minero, - quien, semejante á las águilas, busca para levantar su casita blanca las mesetas más altas de las montañas, probablemente en compensación de que pasa los días en el fondo oscuro de los socavones de la minas. Tentados estamos á decir que hasta hay algo en la cadencia del verso parecido al dejo natural del hablar antioqueño. Por lo demás, es un canto digno de la patria de ZEA, CÓRDOBA y JOSÉ FÉLIX RESTREPO, el estadista, el guerrero y el Juez incorruptible, tipos de lo que llegará á ser algún día el pueblo antioqueño, - tipos formados en la guerra de la independencia, que en los senos oscuros del centro de la tierra conservarán « las madres », guardadoras de los nobles modelos de la humanidad, según la poética expresión de Goethe.

V

Con excepción de los tiempos en que estudió en el Colegio de San Bartolomé, de 1845 á 1847, y de tres ó cuatro residencias que hizo en Bogotá como miembro del Congreso, muy pocas noticias hemos podido recoger acerca de la vida de GUTIÉRREZ GONZÁLEZ.

Sebemos tan sólo de sus primeros años que nació en la *Ceja del Tambo* *, risueño pueblecito situado en la falda oriental de la cordillera que separa los valles de Rionegro y Medellín, el 9 de mayo de 1826; que fueron sus padres el señor José Ignacio Gutiérrez y la señora Inés González; que desde muy tierna edad fué separado del seno de su familia, que le envió á estudiar al Seminario de Antioquía, y luego, puesto al cuidado de su primo el señor Juan de Dios Aranzazu, á Bogotá, al Seminario de la Arquidiócesis, en donde concluyó sus estudios de literatura y filosofía; que hizo, en

* En la casa de campo llamada *El Puesto*, como á una milla al oriente de la población.

seguida, los de jurisprudencia en la Universidad nacional (Colegio de San Bartolomé), y los coronó recibiendo allí el grado de Doctor y el título de Abogado en la Suprema Corte de la Nación, en 1847.

Había heredado sin duda de su madre los gustos literarios que tan precozmente se desarrollaron en él. Según se nos ha informado, la familia González había sido distinguida por las aficiones literarias y el numen poético natural de varios miembros de ella, y la señora González de Gutiérrez conoce (pues vive aún en Sonsón, Estado de Antioquía, á la avanzada edad de 97 años) los clásicos españoles y recita á veces de memoria largos trozos de composiciones selectas, principalmente de Calderón de la Barca, su poeta favorito. Tan largo vivir ha producido en ella un fenómeno raro, de que no faltan ejemplos en personas de mucha longevidad, de una muerte parcial en los órganos de la memoria, que llega en ella hasta el punto de preguntar en ocasiones con angustiosa curiosidad quién es ese GREGORIO GUTIÉRREZ GONZÁLEZ. Si el beleño de un siglo entero ha oscurecido en su mente el recuerdo de los inefables dolores de la maternidad, al menos es permitido esperar que ¡misterio sublime! el alma de su hijo se ha transfigurado en la suya propia bajo la forma de un cantor invisible, cuyas melodías penetran todo su ser con las delicias singulares de ese nuevo alumbramiento espiritual.

Esa necesidad de expansión poética debió de acrecentarse en GUTIÉRREZ con la influencia de su primo el señor Juan de Dios Aranzazu, — hombre de Estado distinguido, que fué Secretario de Relaciones Exteriores en la Administración del general Santander, y de Hacienda en la del doctor Márquez, — cuyo salón era uno de los más brillantes centros literarios y políticos de esta ciudad. El señor Aranzazu tenía espíritu cultivado, era admirador de los clásicos antiguos, y es natural suponer que en esas reuniones, frecuentadas por estadistas literatos como los señores Lino de Pombo, Rufino Cuervo, Joaquín Acosta, José Francisco Pereira y otros, para

quienes no era extraño el trato de las musas, GUTIÉRREZ GONZÁLEZ, casi niño aún, pusiese oído atento y recibiese el contagio de esa afección que algunos llaman aquí la lepra de la poesía : enfermedad sagrada.

Corrían los años de 1845 y 1846 : asistíamos á unas mismas clases, estudiábamos, entre otros, en un mismo claustro ó manteníamos estrecha comunicación de amistad con GREGORIO GUTIÉRREZ GONZÁLEZ, Antonio María Pradilla, organización delicada, corazón amante, fisonomía distinguida, que recordaba el ideal de los pintores en la representación humana de los rasgos de Cristo y que fué, probablemente, el hombre más bello de esos días; Santos Gutiérrez, todo resortes de acero, á un mismo tiempo adusto y jovial, cuyo porvenir, de fama guerrera, presentíamos instintivamente todos sus condiscípulos; Juan Salvador y Manuel Ignacio Narváez, poeta y escritor muy notable el primero, espíritu de jurisconsulto eminente, estudioso y serio, sereno y triste el segundo; Narciso Gómez Valdés, una de las figuras más simpáticas, dulces é inteligentes de ese grupo, y que tan pronto había de ofrecer su vida en holocausto á la República; Félix Pulgar, siempre festivo, siempre amigo leal, valiente como la espada de Bernardo; Scipión García Herreros, de claro talento y carácter vigoroso; Francisco Malo Manzano, tan estudioso y formal como amable y risueño, precozmente blanco de canas, cada una de las cuales atribuía Januario Salgar á una retreta, rato musical que no perdió una sola vez en toda su vida; Alipio Mantilla, inteligencia penetrante y cáustica; Antonio Durán, alto, rubio, agradable, de chistosa y amena charla como pocos : muertos todos ya. Juan de Dios Restrepo, Manuel Pombo, Miguel y José M. Samper, José M. Rojas Garrido, Carlos Martín, Pablo Currea, Carlos Chaves, Nicolás, Próspero y Guillermo Pereira, Januario Salgar, José de Jesús Alviar, Manuel Vicente de La Roche, Ramón Martínez Benítez y Manuel Uribe Ángel, entre los vivos. En ese grupo de jóvenes, amigos todos, y cuya amistad ha sobrevivido al través de no pocas

vicisitudes, sobresalía GREGORIO GUTIÉRREZ y era particularmente estimado y querido, por su carácter simpático y dulce; pero, más que todo, por las revelaciones poéticas de su ingenio, en las que, semejante á Petrarca y Schiller, para quienes fué decididamente antipático el estudio de la jurisprudencia, empleaba aquél de preferencia sus vigilias.

Vivíamos en pleno Parnaso. Las escasas horas de descanso en nuestros estudios, y algunos momentos que furtivamente sustraíamos á D. Juan Sala y á Febrero, eran empleados en la lectura en común de poesías españolas y venezolanas y en la de novelas. Hacían el gasto principal de las primeras, Zorrilla, Espronceda, Bermúdez de Castro, García Tassara y Abigaíl Lozano, y de las segundas, Alejandro Dumás, Walter Scott, Eugenio Sue y Carlos Nodier : nos expresábamos para todo en lenguaje poético, tomado de los autores favoritos. Nadie, sin embargo, superaba al *Antioco* en la oportunidad de sus reminiscencias. Si algún domingo le sorprendíamos todavía en la cama á las diez del día,

« Oh! ¿qué mano fatal me arranca el sueño?
. . . .
¿Quién, á esa luz fatídica y sombría,
Fantasma de terror, contemplo allí? »

contestaba sin vacilar á nuestros apóstrofes de perezoso y dormilón. El convite á tomar dulce de moras con cuajada de las doce del día, lo llamaba él

« La dulce boca que á gustar convida
Un humor entre perlas destilado ».

Si alguna señorita alargaba la cabeza desde un balcón para vernos pasar, á nosotros, que, reclutas todavía en las artes del coqueteo, esquivábamos la artillería de los balcones,

« Levantas tu cabeza entusiasmada,
Cual blanco cisne que apacible nada
Sobre la espuma del rizado mar »,

decía él con voz asustada y ocultando la cabeza bajo el ala del sombrero.

No bailó nunca, aunque sus compañeros, entregados á todo linaje de estudios, inclusive los de Terpsícore, nos entregábamos con furor en la noche del sábado á esa calisténica; en la que todo el gasto se reducía al de una guitarra y un tambor; media botella de mistela de amapolas, reputada esencia poética; cuatro frascos desbocados, pero diestramente ocultos los estragos del tiempo con un clavel delicadamente puesto sobre la brecha, llenos de orchata y naranjada; y media docena de velas. GUTIÉRREZ, sin embargo, nos acompañaba siempre é introducía con oportunidad sus clásicas asociaciones, y al fin, después de mucho meditar para distinguir la música del valse de la de la contradanza, descubrió que el compás del primero era verso de ocho sílabas, y alejandrino, ó de arte mayor, el de la segunda.

Semejante á Petrarca y al Tasso, se alimentaba también de amores ideales. Una virtuosa y bella señorita, de grandes ojos rasgados y dulces, á quien vió alguna vez en una ventana, le inspiró una pasión semejante á la de Petrarca por Laura, de quien sólo creyó el cisne de Arezzo tener respuesta afirmativa á las fervientes declaraciones de sus sonetos, veinte años después de la muerte de ésta; declaración que, probablemente, por venir del cielo, más distante de la tierra que las más apartadas nebulosas, tardó tanto tiempo en el camino. Mas no por eso era menos intensa, y aun podremos decir, menos fantásticamente verdadera la pasión de nuestro poeta. Parecía presentir á ese ídolo convencional, antes de verle, en los tumultuosos latidos del corazón; poníase pálido, y en ocasiones era necesario sostenerle y casi arrastrarle, si la bella Temilda llegaba á pasar cerca de él. Complicóse esta afección erótica con alguna enfermedad real que producía palpitaciones desordenadas en el corazón, y habiendo consultado á un eminente Profesor de medicina, cuyos fallos eran reputados inapelables, éste creyó encon-

trar señales de una aneurisma muy adelantada, y le aconsejó discretamente regresar sin demora á la casa de sus padres.

Á tan terrible sentencia estalló el sentimiento de GUTIÉRREZ en una despedida compuesta en el acto, de la que sólo recordamos la primera estrofa :

Ya de mi cítara las tristes cuerdas
Sólo entre lágrimas darán su voz.
¡Adiós, bellísima Temilda ingrata,
Mi labio trémulo te dice adiós!

Y estos otros acentos, que nos leyó al siguiente ó al tercer día, escritos, con mano convulsa, en lo que él creía positivamente su lecho de muerte :

Morir... morir... un eco misterioso
Parece repetir estas palabras
En el fondo del alma. . . . .
. . . .

Ya de mi vida el último reflejo
Siento que débil en mi pecho vaga,
Cual la luz moribunda de la antorcha
Que con más brillo al expirar se inflama.
. . . .

Y las fuentes, los árboles, las rocas,
Con muda voz pero elocuentes hablan,
Y ADIÓS me dicen... un ADIÓS eterno
Que incisivo desgarra mis entrañas...
. . . .

El suave soplo de la brisa errante,
Que juguetona en mis cabellos vaga,
De un cadáver mañana los cabellos
Ha de rizar con voluptuosas alas...

Y ese sol cuya lumbre diamantina
Como torrentes sobre mí arrojaba,
Sus mismos rayos y su misma lumbre
Sobre mi tumba verterá mañana.

Más brillante tal vez. . . . . .
. . . .

¿Qué es la muerte de un hombre, si á lo grande
De millares de mundos se compara?
Una gota pequeña de los mares
Por el rayo del sol evaporada...

Melancólicas quejas de cisne moribundo, seguidas por la viril reacción de una alma fuerte.

El aire puro de los campos natales y el dulce calor del regazo de la madre, conjuraron sin duda esos tristes augurios. El cantor de su propia muerte volvió al colegio á los pocos meses robusto y fuerte, para dar, como dió, fin á sus estudios de jurisprudencia; pero la garra de la fiera parecía haberle dejado su cicatriz en el alma : el velo de melancolía que había oscurecido sus esperanzas no se disipó ya nunca en sus días. La visión de *desgracia* que había hecho palidecer la luz de sus auroras, no se apartó ya de él y respira en muchos de sus cantos :

Yo te conozco, maga engañadora,
Porque tu imperio hasta mi vida alcanza,
Tú, que empiezas do acaba la esperanza,
Y mueres de la tumba en el dintel.
Con anchos pliegues tu luctuoso velo
Al mundo cubre, maga omnipotente.
Tú tienes un altar en cada frente,
Y cada corazón es tu dosel.
. . . .

Tú eres el genio que al infante vela
Desde que duerme en la inocente cuna,
Para matar solícito una á una
Las ilusiones que al soñar creó.
Compañera del hombre, tú enloqueces
Su pobre corazón con la esperanza,
Y le muestras la dicha en lontananza
Para decirle al acercarse : ¡huyó!

Coronados ya sus estudios, regresó GUTIÉRREZ á Antioquía en 1848. Pleitos en defensa del disputado patrimonio de su familia le obligaron, mal de su grado, á consagrarse por algunos años á las para él doblemente tediosas labores del foro, sin que sepamos nada digno de mención relativo á su vida en los dos años que transcurrieron hasta 1850.

En este año contrajo matrimonio con la bella señorita Juliana Isaza*, quien supo inspirarle esa pasión profunda que se ha esparcido como aromas de imperecedero jazmín en la noche estrellada; que sobrevivió á todas las vicisitudes, le sostuvo en todas sus congojas, le acompañó en todas sus alegrías, y le arrancó esos cantos inmortales que han levantado á la bella JULIA al empíreo de los poetas, al lado de Laura, de Beatriz y de Leonor.

Entonces calló. Contraído todo á su felicidad, los diez años de 1848 á 1858 pasaron en silencio y en un instante para él. Durante ellos desempeño los destinos de Ministro del Tribunal de la Provincia de Córdoba, Magistrado del Tribunal Superior de la de Antioquía, Diputado á la Asamblea del Estado, y Senador y Representante al Congreso.

La voz de otro poeta vino á sacarle de la oscuridad, preguntándole en sentidas estrofas la causa inexplicable de su silencio, á las que contestó :

¿Por qué no canto? ¿Has visto á la paloma
Que cuando asoma en el oriente el sol
Con tierno arrullo su canción levanta,
Y alegre canta
La dulce aurora de su dulce amor?

Y ¿no la has visto cuando el sol se avanza
Y ardiente lanza rayos del cenit
Que fatigada tiende silenciosa
Ala amorosa
Sobre su nido, y calla, y es féliz?
. . . .

* Hija del señor Félix José de Isaza y de la señora Casimira Ruiz.

¿Conoces tú la flor de batatilla*,
La flor sencilla, la modesta flor?
Así es la dicha que mi labio nombra;
Crece á la sombra,
Mas se marchita con la luz del sol.

El público adjudicó á GUTIÉRREZ, en réplica, las últimas líneas que dirigía él á Domingo Díaz Granados, autor de aquella poética interpelación:

¡Canta, que es sólo á los aplausos dado
Con eco prolongado
Tu voz interrumpir...! Debes cantar.
. . . .
Que sin cesar y por doquier resuena
Y el aire llena
La dulce vibración de tu laúd.

No hay sombras para ti. Como el cocuyo
El genio tuyo ostenta su fanal;
Y huyendo de la luz, la luz llevando,
Sigue alumbrando
Las mismas sombras que buscando va.

Entonces vino al Congreso. Después de tantos años de ausencia, ¡con cuánto placer volvimos á estrechar su mano y á gozar rejuvenecidos, en interminables coloquios, con la leal correspondencia de su amistad! Reuníamonos una vez por semana, á lo menos, ordinariamente los sábados en la noche, en las casas de Manuel Pombo, Juan de Dios Restrepo, Luis Bernal, Diego Suárez ó en la del que esto escribe, las personas nombradas, y á veces también, en las raras ocasiones en que le era dado venir de Juntas de Apulo, en donde vivía, Antonio María Pradilla. Solía acompañarnos también José María Vergara, el siempre lamentado Vergara, de tan espiritual y sabrosa conversación. Un modesto cho-

* El convólvulo azul que despliega sus pétalos de las seis á las nueve de la mañana tan sólo, y que los ingleses llaman *morning glory*.

colate á la Pepe Santander, es decir, con algunas ilustraciones á la bogotana antigua, y un pequeño vaso de Jerez, servían de pretexto á las pláticas más deleitosas de que tenemos recuerdo. Hablábamos de poesía, crítica literaria, viajes, costumbres, historia nacional, y muy rara vez de política. Leíamos casi siempre algún trozo nuevo y escogido. GREGORIO solía llevarnos algunas de sus poesías que no conocíamos; Juan de Dios Restrepo leía, en pruebas de periódico, tal cual de sus artículos próximo á darse á luz; Vergara recitaba alguna de las trovas en que su ingenio original y sencillo se empeñaba en seguir las huellas de Trueba; y una vez por milagro, venciendo su invencible modestia, nos recitó Pombo una de sus expansiones secretas.

Recordamos, por ejemplo, el vivo enternecimiento con que nuestro amigo oyó las siguientes líneas de una composición de Vergara sobre el tema de *Un peregrino* que por vez primera se ausenta de la casa paternal :

Por devoción de mi madre,
Llevo suspendido al cuello
Un relicario bendito
Con una trenza de pelo.

La delicada sencillez de esta idea arrancó una lágrima á GUTIÉRREZ, quien sin duda se transportó en recuerdo al lado de su madre, á quien él había cantado también, en estas estrofas :

De mi madre en el seno adormecido
¿Qué turbaba mi sueño? Atenta y cauta
Velaba ella por mí como el Eterno
Á sus criaturas bondadoso guarda.

¡Ah! ¡cuántas veces rebosando en gozo
Mis brazos enlazaban su garganta!
¡Cuántas mi propia vida la creía
Cuando el labio materno en mí posaba!

Entonces su existencia y mi existencia
Una, una sola, entre las dos formaban!

Siempre, buen Dios, unidos hijo y madre
Un mismo cuerpo son, una misma alma.
. . . .
 Aun paréceme ver los viejos troncos,
De cardos llenos y de añosas ramas,
De árboles respetados por el tiempo
Que al hogar paternal vecinos se hallan.
. . . .
 ¡ Salve, oh ancianos hijos de la selva !
¡ Salve, oh amigos de mi edad temprana !
Vuestro mustio follaje es hoy mi dicha,
Es cada hoja una ilusión colgada.

Causóle asimismo viva admiración y entusiasmo un soneto, que en medio de una relación de viaje por el Quindío, y sin parar mientes en lo que hacía, como parte de la relación misma, nos recitó Manuel Pombo.

De paso para Cartago, habiendo, sin duda, dejado atrás algo .. había llegado á almorzar á « La Palmilla. » Es éste un sitio pintoresco de la montaña, desde donde se divisan el caserío de Ibagué, el curso del Combeima, las llanuras que se extienden en suave plano inclinado hasta el Magdalena, y aun casi la misma línea de este río, que se pierde en la penumbra. Una nube del Quindío descargaba sobre Ibagué una ligera llovizna, por en medio de la cual se veía el paisaje como al través de una lágrima. En el corredor de la casa colgaba una jaula, en la que una gran mirla negra con círculo amarillo al rededor de los ojos, alternativamente miraba el campo que estaba á sus pies y entonaba sus cantos, que parecían inspiración directa de la tristeza que caía del cielo sobre las faldas y los valles. Pombo, que la oía y la contemplaba en silencio, sacó el lápiz de la cartera y escribió en la pared :

 Ave desventurada que deploras
En tu prisión tu libertad perdida :
¡ Esclava tú, para volar nacida... !
¡ Hija del aire, entre la jaula lloras. !

Si tus dichas pasadas conmemoras
Y á ellas comparas tu presente vida,
Si está ya tu esperanza concluída,
¡Ay! ¡cuán amargas pasarán tus horas!

Yo solo puedo amarte y comprenderte,
Estimar tu lentísima agonía,
Saber tu pronta, prematura muerte;

Porque si es triste, mísera tu suerte,
¡Ave infeliz! como tu suerte impía
Así es la suerte desgraciada mía.

Imposible fué obtener de Pombo que nos repitiera ó nos dictara el soneto, y al fin nos fué preciso, apelando á nuestra memoria y en auxilio á la muy feliz de José María Vergara, recomponer lentamente la armonía que nos había quedado vibrando en el alma.

Era GUTIÉRREZ muy popular en esta ciudad, y todos los salones se abrían delande de él honrados y complacidos. Él no frecuentaba mucho los círculos elegantes, excepto la mesa y el salón de la señora Hortensia Lacroix de Suárez, en donde era siempre afectuosamente acogido por ella y por la hoy señora Isabel Bunch de Cortés, entonces uno de los más frescos pimpollos de rosa que había en esta ciudad, en la sociedad de las cuales mostraba él viva complacencia.

. . . .

Aunque avanzado en sus ideas y en extremo tolerante con las de los demás, era conservador de nacimiento, y siguió á su partido en los campos de batalla de 1860 á 1862, con un valor y una constancia que no hubieran podido sospechar los que sólo le conocieron superficialmente. Pasada la guerra y reunida en Rionegro la Convención de Febrero de 1863, desde el día 5 ó 6 de ese mes le vimos ya en busca nuestra en la casa que habitábamos allí Los conservadores no tenían por lo general mucha franqueza en esa ciudad, en donde los empréstitos forzosos, la cara poco amable del general Mendoza Llanos, jefe de los batallones

que hacían guarnición, y la presencia nada tranquilizadora del general Mosquera, formaban para ellos un lugar semejante á lo que puede ser para los ratones el aposento del gato. GUTIÉRREZ, sin embargo, en compañía familiar del *Tuso*, como amistosamente era llamado el entonces Jefe vencedor tan popular del mismo apellido, y de otros convencionales amigos suyos, paseaba desembarazadamente con el aire de un diputado ó general vencedor, más bien que con el encogimiento de un vencido. De repente desapareció.

Figuró luego en la guerra local, y tomó en el combate de « Cascajo », en enero de 1864, una parte tan activa, que, según se nos ha informado, se pensó en proclamarlo gobernador provisional del Estado. Él, sin embargo, declinó modestamente este honor é instó por que fuese designado para él su amigo el señor Pedro J. Berrío, á quien acompañó después por algún tiempo en el puesto de secretario de Guerra.

La guerra general de 1860 á 1862, en la cual tomó parte activa, había agotado sus recursos, consumiendo el último resto de su haber patrimonial, y GUTIÉRREZ había resuelto ocultar su pobreza y su familia en las soledades de *La Mesa*, pequeño desmonte abierto en el corazón de una montaña, vecina á la confluencia de los ríos La Miel y Samaná, sobre las vegas del Magdalena y cercano á las minas del *Mulato*, en las que aquél había fundado siempre muchas esperanzas.

No *pintó* bien la mina, ni la hacienda; pero en ella halló un venero más rico que el de Potosí, ya agotado, ó que el famoso moderno de Comstock, en Nevada, que se agotará: halló el *Poema sobre el cultivo del maíz*, filón que no tendrá término en muchos siglos. Forzado empero á abandonar esas soledades por las vivas instancias de sus amigos, vencido por las fiebres, los insectos y la falta de salida para los productos, alzó otra vez sus penates y regresó á Sonsón. En seguida desempeñó con imparcialidad y rectitud, de las que

estamos seguros los que le conocimos á fondo, durante un período, una plaza de magistrado en el Tribunal superior de Antioquía.

Aquí termina (1868) la carrera pública de GUTIÉRREZ, y empieza la lucha desesperada con la fatalidad, que casi siempre ha seguido los pasos de los poetas. Semejante á los titanes de las antiguas tradiciones griegas, quienes, alzando el monte Ossa sobre el Pelión, quisieron escalar el Olimpo, y quienes, en pena de su osadía, fueron sentenciados á diversos suplicios simbólicos de lo que es la lucha de la existencia; GUTIÉRREZ, que hasta aquí había dado vuelta hacia adelante á la rueda de Ixión, sintió flacas sus fuerzas y la rueda se volvió contra él y lo aplastó. Su espíritu volvió las espaldas á la vida, para vivir sólo en la región de la muerte. Entonces, si no nos engañamos, debió de hacer la versión de esta parte de las *Melodías hebreas* de Lord Byrón, que explican patentemente la disposición de su alma:

Si en el mundo distante de este mundo
Se goza del amor que sobrevive,
Si allá se encuentra el corazón querido
Que del nuestro en la tierra se despide;

Si allá vemos los ojos que aquí amamos,
Mas sin lágrimas ya, pues son felices,
¡Benditas para siempre esas esferas
Que el pensamiento más allá concibe!

Si eso es así ¡cuán dulce nos sería
Morir al punto, Eternidad terrible,
Ya perdido el temor con los reflejos
De los torrentes de tu luz sublime!

Pareció sentir los duros, fríos pasos de la muerte; la antigua visión que, semejante á la de Filipes, se le había aparecido á la luz de la aurora, debió de volver á mostrarle en las sombras de la noche su faz lívida y melancólica, alumbrada por los pálidos fulgores de otros mundos distantes.

Faltóle ya hasta la luz de la esperanza...... y desmayó. Tomando el nombre de una señorita extranjera, alguno le dirigió desde lugar distante una epístola poética, invitándole á cantar de nuevo á su JULIA, y en la respuesta deja GUTIÉRREZ escapar el desaliento profundo en que había entrado :

Ya no puede tener mi acento brío ;
Gasté todo..... hasta el filo del dolor ;
Ya ni al aspecto del pesar suspiro
. . . .

Angustia sólo puede dar angustia ;
Con el musgo arrancado de una tumba
¿ Quién puede una cabeza coronar ?

Antes siquiera en mi dolor soñaba
Con *esperanzas, ilusiones, fe* :
De mariposa encantadoras alas,
. . . .
Fuegos fatuos que mueren al nacer.

Mas ya la realidad con su esqueleto
No hace vibrar las cuerdas del laúd......
Pasado y porvenir están ya muertos......
¡ Tantas noches amargas sin un sueño !
¡ Tantas sombras en torno, y ni una luz !

« *Pasado y porvenir están ya muertos...*
¡ Tantas sombras en torno, y ni una luz ! »

Pocas veces había producido la musa elegiaca dísticos de tanto poder, en que el sentimiento profundo se combinase tan admirablemente con la sencillez de la expresión.

Antes de morir, GUTIÉRREZ volvió otra vez los ojos á JULIA, el ángel de resignación y consuelo que había encendido la antorcha de sus dichas pasadas y calmado la fiebre de sus noches de insomnio :

¡ Mucho, mucho, mi Julia, hemos sufrido !
Un abismo descubro entre hoy y ayer :

Mas el débil fuí yo, yo fuí el vencido;
Tú, fuerte de los dos, tuviste fe.

Y tu fe te ha salvado y me ha salvado,
Pues unidos vinimos hasta el fin,
Cual dos olas gemelas que han rodado
En busca de una playa en que morir.

. . . .

Empero, la borrasca no te arredra,
Aunque se avanza hacia nosotros dos,
Y has querido morir como la hiedra
Que se abraza del olmo protector.

Fué desigual la unión de nuestros lares:
Yo con mis faltas, tú con tu virtud;
Tú dándome tu amor, yo mis pesares...
¡Oh! ¡debiste salvarte, sola, tú!

¡Espectáculo triste, que no puede menos de llevar frío á las almas nobles! ¡El poeta inspirado, rodeado de la esposa y los hijos, sin pan! ¡El águila enredada en las zarzas contemplando, vencida, las regiones del aire! GUTIÉRREZ GONZÁLEZ pensó entonces por primera vez en recoger sus poesías dispersas por los vientos y hacer de ellas una edición, para alimentar á sus hijos, decía llorando, con el valor venal de sus propias lágrimas.

Esa edición, muy incorrecta, se hizo en Medellín, en 1869.

¡Tal vez alcanzó á producir lo suficiente para pagar el entierro del poeta!

. . . .

Él se arrastró tres años aún en medro de congojas supremas.

En 1871 vino á Bogotá á hacer el cobro del valor de unas tierras expropiadas, en parte, á su familia en 1863; pero al llegar aquí encontró que otro apoderado había arreglado ya la reclamación, de la cual tal vez no alcanzó á obtener lo necesario para cubrir los gastos del viaje. ¡Última esperanza!

Vímosle entonces, decaído y sin aliento. Hablamos otra vez de poesía, y entusiasmados leímos una composición de una ave de nuestros bosques tropicales, llevada por el huracán

« ...... á caer inerte y desalada
En extranjera jaula triste y fría. »

Era un *Preludio de Primavera**, con que tras larga noche de invierno, de triste, forzada reclusión, saludaba la prematura vuelta del sol ese pajarillo de las selvas en que la primavera es perpetua :

Ya viene la galana Primavera
Con su séquito de aves y de flores,
Anunciando á la lívida pradera
Blando engramado y música de amores.

Deja, ¡oh amiga! el nido acostumbrado
En frente de la inútil chimenea;
Ven á mirar el sol resucitado
Y el milagro de luz que nos rodea.

Deja ese hogar, nuestra invención mezquina;
Ven á este cielo, al inmortal brasero
Con que el amor de Dios nos ilumina
Y abraza como Padre al mundo entero

Ven á este mirador; ven y presencia
La primera entrevista cariñosa
Tras largo tedio é inconsolable ausencia,
Del rubio sol y su morena esposa.

Ella no ha desceñido todavía
Su sayal melancólico de duelo,
Y en su primer sonrisa de alegría
Con llanto de dolor empapa el suelo.

No esperaba tan pronto al tierno amante,
Y recelosa en su contento llora,

* De Rafael Pombo.

Y parece decirle sollozante
¿Por qué, si te has de ir, vienes ahora?

Ya se oye palpitar bajo esa nieve
Tu noble pecho maternal, Natura,
Y el sol palpita enamorado, y bebe
El llanto postrimer de tu amargura.

¡Oh qué brisa tan dulce! Va diciendo:
«Yo traeré miel al cáliz de las flores;
«Y á su rico festín ya irán viniendo
«Mis veraneros huéspedes cantores.»

¡Qué luz tan deliciosa! Es cada rayo
Larga mirada intensa de cariño;
Sacude el cuerpo su letal desmayo
Y el corazón se siente otra vez niño.

Ésta es la luz que rompe generosa
Sus cadenas de hielo á los torrentes,
Y devuelve su plática armoniosa
Y su alba espuma á las dormidas fuentes.

Ésta es la luz que pinta los jardines
Y en ricas tintas la Creación retoca;
La que devuelve al rostro los carmines
Y las francas sonrisas á la boca.

Múdanse el cierzo y ábrego enojosos
Y andan auras y céfiros triscando,
Como enjambre de niños bulliciosos
Que salen de su escuela retozando.

Naturaleza entera estremecida
Comienza á preludiar la grande orquesta,
Y hospitalaria á todos nos convida
Á disfrutar su regalada fiesta.

Al fin soltó su garra áspera y fría
El concentrado y taciturno invierno,
Y entran en comunión de simpatía
Nuestro mundo interior y el mundo externo.

Como ágil prisionero pajarillo
Se nos escapa el corazón cantando;
Y otro como él, y un verde bosquecillo,
En alegre inquietud anda buscando......

La tristeza de GREGORIO nos llenó de dolor; pero fué preciso apretarle la mano con el presentimiento de que sería la última vez...

Á su regreso á Antioquía, en compañía de Demetrio Viana, dormía una noche en una playa del Magdalena, abajo de Honda, en un triste rancho batido por la lluvia, habitado por los zancudos, esperando tomar al día siguiente el vapor para bajar á Nare. La noche fué una sola vigilia. Al amanecer, alzando « Voz de dolor y canto de gemido », dictó á su amigo las siguientes líneas :

¡Oh noche oscura! ¡ oscura, oscura noche!
Voy á matar mi luz artificial,
Y me quedo conmigo en otra noche
Más oscura que tú, mi propio mal.

Entre dos pabellones que se elevan
Si negro es el de arriba, el mío es más :
De esas cortinas ¿cuál me infunde miedo?
Me infunde miedo la que tengo acá.

Voy á mi lecho, estrujo mi ropaje,
Dando sin descansar vueltas en él;
Vuelve el alma sus ojos hacia dentro,
Y oscuridad en su contorno ve.

Pero en su fondo no, pues donde quiera
Algo hay que punza y en relieve está.
No se puede borrar de la conciencia
Lo que puede borrar la oscuridad.

Los ojos hacia dentro, te aseguro,
Los infusorios de la vida ven,
Microscópicos seres que un cocuyo
Con su luz vacilante hace tremer.

Pocos días antes había dicho, dirigiéndose al mismo amigo :

¡ Aleluya, aleluya! Ya la muerte
Con su dedo de hielo me tocó;
Si el fin preciso de la vida es ése,
Mientras más cerca nuestro fin, mejor.

. . . .

Si nadie se alza de su helada tumba,
Si no se resucita nunca aquí,
¡Oh, bendita la muerte, que asegura
Que jamás volveremos á vivir!

¿Dónde está la desgracia? ¿En dónde se halla
Jamás felicidad, siempre dolor?
En la vida ¿no es cierto? Y si ella acaba
¿Será el morir felicidad, ó no?

Semejante á Job, GUTIÉRREZ, EL GRAN POETA, rasgaba sus vestiduras, « porque su camino había sido escondido y Dios lo había cercado de tinieblas, y aguardaba la muerte, tarda en llegar, como el avaro que cava un tesoro ».

Sin embargo, su última palabra, lo último que escribió fué UNA ORACIÓN:

Bien hace aquel que prosternado cae
Y confiesa y alaba á su Señor;
Creer y confesar tal vez lo salven,
Pero es dulce, es mejor pedirle á Dios

Confiad en la oración, llama que sube
Hasta las salas de la eterna luz,
Telégrafo instantáneo que nos une
Con la patria de amor, patria común.

Las plegarias, que son alas del alma
La llevan recta hasta encontrar á Dios,
Y oración que á su trono se levanta
Baja trayendo alguna bendición.

Pedidle á Aquél en cuya mansa boca
Tantas promesas para todos hay;
No temáis implorarle á todas horas;
Creed en el *Pedid y se os dará.*

Si no alcanzáis lo que pedís fervientes,
(¡Misterioso poder de la oración!),
Encontraréis de los pedidos bienes
Después de orar, necesidad menor.

. . . .

Dios se había compadecido de él y enviádole en un rayo de luz un pensamiento de eterna esperanza.

. . . .

Conociendo la proximidad de la muerte, se despidió de sus amigos, como Cristo, en una pobre y humilde cena, que él no tocó. Sintiéndose herido por el ángel, tomó el lecho, anunció con perfecta seguridad cuarenta y ocho horas antes, la que había de ser postrera, y rodeado de sus consternados hijos, puesta su mano, fría ya, en la convulsa mano de JULIA, brotó de sus ojos esa última lágrima de vida, señal casi infalible de que el alma ha entrado en las regiones de eterno descanso *.

No eran únicas las de su esposa y de sus hijos ** las lágrimas que se vertían al rededor de su lecho de muerte. Un círculo de amigos, reducido, pero adicto en la vida y más allá, le acompañaba en esos instantes. GUTIÉRREZ GONZÁLEZ había gozado del don, reservado sólo á organizaciones selectas, de despertar en otros esa relación secreta é inalterable, no comprendida por los caracteres vulgares, que se llama AMISTAD. Aparte de sus amigos de colegio, que desde los claustros de San Bartolomé le profesamos siempre una cariñosa y especial simpatía, él había formado en Medellín otras amistades fieles á su persona y á su memoria, entre las cuales mencionaremos las de los señores Pedro J. Berrío, carácter vigoroso y firme, patriota verdadero, digno de toda la estimación de GUTIÉRREZ; Manuel Uribe Ángel, médico del cuerpo y del alma; Marceliano Vélez, organización fundida en molde romano de los tiempos de la República, cuya simpatía por GREGORIO rayaba en los límites del culto; Castor María Jaramillo, hermano de arte, cuyas improvisaciones aplaudía y estimaba vivamente nuestro amigo; Fabri-

* En Medellín, el 6 de julio de 1872, á las seis de la tarde. Su casa, baja, estaba situada en la primera esquina de la Carretera del norte, en el ángulo occidental formado por ésta y la calle de Juanambú. Su última enfermedad fué una pneumonía miasmática.

** Cinco hombres y tres mujeres.

cio Uribe, médico también, á quien profesó cariño entrañable; Camilo Echeverri, su entusiasta y constante admirador; Demetrio Viana, á quien el poeta hizo el favor sagrado de legar la dedicatoria de algunos de los rayos de su ingenio; y Cipriano y Guillermo Isaza, quienes en toda ocasión prodigaron á él, y han prodigado después á toda su familia, las muestras más verdaderas de un vivo afecto.

Sobre la piedra de su sepulcro pudieran grabarse estas líneas inmortales de Gray:

Large was his bounty, and his soul sincere,
Heav'n did a recompense as largely send:
He gave to Mis'ry all he had, a tear;
He gain'd from Heav'n ('t was all he wish'd), a friend.

— « Grande era su bondad, sincera su alma,
Y grande fué su galardón del Cielo:
Dió cuanto tuvo al infeliz — su llanto;
Y por retorno santo
Un amigo alcanzó — su único anhelo. » (R. P.)

La noticia de su muerte nos llegó á un campo retirado, en donde sólo los bosques nos hacían compañía. Involuntariamente nos vino en ese momento el recuerdo de estas palabras de la *Epístola moral:*

Pasaron ya las flores del verano,
El otoño pasó con sus racimos,
Pasó el invierno con sus nieves cano.

Las hojas que en las altas selvas vimos,
Cayeron, y nosotros á porfía
En nuestro engaño inmóviles vivimos.

Estas líneas, la entonación más alta que conocemos en toda la poesía de nuestra lengua, no nos parecieron superiores á la música interior que quedaba en nuestra memoria de los cantos de Gregorio Gutiérrez González.

Bogotá, abril de 1881.

Salvador Camacho Roldán.

NOTICIA

SOBRE LA CUARTO EDICIÓN

Mis jóvenes amigos los hijos de GREGORIO GUTIÉRREZ GONZÁLEZ, recién venidos de Antioquía á Bogotá, me anunciaron no ha mucho tiempo que pensaban hacer una nueva edición de las poesías de su ilustre padre, solicitando para el efecto la cooperación de lo que llamaron mis consejos, es decir, mi interés de cofrade menor en nuestra Arcadia colombiana; y hoy, terminada la obra, me encargan de advertir á los lectores las novedades y mejoras con que ésta aparece. No podía demandárseme un servicio más de mi gusto que el primero, si puede calificarse de servicio mi propio regalo, pues siempre he sido tan aplicado admirador del cantor insigne del MAÍZ y el COCUYO, que la primera edición (hecha en Nueva York para obsequios, no para la venta) se debió en gran parte á las copias que yo atesoraba de sus composiciones, alguna de ellas, y elegantísima en verdad, olvidada por el autor. En cuanto á las advertencias editoriales, es demasiado exigir de mí que me limite á ellas, y pido de antemano perdón á editores y lectores si abuso de la autorización con que se me ha favorecido.

Informaré ante todo, — y esto sin autorización, — que el presente tributo que á la memoria del poeta antioqueño hacen sus hijos, es compuesto en la imprenta con sus propias manos. De trece renuevos que coronaron el tierno amor de GREGORIO y su JULIA, número acaso sin ejemplo en posteriades de poetas, nueve fueron varones, de los cuales viven cinco

de aventajada estatura, y simpáticos, enérgicos y muy laboriosos todos ellos, circunstancia acreditadora de los instintos y educación que recibieron. Aunque de familia encumbrada, sin duda pensaba GREGORIO, como Benjamín Franklin, que todo hombre debe adestrarse en algún oficio mecánico, no sólo por conveniencia higiénica, sino también para dar una lección á la caprichosa fortuna, cuyos altibajos son particularmente frecuentes y asombrosos en este mundo de los Andes. Y no sólo GREGORIO, nuestra sociedad entera parece pensarlo así, pues hagámosle la justicia de observar que aquí ningún trabajo honrado rebaja un ápice á un individuo en la consideración de los demás. Nuestra noción de la dignidad humana se ha civilizado bastante; el significativo taller de San José, artesano de regia estirpe, nos inspira veneración especial, y ya no entendemos la acepción de *bajo é indecoroso* que los diccionarios castellanos registran históricamente en el adjetivo *mecánico*. Así, no es de extrañar que Colombia se enorgullezca de haber contado entre sus cajistas de imprenta á un ilustre é inmaculado ex-presidente de la República, y de contar hoy entre sus industriales á un literato eminente, conocido y aplaudido en ambos mundos. Por este criterio, verdaderamente cristiano, los jóvenes Gutiérrez cursaron á un tiempo ambas letras, las de papel y las de plomo, humanidades y tipos; trabajando siempre estrechamente unidos y en común, constituyeron en Antioquía una empresa editorial que alcanzó honrosa notoriedad en todo nuestro país, hasta que desastres políticos causaron su completa ruina, pues un déspota seccional los despojó íntegramente de su imprenta y libros; y hoy emigrados á esta capital, las letras de plomo les ayudan un tanto á su virtuosa distracción y sostenimiento. En épocas anteriores, GREGORIO mismo y sus hijos emprendieron otras industrias materiales; y la Providencia entretanto ha favorecido á éstos por otro lado, como, para delicia y gloria de la Patria, no se dignó favorecer al malogrado GREGORIO: en ninguno de ellos despunta el poeta todavía, ni despuntará jamás, si fuere exacto aquello de que « los hijos

son la madre, y las hijas el padre »: violento aforismo de cierto filósofo de Bogotá.

Volviendo al dicho servicio que me pidieron, procuré corresponder á tan lisonjera confianza haciéndoles las siguientes indicaciones, aceptadas por ellos inmediatamente: que solicitasen de alguno de los condiscípulos y amigos predilectos de su padre, por ejemplo, del doctor Salvador Camacho Roldán ó de Manuel Pombo, una extensa introducción biográfica; y de la diestra mano del señor Alberto Urdaneta un buen retrato de GREGORIO; que la colección de sus poesías fuese completa y definitiva en lo posible, permitiéndome al efecto el examen de cuantos materiales impresos y manuscritos poseyesen, para no omitir ni una estrofa digna de él; que publicasen las líricas en orden estrictamente cronológico, hasta donde pudiesen averiguarse las fechas, con las dos excepciones ya consagradas para primera y última, por el amante esposo de JULIA; y en fin, que cerrasen el tomo con el poema de *El cultivo del maiz*, acompañado de un glosario de sus términos provinciales, pues Antioco *no escribió sólo para Antioquia* sino para el mundo entero, y era necesario que el mundo entendiese todas sus bellezas para saborearlo en todo su gusto y apreciarlo en todo su valor.

Tal es, con ligeras desviaciones del orden en el curso de la impresión, la obra que los jóvenes GUTIÉRREZ presentan al público, la cual debió titularse en la portada PRIMERA COLECCIÓN COMPLETA.

La introducción del doctor Camacho Roldán dobla el interés del libro, por la nombradía de su autor y porque aquí el estadista, el economista prodigioso se exhibe por primera vez, y no á menor altura, como crítico literario y autor descriptivo, — combinación de facultades que recuerda á los Macaulays, Gladstones, Beaconsfields y demás estadistas polígrafos de la Gran Bretaña. Con el corazón profundamente conmovido, asaltado de improviso por ecos sueltos de la música de los mejores días, y arrebatado su espíritu por

inspiración generosa, el doctor Camacho nos sitúa en el delicioso país poético de GUTIÉRREZ GONZÁLEZ evocando las sombras amigas, los ingenuos sentimientos, la atmósfera encantada, las piadosas querencias, los jardines siempre floridos y todas las asociaciones espirituales de su común juventud, — aquella época en la cual, aplicándole las palabras del Génesis, no había necesidad de que el Señor Dios lloviese sobre la tierra, porque la juventud misma era una fuente que brotaba de su seno y regaba toda su superficie. Es dicha introducción una especie de *Paradiso* terrestre á donde Camacho nos transporta, á la manera del Dante, acompañando al Virgilio colombiano. Allí eleva himnos á la Belleza pura, á la Verdad artística que la refleja y á la santa Amistad, en honor de su compañero, de ese tipo de la gracia natural, la dulzura melancólica y el amor á la hermosa tierra y á sus cultivadores, la más antigua nobleza del trabajo. Como los poetas se buscan y gustan de estar juntos, el cumplido Salvador no se olvida de rodear á nuestro Virgilio de todos sus amigos cantores, como de una fraternal guardia de honor; y lo obsequia suscitando entre todos ellos un certamen, un festín de bocados celestes; invítalos después á entonar en coro las exquisitas *Geórgicas* del obsequiado; y ciñéndolo todos del lauro incontestable del triunfo, cierran con el repaso de ya terminados afanes y dolores su gloriosa entrevista, patética despedida de la tierra; y se dispersan y desvanecen tomando cada cual su camino para la tranquila morada de las sombras.

No callaré una reflexión que me ha herido vivamente leyendo este escrito, reflexión que desde luego no dirijo á su autor, pues su creencia en la espiritualidad y mayores destinos del alma trasciende allí á cada paso. Es la siguiente: á pesar del cariño y aun entusiasmo con que Salvador vuelve en su memoria á ese verdadero paraíso juvenil, estoy cierto de que no querría volver á él, ni por un día, en la realidad de la vida, pues todos dejamos atrás paraísos semejantes, y yo no he conocido á nadie que quisiese retroceder á ellos.

¿No sugiere esto, irresistiblemente, que hay en todos los hombres una conciencia más ó menos explícita, una sospecha si se quiere, pero constante, ingénita y profunda, de que más adelante nos aguarda un Paraíso mucho más completo y verdadero, donde estos esquivos relámpagos de poesía, de amor, de verdad superior al orden de lo creado, han de abrirse y abismarse en la posesión firme del Bien absoluto, manantial misterioso de aquellos instintos jamás satisfechos ni aun resignados con los límites de lo material? Nuestras aspiraciones nunca son retrospectivas; hay algo que nos consuela de vivir con haber vivido, con dejar bastante camino atrás; y si bien nos queda cierto frío de dolor, cierto desabrimiento de fraude después de cada amor gozado, de cada obra ya hecha, de cada esperanza ya cumplida, de cada satisfacción alcanzada, hay siempre un no sé qué más allá que nos promete amplia compensación; y por más muertos que llamemos á nuestros muertos, y por más adioses eternos que les digamos, el alma nunca cree que estén completamente muertos, ni que sean del todo extraños á nuestra vida espiritual. Sentimos que nos espían, que tropezamos con ellos; que lo que les falta de nuestro actual modo de ser es únicamente lo que constituye la agitación, la inseguridad, las miserias y falacias de nuestra existencia; y que haciendo rumbo al occidente, como Cristóbal Colón, vamos en mejor derechura al mundo que anhelamos y á ese mismo mundo de idolatrados espíritus que dejamos atrás.

Como sería inaudito privilegio del Cielo que á sus muchos dones uniese el doctor Camacho Roldán el de no incidir jamás en exageración ó inadvertencia, haré notar después, si el espacio de que dispongo lo consiente, que su idea de *federación literaria*, apuntada á la página XXXVIII, si no se reduce al reconocimiento de divergencias locales insignificantes é iliterarias, que no merecen atención, diccionario ni fuero, no es más que una excéntrica imputación contra el mismo que la hace, desmentida por fortuna con cada renglón, con cada frase de su *introducción* misma, esplén-

dida de unidad netamente castellana; y trataré de probar igualmente que el cantor del maíz no es menos *centralista,* en medio de sus humorísticas veleidades de *secesión.* Clamaría al Cielo como sevicia suya si él permitiese por un momento que la federación, que en lo político no nos deja paz, orden ni respiro de vida tolerable, invadiese también el sagrado campo neutral de la fraternidad literaria, ya nuestro último y único refugio, única grandeza no pasmada y reducida á caricatura por el viento reinante de la inflada pequeñez.

En nombre de los Editores doy rendidas gracias al doctor Camacho por su precioso obsequio á la gloria de su amigo, igualmente que á los señores Alberto Urdaneta y Antonio Rodríguez, grabador, por el retrato del poeta; al señor doctor Uribe Ángel por la bien sentida y elegante introducción que puso á la *Memoria sobre el cultivo del maíz;* y al mismo profesor por las notas con que él y el señor Emiliano Isaza, sobrino de GUTIÉRREZ GONZÁLEZ, explicaron los llamados provincialismos de ese popular poema.

Propuse á los Editores que las composiciones se ordenasen cronológicamente, porque se podían averiguar las fechas de casi todas ellas, y, siempre que esto se logre, creo que debería hacerse así con las obras sueltas de todo poeta. Cuando en él hay personalidad propia, y canta lo que piensa, observa y siente, su colección ordenada en esta forma viene á ser su autobiografía íntima, y su descripción, su diagnosis moral, intelectual y aun física hasta donde lo comportan las estrechas relaciones de esta parte del hombre con las dos primeras. Por mucho que revise, altere y remiende, siempre quedan en las poesías, por lo menos, sus impulsos generadores, sus *radicales,* como en las lenguas y dialectos, á pesar de las adherencias accidentales y de las superposiciones y compenetraciones de otros dialectos ó lenguas; y estableciéndose así su orden verdadero y su conexión mutua, se establece la unidad del conjunto, y éste viene á ser el poema, el drama de una vida, interesante

desde luego si ella ha sido un tanto sacudida por la fortuna. En el caso presente, en una columna del índice que va al fin del tomo se ha completado, casi del todo, la cronología de las poesías de GUTIÉRREZ GONZÁLEZ (y ojalá la próxima edición se haga siguiendo más estrictamente, por dicho índice, el orden expresado); y si leyéndolas así, vamos tomando en cuenta las noticias biográficas que Camacho Roldán nos suministra, sentiremos y apreciaremos mejor las poesías, y surgirán de allí no pocas observaciones en beneficio del autor y de la crítica reflexiva.

Por la época de 1843 á 1848, á que Camacho se refiere, se observó efectivamente en Bogotá un poético jubileo, ó epidemia, si el lector prefiere llamarlo así, cuyos principales focos fueron los poderosos Zorrilla y Espronceda, y en segundo término Abigaíl Lozano y Maitín, recibidos al menudeo en *El Álbum, El Venezolano* y *El Liberal,* periódicos caraqueños; con los cuales concurrió un importante auxiliar olvidado por Camacho, *El lenguaje de las flores,* las que, como nadie ignora, tienen particular eficacia para consumir el aire respirable. Como escuela práctica de versificación y de dicción poética, no podíamos desearla mejor. Zorrilla y Espronceda nos emancipaban de un golpe, rompiendo todos los grillos tradicionales y sugiriendo innumerables formas y temas de novedad; Abigaíl nos embriagaba con su etérea *Nereida del Anauco* y sus nunca superados alejandrinos; y Maitín, aunque más filosófico, nos cebaba en la poesía de epítetos llevada por él á la exageración. Lo funesto de la nueva escuela fué la propagación del género plañidero, cadavérico y maldiciente, que lord Byron, en traducciones francesas, estaba al mismo tiempo autorizando, con el cual se combinaba el género floral ó ramilletero, pero en dosis insuficientes para neutralizarlo, no obstante que circulaba en cuatro formas: en prosa, algo en verso, en catálogos bilingües y en láminas iluminadas. Los resultados no se dejaron esperar: pronto una mayoría de los poetas amigos que Camacho menciona, habían hecho á su manera *Capitanes Mon-*

toyas, Estudiantes de Salamanca, Cantos á Teresa, é introducciones de los *Cantos del Trovador;* raro aficionado se quedó sin cantar *Á una calavera,* la *Juventud,* el *Reloj,* la *Torre* ó la *Cruz de la Catedral, El cementerio,* etc.; aquellos arranques

¿Por qué volvéis á la memoria mía.....?
Era un día de orgía y de locura......
Pasad, pasad en óptica ilusoria......
Pasad, fantasmas de la noche umbría......

y los finales en *cruz,* como el de *Á la luna* de Zorrilla,

Cuelga al menos tu lámpara amarilla
Sobre su rota y olvidada cruz,

sufrieron innumerables variantes; los ingredientes de *orgía* y *bacanal* se hicieron particularmente de rigor en toda composición, por cuanto á la par Zorrilla y el hastiado amante de *Jarifa* los administraban; y recuerdo una larga composición del primero, titulada *El niño y la maga,* que sirvió de fórmula general para docenas de aplicaciones : de allí (y en otra forma, del *Canto á Teresa*) salió aquel inevitable *mar de la vida* en donde, precisamente á la *aurora,* se embarcaba todo niño, adolescente ó joven, en un indispensable *barquichuelo,* para arribar pronto á un *jardín* surtido de clavellinas, rosas, azucenas, lirios, pensamientos, geranios, ranúnculos, madreselvas, tulipanes, etc., bogando ó andando ordinariamente al paso de versos dodecasílabos alternados con los de seis, metro privilegiado para el fastidio; pero, además de esas novelas de mar y tierra, todos dirigieron por separado jardines y ramilletes en verso, con sus respectivos significados, á sus ninfas respectivas.* Tengo muy presente

* Autorizado por el ejemplo de las citas de Camacho Roldán, quiero consignar aquí el nombre de un malogrado amigo mío á quien él no menciona porque fué tres ó cuatro años posterior en sus estudios, bien que muy precoz en poesía de exquisita dicción poética, y particularmente inspirado para la cadencia y hermosura del endecasílabo. Éste fué Mariano González Manrique,

esta arte poética de aquellos tiempos, porque, aunque no pocos años menor que GUTIÉRREZ GONZÁLEZ, ya pecaba yo de coplero; y aun conservo ciertas inicuas octavillas dirigidas *Á un tulipán*, flor que jamás había visto y cuya fragancia, que es ninguna, encomiaba allí con especialidad; y una solemne *Despedida á la juventud*, obra de arte mayor, cuajada de duelos, lágrimas y desengaños, hecha cuando apenas trece inviernos contaba la vida de su autor.

ANTIOCO no se libró del contagio; aun en las composiciones juveniles aqui impresas nótese un salpique de *vejez*, *fantasmas*, *orgía*, *bajel*, *flores*, *puñales*, *malditos*, *cadáveres*, *ataúdes*, *blandones*, etc., y uno que otro síntoma de *Canto á Teresa* y de *Introduccion á los del Trovador;* pero observarán al mismo tiempo, y en proporción mucho mayor, lo que de entre sus contemporáneos colombianos, quizá únicamente su instinto y juicio privilegiados pueden presentarles, producido antes de veinte años de edad : una extraordinaria sencillez y limpieza de estilo, y lo que es más singular, un género de poesía totalmente diverso de los mencionados y el cual no comprendo de dónde pudo ocurrirle entonces, á saber, ese género cómico dialogado, nada inferior al de Moratín, que Camacho denomina con mucha exactitud *realista fotográfico;* y, más extraordinario todavía, hallarán varias composiciones de las primeras suyas, enderezadas á censurar sabiamente ó á poner en ridículo la misma epidemia plañidera, cadavérica y maldiciente, de la cual adolecía

autor de la siguiente estrofa, que considero la perla del género floral hasta que fué destronada por la *flor de batatilla* de Antioco :

Quiso Naturaleza en sus caprichos
Al desplegar su pabellón de flores
Darle al mirto en sus pétalos amores,
Misterios á la hiedra de amistad.
Sea tu jardin donde agoreras aves
Entonen su canción enamorada;
Sea tu vida entre flores arrullada
Un sueño de ideal fel idad

él pero con motivos ó excusas que no militaban en favor de sus condiscípulos.

En artículos de Larra y Mesonero Romanos, leídos en aquella época, se ridiculizaba á la nueva escuela; pero tan absoluta dueña era ésta del campo, que el mismo GUTIÉRREZ en su temprana composición *El poeta y el vulgo* caracteriza sinceramente al primero, á distinción del vulgo, con todos los pelos y señales del tipo fatídico y maldiciente; á pesar de lo cual, desde el año anterior, en 1844, había dirigido á un amigo la juiciosísima epístola de *El romanticismo tétrico* que ahora por primera vez se da á luz; y un año después, en 1846, escribió la *¡¡ Ella y él !! Novela romántica,* lección objetiva contra la escuela reinante, que, con la exactitud de observación de ANTIOCO, remata con los versos

¡Y á su fulgor no brilla entre la hierba
Ni una perdida y olvidada cruz!

Predecesor inmediato del zorrillismo fué otro género más literalmente lírico ó, por lo menos, más *guitarresco*, á saber, el de canciones pastoriles ó campestres, á menudo con estribillo ó con pie final repetido, género que conjeturo debió su popularidad á la *Colección de poesías mejicanas* que publicó Rosa en París en 1836. Digo que era el más lírico de todos porque entiendo que no ha habido uno más cantado que ése en nuestras ciudades, y era su lira acompañante la guitarra del *cachaco*. De esta familia hay solamente una composición en el presente tomo, la titulada *Mi dulce soledad;* y por lo solitaria que es, y extraña para el tiempo de GUTIÉRREZ, y atendiendo á que jamás la publicó él mismo, pienso que puede no pertenecerle, no obstante que apareció de su mano entre manuscritos suyos, y que la palabra *orgía* denuncia allí la estrata geológica contemporánea suya. Ojalá se desvanezca toda duda de que sea obra de nuestro ANTIOCO, pues su última estrofa, por lo menos, es un diamante:

Cuando una cruz humilde
Presida mi reposo,

Emblema misterioso
De paz y de verdad,
Al borde de mi tumba
Será mi único amigo,
Y partirá conmigo
Mi dulce soledad.

El instinto de la verdad y de la sencillez preservó á Gutiérrez de caer en otra faz del zorrillismo que vino á disputar á la floral el privilegio de mitigar las heces de los cálices de veneno ó de acíbar, — rima infalible entonces para el apellido del Libertador. Aludo á la rama *oriental*, brillantemente rejuvenecida y trasplantada por Víctor Hugo de España á Francia y brillantemente reivindicada por Zorrilla en su patria original. Nuestra sangre andaluza también la reclamó por suya en Colombia, y con aquella candorosa afición que tenemos á tratar de mejorar las cosas cambiándoles los nombres, las que antes eran ángeles, reinas ó adorados tormentos, pasaron de repente á llamarse *huríes, odaliscas* y *sultanas;* el paraíso se volvió *harem*, las morenas *moras,* y un buen caballo *Schaleldin;* las voces *muslín* ó *muslímico* hicieron famoso más de un verso, la capital del imperio de las musas fué decididamente trasladada de Roma á *Stambul*, nombre irresistible, y la *cimitarra* y el *Corán* se sustituyeron para muchos á la cruz y la biblia, completando así su renegación. Gutiérrez fué de los muy pocos que sacaron limpio su cristianismo poético, pues, si no me equivoco, sólo en sus versos *Á Medellín* hay un *Edén del oriental*, y en los de *Una lágrima* campea la *voluptuosa hurí del musulmán*, — pecados veniales.

Sin embargo, no cabe en un poeta joven una individualidad tan precoz que le permita desprenderse desde sus primeras composiciones de la disciplina de sus maestros y de la atmósfera de los libros que lo rodean : durante algunos años no verá en un todo con sus ojos, sino al través de los ojos de aquéllos, ni expresará con su propia expresión sino valiéndose de las fórmulas literarias que lo iniciaron en el

trato de las musas. Esto explica los reflejos de Zorrilla y Espronceda que ya hice notar se encuentran en los principios de ANTIOCO, pero reflejos no exagerados, como los de todo imitador, sino más bien suavizados por un buen gusto que de nadie había aprendido, y al cual se debe que sus primeros versos sean tan perfectos ó ligeramente imperfectos como los últimos, encomio que quizá sólo de él puede hacerce en nuestro parnaso. Aquello explica también, en mi concepto, esa manera ideal que Salvador Camacho encuentra en sus primeras descripciones. Muy poética y animada es su pintura *Al salto de Tequendama*, pero ya que Salvador nos refiere cómo fué hecha, nos persuadimos de que no tenía el Salto á la vista de los ojos sino del alma, porque le faltan el desorden y la impaciencia de la emoción, esas pinceladas bruscas pero frescas y decisivas de una copia directa del natural. En su insigne *Por qué no canto,* lo ingenioso y acompasado de la forma, y lo reposado y aun perezoso del sentimiento, distraen de sentir todo el hombre, toda la fuerza nerviosa que hay debajo de la modestia del autor; parece poesía escrita en hamaca. Pero tan pronto como empezamos á leer su *Aures* nos penetramos, desde la primera frase, de que aquello es visto, sentido y escrito á un mismo tiempo, porque allí GREGORIO no sólo es ya completamente propio, sino que está en todo el movimiento de su vida, de su corazón, movimiento siempre más enérgico en el dolor que en la paz de la felicidad ó que en el nivel de la melancolía. Allí no hay pincelada indecisa ni repetida, toda la contemplación del espectáculo es en tiempo presente, la angustia no consiente un artificio de ingenio, y en la última estrofa los objetos, los recuerdos y las lágrimas se amontonan como en una avenida de sentimiento. No puede ser más verdadero un adiós al hogar de la infancia; y la inmediata y unánime preferencia que obtuvo esta poesía en sus lectores de todas condiciones, antes de aparecer el *Cultivo del maíz*, probó que, como admirablemente dice Salvador, « la verdad la naturalidad, la sencillez son las primeras formas de

lo bello, » y que no hay maestro de arte poética más sabio ni más certero que el corazón.

Ahora, si comparamos con algunos rasgos del poema del *Maíz*, ó posteriores, no el canto al *Tequendama*, que, escrito como lo fué á los diez y nueve años, es una maravilla de fuerza y originalidad, sino rasgos de asuntos análogos de otras composiciones juveniles, creo que se hara más patente el contraste entre lo vago y azorrillado, y lo determinado y propio, entre la vista de lectura ó de oídas, y la de los ojos. Por ejemplo, he aquí dos *noches serenas,* una de 1857 y otra de 1866 :

He oído entre las sombras de noche silenciosa
La voz incomprensible de incomprensible ser,
Que en medio de las selvas se eleva misteriosa;
Y el lúgubre susurro del aura vagarosa
Que juega entre las hojas llorosas del ciprés. — (1857, p. 107)

Sobre el monte, la Roza y el contorno
Tiende la noche su callado manto
Bordado con las chispas del incendio
Que parecen cocuyos revolando.

Y con la incierta luz de mil fogones,
Restos aun vivos del ardiente estrago,
Se ve de lejos la quemada Roza
Cual vivac de un ejército acampado. — (1866, p. 227)

He aquí dos *auroras,* una áurea y purpúrea de 1845, y otra de 1866 :

Hoy veo del sol los rayos matutinos
Que su áurea lumbre en la extensión derraman,
Dorar las crestas de los altos montes
Con el purpúreo resplandor del alba. — (1845, p. 34)

Es un alegre amanecer de junio;
El sol no asoma, pero ya blanquea
Por el Oriente el aplomado cielo
Con la sonrisa de su luz primera.

Ya dió el gurrí su fúnebre chillido
Largo y agudo en la vecina selva;
Ya la Roza se va cubriendo en partes
Con los jirones de su chal de nieblas. — (1866, p. 236)

He aquí el *aviario* ó *pajarera* del poeta en 1856 y en 1866:

Y mil aves allí, rico tesoro
Que por los aires derramó el Señor
Daban al viento en delicioso coro
El tornasol de su plumaje de oro
Y el dulce canto de su dulce amor. — (1856, p. 100)

Los pericos en círculos volando
En caprichosas espirales giran,
Dando al sol su plumaje de esmeralda
Y al aire su salvaje algarabía.........

Su nido conoidal cuelga el gulungo
De un árbol en las ramas extendidas,
Y se columpia blandamente al viento,
ncensario de rústica capilla.

La boba, el carriquí, la guacamaya,
El afrechero, el diostedé, la mirla,
Con sus pulmones de metal que aturden,
Cantan, gritan, gorjean, silban, chillan. — (1866, p. 234)

GUTIÉRREZ en su preciosa estrofa del *gulungo* dejó á mucha distancia á su maestro, y sea esto dicho sin demérito de Zorrilla, pues es mucho más fácil hacer buenos mil versos que los cincuenta ó sesenta mil que cuenta el solo primer tomo de la edición de Baudry del poeta castellano, de entre los cuales se podrían escoger los suficientes para la gloria de diez poetas. En dicho tomo encuentro las dos siguientes *oropéndolas,* pájaro que anida lo mismo que nuestro gulungo:

Do quiera en las ramas del álamo verde
Á lo alto se pierde en movible ilusion,

Meciendo la bella oropéndola el nido
Que anima tendido benéfico el sol.

(*El niño y la maga, p.* 190)

El sol con que su nido
Columpia la oropéndola
Del álamo frondoso
Suspenso en la altitud,

Y los murmullos que alzan
Las ráfagas meciéndola,
Haciendo revoltosas
Eterna su inquietud.

(*Recuerdos y fantasías, p.* 244)

He aquí, en fin, dos negras *noches* de GUTIÉRREZ, una de 1847 y otra de 1871, con la circunstancia de que la última es un solo verso, dos palabras no más, que encierran más tinieblas y rayos que las tres estrofas de 1847, hijas legítimas de *el espíritu concavo del trueno* :

Yo he sentido en la noche tempestuosa
Del trueno cóncavo la voz sonar,
Y en la tormenta bárbara, horrorosa
Del rayo cárdeno la voz vibrar.

Vi la tímida gota de rocío
Mecerse trémula con su estridor;
Y al rebramar del huracán bravío
Plegar sus pétalos la humilde flor.

Yo he mirado rodar el torbellino
En alas rápidas del huracán,
Y señalar su destructor camino
Con hondo estrépito por donde va.-(1847, p. 68)

¡Oh! ¡noche oscura! ¡oscura, oscura noche!
Voy á matar mi luz artificial,
Y me quedo conmigo en otra noche
Más oscura que tú, mi propio mal.

(1871, *Las dos noches,* p. 205).

e.

Esta terrible sencillez es quizá más que Byroniana, es Dantesca.

De esta manera, que apenas insinúo ligeramente á críticos más agudos y estudiosos, el orden en tiempo de las producciones de un poeta, exhibe la educación de su pensamiento y estilo, proporcionando un provechoso ejercicio de comparación. No es menos interesante el observar, en el mismo orden, las relaciones de la letra de un escritor con su historia moral y patológica.

Gutiérrez González fué víctima de varias desgracias y contradicciones : en primer lugar, de la supuesta enfermedad mortal del corazón, de la cual creyó adolecer desde muy joven, y que dejó en su espíritu y carácter una cicatriz indeleble, como lo expresa Camacho Roldán; y de la ventaja fatal de haber nacido rico, en alta posición social, y completamente feliz ante el vulgo, tocándole así la peor parte en la rotación providencial de las generaciones, en esa ley de que al esforzado obrero de su propia fortuna doméstica suceda de ordinario el rico heredero sin estímulo de necesidades, celos y aspiraciones, y por tanto negligente y malbaratador. En segundo lugar, había nacido poeta, poeta incorregible, y en el seno de una sociedad como la antioqueña, laboriosa y práctica cual la norte-americana, y no menos exigente que ésta en la rutina de las obligaciones, obras y utilidades palpables. Tenía de antioqueño una fuerte constitución física, y grande afición á ocupaciones industriales; pero el *poeta*, como un interior vampiro ó maga maléfica, empujaba el vigor físico al minador derroche, y la inclinación industrial, á la distracción ó al capricho, ó á malograr sus frutos por exceso de confianza y generosidad. Añadid á esto las adversidades é iniquidades de la política, y el colmo del infortunio queda explicado.

Raro es el poeta, el artista en general, completamente equilibrado como hombre; Shakespeare, Goethe, Rossini, Longfellow y pocos más, son milagros excepcionales, amos privilegiados de su persona, de su arte y de sus negocios.

Por lo común el poeta, fisiológicamente considerado, es una araña que se hila los sesos y el corazón, la vida espiritual y la nerviosa, para deleite ajeno y bancarrota propia; y bien que de GREGORIO quede muy poco escrito, y fruto de ninguno ó poquísimo esfuerzo, su vida misma era poesía (fantasía y pasión) en acción, y sobrada para que la adversidad lo sorprendiese desprevenido. Mejor turno de la rueda tocó á sus hijos, y espero que ellos sean á la larga mucho más felices que su padre.

Veamos algo del hombre en sus versos, empezando por hacer notar que todos ellos quedan calificados con el carácter « simpático y dulce » de su autor, como justamente lo llama Camacho Roldán; y que el autor á su turno, hombre rebelde á la menor afectación, era tierno, sincero, franco, espontáneo, y natural hasta la negligencia, como lo son asimismo sus versos, — tan estrecha es la relación que existe entre el instrumento y sus notas, entre el obrero y la obra. Si la simple forma de la escritura retrata profundamente, como se asegura, al que la ha trazado, con mayor razón debe retratarlo su estilo, que *es el hombre*, particularmente en verso, forma consagrada á reflejar lo más íntimo de la vida, y en la cual pasan hasta con aplauso franquezas y confesiones que en prosa escandalizarían, pues la prosa sí es tomada *á la letra* y no goza de fuero que la emancipe de los respetos convencionales. No pretenderé señalar ni conocer las reglas de esta arte de fisiognomonia métrica, mas en prueba de que hay mucha verdad en qué fundarla, recordaré, por ejemplo, que el suavísimo Virgilio y el durísimo Alfieri fueron lo que son sus respectivos estilos, que Shakespeare no ha dejado conocer su flaco, sus miserias si las tuvo, porque, autor dramático por excelencia, fué espejo de la humanidad y no de sí mismo, — lo que lord Byron no logró ser; que el sabio don Andrés Bello era, como lo es su poesía, la discreción encarnada; que Julio Arboleda, genio, águila y ruiseñor, temperamento á un tiempo de héroe, de tribuno, de poeta y de diplomático, dejó en lo

que nos resta de sus versos los materiales de su retrato,

César de alta virtud, pero sin Roma;

que la poesía de nuestro inmortal José Eusebio Caro, apasionada, reconcentrada, severa y enérgica hasta la dureza — contraste, en mucho, de la de GUTIÉRREZ GONZÁLEZ — describe á su autor, temperamento bilioso, muy diverso del nervioso de ANTIOCO; y finalmente, que los versos de José María Vergara, de dulcísima memoria, son José María Vergara, esto es, un ANTIOCO llevado á la exageración : ternura excesiva, entrañas sin hiel, espontoneidad de improvisación perpetua.

La composición primogénita en este tomo, *La vida, á mi madre* (pág. 3), me parece un notable triunfo del sentimiento sobre la manera, del amor filial sobre la imitación de Zorrilla, cuyas preciosas *Hojas secas* quizá la ocasionaron, y cuya fantasía *El niño y la maga* recuerdan su segunda y tercera partes. Á pesar de los diez y ocho años del autor, en la primera parte y las últimas cuartetas son sentimientos propios los que respiran, así como en su tierno remate la preocupación de la aneurisma imaginaria. El amor al primer nido y á la primera edad arrancaron siempre á su lira vibraciones verdaderas y excelentes. La manera ó el azorrillamiento desaparece también en su segunda poesía, *Mi pasión* (pág. 14), olvidado y vencido por la verdad y la vehemencia de sus sentimientos. Nótese la perfecta correspondencia que hay entre estas estrofas, dignas de Safo, y la descripción que Camacho Roldán, sin conocerlas, hace á la pagina XLIII, de la impresión que producía en su condiscípulo la presencia de Temilda, y aun su proximidad : tal era su temperamento en lo afectivo, sin un ápice de exageración. De otras composiciones juveniles, *Mi muerte*, *Tu ramillete*, *Desgracia*, etc. se infiere que á ese sentimiento debió entonces sus mayores penas, á la par que el consuelo y olvido de todas ellas; y él mismo reconoció después, hasta el fin de

su vida, que en el hogar fundado con JULIA fué el amor su bálsamo de Galaad : por ejemplo, en 1864, en su precioso epitalamio *Á dos amigos*, composición no menos poética que seria y sensata, en la cual elogiando el santo y consolador ministerio de la unión conyugal, exclama :

Quiera Dios concederos cuanta dicha
Es posible en la tierra disfrutar :
Varia es la suerte, desigual la vida;
¡Sólo el amor compensaciones da! (Pág. 141).

y en 1868, en la dirigida *Á Adriano Scarpetta :*

Pero no es tan amarga, no es tan triste,
Cuando hay amor, nuestra doliente queja,
Que el amor se engalana y se reviste
De algo que alivio en nuestras penas deja.
El dolor al amor no se resiste,
Y vencido por éste, aquél se aleja;
Decir que amando hay vida desgraciada
Es sacrilegio en alma enamorada (Pág. 168).

Las composiciones tituladas *Cancion* (de 1849, pag. 75), *Á Julia* (de 1850, pág. I.ª), *Á Hortensia* sobre el nombre de Julia, en su ausencia (de 1858, pág. 120), *¿ Por qué no canto?* (de 1858, pág. 114), *Á Manfredo* (de 1865, pág. 146), las dos antes citadas, y *Á Julia* (de 1869), forman un poemita de amor purísimo y felicidad conyugal; y si bien la última está escrita rodando ya sobre el torrente y escuchando el trueno del abismo que los aguarda, lo cual le da trágico interés, ved cómo esa pareja bendecida gime y sonríe á un tiempo mismo abrazándose con mayor ternura que nunca :

¡Cuántos años pasaron, vida mía,
Y excepto nuestro amor, todo pasó!...

Basta para una vida haberte amado :
Ya he llenado con esto mi misión.
He dudado de todo... he vacilado,
Mas sólo incontrastable hallé mi amor...

Empero, la borrasca no te arredra,
Aunque se avanza hacia nosotros dos,
Y has querido morir como la hiedra
Que se abraza del olmo protector...

Mas de la vida en la penosa lucha,
Ya en el fin, como yo debes hallar
Un consuelo supremo : Julia, escucha :
Si no como antes, nos amamos más. (Pág. 207)

y me parece que el tercer verso de esta cita raya en aquella sencilla grandeza que se llama sublimidad. — Y luego, llegado al borde fatal y comprendiendo que para mayor infortunio de ella, caerá él solo, interroga y clama, ya á un amigo, ya á Dios, en su poesía *Morir, á Demetrio Viana* :

¿Con qué pudiera yo evitar de Julia
Una lágrima sola, una no más.....
Con sólo no morir? Demetrio, busca
Un remedio eficaz para mi mal.....

¡*Ella* y *ellos* dispersos y sufriendo.....
Y tal vez tanto como sufro yo......!
¡Yo no quiero apartarme nunca de ellos......!
¡Yo no quiero morir...! ¡Gracia mi Dios! (Pág. 185)

Como se ve, al aliento del amor no siempre desaparece el dolor, ó él mismo hace otros dolores y angustias; pero lo que sí desaparece es el azorrillamiento, al soplo del amor y de cualquiera otra pasión decidida, como sucede al extranjero en país de lengua ajena, que al perder el dominio de sí mismo tiende á expresarse en su propia lengua. La melancolía, afección suave, se pliega por más tiempo á la moda y á la imitación, y es como esas dolencias que no se pronuncian lo bastante para dejarse determinar y atacar por el facultativo. De este género nos presenta GUTIÉRREZ varias composiciones, como la dirigida *Al señor Aquiles de Malavasi* en 1857, un tanto amanerada y sin importancia, y la *En el álbum de la señorita Paulina Granados,* de 1857, que recuerda á Espronceda al terminar :

Marchitas ya y sin aroma
Flores de un árbol caído,
Recuerdos de un bien pasado,
De un tiempo mejor, testigos.

La *A. M. F. en su cumpleaños*, aunque cinco años anterior, pues es de 1852, suena más propia que la de 1857 por la misma impropiedad de esforzarse allí el poeta en comunicar su tristeza, casi desesperación, á una señorita de catorce años; y es también una flor, una lágrima de melancolía *La pompa de jabón*, improvisación delicada y felicísima (de 1866, pág. 151), que, por ser dirigida á un hijo, supongo procedió de inquietudes de amoroso padre.

Antioco, á pesar de la moda y de sus tempranas aflicciones, reales ó imaginarias, nunca mereció ser clasificado como poeta llorón, pues no dominan en sus versos la monotonía y la impostura de aflicción que caracterizan el género. No sólo no hay sombra de éste en la *Memoria sobre el cultivo del maiz*, su más extensa poesía, sino que, aun en pleno zorrillismo, buen número de ellas eran jocosas ó humorísticas, como *El romanticismo tétrico, Una visita, Al diablo, Coquetería, Ella y él, En el álbum de Juana* (pág. 105), y una *Á mis pies*, excluída de publicarse; y entre las posteriores hállanse *Á mi vecina*, *Tresillo* y la *Carta al doctor Uribe Ángel,* cuyo humor de amargo sarcasmo no es de llorones, aves generalmente melifluas é inofensivas. En las lúgubres de su primera época, aun donde más se disfraza de Zorrilla y Abigaíl Lozano, asoma de cuando en cuando el dolor propio, tal vez rompiendo la cadencia de la imitación acústica, como en la última estrofa de las dirigidas al profesor de flauta *Aquiles de Malavasi* :

Oyéndote parece que oyéramos, lejano,
De alguna pena vaga pronóstico infeliz;
Por eso cuando te oigo reprimo el llanto en vano
Que brota de mis ojos, y tímida mi mano
Enjuga mis mejillas y no puede aplaudir. (Pág. 108).

Tengo para mí que en la poesía no son los propósitos del autor, no los asuntos que escoge, sino su manejo y estilo, y sus apartes é inadvertencias, lo que caracteriza al hombre. El hábito (la profesión) no hace al monje, pero sí el modo de llevarlo. No hay, por ejemplo, nombre literario más lúgubre que el del doctor Young, y maravilla saber que aquella misma pluma que se dedicó á cortejar á la muerte en sus famosas *Noches,* vivió ochenta y cuatro años cortejando con indignidad suma las grandezas á intereses pasajeros de la vida, y borrando ó cambiando las lisonjeras dedicatorias de sus obras; pero preocupado con esto el doctor Johnson, ó un colaborador de sus *Vidas de los poetas,* ya hizo notar hace un siglo que las *Noches* mismas aparecieron con dedicatorias de cortesano, y que en el curso del poema el mendigo de favores de los grandes se hace traición repetidas ocasiones. El atroz desenlace de la vida de Larra señaló también á los lectores no pocos sollozos y lágrimas que turban sus risas y salpican sus innumerables agudezas. Nada más dulce en los clásicos españoles que las églogas de Garcilaso, encarnación del cisne ideal al exclamar

Las aves que me escuchan, cuando cantan,
Con diferente voz se condolecen
Y mi morir cantando me adivinan;

pero antes de oirle sonar tan delicada flauta sentimos al asaltador de fortalezas

. . . . . . .el monte fatigando
En ardiente jinete que apresura
El curso tras los ciervos temerosos
Que en vano su morir van dilatando;

y nuestro poeta colombiano asaltador de fuertes, después que en su *Me ausento* traza un cuadro amoroso de una delicadeza de pincel y una verdad psicológica quizá nunca excedidas, venciendo á Garcilaso mismo en la ternura, — pues

dudó que en lengua alguna se haya suspirado más dulcemente que al decir

¡Cuán horrible es amar sin ser oído,
Que el suspiro entre lágrimas enviado
No halle jamás el eco deseado
Que, respondiendo, alivie nuestro afán, —

en las dos últimas estrofas, como fatigado de prosternarse ante una criatura quien se siente digna imagen de su Criador, yergue la cabeza con un movimiento de virilidad formidable.

En las poesías de GUTIÉRREZ GONZÁLEZ que se conservan, no hay ocasión á contrastes semejantes; mas para hacer ver que no eran de su temple de espíritu la empalagosa dulzura y la femenil quejumbrosidad de los llorones, basta enseñar su poema del *Maíz*, consagrado casi íntegramente á labores viriles y en estilo á un tiempo gracioso y de la más enérgica sencillez, como fruto de una vigorosa *mens sana in corpore sano;* y léanse además su heroico cartel *Á los Estados Unidos de Colombia,* y varias de sus últimas composiciones, en que, sin haber leído jamás á Enrique Heine, suele adivinar la terrible sonrisa de su desesperación; y léase en fin el fragmento de *El sombrerón,* que por ser sólo un fragmento no nos permite juzgar de la moralidad conclusiva de dicha leyenda. Me atrevo á creer que ni Espronceda ni Byron han tratado la pasión con mayor energía:

Vuelve en Clara á pensar, y en su despecho
Cree que la odia, y que la olvida cree;
Quiere arrancar aquel amor del pecho
Aunque se arranque el corazón con él.

¡Siempre en ella pensando...! y aunque herido,
Se dirige hacia Clara el corazón.
Luchar con el amor es ser vencido;
Don Rodrigo en la lucha sucumbió.

Y dejóse arrastrar por la pendiente
Vertiginosa que le llama á sí,

Marcha veloz que tiene solamente
En el delito ó la locura fin.

. . . .

« Me es preciso tu amor. Yo necesito... &.

. . . .

« ¡ Oh ! ¡ qué no hiciera yo por agradarte !
Todo lo hiciera por amor á ti...
Sí, todo, todo, menos olvidarte,
Ni un solo instante sin tu amor vivir.

« Ordena lo que quieras. Me transporta
El ir á obedecerte. Haz la señal...
¿ Una virtud ?... ¿ un crimen ?... ¡ Nada importa !
De todo soy capaz. ¡ Puedes mandar ! (Pág. 95)

En la historia de las pasiones los extremos se tocan. El mismo que temblaba y perdía el sentido al acercarse Temilda, era capaz de los transportes de león que imaginaba en don Rodrigo; y aquí otra vez el discípulo olvida á su maestro de Valladolid, confirmando que un impulso vehemente y verdadero rompe el disfraz ajeno y deja aparecer al hombre.

Reconozcamos en las poesías algunas de las huellas del infortunio real, y su influencia sobre el estilo del poeta, á partir de 1856, prescindiendo así de unos doce años de azorrillamiento y de aneurisma imaginaria, igualmente que del ya citado romance *A M. F.* (pág. 79), eco de alguna contrariedad positiva experimentada en 1852. En 1856, aunque llevaba ya seis de felicidad doméstica al lado de JULIA, vuelve á lamentarse de soledad, desilusión y abrojos, pero lo hace en versos de álbum. *Á la señorita María Josefa Argáez* (pág. 99), y con una paz, suavidad é igualdad de estilo tan completas, que, yo á lo menos, no tomo nada de eso á la letra. Hay allí jardín, flores, pájaros, arroyo murmurador, impresiones de Zorrilla y del *Te quiero* y otras poesías de Arboleda, lo cual indica que es composición de cumplimiento, y no de sentimiento propio. Más propia y sentida me parece la compañera, dirigida en los mismos

días *Á la señorita Dolores Argáez* (pág. 102), en la cual, en vez de esa desdicha postiza, sobresale, de entre un cuadro de cariñosa frescura, como borrador ó preludio de *Aures* y de la *Memoria sobre el cultivo del maíz*, este toque verdadero de contemplativa melancolía:

> Esas memorias de la edad primera
> Son siempre bellas porque están lejanas.
> Y sus recuerdos nos parecen dulces
> Porque los vemos al través de lágrimas.

Las dirigidas en 1857 *Á la señorita Paulina Granados* y *Al señor Aquiles de Malavasi* son de muy desigual mérito, pues la primera es linda y filosófica; pero la tristeza de ambas tiene un colorido ideal, como de una dolencia de mera imaginación ó de capricho, y recuérdese que el corazón humano es un niño consentido que se fastidia hasta de ser completamente feliz. No menos delicadas y discretas son las dirigidas en 1858 *Á la señorita Isabel Bunch* (pág. 117), y *Á la señora Hortensia Lacroix de S.* (pág. 120), impregnada la última de amor á JULIA y al hogar, lejos del cual escribe. En ésta, la elegante cadencia é igualdad de estilo no pertenecen ya á Zorrilla ni á Lozano, sino á la felicidad de su autor:

> Esa madre es el tesoro
> Que me ha dado la fortuna,
> La que me hace ser dichoso,
> La que quiero con locura.

En *¿Por qué no canto?*, fecha en 1858, culminaron á un tiempo la gloria y la felicidad de GUTIÉRREZ GONZÁLEZ. La perfecta verdad, la conformidad que allí ocurrió entre el hombre y el poeta, entre el carácter y la situación del primero y la respuesta que debía dar el segundo, aseguraba una inspiración fácil, simpática, armoniosa; pero el desempeño excedió á toda esperanza por su originalidad y primor, y cuatro solas de estas estrofas debieron colocar en el acto á su autor en primera línea entre los líricos castellanos donde

quiera que á la calidad y no á la cantidad se adjudique la palma de oro. Obsérvese aquí cuán completamente poeta había nacido ANTIOCO, y que por entonces su musa era la felicidad. La función del poeta es demostrar con imágenes, no con razonamientos, lo que siente: esas cuatro estrofas, primera, segunda, sétima y última, demuestran, por la divina álgebra del arte, la felicidad, y (la última) el triunfo del mérito modesto, como firma y fotografía imperecederas de su autor. En las demás estrofas alude á indiscreciones, á placeres fugitivos, á pesares y lágrimas, pero no hay allí una demostración por imagen, porque aquello no era la inspiración, no era la verdad del momento. Esa poesía consagró inmortales el nombre de ANTIOCO y el de su amigo Domingo Díaz Granados, el poeta hermano que le preguntó por qué no cantaba; la flor de batatilla y el cocuyo quedaron también, en nombre y por autoridad del genio, irrevocablemente consagrados á su cantor; y la forma de sus estrofas (hasta con la discrepancia métrica que ocurre en la décima tercera) quedó fijada como clásica para la cariñosa imitación de sabe Dios cuántos admiradores. *

* Por ejemplo, de Arsenio Esguerra en su nítida *Plegaria á la Virgen*:

. . . . . La virtud se contrista y aun vacila
Viendo intranquila el temporal venir,
Sintiéndose alejar de la ribera
En donde espera
Hallar el bien que busca en vano aquí.

. . . . . Dirige una mirada cariñosa
Sobre la esposa que me dió el Señor,
Sobre esas tiernas flores tan queridas
De mi alma desprendidas
Que extático de amor contemplo yo.

. . . . . Haz que inspirado en el amor divino
Siga el camino que conduce á ti;
Séame aquí tu maternal ternura
Prenda segura
De un eterno dichoso porvenir:

Y al desatarse los carnales lazos
Haz que en tus brazos vuele á descansar,

De 1859 á 1865, por muchas que fuesen las penalidades y sinsabores de ANTIOCO, en sus versos no se hallan más rastros que el de la pérdida de la casa de campo ó hacienda paterna, ventajosamente resarcida con el oro de *Aures*, letra de cambio por la inmortalidad de su dueño; y en su epitalamio *Á dos amigos* (pág. 140) una alusión á la ligereza ó indiferencia de la sociedad que hiela tantos generosos corazones. La guerra general de 1860 á 62, el feliz alzamiento seccional de Antioquía en 1864, — agitaciones en que participó el poeta desplegando mucho valor y energía, — y otros forzosos quehaceres públicos y domésticos, mantuvieron en movimiento su espíritu, distraído de sus quejas, y abierto á las misceláneas emociones de campaña. Sus mismas tropas lo obligaron á componer en 1861 una proclama guerrera en verso (que se ha perdido), reduciéndolo á estrecho calabozo para el efecto, con papel, pluma, tinta y una *soga* de tormento, pues el soldado antioqueño necesita ante todo versos que cantar, y el bardo comandante estaba remiso en cumplir su primera obligación, quizá por repugnarle destinar el lenguaje de la belleza al horror de la guerra civil; pero en 1864, amenazada Antioquía de una invasión la más indisculpable, compuso muy de su grado la fiera alocución

Y á poseer la eterna bienandanza,
Firme esperanza
Y de infelices único solaz.

Tengo particular satisfacción en mencionar aquí el nombre de Arsenio Esguerra (lastimosamente muerto dos años después que Gutiérrez González, aunque diez años menor que él), porque su colección, que está en prensa, es una constante prueba de cuánto se ha depurado el gusto literario respecto de lo que fué en la época de nuestro fervor por remedar á Zorrilla, Espronceda, Pastor Díaz y Abigail Lozano. En dicha cole.ción no ocurre tal vez ni un ejemplo de los vicios *de moda* que dejo censurados en este estudio.

La siguiente magistral estrofa, también de Arsenio, parece comentario poético á la tercera del *¿ Por qué no canto?* de Antioco :

Y nosotros los hombres, pobres seres,
Desengañados, sí, mas nunca cuerdos,
Muertos para la dicha y los placeres
Pretendemos salvar nuestros recuerdos.

Á los Estados Unidos de Colombia, cuyo designio fué precisamente la conservación de la paz en la República mediante el respeto á la notoria voluntad popular.

En las poesías de esos siete años no escasean tiernos recuerdos de JULIA y del hogar; aun en el *fotográfico* romance del *Tresillo* su corazón se reconoce casero; y en todas ellas continúa tan propio, tan ameno é independiente en su estilo como en el *¿Por qué no canto?* No había olvidado á Zorrilla, sin embargo; mas ya no lo remeda, sino que en ocasiones se asimila su estilo con la libertad de los maestros, que entre sí no se cobran hechuras, por ejemplo en las descripciones *A J. M.* y *Tus ojos y tus cabellos* (págs. 129 y 130), que en su forma, en el brío de su cadencia y aun algo en su dicción, recuerdan la gallarda pintura de Rosa, de *Las dos Rosas* de Zorrilla (pág. 183):

> Gravita apenas en la blanda alfombra
> La leve huella del enano pie,
> Y tiene más de vaporosa sombra,
> De inefable visión que de mujer.
>
> Flota el cabello en perfumados rizos
> Al impulso de céfiro fugaz,
> Velando de la espalda los hechizos
> Su voluble y espléndida espiral,
>
> Cáenla de la mórbida cintura
> En grupos que sujeta el cinturón
> Los pliegues de la blanca vestidura
> Que agita ligerísima en redor.....

Pero véase en GUTIÉRREZ cómo imita un maestro, con esencial originalidad:

> Como las ondas del revuelto Cauca
> Cuando cruza una barca su raudal,
> Así se entorchan en tu frente cándida
> Tus cabellos en mórbida espiral.....
>
> Y, como buitre en la región del cielo,
> Se destaca en tu pecho ese lunar;

Mancha preciosa en la argentada luna,
Buque perdido en el cerúleo mar..... (Pág. 129)

Son un espejo mágico tus ojos
Donde mirado el mundo es un Edén,
Y el cielo azul en la mitad del día
Tiene más luz si se retrata en él.....

Y elogiando sus cabellos,

Ruedan, flotando, á acariciar tu talle
Á merced del ambiente juguetón,
Y en anillos de luz y de azabache
Su mórbida espiral convierte el sol.

Ó cuando unidos en revuelta trenza
Coronan tu cabeza en derredor,
Reflejando la luz como diadema
Que el joyero de piedras guarneció. (Pág. 131)

¿No podrá Zorrilla enorgullecerse de su discípulo antioqueño? — *Et in Arcadia ego*... conservo también mis respectivas *Dos Rosas,* hechas en 1856 *(Gracia* y *Paula)* cuyo único indisputable mérito es el de subsistir aún en el recogimiento del archivo.

En 1866 compone el poema del *Maíz*, que no puede ser obra de un espíritu envenenado ó acosado sin descanso por la adversidad; y varias poesías morales y religiosas. Algunas de este género produjo en 1867; pero fechada el mismo año es *La resignacion y la modestia, á Isabel*, primer toque, á mi juicio, en sus anales métricos, de una triste modificación de carácter, esto es, de la impaciencia enojadiza y desatinadora que suele introducir una profunda desesperación. Sube ésta de punto en 1868, año evidentemente muy negro para el desventurado GREGORIO, pues á pesar de las reacciones piadosas y de desahogo doméstico que se observan en sus poesías *Á mi amigo Segundo Fonnegra* (pág. 166) y *Á Adriano Scarpetta* (pág. 168), y no obstante que una señora logra comprometerlo á escribir en su álbum *La cabeza, el corazón y la mano* (pág. 164), de lo cual se desempeñó como por salir

del paso, con impacientes requiebros y reminiscencias de *Aures* y de

. . . . . las aguas del revuelto Cauca
Que entorcha á sus costados el vapor,

éstos parecen movimientos involuntarios, epilépticos, de un herido de muerte, cuya verdadera condición no se exhibe sino en las dirigidas *Á Amelia* (pág. 170), *Á Carlos Pradilla* (pág. 172) y *Al doctor Manuel Uribe Ángel* (pág. 176), todas tres del misantrópico género de Enrique Heine, adivinado por las circunstancias y travesura de ingenio de GREGORIO. En la primera, el sagrado nombre de JULIA lo obliga á fingir, sin espontaneidad ninguna, la melodiosa galantería métrica de otros tiempos; pero las notas propias son como éstas:

Ya ni al aspecto del pesar suspiro;
Odio y me cansa todo lo que es mío;
¡Es más que desaliento, es postración!

En la segunda, todo es tan propio que hasta olvida que es enderezada á otro infortunado, cuyas penas debía más bien suavizar que recrudecer; y aun reconoce seca y bruscamente su falta:

Quisiera consolarte, mas no puedo;
Que sepas, sí, pretendo
Que alguien hay á quien duele tu dolor;

y á las diez y ocho estrofas de espantoso realismo, de disección de llagas, más cruel que los martirios del Españoleto y que las ensañadas y nada históricas octavas del *Canto á Teresa* de Espronceda, remata GREGORIO recomendando á su infeliz amigo la fe en una vida mejor. En la tercera, en fin, vuelve á asomar el gráfico pintor de *Una visita* y del *Tresillo,* mas no ya en tono de burla, sino de sarcasmo:

Todo enfermo se muere: esa es la regla;
En contra de ella ¿tienes objeción?

No; mas no importa, responsable queda
El médico que asiste al que murió.

Mas, si recobra la salud, ¡milagro!
San Zutano bendito que nos dió
Una prueba palpable, que aun luchando
Contra médico, y todo, lo salvó.

Allí respira el cansancio del trabajo, tantas veces improductivo, ó perdido, ó explotado por ingratos,

Si el que puede pagar tampoco paga,
¿Esperas gratitud?..... Lástima da;

y ocurre este admirable arranque del despecho acosado por las exigencias sociales:

¡Oh! que no se convenzan en el mundo
Que el que en su casa está quiere allí estar,
Y que saldría para ver á alguno
Si no fuera mejor su soledad.

Al terminar dicha carta alude GREGORIO á *la historia de un Carlos que murió:* y era esa historia un extenso poema dedicado á su amigo Uribe Ángel, probablemente escrito para desahogar aquella hiel de misantropía que á la sazón lo dominaba. Ya concluído, y aun satisfecho de él su autor, redújolo á cenizas pocos meses antes de morir, sin que Uribe Ángel llegase á recibirlo ni leerlo.

En 1869 muestra el poeta irónica resignación en los versos dirigidos *Á Federico Velásquez* (pág. 187), repitiendo cierta reflexión irreverente hecha *Á Isabel* dos años antes; zurce su anécdota de *Un sueño,* sin inspiración ninguna, puesto que la musa del buen humor lo había abandonado; « rompe sus vestiduras como Job », al decir de Camacho Roldán, en su composición *Morir, á Demetrio Viana* (pág. 184), en la cual culmina el drama del infortunio en una desgarradora lucha entre el impotente despecho y la ternura doméstica, — estrofas de interés verdaderamente trágico; — y luego, reclamándolo JULIA por suyo, su amor á ella le

f

devuelve el néctar de sus más dulces inspiraciones, sublimado por la generosa humillación del que se reconoce vencido.

En 1870 GUTIÉRREZ GONZÁLEZ más resignado al parecer, cediendo al maternal reclamo de la religión, requiebra á la Muerte personificada en *Magdalena* (pág 189); y en 1871 y 72 termina su doloroso tránsito mundanal verificando con más exactitud que ningún otro poeta la antigua imagen de la lámpara en agonía. Levántase hasta el Padre de las misericordias parafraseando el *Miserere* (pág. 202) con el recogimiento de un alma ya mal pagada por el mundo y desatada en el llanto de la contrición; recayendo á la tierra, suéltase por toda ella como una cariñosa demente, palpándola y reconociéndola y acariciándola en todos sus objetos, en todas sus luces y colores, en todas sus escenas y pasajeras fantasías, porque siente que se le está escapando y quiere darle su adiós de poeta, besar su polvo, saborear todas sus lágrimas, aspirar todos sus aromas, escuchar el divertidor murmullo de todos sus sueños, — pues no menos que esto me parece aquel ingenioso globo esponjado por la imaginación sobre el tema de la *Nada* (pág. 193), líquida suma de nuestras cosas terrenales. Húndese en seguida en el abismo de sus propias tinieblas, en la sublime doble noche de *Las dos noches* (pág. 205); y resurgiendo luminosa se exhala en una ferviente *Oración* (pág. 206) que sólo incompleta alcanzan á percibir los seres amados que rodean el lecho del agonizante.

Cerraré esta tentativa de autobiografía de un poeta sacada de sus versos, con cuatro observaciones que acaso patentizarán mejor la estrechísima relación que existe entre el hombre físico, moral y social, y su expresión literaria.

1.ª El gran lírico escocés Burns, oportunamente comparado por Camacho á GUTIÉRREZ GONZÁLEZ, tiene sobre éste la ventaja que le dió el haber nacido pobre y de ínfima condición social, con un espíritu probablemente no más susceptible, activo, independiente y enérgico, en su punto de par-

tida, que el de nuestro ANTIOCO; y de allí, de ese tremendo celo del oro y del rango, aquellas estrofas fulminantes de dignidad humana, glorificación del hogar humilde y del trabajo honrado é independiente, estrofas que hace ya más de un siglo forman la segunda alma de todo escocés, ejerciendo así una influencia casi divina sobre la raza entera del labrador que las escribió. Á mucho mayor incentivo, mucho mayor esfuerzo, y por consiguiente suele aparecer Burns más artista y más hombre que GUTIÉRREZ GONZÁLEZ, y era el escocés, en efecto, un verdadero artista disfrazado de rudo campesino; pero me atrevo á creer que el capital poético que el primero recibió de lo alto no fué un punto inferior, en ninguna cualidad, al recibido por el segundo; y bien que muerto á los treinta y ocho años, el cantor de la *Cebada* (y cantor también *Al diablo* como GUTIÉRREZ GONZÁLEZ) no dejó obra ninguna de la extensión é importancia de la *Memoria sobre el cultivo del maiz*. Byron, á pesar de esto, ha declarado á Burns poeta de primer orden, juzgando rectamente que un buen verso suyo vale más que poemas de otros, y que la influencia que ejerce un poeta es lo que da la medida de su fuerza y lo que debe determinar su categoría.

2.ª Desde el día en que la desesperación domina en la condición moral de ANTIOCO, y desquicia ó turba su buen caracter, nótese en su estilo la correspondiente modificación : su forma no es ya constantemente elegante, suave, melodiosa, sino que, como la conversación de un hombre impaciente, pierde á menudo lo que llamaré la cortesía ó circunspección poética, y emplea unos modos toscos, prontos y prosaicos, á veces de mucho efecto, pero ajenos de su gracia y delicadeza habituales. Citaré algunos rasgos de éstos :

Ante el deber jamás es santo el miedo,
No poder no es virtud. ¡ Valor! ¡ valor! etc. (Pág. 159)

. . . .

¿La esperanza?... sofisma, aunque sea bello,
Que nos forja el anhelo.....
Y anhelamos... ¿y viene, qué? — ¡el dolor! (Pág. 172)

¡Médico para qué, si no hay dolor! (Pág. 177)

Pero de dolo nadie lo ha acusado,
Porque bien claro nos lo dijo Él:
"Trabajo es trabajar; pero el trabajo
Es lo solo que cumple con mi ley" (Pág. 179)

¡Oh! y es eso verdad! Soy un estorbo......!
¡No puede estar la dicha en donde estoy...! (Pág. 186)

¡Si tu suerte enlazada no estuviera
Con mi suerte, tal vez fueras feliz (Pág. 208)

3.ª Dos poesías escribe GUTIÉRREZ GONZÁLEZ para considerar ó compadecer grandes infortunios, y son las *Á un niño expósito* (pág. 41). y *Á mi querido ahijado Carlos Pradilla* (pág. 172); y al cantar *La resignación y la modestia, á Isabel* (pág. 158), trata igualmente la condición de pobre de esta joven como un absoluto infortunio. Todas estas tres veces, lejos de distraer y consolar, se ceba con más ó menos exageración en pintar el mal respectivo con cuantos antecedentes y tristes consecuencias puede discurrir, y concluye, en sustancia, que nada tienen que esperar en la tierra mientras no venga la muerte á redimirlos. Si dichas composiciones fuesen de una misma época, y en especial, de los últimos años del poeta, esta originalidad podría atribuirse á sus propias sombrías preocupaciones; pera distando veintiún años la primera de la segunda, no faltará crítico que vea en ello una marcada aberración moral. Yo me explico la del *Niño expósito* por contagio de Espronceda, que con sus temas sociales de *El mendigo, El verdugo, El reo de muerte*, etc. tratados con fatalismo antisocial puso á la vista de sus admiradores una sociedad aborrecible, mucho más injusta y cruel que la verdadera;* y en cuanto esta razón

* Leído esto por un amigo, ma ha informado que el asunto de Gutiérrez

no satisfaga, ni excuse la impropiedad de las dos poesías posteriores, me ocurre que quizá todo puede atribuirse á la candorosa y ruda franqueza del carácter antioqueño, raza que rebosa en cierto vigor casi primitivo, excepcional entre nosotros, y que por lo mismo escasea, en lo general, en las formas mañosas y caminos indirectos que en las razas más escarmentadas empleamos para no lastimar la sensibilidad y el amor propio de nuestros semejantes. Imagino que en ninguna parte se da más pronto que en Antioquía una mala noticia, ni se decide con menos demora una cuestión de ruptura ó enlace de relaciones personales; y la marca especial del antioqueño no cambia ni se descolora jamás.

4.ª Si un ilustrado europeo de tantos que hay sin lustre alguno en cosas de fuera de Europa, especialmente de nuestra América, pero sí muy entendido en lengua española, leyese los versos de GUTIÉRREZ GONZÁLEZ y enamorado de ellos se propusiese averiguar por su solo contexto cual es la patria del autor, ¿qué sacaría en limpio? — Que es un turco asiático de la antigua Antioquía, pues fuera de Antioquía no reconoce otra patria; pero que, por católico romano convertido del judaísmo (resto quizá de familia hebrea emigrada de Medellín de Extremadura), rehusa absolutamente llamarse turco. Que en su primera juventud viajó por la América meridional, y dirigió á un amigo americano una generosa composición en elogio de este continente; pero que, cerca ó lejos de Antioquía, siempre suspiró por ella, y aun se mostró patriota entusiasta en cierta ocasión en que, por algún conflicto consular ó aventura mercantil, fué amenazado por el gabinete de Colombia, ó sea el de los Estados Unidos; y en fin, que su sangre original no ha perdido nada de su ley mosaica, pues es aficionado á los sagrados cantares hebreos, y el nombre de Sión ó Jerusalén suele

del *Niño expósito* es histórico, y que la lectura de Espronceda sa relaciona con él de una manera curiosa. Hijo de un caballero conocido de Gregorio, su padre lo reconoció y educó cariñosamente, y ya es un hombre formado y de fortuna, desmintiendo así toda la teoría pesimista de la composición.

ocurrir en sus versos, lo mismo que el de cierto río Magdalena que probablemente riega la antigua Magdala de Palestina.

En otras palabras, sólo á la página 192 constará incidentalmente, que el *país* de GUTIÉRREZ es de la América del Sur, para los que ignoren que Antioquía es un Estado parte integrante de la anterior Nueva Granada, hoy Estados Unidos de Colombia. Ni una sola vez nombra GUTIÉRREZ á Bolívar, ni á ningún otro héroe ni campo histórico de nuestra independencia, fenómeno inaudito en conjuntos de poesías de neogranadinos ó colombianos, exceptuados los antioqueños, en los cuales, por el contrario, es perfectamente natural. Los hijos de Antioquía brillan con esplendor en nuestra historia nacional : antioqueño fué Atanasio Girardot, héroe del Bárbula, y de los primeros libertadores granadinos de Venezuela; antioqueño Liborio Mejía, caudillo de los héroes de la Cuchilla del Tambo en 1816; antioqueño Córdoba, la espada decisiva de Sucre en Ayacucho, el cenit de nuestra epopeya continental; antioqueño Zea y los dos Restrepos, nuestro más brillante ministro ante las cortes y las ciencias europeas, la primera gloria de nuestro foro y de nuestra filantropía, y nuestro primer historiador republicano y secretario del Libertador; y en fin, magistrados, cuerpos y jefes antioqueños han figurado con singular distinción en nuestras posteriores agitaciones civiles; mas para el espíritu, y sobre todo, para el corazón de los antioqueños, no hay más *patria* que Antioquía, y esa su idiosincrasia provincialista es la triquina que nos ha inficionado de *federación*, y que atrayendo muchas veces sobre aquel pueblo laborioso, compacto y rico todas les plagas, todas las furias é iniquidades de la guerra y el desgobierno, ha resistido al cuchillo y al fuego, y seguirá resistiendo hasta la consumación de la ruina de toda Colombia, por la inevitable comunidad de intereses y peligros que todos los colombianos, excepto los antioqueños, vemos y palpamos diariamente : comunidad que obviamente aconseja moralizar y fortificar el centro, el sis-

tema general, como única garantía para todos los miembros de un cuerpo responsable en conjunto é indivisible en la realidad de los hombres y de los hechos ¿Qué importa que Antioquía sepa gobernarse ejemplarmente, si la federación general no la deja en paz ni gobernarse por sí misma?

Lo más singular del caso es que, en cuanto á decisiones del espíritu, el mismo GREGORIO GUTIÉRREZ GONZÁLEZ fué el antioqueño excepcional que en 1857 combatió con sabiduría y firmeza, como miembro del Congreso granadino, la transformación federativa; y aun se conserva un dictamen oficial suyo escrito en tal sentido: rasgo que, en mi parcial juicio, honra sus talentos más todavía que el embeleso mágico de sus versos. Otra circunstancia muy notable es la de que, no obstante que en su lira la palabra *patria* nunca significa otra entidad que Antioquía (V. págs. 105, 147, 187, etc.), él es, incuestionablemente, el más popular en Colombia de todos nuestros cantores, lo cual desmiente de hecho la ficción de *casa aparte* de la triquinosis provincialista. Todos lo entendemos, lo sentimos y lo amamos nuestro, sin tomar jamás en serio esa atomización de la Patria, nunca suficientemente grande para nuestras tradiciones y aspiraciones.

Fuera de GUTIÉRREZ, sólo otro poeta nacional tengo en este momento sobre la mesa, el ya mencionado Arsenio Esguerra. Abro y registro su colección, y aunque encuentro en ella diez poesías en una sección llamada *La Patria* y catorce en otra denominada *Los dos hogares*, y aunque incluye una ó varias referentes á Ibagué, su ciudad natal, sólo una vez emplea el sustantivo *patria* en otro sentido que el legítimo, y es en la acepción adjetiva por *paterna*, obligado á ello por el metro; de resto, ni una ocasión llama á Ibagué de otra menera que *mi cuna, mi hogar, mi casa, mi bosque:*

Y el hombre es más dichoso
Que en culta, extraña tierra
Allá en su bosque umbroso,
Allá en la oculta sierra

Donde entre sueños mágicos
Corrió su juventud. *(Nostalgia)*

La edición de 1867 contiene treinta composiciones de GUTIÉRREZ, pues la *Historia de una tarde*, allí añadida, aunque no indigna de ANTIOCO, no es sino del señor Epifanio Mejía, antioqueño también, como lo prueban sus frases *mi querida Antioquia, mi patria.* Sus editores omitieron desacertadamente la *Canción en boca de una mujer, de Schiller*, dada primero á luz en Nueva York, y, á mi juicio, un dechado de estilo poético y versificación. En la edición de Medellín, hecha por GUTIÉRREZ mismo en 1869, hállanse setenta y dos composiciones, y falta, por supuesto, la del paisano Mejía; pero — ¡rara antipatía de un padre contra una preciosa hija! — suprimió igualmente la *Al salto del Tequendama*, añadiendo en cambio aquella de *Las flechas* (pág. 68 del tomo á que aludo), suprimida en la presente, y dos ó tres más qe parecen escritas únicamente para engrosar el volumen. La presente colección consta de ochenta y cinco, esto es, catorce más, inéditas unas, nunca coleccionadas otras; á saber, *La vida á mi madre*, *El romanticismo tétrico, Mi pasión, Á M. F. en su cumpleaños, Mi dulce soledad. Á un recién nacido. Á Magdalena, Á Camilo Ferrand, Á nada,* cinco *Improvisaciones*, *Miserere*, *Las dos noches* y *La oración*, más la de *El Tequendama,* que ANTIOCO omitió, y las improvisaciones adicionales que verá luego el lector en esta Noticia. Dichas novedades merecen especial atención, en beneficio de la edición con que obsequian los hijos del poeta á sus admiradores; y abrigo la lisonjera esperanza de que ellos sancionarán mi arriesgado juicio de que diez ú once de estas nuevas son de las mejores y más interesantes de todas, — inferiores únicamente á las dirigidas *Á Julia,* el *¿Por qué no canto?*, *Aures,* y la *Memoria sobre el cultivo del maíz.*

La vida, á mi madre (pág. 3), aunque sin el movimiento dramático y la magia de entonación de *Las hojas secas* del maestro, tiene méritos á que ya he aludido, y el singular de

no ser un remedo de aquélla. Salvador ha citado cinco de sus mejores estrofas (pág. XLVIII), y haré notar que el último de esos versos, hechos en 1844, es una perla adelantada del ANTIOCO de veinte años después, y que sólo él ha podido regalarnos :

Vuestro mustio follaje es hoy mi dicha,
Es cada hoja una ilusión colgada.

Pocas estrofas más arriba ya se anuncian aquellos símiles duales ó conyugales, favoritos de ANTIOCO y consagrados más tarde, y con más propiedad, á su JULIA. Aquí dice que una pareja de madre é hijo

Son dos suspiros de inocentes pechos
Que nacen juntos y entre sí se enlazan ;

y luego, tierna y reverentemente, que el hijo en el regazo materno es

Piadosa ofrenda en el altar colgada.

Siempre que tales cosas le ocurran á un adolescente, aunque no las cante con la música de estilo de ANTIOCO, y aunque caiga después, como él, en el barquichuelo y mar consabidos, que también figuran en *Las hojas secas*, puede perdonársele que dé sus rimas á la prensa. Lo que yo no me explico es que ANTIOCO hubiese escondido esta poesía en 1869, insertando la monótona de *Mi muerte* y otras inferiores de su primera juventud.

El romanticismo tétrico (pág. 9). Prodigiosa precocidad de buen juicio; censura y absolución de todas las tetricidades en que incurrió el mismo ANTIOCO; propósito y profecía del poeta *americano* realizado años después en *El Maíz* y otras menores suyas; y más que digna de exhumación, aunque su feliz revista del mundo de los Andes no contuviese otra belleza que esta sola pintura, original, completa y poéticamente verdadera del *Tequendama,* hecha con un solo rasgo. Para mi gusto vale más que su extensa composición sobre el

mismo asunto, á pesar de lo mucho que la admiro. Citaré este boceto de maestro, con el *fondo* ó paisaje que nos prepara á él :

Entra en la selva, y gozarás en ella
El más puro placer que el alma alcanza ;
Allí libre y sin límites se lanza
Al pie del Creador ;

Que el silencio imponente de las selvas
Á meditar en el Señor convida
En medio de natura adormecida
Y arrullada con fúnebre clamor.

El paso sigue al Bogotá espumoso
Y en Tequendama le verás perdido,
Súbito en densa niebla convertido
En salto aterrador.

Tres páginas antes encuentro, en la misma poesía, una observación cuya madurez y profundidad me sorprende en un joven de diez y ocho años. Dice, hablando del viejo mundo :

Naturaleza, poco rica en galas,
Muéstrase allí sin brillo, sin encanto,
Y su agotada inspiración en tanto,
Incierto giro al pensamiento da.

Más abajo, aludiendo á Colón, noto en dos magníficos pies un pensamiento de Arboleda, que bien puede haber ocurrido igualmente á GUTIÉRREZ y á cien otros poetas. Ni la memoria me ayuda mucho, ni escribo ahora registrando parnasos :

Canta ese genio cuya vasta mente
Se hallaba estrecha en el antiguo mundo.

Estos otros rasgos (menos el trilladísimo de los dos primeros versos) arguyen vista propia y del natural :

Mira si no, los Andes orgullosos
Con frente altiva desafiando al cielo,
Y de las nubes el flotante velo
Impávidos romper ;

Mira cual brilla entre argentada niebla
El albo copo de perpetua nieve,
Y entre su gasa transparente y leve
El iris su arco espléndido poner.

Comparando esta verdad y frescura de 1844 con las insípidas *maitinerías, abigailerias,* etc. de las páginas 99, 107 y alguna otra, de doce y más años después, debemos deplorar que ANTIOCO hubiese imitado á alguien, siendo tanto por sí solo desde su adolescencia.

Mi pasión (pág. 14). Ya me he atrevido á juzgarla digna de Safo. El que recuerde lo que sintió si estuvo alguna vez virtuosa y violentamente apasionado y con cortedad ú obstáculo de por medio, sabrá situarse en la última octava, momento de ira chillona, muy serio para el paciente, aunque pueril y estrafalario para el espectador, ó espectadora :

¡Feliz quien tiene un corazón perverso!
¡Feliz quien tiene un alma corrompida!
Pues ése mira deslizar la vida
Sin que el amor le inflame el corazón;
Que nunca abriga amor el pecho impuro,
Ni cabe en él su probador tormento;
Y el penar del atroz remordimiento
Nunca iguala al penar de la pasión.

Á M. F. en su cumpleaños (pág. 79). Es, para mi gusto, de mano de maestro :

Vas pronto á entrar en el mundo
Con la sonrisa en los labios,
Con el rubor en la frente
Y el corazón en las manos;
Y no comprendes aún
Que del mundo los halagos
Manchan la frente y nos dejan
El corazón en pedazos,
Disipados esos sueños,
Trocada esa risa en llanto.

No sabes lo que abandonas
Dejando el tiempo pasado,
¡Y te muestras satisfecha
Porque cumples catorce años!

Mi dulce soledad (pág. 83). Cualquier cosa bien hecha para enternecer niñas guitarra en mano, pero con una última estrofa de desesperante perfección. Provoca mandar pintar el paisaje que ha de llevarla al pie. He allí clasicismo consumado, es decir, disimulado y como casual.

Á Magdalena (pág. 189). Ya he hablado de ella. La primera estrofa es original, de profundo sentimiento y grande estilo; la segunda un tanto trasnochada, excepto el admirable verso último. Nada agradan esas combinaciones de asonantes, estrofas de efecto muy incompleto, que GREGORIO usa otras veces, v. gr., en la *Á mi querido ahijado Carlos Pradilla* (pág. 172).

Á Camilo Farrand (pág. 190). Por ésta, y otras, vemos que GREGORIO era grande admirador de la fotografía. Me parece escrita á corto plazo ó á salga lo que saliere, y preocupado de cosas muy distintas de ella. Sólo en cariñosa chanza se puede decir:

Rafaeles no habrá, no habrá Murillos;
La luz á los pintores destronó,
Pues ufano les dice: "Cuando pinto
Yo soy más hábil que el pincel mejor".

Mientras la naturaleza no ha pasado por el espíritu y el corazón del hombre, no hay obra de arte. Mas entresacaré un verso del ocurrente cuño Gregoriano:

Ese cielo al revés que llaman mar.

Á nada (pág. 193). Mucho podría decirse en exclusivo elogio de esta composición kaleidoscópica: especie de *Introuccion al Diablo mundo* para señoritas, pero sin imitación ninguna; función de magia, fantasía *omnibus,* brillante-

mente concebida, de mucha verdad psicológica, y resumida en sus dos últimos pies :

Concluyamos, Edelmira,
¿Á qué me supo esa pasta ?
Á lo mismo que estos versos :
Me supo á todo y á nada.

Su cuadrito de *En el campo, á la oración* etc., me parece primoroso, y luego, contestando *¿á qué me supo?*

Á nada, es decir, á todo,
Porque esta palabra vaga,
Como el maná del desierto
Á cualquier gusto se adapta,
Se escucha lo que se quiere
Porque es fotógrafa el alma,
Y con su luz un deseo
Es realidad y resalta.
Y si no, dime, Edelmira,
Cuando los pájaros cantan,
¿No te expresan lo que anhelas,
Lo mismo que oculto guardas?
Cuando las aguas murmuran,
¿No responden en su habla
Á una pregunta secreta
Que estás haciendo aunque callas,
Respuesta que á nadie pides,
Pero que confiada aguardas ?
. . . .

Las sonrisas dicen mucho,
Dicen más que las palabras,
Crepúsculo vespertino
O tinte róseo del alba,
Ya sean de ira ó despecho,
Ya de amor ó de esperanza.
Y los ojos ¡oh Edelmira!
El telégrafo del alma,
¿Cuántas cosas no nos cuentan
Con una sola mirada ?

¡Bendita Providencia que da al espíritu de los infelices, de los desesperados, elasticidad bastante para distraerse con estas niñerías etéreas!

Improvisaciones (pág. 200). Ya querríamos muchos hacer despacio estrofas como la segunda y la última: ¡qué limpias, conceptuosas, y expresivas!

Miserere, *Las dos noches* y *La oración* Bastante hemos hablado ya de ellas Camacho y yo. La segunda son cinco notas, pero de tremenda fuerza y originalidad.

Á un recién nacido (pág. 86). He dejado ésta para última de las nuevas, porque exige explicación y pensaba añadirle algo más. En la notita de su propia página ya se dijo que, por ser publicada en el presente año de 1881 en Manizales, suscrita G. G. G, y no hallarse entre los papeles de ANTIOCO, se la incluía con desconfianza en la colección. Otros motivos tuve yo para desconfiar, á saber, lo poco aficionado que era ANTIOCO á los esdrújulos, pues sólo dos composiciones de él conocía yo con este accidente métrico; la circunstancia de que el arranque *Á qué viniste* me sonaba ajeno, y la de que yo estaba seguro de haber leído antes su inolvidable aunque larguillo segundo verso,

¡Ser inocente, inofensivo, ideal!

lo que me hacía presumir fuese ajena toda ella, probablemente de Germán Piñeres ó Domingo Díaz Granados, especialistas en esdrújulos. Después he visto que en efecto, el segundo verso, pero sólo éste, es también el segundo de la elegía de Piñeres *Á un ángel*, de fecha anterior sin duda:

Te fuiste, ¡ángel divino! noble espíritu!
Ser inocente, inofensivo, ideal!
Y nos dejaste tu despojo fúnebre,
Y el recuerdo de tu alma virginal;

por lo cual, si GUTIÉRREZ reprodujo dicho verso, lo distinguió entre comillas, y así debió hacerse en la presente edición.

El esdrújulo : aquí tropezamos con otra rama de nuestra arte poética que merece capítulo aparte, é independiente de las ya historiadas ramas del tronco de Zorrilla, porque no procedió directamente de él ni de su estación intermedia ó sucursal de Caracas, y porque siendo los esdrújulos, hijos de los dáctilos griegos y latinos, verdadera riqueza de nuestra lengua, excelentes para la amenidad y para muchos movimientos de la expresión, que los franceses nos envidian, y más preciosos aún para el canto, no debe condenarse la métrica que los emplea de finales (lo cual sí en latín y griego nunca se hizo), sino solamente su uso inoportuno y vicioso.

Bromear, y zumbar al prójimo, en prosa, en verso y en apodos y *consonantes*, es afición innata de los bogotanos, y como ocurre en los esdrújulos la circunstancia, para nosotros recomendable, de abundar en voces estrafalarias, la fábula de Iriarte *Ello es que hay animales muy científicos* debió de producir, ó hacer aquí adoptar por hija, por los años de 1825, la famosa canción *Á Fílida* :

Soy físico, retórico, poético,
Astrónomo, geógrafo, hidráulico,
Y soy sin duda el hombre más científico
Si llego á enamorar...
Me atrevo yo á cuadrar el mismo círculo,
Y á dirigir los globos aerostáticos,
Y á hallar aquella piedra que ni náuticos
Ni térreos hallarán ; etc.

y me inclino más bien á creer que no es producto nuestro, porque trae luego una chanza sobre el Libertador que parece ingertada allí por patriota pero intonso remendón,

Y al mismo Simón Bolívar, si me mandas,
Me atrevo á dominar. *

* Mi amigo el general Manuel Antonio López me ha informado, escrito esto, que la canción *A Fílida* es obra de un religioso dominico de Lima ; que

Había pues bastante materia esdrújula flotante en nuestras tertulias y corrillos cuando llegó aquí, con el *Moro expósito* del duque de Rivas, su *Sueño del proscrito* que remata

Despierto súbito
Y me hallo prófugo
Del suelo hispánico
Donde nací, etc.

y después aquella apasionada invectiva en la cual la Safo cubana, más viril que Safo, se transformó en una Medea,

Hagan mis dientes con crujidos ásperos
Pedazos mil tu corazón cruel,
Y dormiré como en suntuoso tálamo
En tu caliente, ensangrentada piel.

y antes ó después, varios rasgos esdrujuleados del incomparable Bretón de los Herreros, y la disputa sobre gordos y flacos entre Zorrilla y Ayguals de Izco, y quizá otros de otras autoridades. Con este riego de ultramar la poesía esdrújula brotó inmediatamente en nuestro suelo, adquirió vida y gobierno propios (hoy *autonomía*) y ha florecido tropicalmente desde 1840 y tantos hasta pocos años ha. Su caudillo en Bogotá fué Germán Piñeres, en ambos departamentos: en el jocoso, burlando ó remedando á cualquiera personaje que no fuese de su agrado; y en el serio ó sentimental, con su muy cantada *Flor de Calamar*:

Tú que naciste á orillas del Atlántico
¡Preciosa virgen, flor de Calamar!
Y que te aduermes al mugir monótono
De las ondas innúmeras del mar.

. . . .

¿Querrás oir las vibraciones fúnebres
De mi olvidado y áspero laúd,

el ejército colombiano al llegar allí en 1823 la encontró ya hecha y cantada, y que en vez de esa alusión al general Bolívar había este pie:

Y al mismo mundo entero, si me mandas.

Y recibir la flor marchita y pálida
Que consagro á tu gracia y juventud.

. . . .

Y vi también las inocentes vírgenes
De la lejana, antártica región,
Las odaliscas del imperio pérsico
Que de todo el oriente orgullo son.

Y de flores tan varias, tan exóticas,
Un ramo escogidísimo formé:
De este ramo adorable en el pináculo
¡Flor de mi patria, yo te coloqué; etc.

y cinco más de este género figuran en su corta colección publicada en 1857. Siguió á Piñeres en su fervor esdrujulista el autor del felicísimo romance *La vida horizontal*, quien mofándose de su propia afición dió á luz en 1847 *Una expresión de consuelo á una señora en la muerte de su esposo*:

... Mira en el ámbito
Del mundo mísero
Doquier sarcófagos,
Doquier pesar.

No valen púrpuras
Ni cetros áuricos,
Ni grandes títulos
Al expirar.

Contempla el cúmulo
De muchas víctimas
Que muestra histórica
Cada nación;

Murieron Píndaro,
Virgilio y Séneca;
Murió Demóstenes,
Murió Platón...

Llora Pontífices
La fe católica,
Pierden los tártaros
Su Gran Señor;

Con gasa fúnebre
Se viste América
Sintiendo al ínclito
Libertador...

Ya pronto el piélago
De muerte horrísono,
En negra góndola
Surcando iré;

Y velocísimo
Como el relámpago
Los senos lúcidos
De Dios veré.

La esdrujulitis sobrevivió á las otras fases del armonioso

mal, y produjo efusiones dignas de conservarse. Hacia 1855 el filósofo á quien aludí en la página LXIII (el cual tiene la curiosa costumbre de ocultar y negar sus rimas, y de atribuirme á mí cada composición ó estrofa suya que, escapada de su papelera, él oye volar con próspera fortuna) llenó un rincón de *El Tiempo* con cierta patética *Tarde* :

Si remontando la corriente rápida
Del tiempo venturoso que pasó,
Volviéramos á hallarnos libres, jóvenes
Cual nos hallamos una vez los dos; etc.

El que habla hizo, por su parte, marchas guerreras, en 1854, polkas y hasta valses de Strauss en esdrújulos ; y en fin, ninguno del gremio se escapó, - pero GREGORIO GUTIÉRREZ, distinguido en éste como en otros capítulos del arte, tuvo la sobriedad de no esdrujulear sino unas tres ó cuatro veces : en la composición que recuerda Camacho (pág. XLIV),

Ya de mi cítara las tristes cuerdas, etc.

en la mediocre *Á un recién nacido*, si realmente es suya, que ha motivado estos párrafos, y en la *Á Tomás M. Flórez en su tumba* (pág. 9, de 1853), que contiene un símil de primer orden :

Tú no bajaste á tu sepulcro frígido
Á descansar eternamente en él,
Sino á dejar ese vestido efímero
Que la tierra, prestado, te dió ayer.

Y libre al fin de la cadena incómoda
Que tu cuello á la tierra sujetó,
ATRAVESASTE POR LA ESTRECHA BÓVEDA
CUAL POR ARCO DE TRIUNFO Á OTRA REGIÓN. *

* En la reciente y preciosa obra del R. P. Marchal, francés, titulada *Tout est là*, hállase, al fin, una comparacion análoga á la de Antioco, pero de menos energía y grandiosidad : « Es la muerte como el túnel que atraviesa los Alpes : entramos á él por un valle oscuro y frío de la Saboya, para saludar el sol y el cielo azul de una espléndida Italia ». (Ed. 1873).

En oídos meridionales como los nuestros, mucho más prontos para percibir la música de las palabras que la más noble del alma, un expresivo cantar en esdrújulos producía efectos maravillosos : rompía amorosos tratados, amansaba fieras, tomaba plazas por asalto. La dificultad de esos finales bien vencida, eclipsaba totalmente, para la multitud juvenil, á las más selectas rimas graves que le ofreciésemos : éstas eran como sencillas y pausadas melodías alemanas, siempre desairadas entre el bullicio ; las poesías en esdrújulos, música de ejecución, piezas *di bravura,* que no dejaban pestañear los ojos, ni manos remisas en aplaudir. Los tres géneros azorrillados, el fúnebre, el ramilletero y el oriental, gastados ya y heridos de muerte, se abrazaron del esdrújulo *cual la hiedra del olmo protector,* y á esto debieron una prórroga de vida considerable. Á todos tres extendió generosamente Germán Piñeres el palio de su siempre gallarda melodía, como se habrá observado en la cita que hice de él; y luego, desfalleciente ó distraído el mismo Germán, quedó dueño del campo mi amigo Leopoldo Arias Vargas, último y ardoroso atleta de la desahuciada Turquía, y cuyas trovas fueron quizá su último suspiro en la capital de Colombia :

Allí las hijas del ardiente Bósforo,
Y las egipcias que del Cairo van
De flores riegan el suntuoso tálamo,
Tumba del sibarítico Sultán.

He aquí el lugar de consagrar un cariñoso recuerdo á otro amigo mío, y compañero literario de Arias Vargas, ya varias veces mencionado en estos prólogos por Salvador Camacho y por mí, porque su nombre y el de Antioco viven indisolublemente entretejidos con *la flor de batatilla* y alumbrados por el inmortal *cocuyo* en la noche sepulcral de sus dueños. El simpático Domingo Díaz Granados, nacido en Medellín el 30 de enero de 1835 y educado en Bogotá, donde siguió la profesión de abogado, murió prematuramente en Barranquilla el 15 de setiembre de 1868. Discreto

y melodioso en sus rimas, las que recuerdo de él son esdrújulas : una briosa traducción de *Fare thee well* de lord Byron :

¡ Adiós ! y si por siempre el hado rígido
Nos quiere separar, por siempre adiós !
¡ En vano niegas á mi pena un término ;
Nunca odiará tu amor mi corazón !

¡ Oh si pudiera del dolor al ímpetu
Rasgar el seno donde tú, mi bien,
Te enajenabas en el sueño plácido
Que nunca más halagará tu sien ;

Si lo pudiese abrir, y en lo más íntimo
Mostrarte el fuego de mi amor por ti,
Vieras entonces, ¡ ay ! mujer cruelísima,
Cuánto es injusto el despreciarme así !

En vano el mundo con aplausos frívolos
Quiere hacia mí tus iras encender ;
Los ecos suenan, ¡ ay ! en nuestro tálamo,
Y ellos tu oído deben ofender. etc.

Si Leopoldo ayudó á bien morir á los musulmanes, sacándolos de su lento paso de fatalismo y opio con el ágil látigo de los esdrújulos, sospecho que yo á mi turno sepulté los esdrújulos, como finales de moda, recogiéndolos y entregándolos al brazo secular de los muchachos (ya como toro de las cinco y media de la tarde) en el casi ilegible cuento de *Doña Pánfaga ó el Sánalotodo,* travesura de doce ó quince años atrás, escrita para ejercicio y remedio de niños tartajosos.

Alguien se preguntará á sí mismo : ¿y de qué pie, ó pies, hemos cojeado después ? y yo probaré á contestar en pocos renglones. Primero, si mal no recuerdo, de la honesta agua de azúcar ó « poesía parroquial » como otro dijo, de los *Cantares* de Trueba, ensayando hacer versos populares en mesa de gabinete, y cuando la guitarra ha muerto aplastada por el piano, y el tiple no florece como debiera. Después la

federación, con sus soberanías microscópicas, concurrió por no sé qué prodigiosa afinidad atmosférica, con la poesía homeopática ó de menudencias, que rara vez propinan en sus breves dosis medicina mental de mucha sustancia; Selgas es responsable de algunos requiebros nuestros de florecillas y ruiseñores; y finalmente, los dos líricos dominantes de la Españal actual, Campoamor y Núñez de Arce, están sembrando entre nosotros *poemas* de á cuatro ó diez páginas (y yo pecador entre otros), que debe precisamente ser la poesía épica correspondiente á la atomización nacional que va efectuando el federalismo. — También hemos ensayado algo de *poesía científica*, forma la más seductora de la pedantería, no menos sentimental que lo fuera su recíproca de logaritmos en verso. ANTIOCO, entre tanto, llevado únicamente de su natural, ensayó lo contrario, la poesía de la ignorancia humilde, la de la inocencia; y su éxito sí ha sido el de tomar asiento en la gloria, verificando de tejas abajo aquello de : « En verdad os digo que si no os volviereis é hiciereis como niños, no entraréis en el reino de los cielos ».

La comparación ó el símil es poesía concreta : es inspiración ó fantasía que lo sugiere, armonía que la observación poética descubre en lo creado, sentimiento de la unidad de la obra divina, instinto de verdad y belleza en eficaz ejercicio ; argumento, sentimiento y expresión por imagen — en fin, poesía ; y creo que es Lamartine quien lo dice inversamente, con igual exactitud y mayor sencillez : *toda poesía es comparación*. Las comparaciones, por consiguiente, demuestran al poeta, así como una pintura ó escultura, por reducida que sea en dimensiones, demuestra al escultor ó al pintor. Aplicando á GUTIÉRREZ GONZÁLEZ esta verdad, ¿quién podrá negarle la calificación de originalísimo, inspiradísimo y delicado poeta ? Ya he aludido á sus preciosos símiles conyugales, ora de su luna de miel, ora del melancólico desenlace de su felicidad :

Son nuestras almas. . . . . . .
Cual dos suspiros que al nacer se unieron

En un beso castísimo de amor; etc.
. . . .

Y tu fe te ha salvado y me ha salvado,
Pues unidos vinimos hasta el fin,
Cual dos olas gemelas que han rodado
En busca de una playa en que morir.

He citado el de la madre y el niño con el altar y la ofrenda piadosa, el de la hiedra y el olmo, el admirable de la bóveda sepulcral con el arco de triunfo, el de la Rosa de noche, con los cocuyos y el vivac, el sin igual del gulungo y el incensario, y el sumamente gráfico de los cabellos en la frente de una joven, con el partirse de las ondas á proa de una barca; es ya proverbial el de *Un beso* (pág. 150), y en la memoria de todo lector están el original y ejemplar del cocuyo, y sus compañeros de la paloma á medio día y de la flor de batatilla. En la poesía *Á dos amigos el día de su matrimonio,* entre otros felices símiles del hogar ocurre éste, que es un exquisito cuadro en miniatura,

Nido formado en las desnudas ramas
De un árbol que sacude el huracán,
Que protegen y cubren enlazadas
Las alas de dos aves... ¡el hogar!

La fotografía y el telégrafo le sugieren varios de no poco efecto, como éste de *La oración* :

Telégrafo instantáneo que nos une
Con la patria de amor, patria común.

Y es Ossiánico aquel de *El Tequendama*:

Un fantasma pareces circuído
De manto aéreo y ondulante velo,
Y que un rayo ilumina desde el cielo
Su flotante y magnífico vèstido.

En *El poeta y el vulgo* hay uno que me llama la atención por haber sido escrito á los diez y nueve años de edad :

Son altares las pasiones
En el mundo, en donde *aleves*
Á sus ídolos los hombres
Sus holocaustos ofrecen.

La siguiente fotografía del canto de los pericos puede citarse á propósito de onomatopeya:

Se escucha su chillar, que causa espasmos,
Como el chirrido de amolar cuchillos,
Cual se oyera la turba revoltosa
De mil muchachos recortando vidrios. (Pág. 126.)

Y no es infeliz en materia de símiles jocosos el que puso de texto á su *Coquetería. (Pág.* 49.)

En *Aures* y en *El cultivo del maíz* léense varios de mucha verdad y amabilidad poéticas:

Se ve colgando en sus abismos hondos
Entretejido el verde carrizal,
Como de un cofre en el oscuro fondo
Los hilos enredados de un collar. (Pág. 142.)

¡Qué *enredados* tan feliz! Luego, los árboles del bosque ya limpio:

Semejantes de un templo á los pilares
Que sostienen su toldo de verdura; etc.

Pero ved otro, completo, y de inspirada onomatopeya:

Los árboles sacuden sus bejucos,
Cual destrenzada cabellera rubia
Donde tienen guardados los aromas
Con que el ambiente, en su vaivén, perfuman.
. . . .

Forma el viento al mover sus largas hojas,
El rumor de dulzura indefinida
De los trajes de seda que se rozan
En el baile de bodas de una niña.
. . . .

Y sobre el verde manto de la Roza
El amarillo de los toches brilla,
Cual onzas de oro en la carpeta verde
De una mesa de juego repartidas.

Aquí tenemos, en ocho versos, dos cuadros del Albano, dos poemas en miniatura, *poemas* incuestionables según la denominación de la literatura federativa ó de relojera:

Muestra el cachimbo su follaje rojo,
Cual canastillo que una ninfa pura
En la fiesta de Corpus lleva ufana
Entre la virgen, inocente turba.

. . . .

Los chócolos se ven á cada lado,
Como rubios gemelos que reclinan
En los costados de su joven madre
Sus doradas y tiernas cabecitas.

Y otro poemita es *La pompa de jabón*, formada con un doble símil bellamente enlazado.

Compárense los símiles precedentes, y otros que omito, con los que suelen presentarse en los tratados de Retórica explicando esta figura; y dígase si nuestro poeta pierde algo en la confrontación.

ANTIOCO pecaba de incorrecto, de descuidado, en gramática y particularmente en prosodia, defecto acaso de sus mayores cualidades, y sin el cual temerán algunos que no hubiese conservado la frescura, la inocencia de aquéllas. Sin embargo, á excitación de sus amigos, tal cual vez condescendía en aceptar ligeras enmiendas de redacción, ó las hacía él mismo en poesías ya publicadas, de lo cual poseo pruebas de su puño y letra. Lo advierto porque en la presente edición se notarán algunas, por desgracia no las suficientes. Es curioso, por ejemplo, que ésta empiece, como la del esmerado J. Eusebio Caro, con un verso malo, por diferente razón que el suyo y que el primero del poema de *La música* de Iriarte (apéndice al justo reparo hecho por los señores Amu-

náteguis). Lo que, á mi ver, quiso y debió decir ANTIOCO fué :

Al par tú y yo vinimos á la vida *.

Al imprimir se omitió por inadvertencia otra corrección necesaria en la página 240, efecto de que el poeta cayó tarde en la cuenta de la próxima repetición de la voz *granos* y la rima *llena*. En vez de *Y que de granos la sacaran llena*, léase.

Y la sacaran del manjar repleta.

Asimismo, cerrado ya el cuerpo de la obra, se han recogido y consignaré aquí, para que en otra edición pasen á su lugar respectivo, los siguientes adicionales rasgos de GREGORIO.

Comiendo una tarde en Niquía, hacienda poco distante de Medellín, presentóse de repente á atender al servicio de la mesa, á estilo de hospitalidad hebrea, una señorita de la casa, de una belleza y frescura quizá no eclipsables por las de Rebeca. Vestida con campesina sencillez, traía su rosario al cuello, con la cruz visible sobre el pecho. Tres ó cuatro amigos exigieron al instante de GREGORIO una improvisación, dándole para ella las palabras *seno, rosario* y *cruz*. Él obedeció diciendo prestamente :

Sobre tu nevado seno
Brilla la cruz de un rosario,
Y yo, humilde nazareno,
Muriera alegre y sereno
Sobre ese hermoso calvario.

* Creemos que no hay incompatibilidad entre el verso de que aquí se habla y el último de la misma estrofa : « Nos hallamos por fin juntos los dos », si se tiene en cuenta que Gregorio y Julia nacieron *juntos*, es decir, á poca distancia de tiempo y de lugar, y de padres intimamente relacionados, tuvieron que separarse luego por largo tiempo, y después de varias vicisitudes se hallaron para siempre *juntos*.

LL. EE.

En una temporada lírica que hubo en Medellín en 1865 muy favorecida por el público, acabando de oir el *Hernani* salió GREGORIO del teatro y escuchó entre el tumulto esta exclamación de un crítico *puebleño* muy perifollado, notorio por sus dictámenes magistrales y entusiasmado con el potente trio final de esa ópera : *Este dúo entre tres me satisface el alma.* ANTIOCO respondió en voz alta :

Si hay monólogo entre dos
Habrá diálogo entre tres,
Una terna serán cuatro
Y un quinteto serán diez.

Contemplando la linda cascada natural de Guadalupe, cerca de Santa Rosa en Antioquía, un amigo preguntó al idealista cantor del Tequendama : « ¿Ya le hizo versos? » — ¡Qué versos! ¿Por qué? (contestó él friamente), si yo no veo allí sino un río *parado.*

Estos rasgos serán muchos otro día, cuando tantos amigos de ANTIOCO que se los vieron escribir ú oyeron improvisar, los comuniquen á sus hijos y editores, antes de que desaparezcan de su memoria.

Abusando, como francamente lo prometí, del encargo que los jóvenes Gutiérrez me hicieron, quise, además de esto, ampliar las noticias que Camacho nos da sobre GUTIÉRREZ GONZÁLEZ, su época literaria y sus amigos y compañeros, recordando brevemente las peculiaridades y vicios de moda que señalan nuestra poesía lírica desde antes de la aparición de Zorrilla hasta la fecha, y los desvíos de ANTIOCO respecto de su escuela, no poco honrosos para su buen gusto instintivo y su independencia; y refrescar al mismo tiempo el interés que sus poesías despiertan en nosotros, siguiéndolas en orden cronológico, no como caprichos sueltos de una imaginación que canta por cantar, sino como expresión, más ó menos directa, pero inequívoca, de la vida real y los sentimientos de un hombre. Simples idealidades inconexas nunca podrán empeñar la simpatía de los lectores tanto

como los rasgos ordenados del drama de una conciencia en que nuestra propia conciencia tiene frecuentemente que reconocerse. El presente artículo, impreso al paso de mi pluma, es sólo una conversación sobre el libro de un amigo, que ojalá contribuya á honrar su simpática memoria y á prevenir á la juventud contra los caprichos, los extravíos y las exageraciones de que siempre hacen numerosa escuela los autores que fascinan su imaginación. El autor á la par poderoso é intachable está por verse; sus lados falsos suelen ser los que más impresionan, y se necesitan alguna edad y mucha discreción para no admirar é imitar sino los verdaderos y puros, — únicos que sobrevivirán. Propúseme distinguirlos, no sé si lo he logrado.

Compatriota y amigo de GUTIÉRREZ, yo mismo temo haber incurrido en algunas cariñosas exageraciones; por lo cual deseo que este libro atraviese el Océano y que oigamos pronto el concepto que merezca de los literatos de la Península, jueces autorizados y más imparciales. Anhelo especialmente saber qué sienten y qué dicen leyendo la *Memoria sobre el cultivo del maíz*, que tiene sin duda para nosotros un atractivo, un aroma natal cuya fuerza no nos es dado medir, y que podrá ser extraño, cuando menos, para lectores ultramarinos.

Muy poco he dicho en particular sobre esa *Memoria;* intencionalmente la reservé para el fin, como principal producción que nos resta de ANTIOCO y cuyos ecos deben dominar en el aprecio de los que hayan de calificarlo. Ya Salvador Camacho, con palabras magníficas y justas, á mi modo de ver, marcó su significación y trascendental importancia, y recomendó su benéfico designio exclamando: « Ninguno más elevado, más republicano, más digno de la lengua de los dioses. » Yo deploro únicamente lo reducido de su plan y dimensiones, pues creo que quien tal pudo hacer era el llamado entre nosotros á fundar la poesía descriptiva más directa y pura, más despreocupada y mejor sentida.

Recordando el exagerado remedo que nuestra poesía suele exhibir de los extravíos ó caprichos de los poetas peninsulares, admiraremos doblemente la novedad, la originalidad y pureza (no aludo á la dicción) de la *Memoria* de ANTIOCO. e nuestras infaustas ó jocoserias extravagancias, amaneradas cuando mejores, pasamos de repente á aquélla, como de un salón atufado de gas, de humo de cigarro, vapores de sobremesa y pestilencia de flores muertas, al aire puro de una de nuestras auroras de diciembre. Si pudiese haber existido una poesía primitiva cristiana, sin ídolos ni monstruos, sin hipérboles ni redundancia de epítetos y exclamaciones, — es decir, primitiva y clásica á un tiempo, — patriarcal á lo menos, pero no oriental, sino de una sobriedad y exactitud como de espejo de la naturaleza, — dicha poesía sería del género de este poemita: poesía ideal á la par que realista y matemática, como su curioso nombre de *Memoria científica* lo exigió quizá en la mente humorística de su autor. Á GUTIÉRREZ en esta obra sucedió lo que tal vez á Cervantes en su Ingenioso Hidalgo: intentar, por distraer el tedio, dar una broma á sus amigos ó al mundo, y producir, sin mayor conciencia de ello, un libro serio, delicioso y profundo. A · í el Sancho Panza es esa ingenua poesía de contra- csía, poesía de exceso de verdad y de prosa que, toc· ·ose los extremos, resulta de versos como éstos,

Con un costal terciado cada uno,
Todos saliendo van: solo se queda
El muchacho que debe cargar agua,
Fregar los trastos y rajar la leña:

páginas de inocencia ante-homérica. Y ahora el ideal don Quijote, con su espiritualidad y su caballeresca delicadeza, toma la palabra (fuera de tanto primor ya citado por Camacho y por mí):

El viento, en su follaje entretejido
Con voz ahogada y fúnebre susurra,

Como un eco lejano de otro tiempo,
Como un vago recuerdo de ventura...

Al ave que su prole dejar teme,
La encierra el humo, al rededor volando,
Y con sus alas chamuscadas cae
Junto del nido que le fué tan caro...

Va detrás de la cruz y los ciriales
Una imagen llevada en andas limpias,
De la que siempre, aun en imagen tosca,
Llena de gracia y de pureza brilla...

Avaro guarda el corazón del hombre
Esos recuerdos que del niño quedan;
Ese rayo de sol en una cárcel
Es el tesoro de la edad provecta.

También la juventud recuerdos guarda
De placeres sin fin... pero con mezcla.
Las memorias campestres de la infancia
Tienen siempre el sabor de la inocencia; etc.

Y ¿qué es todo el poemita si no la idealización, la transformación en poesía de las más humildes y útiles labores, por la simpatía de su cantor al asunto, y por la música del verso?

He aquí, me atrevería yo á decir á nuestros bien dotados jóvenes, lo que os puede servir de modelo para producir cantos de novedad y pureza. Huid, como del peor enemigo de vuestra gloria, de la poesía Byroniana y de ajenjo y jardín Mabille, que en América y con nuestra fe y sencillas costumbres, nuestros imperios de tierras baldías, y democráticas soluciones sociales, siempre chillará falsedad, porque no tiene razón de ser. Así no hay sombra ni nota de eso en la de Bryant y Longfellow, los cantores de Norte-América, por lo cual su poesía es americana y verdadera, y hoy tan clásica en Inglaterra como á orillas del Delaware y el Arkansas. Tened ojos para ver lo que aquí miramos, como lo veía nuestro malogrado GUTIÉRREZ; pedidle á Dios algo de ese

su don de gracia para transformar en música del alma la cuotidiana prosa que nos rodea, — y me parece que estaréis en mejor camino de duradera celebridad, en Colombia y fuera de ella, que no convirtiéndoos, sin advertirlo, en copias de copias de filosofías y espantajos á los cuales no hay un eco de conformidad individual ó social que responda en nuestros corazones.

En cuanto á la forma de redacción de la *Memoria maicera* (apellido de los antioqueños), con permiso de mi amigo Salvador diré que me parece neta y elegantemente castellana; más todavía, aristocrática del linaje de la del duque de Rivas, pero popularizada, por el asunto y sobre todo por su extraordinaria verdad y *poesía*, entre los cantores labriegos y mineros de Antioquía, quienes, alguien me dijo, no la cantan sino que la *rezan* ¿Podrán, por ejemplo, haber brotado jamás, á son de tiple ó bandurria y en boca de campesinos de España ó Hispano-América, versos de este metro y corte de frase? :

¡Y tú también, la fermentada en tarros,
Remedio del calor, chicha antioqueña!

¿y no es tan de refinado salón y académica elegancia como esos dos versos, fuera de insignificantes descuidos, el estilo de toda la *Memoria?* Sus voces llamadas *antioqueñas* (muchas de ellas americanismos, muchas *quichuas* adulteradas, traídas del Ecuador por Robledo y sus compañeros) hablarán particularmente al corazón y al espíritu provincial de aquellos compatriotas; mas fuera de eso ningún mérito ni utilidad tienen, ni consiste en ellas un átomo del mérito de la obra, en tanto que sí le sirven de obstáculo para su pronta inteligencia y aprecio fuera de nuestro país. ¿No debemos mi amigo Camacho y yo deplorar juntos que Burns hubiese nacido labrador escocés, y escrito en su dialecto, circunstancia que nos embaraza el entenderlo y saborearlo? ¿Escocia misma no debiera sentirlo, si está en su interés la gloria universal de su hijo predilecto?

La novedad y originalidad de la *Memoria del maíz* no consiste desde luego en sus extrañezas de dicción (ni tal cosa da Camacho á entender), sino en la novedad del argumento, en la fidelidad de la vista del poeta, y, precisamente, en su fidelidad á la lengua castellana sencilla y familiar, tal como la heredó de sus padres, pues cuando GUTIÉRREZ la escribía se emancipó, á fuerza de talento y buen gusto, de todas esas modas pasajeras que en España mismo adulteran, falsean y atrasan el legítimo culto literario de la verdad. Reconozcamos que en un mismo vocabulario y gramática caben innumerables novedades y originalidades, visto que la poesía está esencialmente en sí misma, y no en tal ó cual medio de transmisión; y no consintamos en que el apego local (generoso y laudable por otros aspectos) nos induzca á atravesar ni un terroncillo en el camino de la clara y expedita inteligencia entre todos los hombres, en el camino de la unidad de la patria, de la lengua, de toda la familia humana.

La lengua es la nación, es la patria, la unidad menor de nuestra patria infinita, la casa del alma en la tierra; y nuestros poetas, todas las verdaderas musas de nuestra respectiva lengua, — así el Romancero como Andrés Bello, así Olmedo como Zorrilla, así Rodrigo como Eusebio Caro, así Calderón como Alarcón y la Vega, — son las nodrizas arrulladoras de nuestro espíritu, que nos lo amamantan con sus palabras, leche de su alma. En vano, nenes consentidos, las maltratamos por buenas, y las negamos por viejas y por *nuestras* : que el espíritu se distraiga, que el corazón hable solo, y...... *nous revenons toujours à nos moutons, á nos premières amours.*

De esos *nosotros* es mi querido y respetado amigo Salvador Camacho, preocupado momentáneamente por un fantasma de su celoso patriotismo. Adjudica la *Memoria del maíz* al antioqueño y al pueblo de las cabañas; y él mismo, caballero de corte si los hay, y académico sin diploma, siente y profundiza la *Memoria* como nadie hasta la fecha, y

se solaza con ella como el antioqueño de menos liga; y aun le diré que muchas de sus estrofas son más para académicos que para la gente de nuestras cabañas. Habla de lenguas formadas en colaboración con la naturaleza exterior, y mucho de cierto habrá en que así se forman, ó se deforman al menos; pero ¿qué ha colaborado, qué rastro ha dejado, en el perfecto castellano en que él se explica, la naturaleza de Bogotá que lo rodea? ¿Si la lengua de los Chibchas, que (fijándonos en lo más elemental) carecía de las letras D, L y R áspera, fué en grado alguno resultante de esta naturaleza superandina, cómo es que cuantos descendientes suyos de sangre pura hoy encontramos, pueden pronunciar perfectamente v. gr. el apellido *Roldán?* ¿No es el hombre orgánico más cosmopolita aún que el perro? ¿no es mucho más elástico y apto para toda lengua de lo que tal teoría presupone? Salvador demuestra que tiene que haber gran diversidad de idioma entre España y Colombia, pero el lenguaje en que lo demuestra ¿no prueba exactamente lo contrario, que al menos Bogotá se halla en la Península, y más ligada á ella que á la *patria* de GUTIÉRREZ GONZÁLEZ? En las diversas lenguas madres, y aun á cortas distancias en la cuna de la humanidad, ¿no encuentran los sabios diferencias totalmente inexplicables por influencias naturales, que hacen presumir que la raíz de tales divergencias ha sido un cataclismo, un trastorno profundo, y como súbito, en la lógica instintiva, en el espíritu mismo del hombre? Y si bien es cierto, como Salvador lo afirma, que las lenguas no son creaciones de la voluntad de los sabios, no es menos patente que ellos las fijan, salvándolas del prurito babélico de la ignorancia; y consta que sin literatura no hay lengua subsistente: díganlo, si no, los misioneros de la Polinesia, donde, según refiere Max Müller, hay pueblos que suprimen cuanta voz entra como componente en el nombre de cada nuevo soberano; recuérdense aquellas tribus de nuestro Oriente que se divierten en cambiar sus vocablos, ó acaso lo hacen por precaución de guerra; también he oído decir que en la América

del Norte con diez años de ausencia basta para no entender el idioma de una tribu conocida. Sin ir tan lejos, ¿quién no reconoce que en todo lo humano, como por providencial estímulo para la actividad y para la virtud, hay una incesante lucha entre los principios opuestos de la destrucción y la conservación, de la unidad y el fraccionamiento, del orden pacífico y conciliador, y el desorden deslumbrador, que quiere complicarlo y embarazarlo todo? ¿y á quién se ocultará que el más directo medio para resistir á la confusión maléfica es el claro y uniforme franqueo del lenguaje, la primera de todas las *vías de comunicación?* Creo, por consiguiente, y Camacho tiene que creerlo conmigo, que es labor humanitaria y de almas libres la de luchar sin descanso contra esa brisa de Babilonia, que á ninguno que quiera ser entendido puede favorecer; y ¿por qué poner límites de provincias, naciones ó mares á una conveniencia de la humanidad entera, cada día más rápidamente entrelazada?

Cumplen este deber, respecto del castellano, la Academia Española y las correspondientes suyas en América; y si mi amigo Camacho recorre nuevamente las obras didácticas de la primera, confío que le satisfará lo desahogado y filosófico de sus principios, entre ellos el de reconocer el constante movimiento del idioma, que es toda la razón de ser de la Academia misma, y la primordial autoridad del uso de los mejores escritores de España y *de América*, de cuyo discreto uso es ella simplemente una modestísima registradora; y si lee el catálogo de sus individuos (americanos no pocos de ellos), verá que su yugo debe de ser muy blando, ó su cuerpo una rebelión perpetua contra esos *dogmas* que se le atribuyen. — Por otra parte, en todo país hay lenguaje bajo ó vulgar y lenguaje literario; pero creo que el nuestro es felizmente uno de los países donde los dos pisos del idioma se diferencian menos, y dudo mucho que mi amigo Camacho halle ventaja alguna en que nuestros pobres aprendan á decir, como siempre han dicho, *bogarse el agua* en vez de *beberla*, ó *cardos* en vez de nuestros *quiches* (tilland-

sia splendens?) confundiendo una planta de huerta conocida de todos, con una parásita sin uso alimenticio. Al mismo tiempo, considero á la nación completa de cada lengua como un congreso al cual, los poetas especialmente, proponen mejoras y palabras; y ya lo dijo el Dante, aludiendo al audaz propósito que hizo de refundir en una sola las lenguas de Italia y constituirse en legislador suyo: « La voz del siglo me respondió que las lenguas se forman por la poesía. » Una admirable estrofa de ANTIOCO propone á nuestro gran congreso ó asamblea de más de cuarenta millones el feliz nombre de *gulungo* para el *hangnest* ó *cassicus cristatus*, y no desespero de que llegará día en que mi amigo Camacho Roldán lo vea registrado, por la popularidad de su uso, en el Diccionario de la Academia Española. — ¿Á qué, si no á la literatura culta, debemos la doble infinitud de nuestra vida, que sin ella sería casi como el *hoy* de la bestia, mas mediante ella se espacia por siglos en lo pasado y en lo porvenir? ¿Qué labor más fecunda, más espiritual y digna de gratitud? Esos sabios, esos filólogos, esos académicos, ¿no son los niveladores del lenguaje, los que trabajan directamente en igualar el de todas las clases para igualar su inteligencia, sus goces, sus derechos, su libertad? ¿Cabe tarea más cristianamente, más justamente democrática?

Arguye Salvador que en España desean en vano reducir sus cuatro ó cinco lenguas principales á un solo tipo común, contra la inflexible tenacidad de los hechos; y que si allá, con sus poblaciones en contacto, la empresa es tan difícil, ¿que no sucederá respecto de nosotros, tan apartados de España y sin comercio ni trato alguno con ella? — Respóndele toda la América española, desde Chile hasta Méjico, entendiendo sin intéprete su argumento, y protestando que *eso que no debia suceder, es,* es un inmenso hecho, á pesar de tantos restos de lenguas indígenas, y de los orígenes vascos de Chile, Venezuela, etc.: hecho decisivo en pro del irresistible predominio del castellano; hecho que influirá no doco sobre España cuando nuestras mutuas relaciones se

estrechen fraternalmente como es debido, y que hoy mismo vale una preciosa prenda para los apóstoles de su unidad literaria. — Y ¿no impresiona á mi amigo Camacho en contra de su tesis, la falange de autores, de legisladores, de autoridades de la lengua castellana que surgen sin cesar de entre los pertinaces catalanes, vascos, asturianos, valencianos y gallegos? ¿No importan siquiera una promesa, una sonrisa de esperanza en medio de aquella inflexibilidad, los nombres de Boscán, Gil Polo, Montemayor, Moncada, los portugueses Melo y Saa de Miranda, Samaniego, Capmany, Jovellanos, Masdeu, Balmes, Monlau, Aribau, Campoamor, el padre Fita, Aparisi, Mas, Milá y Fontanals, Coll y Vehí, Balaguer y otros mil que añadirán los curiosos? — ¡Interesante lucha entre los agentes de disolución y anarquía, y los ingeniosos titanes que van reconstruyendo la unidad de la obra divina, los Leibniz, Hervás, Grimm, Bopp, Max Müller, Humboldt, Pott, Burnouf, Dozy, Schlegel, Wiseman, etc ; los que exhuman hoy, por ejemplo, de un abismo tenebroso de miles de años, la venerable lengua Arya, madre de todas las indo-europeas.

Mas para deshacer la esquiva é inhumana paradoja de una literatura *nuestra* y no castellana, de una lengua *nuestra*, creada en parte por nuestra naturaleza (como si diez ó diez mil vocablos nuevos, sin cambio alguno de sintaxis, pudiesen cambiar una lengua y constituir otra); y en fin, de una *federación literaria*, * digna de tal nombre, dentro de la unidad de la lengua, ¿no bastará hacer notar la contradicción que suena entre esa lengua especial nuestra y esa federación dentro de la unidad del lenguaje? Si son los *asuntos*

* Me he olvidado de advertir que *federación* entre nosotros no significa liga ó alianza para mutua ayuda, sino fraccionamiento de lo que siempre fué *uno*, á fin de poder restarnos por dentro, rompernos perpetuamente las cabezas, por mayor y en detal; exactamente lo contrario de lo que debe ser : para que todo aqui, desde el nombre, marche al revés. Y si alguien, disecándome en esta *Noticia* como yo á Gutiérrez, descubriese que tengo un tornillo flojo, que es el *federal*, contéstole que es mi adorada patria la que, por arte federativo, tiene flojos todos los tornillos.

seccionales y sus respectivas voces peculiares lo que determina nuestros Estados federales literarios, entonces ¿á quién pertenecen Colón, Ercilla, Gumilla, Castellanos y cientos más de poetas, cronistas, etc.? Si Longfellow, si aun su *Cantar de Hiawatha, galerón* octosilábico con 140 voces indígenas, es literatura inglesa, ¿por qué la de Hispano América es menos castellana? Y si esto dejase salida alguna, ¿no han advertido los lectores que mi amigo Camacho desde el principio hasta el fin de esa propia introducción se muestra no sólo castellano centralista en materia de lengua, sino más castellano de espíritu y corazón que los castellanos mismos, volviendo *à ses premières amours* con la ternura y lealtad más caballerescas?

En esas hermosas páginas no cuenta que una pléyade de literatos españoles fueron nuestros despertadores, nuestros padres literarios; que sus versos movían é inflamaban nuestros corazones y aun eran, entre él y GUTIÉRREZ, las frases con que conversaban y bromeaban en la intimidad; y que si así nos criábamos, á los pechos de la literatura de Castilla, ésta es asimismo el vino de nuestros ancianos, pues hasta dos meses ha la centenaria madre de ANTIOCO, ya desmemoriada de su hijo, vivía espiritualmente en Calderón de la Barca; y que Emilio Segura, peninsular recién llegado á Bogotá, compuso el *Ricaurte en San Mateo*, « una de las coronas de nuestra literatura propiamente nacional... y de lo más selecto de nuestro Parnaso. »* Allí Salvador ríe toda-

* De poetas españoles de corazón y patriotismo para ambos mundos debo yo citar á mi lamentado amigo Fernando Velarde, de Santander de España, maestro de centenares de jóvenes americanos, desde el Perú hasta Guatemala. Cantaba á un tiempo á Pizarro y á Bolívar, y aunque « poeta hecho por mi voluntad de hierro », segun él me decía, ¿qué americano ha descrito en verso *La cordillera de los Andes* con mayor vigor, sentimiento é idealidad que él?

¡Qué rocas, qué vertientes, qué arranques tan profundos,
Qué trazos tan grandiosos, qué inmensa profusión.... !
¡Parecen desgarrados fragmentos de otros mundos
Que aquí lanzado hubiera la cólera de Dios.... !

vía con Baltazar de Alcázar, y llora con el poeta de la *Epístola moral*, y percibe regocijado en la cadencia del verso heroico español algo del dejo natural antioqueño; y sobre todo, con discretas y elocuentes frases, que me han satisfecho muy especialmente, vindica á Zorrilla contra el desdén ó indiferencia que le profesan los actuales literatos españoles, reclamándolo Salvador por suyo, por padre de nuestros poetas y poeta de nuestra Naturaleza, puesto que *aquí* lo siente y *aquí* lo escucha, en los ruidos profundos del bosque, en el murmullo festivo de los arroyos, en el empuje del ronco viento y en el trueno que rueda en nuestras tempestades......

¿Y eres tú, digno campeón, de corazón y de alma, del más intenso y tradicional castellano de ambas Castillas, eres tú el que apellidas secesión izando bandera de una tal *Federación literaria?* ¿No pruebas tú mismo su profunda falsedad é imposibilidad absoluta, á pesar de las « dos mil leguas de distancia » y de la falta de comercio y trato que alegas para reforzar tu incurable castellanismo? ¿No has demostrado tú mejor que nadie que en los caprichos y peligrosas divergencias literarias que estarán surgiendo incesantemente entre nosotros desde Méjico hasta la Patagonia, es Madrid, con su idioma, sus libros y sus artistas, nuestro providencial correctivo, nuestra policía, el crisol fundidor de nuestra misma unidad hispano-americana : metrópoli, en fin, de

.... En tus nevadas cumbres altísimas, aéreas,
La noche es un gran lente de mágica visión.
Qué hermosas resplandecen las bóvedas etéreas,
Los astros centuplican su trémulo fulgor....

.... En medio del silencio magnífico y profundo,
En medio de la oscura sublime inmensidad,
Parece que se inclina sobre el Oriente el mundo
En mudo arrobamiento, con tímida ansiedad.

.... En noches tenebrosas de negros nubarrones,
Que agita con sus alas el rápido Aquilón,
Parecen tus volcanes terríficos blandones
Que alumbran de los siglos el negro panteón.

nuestra lengua, el vínculo más sutil y más fuerte y constante de almas y corazones? — No te diré más, sino que doy traslado de esta mala chanza tuya al mismo don José Zorrilla, para que él te haga purgar tu herejía con paternal y fraternal abrazo, absolviéndolo á la par tú mismo, con tu innata magnanimidad, de las desagradecidas veleidades en que él ha incurrido alguna vez respecto de sus hermanos de la Castilla americana.

Suelen los verdaderos vates sumar su lira en un acorde, destilar la esencia de su poesía en un verso, en una estrofa. Concluyo con la que me parece esencia y resumen de las vibraciones poéticas de Gregorio Gutiérrez González, el mejor epígrafe para su colección, y cifra de su deliciosa inmortalidad entre nosotros:

Esos recuerdos con olor de helecho
Son el idilio de la edad primera,
Son la planta parásita del hombre
Que, aun seco el árbol, su verdor conservan.

Bogotá, 7 de junio de 1881.

Rafael Pombo.

POESÍAS

DE

GREGORIO GUTIÉRREZ GONZÁLEZ

POESIAS

DE

GREGORIO GUTIÉRREZ GONZÁLEZ

Á JULIA

Juntos tú y yo vinimos á la vida,
Llena tú de hermosura y yo de amor;
Á ti vencido yo, tú á mí vencida,
Nos hallamos por fin juntos los dos.

Y como ruedan mansas, adormidas,
Juntas las ondas en tranquila mar,
Nuestras dos existencias siempre unidas
Por el sendero de la vida van.

Tú asida de mi brazo, indiferente
Sigue tu planta mi resuelto pie;
Y de la senda en la áspera pendiente
Á mi lado jamás temes caer.

Y tu mano en mi mano, paso á paso,
Marchamos con descuido al porvenir,
Sin temor de mirar el triste ocaso
Donde tendrá nuestra ventura fin.

Con tu hechicero sonreir sonrío,
Reclinado en tu seno angelical,
De ese inocente corazón, que es mío,
Arrullado al tranquilo palpitar.

Y la ternura y el amor constantes
En tu limpia mirada vense arder,
Al través de dos lágrimas brillantes
Que temblando en tus párpados se ven.

Son nuestras almas místico rüido
De dos flautas lejanas, cuyo son
En dulcísimo acorde llega unido
De la noche callada entre el rumor;

Cual dos suspiros que al nacer se unieron
En un beso castísimo de amor;
Como el grato perfume que esparcieron
Flores distantes y la brisa unió.

¡Cuánta ternura en tu semblante miro!
¡Qué te miren mis ojos siempre así!
Nunca tu pecho exhale ni un suspiro,
Y eso me basta para ser feliz

¡Qué en el sepulcro nuestros cuerpos moren
Bajo una misma lápida los dos!
¡Mas mi muerte jamás tus ojos lloren!
¡Ni en la muerte tus ojos cierre yo!

1850.

LA VIDA

Á MI MADRE

I

¿Quién al recuerdo de la infancia tierna
Un ¡ ay ! profundo á su pesar no exhala?
¿Quién hay que olvide las pueriles dichas
De que entonces viviendo disfrutaba?

¿Quién no ha sentido el amoroso beso
Que en sus mejillas una madre estampa,
Y entre los juegos de la edad primera
De un tierno padre las caricias blandas?

¿Quién ha olvidado las felices horas
Que en el bullicio del hogar pasaba,
Con sus hermanos entre gozo y risas
En inocente, angélica ignorancia?

¿Quién no ha visto, al correr por el sendero
Que mentida ilusión le dibujaba,
Desprenderse de su alma fugitivos
Una ilusión, un goce, una esperanza?

¿Quién no detiene su carrera entonces
Y lo que hoy es á lo que fué compara,
La triste realidad que siente ahora,
Con los ensueños de la edad pasada?

Es ahora una planta que marchita
Inclina su cabeza deshojada
Al impulso del cierzo, que sañudo
La troncha, la consume y despedaza.

Era entonces pimpollo que naciente
Henchido de verdor la frente alzaba,
Envuelta en el aljófar cristalino
Que brillante le diera la mañana.

Yo era niño; en mi frente ruborosa
Retozaban las risas y las gracias,
La gala de natura ante mi vista
Un edén venturoso dibujaba.

El pabellón azul del firmamento,
El risco, la llanura, la montaña,
Y la tierra y el cielo eran mi gloria,
Y hecho todo ello para mí juzgaba.

De mi madre en el seno adormecido
¿Qué turbaba mi sueño? Atenta y cauta
Velaba ella por mí como el Eterno
Á sus criaturas bondadoso guarda.

¡Ah! ¡cuántas veces rebosando en gozo
Mis brazos enlazaban su garganta!
¡Cuántas mi propia vida la creía
Cuando el labio materno en mí posaba!

¡Entonces su existencia y mi existencia
Una, una sola entre las dos formaban!
¡Siempre, buen Dios, unidos hijo y madre
Un mismo cuerpo son, una misma alma!

¡Son un soplo divino de tu esencia,
Son la obra mejor por ti formada!
¡Son dos suspiros de inocentes pechos
Que nacen juntos y entre sí se enlazan...!

En el regazo de su madre, un hijo
Es de una virgen pudorosa lágrima,
Un pensamiento que el querub anida,
¡Piadosa ofrenda en el altar colgada...!

Aun paréceme ver los viejos troncos,
De cardos llenos y de añosas ramas,
De árboles respetados por el tiempo
Que al hogar paternal vecinos se hallan;

Á los cuales trepaba dando voces
De infantil regocijo y arrogancia,
Y á cuya sombra en la caliente siesta
Mis horas de solaz se deslizaban.

¡Salve, oh ancianos hijos de la selva!
¡Salve, oh amigos de mi edad temprana!
¡Vuestro mustio follaje es hoy mi dicha,
Es cada hoja una ilusión colgada!

Paréceme mirar el bosquecillo,
El huerto, la colina, la cascada,
Objetos todos de mi dicha entonces,
É imagen hoy que me atormenta el alma.

Paréceme mirar en la llanura
Las ovejas balar, triscar las cabras,
Y perderse corriendo el cervatillo
Por entre helechos y pajizas cañas.

Paréceme mirar... Aparta, ¡oh cielo!
Mi pensamiento de mi patria cara
Y de mi tierna edad, que, á pesar mio,
Tales recuerdos lágrimas me arrancan.

II

Si por ventura una vez
En el porvenir pensaba,
La vida toda juzgaba
No interrumpida niñez.

Pensaba yo, en la demencia
De mi niñez, el placer
Ver con los años crecer,
Y ansiaba la adolescencia.

Juzgaba ¡necio! á los años
Precursores de ventura;
Pero ¡ah! ¡que sólo amargura
Nos prestan, y desengaños!

Viví en un mundo aparente
Fantástico, engañador,
En un mundo seductor
En donde el mal no se siente.

Viví en un sueño profundo
De mi infancia en la ribera:
Su perfumada pradera
Era mi gloria y mi mundo.

Pero, niño juguetón,
Retozando por la arena,
Descubrí mansa y serena
De los mares la extensión;

Y en vez de darme terror
Su ondulación y porfía,
Lo juzgó mi fantasía
Un mundo nuevo y mejor.

Me alucinó el arrebol
De sus aguas cristalinas,
Que en ráfagas purpurinas
Dibuja rielando el sol.

Creí que cual era inmenso
El mar, así lo sería
La dicha que en él había,
Y el placer así de extenso.

III

Las velas de oro desplegando al viento
De mi flotante y tímido bajel,
Partí en la mar, henchido de contento,
¡Necio! entregando mi existencia en él.

Al alejarme de la playa hermosa
Donde á la vida y al placer nací,
Cual sombra opaca en niebla vagarosa
La dicha toda oscurecerse vi.

Transcurrió mi existencia hasta esa hora
Envuelta en nieblas cual naciente sol
Que el velo purpurado de la aurora
Al sacudir, envuelve un arrebol.

Empero sigue el astro esplendoroso
La senda inmensa que ha de recorrer,
Y al partir en su carro vaporoso
Ve tras sí su aureola deshacer.

—

¿Dónde están las poéticas visiones,
Del ansia de saber el noble afán?
De gloria y de valor ¿do los blasones
De la anhelada adolescencia están?

¿Donde están el orgullo y tanta empresa
De la edad juvenil...? ¿Dónde su ardor?
Sólo indeleble en mi memoria pesa
El sentimiento del filial amor.

En vano arrastro una existencia oscura,
En vano hace la suerte sobre mí
Sentir el peso de su mano dura,
Pues siempre ¡oh madre! te conservo aquí;

Aquí grabada en mi amoroso pecho
Tu cara imagen para siempre está,
Aunque hoy, remoto del nativo techo,
Mi pie á la tumba presuroso va.

1844.

EL ROMANTICISMO TÉTRICO

(EPÍSTOLA Á UN AMIGO)

. . . .

Deja, oh amigo, deja ya el lamento
Monótono, insufrible de tus penas;
No más hagas sonar de llanto llenas
Las cuerdas del laúd.
No finjas más ensueños pesarosos
Que tenaces redoblan tu martirio;
Abandónalos ya, que tal delirio
Contagiará la sana juventud.

No es la vida una serie de pesares,
De maldiciones y suplicios llena;
No, que del hombre en el oído suena
La voz de la amistad.
No, que hay momentos llenos de ventura
Que de placer embriagan la existencia;
No, que aplaca el amor la vehemencia
De nuestra ardiente y juvenil edad.

¿De qué sirve mirar el universo
Como un sepulcro de tormento y duelo,
Y comparar el astro de consuelo
Al fúnebre blandón?
¿De qué sirve que cantes las torturas
Que el afligido corazón no encierra
Y que enlutada pintes á la tierra
Con moribundo y destemplado son?

Deja los vuelos del febril cerebro
Del viejo mundo al fatigado ingenio,
Donde las alas del altivo genio
Rendidas están ya;
Naturaleza, poco rica en galas,
Muéstrase allí sin brillo, sin encanto,
Y su agotada inspiración, en tanto,
Incierto giro al pensamiento da.

Pero tú, que naciste en este suelo,
En medio á un mundo virgen y sublime,
Al cual el sello primitivo imprime
Dios de su creación;

. . . .

Tú, á quien rodean sin cesar las galas
Que despliega magnífica natura;
¿Necesitas, amigo, por ventura,
Romántico cantar?
¿Seguirás en sus pasos importunos
Á los que adoptan la moderna escuela,
Y cuyo ingenio á la mentira apela
Para sus cuadros tétricos pintar?

—

¡Canta de Dios la mano omnipotente
Que al oceano la altivez quebranta,
Y de los senos de la mar levanta
El mundo de Colón!
Canta ese genio cuya vasta mente
Se hallaba estrecha en el antiguo mundo,
Y vaticina con saber profundo
Allende el oceano otra región.

Canta el valor que al Genovés anima
En frágil leño en la extensión perdido
Sin dirección, y el mar enfurecido
Mirando bajo el pie;
Surcando solo el ignorado océano
Que á nuestro globo por doquier rodea,
Contrariado, mas firme en una idea...
Hasta que un mundo en lontananza ve.

Canta este mundo que de polo á polo
Majestüoso sobre el mar se extiende,
Canta este cielo que sobre él suspende
Magnífico dosel.
Cántalos, sí, que al bardo americano
Un nuevo numen inspirarle debe,
Porque en su suelo inspiraciones bebe,
Nuevas y grandes, como grande es él...

Mira si no, los Andes orgullosos
Con frente altiva desafiando al cielo,
Y de las nubes el flotante velo
Impávidos romper;
Mira cuál brilla entre argentada niebla
El albo copo de perpetua nieve,
Y entre su gasa transparente y leve
El iris su arco espléndido poner.

Oye la voz del mugidor torrente
Que de la enhiesta cumbre se despeña;
Escucha rebramando entre la breña;
Furioso el huracán.

Sigue atento al condor que remontando
Potente el vuelo la extensión pasea,
Y alzándose veloz revolotea
Entre el humo encendido del volcán.

Y mira el Chimborazo que levanta
Cual cúpula entre nubes su cabeza,
Y oye rodando en torno con fiereza
El trueno aterrador
Ó en Cotopaxi la tormenta mira
Que de nubes preñadas le rodea,
Y el encendido rayo que serpea
Con la lava y el fuego abrasador.

Pinta risueño el moribundo día,
El cuadro encantador del horizonte,
En que aun colora al adormido monte
La tibia luz del sol.
Describe las figuras caprichosas
De que el cielo en poniente se matiza,
De blanda nube que el ambiente riza
Y colora fantástico arrebol.

De la llanura la extensión pasea,
Recorre con las fieras el desierto,
Y ansioso busca su confín incierto
En métrico cantar.
Canta cómo la nieve se transforma
Entre la roca en bramador torrente,
Y luego la oceánica corriente
Que va á perderse en la anchurosa mar.

Entra en la selva, y gozarás en ella
El más puro placer que el alma alcanza;
Allí libre y sin límites se lanza
Al pie del Creador;
Que el silencio imponente de las selvas
Á meditar en el Señor convida
En medio de natura adormecida,
Y arrullada con fúnebre clamor.

El paso sigue al Bogotá espumoso
Y en Tequendama le verás perdido,
Súbito en densa niebla convertido
En salto aterrador.

. . . .

Canta, en fin, de la América el conjunto,
La obra de Dios más varia y peregrina,
Pues cuanto el sol del trópico ilumina
Es bello y colosal;
Y en su virgíneo y anchuroso seno
Todo respira vida y armonía,
Y en él se encierra tanta poesía
Como en el mundo habrá de lo ideal.

Ó bien, canta la América presente
Y su aspecto político describe,
Cual otro mundo que al nacer recibe
Luz, gloria y libertad.
Las Repúblicas canta... Pero, amigo,
Supla tu ingenio lo que calla el mío,
Volviendo de tu fiero desvarío
Á la sincera voz de mi amistad.

1844.

MI PASIÓN

(FRAGMENTO)

Una vez y otra vez te vi, ¡oh hermosa!
Y siempre hermosa, y siempre más amada,
Y la llama de amor emponzoñada
Ahondaba en mi pecho su raíz.
Pero amaba yo solo... Era preciso
Que, inflamada tu frente cual mi frente,
Se reflejase mi mirada ardiente
En tu mirada, para ser feliz...

Ausente anhelo estar en tu presencia,
Pues en ti sola mi existencia veo;
Me acerco á ti, y en tus miradas leo
De tu alma virgen la inmutable paz;
Se enardece mi pecho, y á mi rostro
Un lampo asoma de la hirviente hoguera;
Tiemblo de amor, y rápido quisiera
De ti alejarme y nunca verte más.

Pero si estoy lejos de ti, ¡oh amada!
Es tormentoso el tiempo y es eterno;
Y si presente estoy, es un infierno
Que mis entrañas corroyendo está;
Y, en vez de sangre, por mis venas corre
Fuego unas veces, y otras veces hielo;
Mi respirar se ahoga, y denso velo
Á interponerse ante mis ojos va.

. . . .

¡Feliz quien tiene un corazón perverso!
¡Feliz quien tiene un alma corrompida!
Pues ése mira deslizar la vida
Sin que el amor le inflame el corazón;
Que nunca abriga amor el pecho impuro,
Ni cabe en él su probador tormento;
Y el penar del atroz remordimiento
Nunca iguala al penar de la pasión.

1844.

FRAGMENTOS DE LA VEJEZ

(EN BOCA DE UN ANCIANO)

I

¡Ven otra vez, consoladora mía,
Lira por tanto tiempo abandonada!
Tú, de mis penas compañera un día,
Presta consuelo á mi vejez cansada;
Ven, que quiero gozar con tu armonía
Los dulces sueños de mi edad pasada;
Ven otra vez á mi temblosa mano,
¡Ven á enjugar el llanto de un anciano!

Tú, cuyas cuerdas para mí templaron
El placer y el amor en otros años,
De esas horas felices que volaron
Dame otra vez siquiera los engaños,
Y olvide los que el pecho destrozaron
Crudos tormentos de esa edad extraños;
Puede ser que en tus cuerdas destempladas
Mis ilusiones aun estén grabadas.

¿Ya qué me queda de esa edad dichosa,
Florido empiezo de mi larga vida?
Sólo una noche triste y horrorosa,
Y allá á lo lejos esa edad perdida...
¡Ay! mi niñez... mi adolescencia hermosa,
Mi juventud... mi juventud querida...
¿En dónde estáis?... ¿Vuestro divino encanto
No ha de volver para secar mi llanto?

¿En dónde están los sueños deliciosos
Que mi cuitado corazón forjaba,
Y esos momentos dulces y gozosos
Que el porvenir en mi ilusión me daba?
Sólo recuerdos tristes y azarosos
Ese anhelado porvenir guardaba...
¿Sólo tormento deja en la memoria
El sueño del amor y de la gloria...?

¡El sueño del amor!... ¡Bella María!
¡Ángel custodio de mi larga vida!
¡Astro de luz cuyo fulgor de un día
Brilló en el cielo de esa edad perdida!
Puede endulzar mis horas de agonía
Sólo el destello de esa luz querida,
De esa luz que alumbraba mi camino,
Y que inflexible me apagó el destino.

Flor entreabierta á la primer sonrisa
De la inocente y cándida mañana.
Que al retozar la perfumada brisa
El rocío de aljófar engalana.
El sol ardiente con celosa prisa
Trocó en ceniza tu beldad temprana;
¡Pobre María! ¡contra un pecho amante
Se marchitó tu angelical semblante!

¡Oh si á mi lado fueras todavía
El ángel seductor de mis amores...!
¡Ah!... pero no, que la vejez impía
Helado hubiera tus hermosas flores,

Y yo te hubiera visto, mi María,
Ser presa como yo de tus dolores...
Y hubiera visto al tiempo presuroso
Trocar en blanco tu cabello hermoso.

Quiero más bien en mi delirio insano
Mirar intactos tus hechizos bellos;
Quiero más bien con mi ilusión ufano
Las rubias trenzas ver de tus cabellos;
Quiero soñar que mi rugosa mano
Osa otra vez juguetear con ellos...
Y al triste son de mi olvidada lira
Pensar que aún tu corazón suspira.

II

El corazón del hombre es una lira
Dispuesta á producir cualquier sonido;
Temulento de amor goza y delira,
Herido de dolor lanza un gemido;
Con la esperanza sonreir se mira,
Con la desgracia llora entristecido,
Pero sus cuerdas, hechas al quebranto,
Suenan mejor si las empapa el llanto.

Jamás se encuentra inspiración alguna
En medio del placer y de la orgía,
Y al blando arrullo de opulenta cuna
No se mece jovial la poesía:
Brinda sólo cantares la fortuna
Al infeliz que llora en su agonía...

Que el canto no es placer, sino un consuelo
Que, á falta de placer, nos presta el cielo.

Al recinto de espléndidos salones
Sólo penetra la algazara inquieta;
No da el laúd sus apacibles sones
Donde indolente su señor vegeta;
Y jamás entrelazan sus blasones
Una humilde corona de poeta...
¡Es que la alfombra del feliz no baña
El llanto que humedece una cabaña!

Nunca el recuerdo del placer pasado
Alegra el corazón entristecido,
Y el dardo del dolor envenenado
Lo lleva siempre el corazón herido;
Que es triste recordar que hemos gozado,
Y es triste recordar que hemos sufrido,
Y el canto es el recuerdo, y nuestra lira
Por eso en vez de modular suspira.

Comparad esos gritos de alegría
Con el suspiro de dolor profundo,
En el tumulto de algazara impía,
Ó del mendigo en el rincón inmundo:
Comparad el ¡BEBAMOS! de la orgía
Con el ¡JESÚS! gritado á un moribundo:
¡Apurad el placer, sufrid el llanto,
Y alzad entonces vuestro alegre canto!

III

Pero mi pecho cuitado
No alienta esperanzas hoy.
Es sólo el cauce vacío
Por donde rodó veloz
El torrente de delirios,
De ilusiones y de amor.

Es una hoguera mortuoria
Que con su débil fulgor
No ilumina los semblantes
De fantasmas que creó...
En otro tiempo su llama
El porvenir me alumbró,
Y coloraba brillantes
Los sueños de mi ilusión.

Hoy... ¿qué luz ha de guiarme?
Sólo el luctuoso blandón
Que arderá junto á mi féretro
Con siniestro resplandor...
Y ¡ay! esa luz vacilante
No alumbra ilusiones, no,
Ni se forjan junto á ella
Los sueños de la ambición.

Y cada surco que el tiempo
En mi semblante estampó,
La mano de la desgracia
Lo trazó en mi corazón.

Mi trémula voz recuerda
Los deliquios de mi amor...
Y cada cabello blanco
Una perdida ilusión...

Y parece que la nieve
De mis cabellos heló
Entre mis párpados secos
Las lágrimas del dolor...
Y el llanto que la mejilla
Del infeliz no bañó,
Es un filtro venenoso
Que le quema el corazón.

1845.

NOTA. — Estos versos fueron hechos á la edad de 19 años.

UNA VISITA

Beso sus pies, mi señora.
— Servir á usted, caballero.
Siéntese usted. — Muchas gracias.
— Parece que está molesto;
Tome el sofá. — No, señora,
Estoy aquí bien, aprecio.
— Es que suele el taburete
Ser muy incómodo asiento.
— No, mi señora, estoy bien
Donde quiera que me encuentro.
¿No tiene usted novedad?
— No, señor, gracias. — Celebro:
¿Y el señor don Luis? — Salió
Á la calle ha poco tiempo,
Sin novedad. — ¿Y el chiquito?
— Gracias, señor, está bueno.
¡Es tan gracioso! ¡si viera...!
¡Tan lindo, que es un portento!
Josefa, trae á Lisandro
Á que le hable á don Anselmo.
(Y no responde) ¡Josefa!
¡Josefa! (¡si se habrá muerto!)
¿Pues ve usted? Si las criadas
Sólo sirven de tormento...
— Sí, señora, y es difícil
Encontrar una entre ciento.
— Permítame usted, señor,
Que dentro de poco vuelvo.

Quizá será que Lisandro
Todavía esté durmiendo.
— No vaya usted, mi señora,
Á despertarle. — No; creo
Que está en el jardín jugando:
Le traigo en este momento.

—

Dispense usted que le haya
Dejado solo. — Yo siento
Haber á usted molestado...
— No es molestia, don Anselmo.
Aquí le traigo á Lisandro,
Va usted á ver su despejo.
¡Jesús! ¡que ropa tan sucia!
Parece sepulturero.
Venga, le ato la camisa,
Que tiene suelto ese cuello;
No le paran los botones,
Pues los arranca al momento;
Nada le dura... Es preciso
Hacerle ropa de cuero.
Arrímese, Lisandrito,
¿No saluda á don Anselmo?
No sea tonto... — Venga acá...
¿No me saluda? — No *quero.*
— ¡Ja! ja! ja! ja! ¡qué gracioso!
Mírele usted... ¿no es muy bello?
— Sí, señora, y no desmiente
Que usted lo llevó en su seno.
Lisandro, ¿no me conoce?
Venga acá. — ¡Qué majadero!

No le doy una cosita
Si no le habla á don Anselmo.
Si usted le viera, señor,
Cuando está solo; ¡qué juegos!
¡Qué gracias dice! no cesa
De hablar y decir portentos.
Le viera usted remedar
Á cuantos pasan; ¡al perro
Lo imita tan bien!... Lisandro,
¿Cómo hace Turco? — No *quero.*
— ¿Así se dice á mamá?
¡Qué dirá este caballero!
Que es bobo; no, pero el niño
Sí me obedece, ¿no es cierto?
Remede á Turco, mi hijito,
Y esta tarde va á paseo.
¿Cómo hace? ¿á ver? — *Guá, guá, guá.*
— ¡Qué bien lo hace! déme un beso.
La fábula diga ahora
Que aprendió en Samaniego.
— ¿Y sabe leer el chico?
— No, señor, ya va aprendiendo
Con una facilidad...
Casi todo el alfabeto
Lo sabe, y apenas hace
Unos seis meses y medio
Que empezó á aprender, pues tiene
Un admirable talento.
— Sí, señora, y lo demuestra
Lo que ha aprendido tan presto
— Sí, señor, para su edad
Son seis meses poco tiempo...

— ¿Y qué edad tiene? — Siete años
Ha de cumplir en febrero,
Y así tan niño se aprende
Cualquier cosa en un momento.
Diga, pues, la fabulita:
Deje el gato: estése quieto:
¡Á ver! con formalidad;
Lisandro, no sea travieso,
La de la Zorra y el Busto
Que estudió con tanto empeño.
— *La Zorra le dijo al Bustó*
Cuando lo olió... — ¡Bueno! ¡bueno!
Siga... á ver... ¿ya no se acuerda?
— *Bonito, pero sin seso.*
— Muy bien, muy bien, Lisandrito.
Déme un abrazo, mi cielo.
¿No dijo con mucha gracia
La fábula, don Anselmo?
— Sí, mi señora, muy bien;
Habla con mucho despejo.
— ¡Y hasta oído de poeta
Va sacando el bribonzuelo!
— Sí, señora, pues recita
Con mucha gracia los versos.
— ¡Si esto es una maravilla!...
¿No es cierto, mi hijo? ¿no es cierto
Que en usted tengo un tesoro?
¿No es cierto que vale un reino?
Don Anselmo, le aseguro
Que saben en estos tiempos
Tantas cosas los muchachos,
Que se hace duro creerlo;

Por esta razón yo juzgo
Que aprendidos nacen. — ¡Cierto!
Dice usted muy bien, y sabe
Más un muchacho que un viejo.
— Mi señora, hasta otro rato.
— ¿Por qué tan pronto? yo espero
Que no se vuelva á perder
Otra vez por tanto tiempo.
— Sí, señora, y más despacio
Volveré... Mucho celebro
Que se halle sin novedad.
— Hasta después, don Anselmo.

—

Y así salió renegando
Este pobre caballero,
Harto ya de necedades
De la madre y del chicuelo.
Al verse libre en la calle
Alzó las manos al cielo,
Dándole gracias á Dios
Porque en libertad le ha puesto;
Pero lleno de basura
Y ajado vió su sombrero;
Se halló con bastón sin borlas,
Y con un guante de menos:
Manchados los pantalones,
Sucios casaca y chaleco:
Sólo entonces conoció
De Lisandrito el portento.

1845.

EL POETA Y EL VULGO

Este mundo es un fandango,
Quien no baila es un zoquete.

I

¡Qué majadero el poeta
Que delirando sandeces,
Mira sólo de la vida
Los males que en ella siente!
Es á sus ojos el mundo
Panteón de luto y muerte;
Es la existencia un martirio;
Sombra falaz los placeres...
Y en tanto gozando el vulgo
De la vida indiferente,
Sólo le sirven los males
Para pensar en los bienes...
Aquél por mundos aéreos
Va atormentando su mente,
Y á éste en el mundo real
Nada le va ni le viene.
Aquél el crimen pintado
Del hombre mira en la frente;
Ve donde quiera enemigos,
Fantasmas doquier advierte;
Éste mira de los hombres
Lo que son y lo que tienen,
Ni le halagan sus virtudes,
Y ni á sus crímenes teme;

Aquél mira en la mujer
Al más raro de los seres;
Ora la juzga demonio,
Ora por ángel la tiene;
Éste en la farsa del mundo
Todo lo ve indiferente,
Juzgando á los hombres, hombres,
Y á las mujeres, mujeres...
Pulsa el poeta su lira
Dando sus quejas dolientes,
Mezcladas con la amargura
Que dentro del pecho tiene,
Y las cuerdas de su lira
Al corazón obedecen,
Y en vez de cantar suspiran
Al resonar de esta suerte:

EL POETA

« Vive el hombre un solo día,
Y entre la vida y la muerte
Luchando con la amargura
Sus breves horas se pierden.
Las lágrimas del dolor
Riegan su cuna inocente...
Las lágrimas de pesar
Su vida entera sostienen...
Y á la tumba le acompañan
Las lágrimas que se vierten...
Es infeliz cuando nace
Y es infeliz cuando muere;
Y en su triste desamparo

Lágrimas vierte á torrentes...
Y si quiere hallar consuelo
Amargas lágrimas bebe...

. . . .

Son altares las pasiones
En el mundo, en donde aleves
Á sus ídolos los hombres
Sus holocaustos ofrecen.
Y en sus aras sacrifican
Su inocencia á los placeres...
Por eso con la ignominia
Llevan manchada la frente...
Y son por eso traidores,
Engañadores, crüeles...
Por eso cuando uno cae
Los otros de él no se duelen...
Si uno es hoy grande... mañana
Será escarnio de las gentes...
Y será más infeliz
Aquel que más grande fuere...
Ésta es la vida... un acervo
De crímenes diferentes,
Donde se ven los cadalsos
Al lado de los laureles...

. . . .

Alegres, fascinadoras,
Y engañosas las mujeres,
Entre su labio el veneno
Esconden de las serpientes...
Halagan con sus promesas,
Y pagan con sus desdenes...
Siempre engañando... y el hombre...

También engañando siempre...

. . . .

Tal es el mundo, un montón
De viles é infames seres
Do aquel será más feliz
Que más engaños zurciere...
Tal es el mundo, un conjunto
De crimen y padeceres,
En donde su asiento el hombre
En medio del vicio tiene...
Y ¿quién la vida amará?
¿Quién amará sus placeres
Sabiendo que son ponzoña
Que sus entrañas disuelve?»

—

El vulgo á tales razones
Moralizó indiferente:
Este mundo es un fandango,
Quien no baila es un zoquete.

II

El vulgo, en vez de llorar
Y maldecir de su suerte,
La vida juzga feliz
Porque el vivir le entretiene.
Y con sonrisa burlona,
Con labio prorrumpe alegre,
Á todo siempre dispuesto
Aunque á todo indiferente:

EL VULGO

« Bien cortos los años son
Que el hombre en el mundo tiene,
Si no gozamos en ellos
El tiempo que va no vuelve...
¿Qué sirve que los perdamos
Cuando gozarlos se puede?
¿Por qué han de prestar las horas
Dolor en vez de placeres...?
¿Por qué lamentar nosotros
De humanidad los reveses,
Si en ellos los hombres gozan,
Si con ellos se divierten...?
¿Qué importa que caigan unos,
Qué importa que otros se eleven
Y que gobiernen tiranos,
Y pueblos cobardes tiemblen;
Que haya cárceles y tronos,
Que haya súbditos y reyes,
Que haya virtudes y vicios,
Á nosotros quién nos mete...?
Los que hoy oprimiendo mandan
Mañana opresores tienen,
Y el que verdugo fué un día
Será víctima el que viene...
¿Por qué quejarnos del mundo,
Cuando es el mundo un juguete
Que representa á lo vivo
Los caprichos de la mente...?
Él con sus formas variadas

Á los hombres entretiene,
Y gozan éstos mirando
Tan diversos caracteres,
Tan distintas opiniones
Y tan variados papeles...
¡Cómo se goza en la tierra
Con cosas tan diferentes...!
¡Feliz el que las reciba
Cual ellas se le presenten!
Sin afanarse por nada,
Siendo á todo indiferente,
En vez de llorar por todo,
Con todo gozar se debe,
Y con la farsa del mundo
Se ha de luchar frente á frente,
Pues es el mundo un fandango
Y el que no baila un zoquete. »

1845.

MI MUERTE

Á TEMILDA

Su enfermedad le hará morir á ustedi antes de un año.
(R. Cheyne.-Hoy 16 de diciembre de 1845).

I

Morir... morir... un eco misterioso
Parece repetir estas palabras
En el fondo del alma... En otro tiempo
Nunca, Temilda, al corazón llegaban;

Entre mis labios al nacer morían,
Sin lastimar con su sentido el alma;
Jamás pensaba que el morir encierra
La idea tremenda que mi pecho amarga...

Ya de la vida los preciosos lazos
Casi deshechos mi existencia enlazan,
Que á un leve impulso destrozados ceden
De la mano glacial de muerte airada.

Ya de mi vida el último reflejo
Siento que débil en mi pecho vaga,
Cual la luz moribunda de la antorcha
Que con más brillo al expirar se inflama.

¡Adiós, Temilda...! El caprichoso mundo
Ya de mi vista ocultará sus galas...
Y el nuevo sol alumbrará un sepulcro
Y un hombre menos lo verá mañana...

Hoy veo del sol los rayos matutinos
Que su áurea lumbre en la extensión derraman,
Dorar las crestas de los altos montes
Con el purpúreo resplandor del alba :

Y veo los bosques y los anchos campos
Iluminados con su luz de plata ;
Y al occidente en arrebol teñido
Su caprichoso pabellón de grana ;

Y las fuentes, los árboles, las rocas,
Con muda voz pero elocuentes hablan
Y ADIÓS me dicen... un ADIÓS eterno
Que incisivo desgarra mis entrañas...

¡ Y ya mañana no verán mis ojos
Esos objetos que mi vida encantan...
Pues sus pupilas entre el polvo inmundo
De los sepulcros, estarán cerradas !

El suave soplo de la brisa errante,
Que juguetona en mis cabellos vaga,
De un cadáver mañana los cabellos
Ha de rizar con voluptuosas alas...

Y ese sol cuya lumbre diamantina
Como torrentes sobre mí arrojaba,
Sus mismos rayos y su misma lumbre
Sobre mi tumba verterá mañana...

Más brillante tal vez... un bello día
Tal vez alumbra su fecunda llama...
Y corre el cielo majestuoso... y luego
Una noche serena se levanta,

Y otro día le sigue, y otra noche
É imperturbables en su curso marchan,
Y meses pasarán, pasarán años,
Indiferentes por mi tumba helada.

—

¿Qué es la muerte de un hombre, si á lo grande
De millares de mundos se compara?
Una gota pequeña de los mares
Por el rayo del sol evaporada...

Y después que en el mundo he recorrido
Una existencia entre el dolor amarga,
Sin un goce siquiera... ¿mirar debo
Llegar la *muerte*, el *no existir*, la *nada*...?

¡La *nada*, dije yo! Gran Dios, destierra
Esa duda tremenda que me espanta...
Yo sé, Señor, que *más allá* se esconde
De la tumba fatal la nueva patria...

Y yo sé que el que pone del sepulcro
En el estrecho límite la planta,
Al salvar los umbrales de la huesa
De otra existencia los umbrales salva...

II

¡Morir! triste es morir cuando la vida
Sólo ha corrido la tranquila infancia,
Cuando sigue á las lágrimas del niño
El ¡ay! postrer que el moribundo exhala.

Cuando apenas la cuna abandonando,
En un mundo fantástico se lanza;
Y cuando mira un porvenir dichoso
Á donde mueve la ligera planta...

Triste es morir cuando se ve á lo lejos,
Con embriaguez de amor una esperanza,
Que se divisa cual la estrella amiga
Que fácil rumbo al náufrago señala.

¡Descender á la tumba... ser cadáver...
Morir... dejar de ser...! Estas palabras
Tú no sabes, Temilda, lo que encierran
Pronunciadas por mí... Tú la desgracia

No has conocido...; y nunca la amargura
Sus hoscas huellas te dejó estampadas,
Para que puedas comprender á donde
Puede arrastrar el infortunio al alma.

Mira... En las noches de mortal insomnio
En que tu imagen en mi mente vaga
De mil maneras, diferentes todas,
He pensado en la muerte á mí cercana.

Y sufocado en negros pensamientos
La sien del lecho delirante alzaba,
Y en mi febril agitación veía
Tu desdén... y mi tumba abandonada...

Sí, porque tú con bárbaros desdenes
Has consumido del amor la llama,
Has desgarrado el corazón amante,
Y me has abierto la postrer morada...

Por ti al sepulcro desdeñado bajo,
Buscando en él la apetecida calma;
Y nunca sentiré sobre mi losa
De tus ojos divinos ni una lágrima

1845.

AL SALTO DEL TEQUENDAMA

Los valles va á buscar del Magdalena
Con salto audaz el Bogotá espumoso.

BELLO.

Mudo á tu vista de terror y espanto
El oprimido corazón palpita,
Como el arcángel ante Dios agita
Sus blancas alas, su celeste canto.

Te he visto ya. Tu imagen imponente
La imagen es del Hacedor airado,
Cuando á su voz tremenda fué lanzado
Desde el rudo peñasco tu torrente.

Es tu aspecto sublime como el nombre
Del que rige los mundos; tan terrible
Como lo fué la maldición horrible
De Dios lanzada en el Edén al hombre.

Yo he mirado de lo alto desprendidas
Tus ondas turbias entre herviente espuma,
Rodar envueltas en la blanca bruma
Y en el abismo rebramar perdidas.

Con lento paso recorriendo el monte
Las he visto asomar en la ancha boca,
Y veloces lanzarse de la roca
Como lampo fugaz del horizonte.

Las he visto en confuso remolino
Una tras otras descender hinchadas,
Y en su rápido curso arrebatadas
En vaporoso y leve torbellino.

En agrupados borbotones corren,
Y en su curso parecen suspendidas
Un momento, y se avanzan desprendidas
Antes que el rastro de sus huellas borren.

Y tu raudal en niebla se desata
Y en argentados remolinos sube,
Como de incienso la olorosa nube,
Que en vagos giros su extensión dilata.

Del sol naciente el rayo matutino
Tornasola tu niebla transparente,
Y aureola fantástica en la frente
Blanda te ciñe el iris purpurino.

Un fantasma pareces circuído
De manto aéreo y ondulante velo,
Y que un rayo ilumina desde el cielo
Su flotante y magnífico vestido.

La niebla aljofarada que despides
Cubre las hojas del silvestre helecho,
Y las gotas que forma las recibes
Y las sepultas en tu inmenso lecho.

De rama en rama se deslizan, huyen
Las leves gotas de sutil rocío,
Y se desprenden al rumor bravío
De tus raudales, que incansables bullen.

¡Imagen del despecho...! Yo he vertido
Una lágrima al verte, pura, ardiente,
Que fué á juntarse á tu veloz corriente,
Cual pensamiento en la extensión perdido.

—

Sí: lágrimas me arranca tu aspecto majestuoso
Y mudo á tu presencia palpita el corazón,
Pues hay en el humano un pliegue misterioso
Que le une con las obras sublimes del Criador.

Mezquino el pensamiento concéntrase en sí mismo...
Contemplo absorto, extático tus aguas descender;
Estúpidos mis ojos recorren el abismo...
Y un escondido impulso me está empujando á él...

Quisiera con tus aguas lanzarme confundido,
Rodar envuelto en ellas, unirme más á ti;
Quisiera mis lamentos unir á tu estampido;
Quisiera mi existencia á tu existencia unir...

Paréceme que miro vagar por el torrente
De niebla rodeado tu genio bienhechor,
Espíritu infundiendo á tu veloz corriente
Y á tus hirvientes aguas prestando animación.

¡Imagen atrevida por el Criador formada!
¡Salud, yo te venero, oh parto colosal!
¡Pues eres de la América el alma despechada
Que llora de sus hijos la antigua libertad!

1845.

Á UN NIÑO EXPÓSITO

¡Podre, inocente y desgraciado niño,
De la vida arrojado á la ribera,
Que no ha tenido el maternal cariño
Ni una sonrisa para ti siquiera!

¡Pobre niño, arrojado en el profundo
Valle do impera el llanto y el dolor,
Te hallaste al despertar, solo en el mundo,
Fruto tal vez de criminal amor!

No hallaste al lado, tierna y cariñosa
La mano maternal que enjuga el llanto;
Que el mundo la vedaba que amorosa
Dulcificase tu infantil quebranto.

Quizá en sus brazos te estrechó y amante
Te bañó con sus lágrimas de amor...
Y luego te arrojó de sí distante
Para salvar su mancillado honor.

¿Y qué harás en el mundo? Sin parientes,
Sin hermanos, sin padres, sin amigos...
Á los hombres verás indiferentes
Ser de tu pena y tu dolor testigos.

En vez de llanto por tu triste suerte
Desdén y risa encontrarás doquier;
Mofaráse de ti sin conocerte
Tal vez el mismo que te diera el ser.

Di, ¿qué esperas del mundo y la existencia?
Proscrito te verá la sociedad;
Sólo tendrás tu llanto, única herencia
Que el destino ha legado á la orfandad.

¡Jamás consuelo te dará ni encanto
De la fortuna el caprichoso giro;
Jamás tu llanto hará correr el llanto,
Ni tu suspiro arrancará un suspiro!

¿Hallarás una mano generosa
Que se atreva á alumbrar tu porvenir?
¿Ó tu desgracia ocultarás penosa
Bajo la humilde condición servil?

Si buscas el saber de ti olvidado,
Si ilumina la ciencia tu razón;
¿Serás feliz con esto? ¡Desgraciado!
¡La ciencia para ti será un baldón...!

Si quieres igualarte con otro hombre
Por título mostrando tu saber,
La sociedad te pedirá tu nombre,
¿Y cuál darás, desventurado ser?

¿Y si turba tu sueño fatigoso
Ese arcángel maldito, la ambición,
Y si te muestra un porvenir glorioso,
Y te miente de amor una ilusión?

¿Y si ves por tu mal una hermosura
Que haga tu pobre corazón latir,
Qué puedes ofrecerla? ¡Desventura!
¡Oh! entonces, niño, ¿qué será de ti?

Y si cobarde guardas tu quebranto
Con esa vida que salvado habrás,
¿Quién, infeliz, enjugará tu llanto?
¿Á quién, de todos esquivado, irás?

Pero tú no comprendes todavía
Lo que el mundo te guarda, ¡pobre niño!
¡No sabes tú en las horas de agonía
Cuánto consuela el maternal cariño!

Es ahora inocente tu sonrisa,
Es ahora tranquilo tu dormir,
Y es porque aun su emponzoñada brisa
Sobre ti no ha soplado el porvenir.

¡Duerme, niño, que en vez de la presencia
Y arrullo maternal que no has sentido,
Aun te arrulla el arcángel de inocencia;
Duerme y reposa en momentáneo olvido!

Y ojalá que al dormir, ¡oh pobre niño!
Dejaras de existir... ¡mejor te fuera!
¡Pues no ha tenido el maternal cariño
Ni una sonrisa para ti siquiera!

Tú sólo has visto el prólogo terrible
Que encontraste grabado en tu camino,
De ese drama de luto que inflexible
Con sangre tuya escribirá el destino.

Y la postrera página del drama
Es tan triste... ¡Morir abandonado!
Mirarás junto á ti... ¡Nadie te ama!
¡Ningún amigo encontrarás al lado!

Y al rededor de la ignorada huesa
Do arrojarán tu cuerpo sin piedad,
Ni una flor, ni una cruz! ¡y zarza espesa
Tu memoria y tu cuerpo cubrirá!

¡Podre inocente y desgraciado niño,
De la muerte arrojado á la ribera,
Que ni aun tendrás del maternal cariño
Al morir una lágrima siquiera!

1846.

RECUERDOS

Á***

Cuando apenas la aurora de la vida
En tu frente de niña reflejaba,
Tus gracias infantiles contemplaba
Con inocente y cándido placer.
Ese tiempo tranquilo de la infancia
Era un tiempo feliz : en mi memori
Aun se conserva la dorada historia
Que la fortuna nos brindó al nacer.

Al mar de la existencia ambos partimos,
Mas tus velas el céfiro rizaba...
Y en tanto mi bajel roto cruzaba
De la existencia el tempestuoso mar.
Pero quiso el destino que te hallara
Al fin de mi carrera procelosa,
Y si niña te vi pura y hermosa,
Ora mujer te elevaré un altar.

Cada sonrisa de infantil cariño
Que en otro tiempo entre tus labios viera,
Cada mirada lánguida, hechicera,
Que de tus ojos tembladores vi,
Es una historia que en mi mente impresa
Las largas horas de pesar consuela;
Pero historia infeliz, porque revela
El edén venturoso que perdí.

Un ángel de pudor y de inocencia
Lleno de amor, brillante de hermosura,
Por ti dejando la celeste altura,
Tu bella frente á coronar bajó,
Y con sus alas de carmín y rosa,
Volando en torno te cubrió de amores,
Y la luz de sus ojos brilladores
En tus ojos divinos infundió.

Tú no le debes envidiar al ángel
La mirada de amor y la hermosura,
Ni de su acento envidie la dulzura
El dulce acento de tu dulce voz.
Á tus gracias de niña ha reemplazado
De otras gracias espléndido tesoro,
Y si niña te amé, mujer te adoro;
Eras mi ángel, ya serás mi Dios.

En vez de aquella angelical sonrisa
Que en tus labios hermosos se veía,
Deja brillar, antigua amiga mía,
Una sonrisa de piedad y amor.
Haz que yo sienta de tus negros ojos
El fuego abrasador de la mirada;
Di que me amas, y la edad pasada
No será sólo un sueño encantador.

1846.

AL DIABLO

Nadie te canta, rey de los infiernos,
No hay una lira que te dé su voz.,.
Es que el influjo de tu ser maldito
No puede al bardo dar inspiración,

Es que el poeta al ensayar sus trovas
Teme su canto profanado ver
Al pronunciar en sus endechas tristes
El nombre aborrecido de Luzbel.

Es que la mano trémula de espanto
No halla notas de luto en el laúd
Para cantar al maldecido arcángel
Que osó usurpar la omnipotente luz;

Pues sólo tú junto á tu Dios pudiste
Un crimen en el cielo concebir,
Y sólo tú con tu ambición inmensa
Quisiste ser el soberano allí.

Ángel caído, por fundar tu imperio
Cogiste el cetro como rey del mal,
Y haciéndolo tu esclavo, le quitaste
Su vasta prole al infeliz Adán.

Tú en el Edén, de la vedada fruta
Diste engañoso á la primer mujer...
Por ti Caín con fratricida mano
El pecho hirió del inocente Abel.

Ciega por ti la humanidad un tiempo,
Un templo y un altar te levantó,
Y bajo formas de infinitos dioses
Te adoraron los hombres como á Dios.

Pero cayó el aborrecido imperio
Que con tu influjo levantaste tú
Al alumbrar las lóbregas tinieblas
La humilde insignia de la Santa Cruz.

Y desde entonces tu poder oculto
Hace al cristiano corazón temblar,
Pues ve que incierto su destino eterno
Entre su Dios y tu poder está.

Aun en la infancia al inocente niño
Amedrenta tu mágico poder;
Y en medio de la noche, desvelado,
Cree que tu forma en las tinieblas ve;

En medio de sus castas oraciones
Tiembla la virgen al pensar en ti...
Y medrosa tu forma se presenta
Al criminal en su angustioso fin.

. . . .

¡Pero, no!.., que mi mano temblorosa
No halla notas de luto en el laúd
Para cantar al maldecido arcángel
Que osó usurpar la omnipotente luz...

¡Sufre sin fin la maldición eterna
Que tu delito mereció, Luzbel!
Mas no te miren mis marchitos ojos
En mi lecho de muerte aparecer.

1846.

COQUETERÍA

Yo nunca he tenido aquí
Constante amor ni deseo,
Pues siempre por la que veo
Me olvido de la que vi.

ALARCÓN

—

Parece el corazón mío
Un inmenso coliseo,
Donde todas las que veo
Encuentran palco vacío.

G. G. G.

Con rudo golpe en el amante pecho
Late otra vez mi corazón, Elvira,
Por ti otra vez mi corazón suspira,
Por ti me abraso en incesante amor.
De tu amor me olvidaba, mas te he visto
Y otra vez tus encantos me rindieron,
Y tus gracias divinas revivieron
En las muertas cenizas nuevo ardor.

Volví á mirar tu ancantadora frente,
Divino altar de virginal pureza,
Y he mirado rodar de tu cabeza
Rizos dorados por tu casta sien.

He vuelto á ver en tus azules ojos
Ese color en que refleja el cielo,
Donde se ven en transparente velo
Dibujadas las gracias del Edén.

También te he visto, encantadora Helena,
Lanzando rayos con tus negros ojos,
Abriendo heridas, infundiendo enojos,
Regando amores por doquier que vas.
Tus negras trenzas descendiendo bellas
Por tu moreno, irritador semblante,
Y tu cuerpo flexible y elegante,
Perder me han hecho mi quietud, mi paz.

Los hoyuelos que adornan tus mejillas
Me tienen muerto, angelical Dolores,
Pues en ellos anidan los amores
Y van las gracias á jugar también.
Pero ¡ay, Virginia! que me vuelve loco
Lo voluptuoso de tus labios rojos...
Pero, Camila, tus traviesos ojos
Nunca se olvidan si una vez se ven.

Pero ¡ah, cuál late mi amoroso pecho,
Bella Isabel, si tu virtud admiro!
¡Y cuál de amor frenético deliro
Al ver tu gracia, encantadora Inés!
Julia, Rosaura, Margarita... ¡oh, todas,
Todas son bellas y por todas muero!
Es más hermosa la que vi primero,
Y es más amada la que vi después.

Cualquiera de ellas mi razón trastorna,
Junto de todas con amor palpito;
¡Mi amante corazón es infinito
Y un lugar para todas hay en él!
¡Oh, ven, Elvira! ¡Oh, ven, Helena amante!
¡Oh, ven, Julia... Rosaura... Margarita...!
Venid, que amante el corazón palpita,
Divina Inés y célica Isabel.

1846.

TU RAMILLETE

Á LA SEÑORITA A. T.

Las flores y los perfumes son lo que
con mayor poder atrae los recuerdos.
LA DUQUESA DE ABRANTES.

I

Hermosa, hay un recuerdo cuyo eco misterioso
Despierta al perezoso, dormido corazón;
Recuerdo que acompaña al triste que suspira
Y arranca de su lira desfallecido son.

¿Quién no tendrá el recuerdo
De alguna triste historia,
De ya pasada gloria,
De ya olvidado amor...?
Yo tengo ese recuerdo,
Y tú lo has evocado
Con sólo el adorado
Lenguaje de una flor.

En vano los pintores apuran sus paletas
Y en vano los poetas modulan su laúd,
Pues nunca á aquella historia podrán dar los colores,
Que sólo con las flores, señora, le das tú.

Tu bello ramillete,
Historia es de la vida,
La risa confundida
Se ve con el pesar...

Pintaste la existencia
Variada, sin concierto:
Se ve la *flor de muerto*
Unida al *azahar*.

De risas y de llanto emblema son las flores.
Pues brindan sus olores al fúnebre ataúd,
Y halagan con su aroma, en éxtasis gozosos,
Los sueños voluptuosos de alegre juventud.

II

Pintar supiste con tus bellas flores
Las desventuras de un amor ideal;
Una bella esquivando los amores
Que le ofrecía su infeliz galán...

Le diste encantos á la ingrata hermosa
Y la cercaste de atractivos mil;
Gracias le dió la purpurina *rosa*,
Y *hermosura* y *modestia* el *alelí*.

La *azucena* su cándida *inocencia*
Velada por su altiva *majestad*,
La *flor de fresa* con su pura esencia
Simbolizó su angelical *bondad*.

De *paraíso* bella *flor* buscaste
Para adornar su encantadora sien;
Que esa beldad que sin igual formaste
Daba un recuerdo del perdido Edén.

Mas no supiste, entre su pecho helado,
Colocar un amante corazón,
Porque nos dice que jamás ha amado
De *rosa blanca* el juvenil *botón*

—

Pero al amante... al infeliz amante
Consuelo alguno ni una flor le dió;
Sólo le diste una alma delirante
Y un corazón que palpitó de amor.

Has referido lo afectuoso y tierno
De los delirios de su amor y fe,
Un *clavel* le inspiró su *amor eterno,*
Y *amor desesperado* otro *clavel.*

La *margarita* le sirvió al cuitado
Para decirle á su beldad *¿me amáis?*
Y el *clavel blanco* y el *clavel rosado,*
Yo te prefiero, tú eres mi deidad.

Alguna vez, en sus alegres sueños,
En el *romero* el infeliz pensó,
Necio juzgando que los días risueños,
Que han de venir, alumbrarían su *unión.*

Mas sólo vió que vegetaba al lado
La *flor de muerto* emblema de *aflicción,*
Y le mostraba su sepulcro helado
El *sauce* melancólico y *llorón.*

Su lira entonces arrojó : el tesoro
Que al desgraciado la amargura da;

Pero empapadas en constante lloro
Sus cuerdas, flojas, no resuenan ya.

III

Yo tengo ese recuerdo y tú lo has evocado
Con sólo el adorado lenguaje de una flor:
Tu bello ramillete me trajo á la memoria
La ya olvidada historia del ya olvidado amor.

Perdona si con quejas
De mi contraria estrella
Osé turbar ¡oh bella!
Tus horas de placer.
Perdona, mas no puede
Mi destemplada lira
Del pecho que suspira
Borrar el padecer.

1846.

¡¡ELLA Y ÉL!!

NOVELA ROMÁNTICA

—

INTRODUCCIÓN

Y ¿las borrascas del cielo no serán anuncios para la tierra?

JOB.

Se escucha en un bosque la fúnebre lucha
Que forman la lluvia y el rayo al caer...
La voz atronante de un hombre se escucha...
Y al brillo del rayo se ve una mujer.

CAPÍTULO I

LOS DOS ESPOSOS

El alma, libre del cuerpo, vende sus secretos en medio de los sueños; ¡procurad no soñar!

L. BYRON.

EL ESPOSO

«¿No pronunciaste en medio de la noche
Entre sueños el nombre de un mortal...?»

LA ESPOSA

«¡Ay! es cierto... ¡perdón!...» El rayo al punto
Volvió á brillar y reflejó un puñal...

CAPITULO II

LOS FUNERALES

¡La muerte desgarrando la muerte!
V. HUGO.

Se ve de negros cuervos el carnicero bando
En medio de las nubes el aire denso hender...
Y con sus uñas corvas hambrientos desgarrando
Un cuerpo mutilado... un cuerpo de mujer...

CAPITULO III

EL CASTIGO

Atadlo de pies y manos y arrojadlo á las tinieblas exteriores: allí habrá llanto y crujir de dientes.
S. MATEO.

De las fraguas humosas del infierno,
Horrible, hediondo, Satanás salió...
Pero al volver á entrar á su antro eterno,
Acompañado con un hombre entró...

CONCLUSIÓN

¡Y ni siquiera el consuelo de saber dónde se halla su tumba!
A. DUMAS.

¡Cien años ha...! Hoy vierte en el espacio
La tarda luna su callada luz...
¡Y á su fulgor no brilla entre la hierba
Ni una perdida y olvidada cruz!

FIN

1846.

UNA LÁGRIMA

I

Te vi, te amó mi corazón de niño
Con un delirio virginal y santo.
¡Yo era tan joven y te amaba tanto...
Que fué mi pecho para ti un altar!
Con tu desdén ó con tu amor soñando
En mis horas de pena ó de alegría,
Por mi mejilla juvenil sentía
Silenciosa una lágrima rodar.

II

Fuiste la luz de mi primer mañana,
Fuiste el objeto de mi amor primero,
El bendecido y mágico lucero
Que alumbró la ilusión de mi niñez.
Y desde entonces sin cesar sentía
Al palpitar mi corazón amante,
Por mi marchito y pálido semblante,
Deslizarse esa lágrima otra vez.

III

En el delirio de mi amor ardiente,
En tu hermosura ó tu candor veía
Del cristiano á la cándida María,
Del musulmán la voluptuosa Hurí.

Y delirante y ciego quise entonces
Arrojarme á tus plantas y adorarte,
Mas sólo pude en mi ansiedad mostrarte
Que rodaba una lágrima por ti.

IV

Pero después tu corazón de ángel
Contra mi pecho palpitó inocente,
Y con su fuego se tiñó tu frente
Del suavísimo velo del pudor.
Y al beber el amor en tu mirada
Y con el fuego de tus labios rojos,
Sentí brotar de mis ardientes ojos
Una quemante lágrima de amor.

V

Todo pasó. Tu nombre solamente
Como un vago recuerdo me ha quedado,
Y el fuego abrasador, casi apagado,
De mi ardiente, extraviada juventud.
Y hoy otra vez al ensayar mis cantos
Vertí al recuerdo de tan bella historia
Una lágrima ardiente á tu memoria
Que humedeció las cuerdas del laúd.

1846.

Á UNA CALAVERA

(DE ANAIS DE SEGALAS)

Esqueleto, ¿qué has hecho de tu alma?
Antorcha, di, ¿tu luz en dónde está?
Lira rota, ¿tu son en dónde se halla,
Que ya muda no te oyen resonar?

Yerto nido olvidado en una rama,
¿Dónde está el ave que calor te dió?
Volcán, ¿qué has hecho de tu ardiente lava?
Esclavo, di, ¿do se halla tu señor?

El alma, reina en medio de su corte,
Tu palacio magnífico habitó.
Su cortejo de luz, de gloria y flores
Tu castillo imperial vistió de amor.

Hoy eres un escombro. El vil lagarto
En vez del alma se aposenta en él;
Y reina en tu castillo, aunque usurpado,
Y ostenta allí su púrpura de rey.

¿Quién eras? ¿Eras una niña rubia,
Alegre, hermosa, tímida y feliz
Y que en la blonda cabellera suya
Más tímida una flor hizo lucir?

¿Eras acaso un gran señor alzado
Por la fortuna, la suprema ley,
Que contempló con júbilo insensato
La multitud que se postró á sus pies?

¿Ó eras un joven lleno de delirio
Que en el ardor de la primera edad
Se enamoraba de unos ojos lindos,
Negros ó azules, que lo hacían temblar?

No se sabe. Los muertos son iguales.
La vida nos ofrece variedad,
Y sus formas son siempre inagotables;
La muerte tiene un molde, nada más.

Despojo repugnante, sucia casa
Que por ruinosa abandonaron ya;
Roto espejo del alma, en donde nada
Sin su dueño se puede reflejar.

El pasajero que lo ve sin nervios,
Sin arterias, sin ojos, sin hablar,
Sin labios y sin carne, tendrá miedo,
Y temblando por él preguntará :

« ¿ Y el hombre en dónde está ? » Mas nada vale
Lo que pueda decir : pues aguardad,
Que vendrá á preguntar algo más tarde :
« ¿ Y el esqueleto ahora en dónde está ? »

¡ Vanidad, vanidad, dolor, miseria...!
Viendo viajeros permanece allí.
Sí, permanece, y sus miserias muestra
Al poderoso, al rico y al *feliz*.

El que así te ha exhibido pensó acaso
Que tus huesos hablaran; pero no...
Ya comprendo que ha escrito con un cráneo,
Y son sus firmas : — « vanidad, dolor ».

Se fué tu alma á la mansión eterna,
De puertas de oro y de camino azul,
Y allí en éxtasis santo te contempla
Desde el palacio de la eterna luz.
Y te mira, y ve al sol en su carrera,
Al firmamento en todo su esplendor,
Y en su mansión magnífica y espléndida
Al mirar á su Dios comprende á Dios.
Mas tú, nada, ceniza y polvo vano,
Aguarda el resonar de última voz...
Recibido el incienso, al incensario
Ya la volvió pedazos tu Señor.

1840.

CANCIÓN

EN BOCA DE UNA MUJER

(DE SCHILLER)

Era el más bello de los hombres todos,
Hermoso como un ángel... Su mirada
Era un rayo del sol que fugitivo
El mar refleja en sus azules aguas.

Sus abrazos... ¡transporte delicioso!
Su corazón mi corazón buscaba
Y á impulsos del amor juntos latían
Y los labios y vida encadenaban.

La noche á nuestros ojos se extendía,
Y dejando vagar nuestras miradas
Perdíanse en su sombra, y á los cielos
Fascinado el espíritu volaba.

¡Oh!... ¡y sus besos!... ¡emoción divina!
Cual dos rayos de luz que se entrelazan,
Cual dos voces de un arpa que se juntan
En confusión armónica y lejana.

Su espíritu y mi espíritu se unían;
Dentro del alma penetraba el alma;
Y las mejillas rojas de deleite
Y los ardientes labios nos temblaban.

¡Él ya no existe!... En vano mis suspiros
Y mis calientes lágrimas le llaman ..
¡Ya no existe!... y los goces de la vida
En gemidos inútiles se exhalan.

1846

LA DESGRACIA

¡Yo te conozco, maga engañadora,
Porque tu imperio hasta mi vida alcanza,
Tú, que empiezas do acaba la esperanza,
Y mueres de la tumba en el dintel!
Con anchos pliegues tu luctuoso velo
Al mundo cubre, ¡maga omnipotente!
Tú tienes un altar en cada frente,
Y cada corazón es tu dosel.

Tú eres, desgracia, el maldecido arcángel
Que con el roce de su negro manto
Hace temblar el corazón de espanto
Del que delira entre ilusión y amor;
El que los sueños de ventura envía
Al infeliz cuyo dolor formaste,
Para decirle al despertar: ¡soñaste!
Y dejarle sumido en su dolor.

Tú eres el genio que invisible vaga
En el salón de crápula y orgía,
El que exalta la necia fantasía
Del tumulto, diciéndole: ¡gozad!
Para mostrarle al que se embriaga, luego
El indefenso pecho de su hermano,
Y con su seca y descarnada mano
Darle un puñal, diciéndole: ¡matad.

Tú eres el genio que al infante vela
Desde que duerme en la inocente cuna,
Para matar solícito una á una
Las ilusiones que al soñar creó.
Compañera del hombre, tú enloqueces
Su pobre corazón con la esperanza,
Y le muestras la dicha en lontananza
Para decirle al acercarse: ¡huyó!

Tú haces correr por los marchitos ojos
De los mortales el copioso llanto;
No hay uno solo que el letal quebranto
No haya sentido como yo sentí.
¿Quién no ha tenido que exhalar quejoso
Algún suspiro del doliente pecho?
¿Por qué rostro feliz correr no has hecho
Arrancada una lágrima por ti?

¡Ay! infeliz del que te encuentra, ¡oh maga!
En el delirio que forjó de amores;
Porque al aliento de las bellas flores
Unes tu aliento de ponzoña y hiel;
Pues te conozco, maga engañadora,
Porque tu imperio hasta mi vida alcanza
Tú naciste do ha muerto mi esperanza,
Y vendrás de mi tumba hasta el dintel.

1847.

POESÍA

(EN BOCA DE UNA MUJER)

I

No alumbra, no, la inspiración sublime
Del rayo ardiente la siniestra luz;
De la tormenta al mugidor estruendo
No vibran, no, las cuerdas del laúd.

Inspira más de la violeta hermosa
El suave aroma no esparcido aún,
Y el blando soplo de la brisa errante
Que el cierzo helado y bramador del sur

Si la mirada lánguida y doliente
Dejo vagar por el espacio azul,
Hiere mis ojos el torrente inmenso
Que arroja el sol de abrasadora luz.

¡Cuánto es mejor en la apacible noche
Mirar lucir la inmensa multitud
De astros brillantes que callados ruedan
Por ese inmenso pabellón de tul!

¡Cuánto es mejor al rayo de la luna
Postrada ver, con tímida virtud,
Á una virgen en éxtasis sumida
Ante la imagen santa de Jesús!

¡Cuánto es mejor en la callada noche
Sentir pulsar las cuerdas del laúd

Por mano diestra de galán mancebo
Rebosante de amor y de inquietud!

Es más hermoso en la mansión de gloria
De Dios al lado el virginal Querub,
Que el arcángel ministro de venganzas
Que tiene asiento en la mansión común.

Yo más te adoro ¡oh Dios omnipotente!
Por mí rogando en la afrentosa cruz,
Que lanzando á Babel el rayo airado
Que en tu justicia fulminaste tú.

II

Doquier que vuelva la vista
Ansiosa en mi rededor,
Extáticos ven mis ojos
Objetos de inspiración.

Si queman á medio día
Los rayos del rojo sol,
De noche vierte la luna
Su suavísimo fulgor.
Si se oye el trueno que asorda
Que en las selvas retumbó,
También lleva el arroyuelo
Sonido murmurador.

Doquiera se halla un contraste
En la vasta creación;
Doquier se halla poesía
En las páginas de Dios.

Empero, á mí me deslumbran
Los rayos del rojo sol,
Y más amo de la luna
El suavísimo fulgor.
Me asusta el trueno que asorda
Que en las selvas retumbó
Y me place del arroyo
El eco murmurador.
Mas dondequiera la vista
Ansiosa vuelva en redor,
Extáticos ven mis ojos
Objetos de inspiración.

III

Yo he sentido en la noche tempestuosa
Del trueno cóncavo la voz sonar,
Y en la tormenta bárbara horrorosa
Del rayo cárdeno la voz vibrar.

Vi la tímida gota de rocío
Mecerse trémula con su estridor;
Y al rebramar del huracán bravío
Plegar sus pétalos la humilde flor.

Yo he mirado rodar el torbellino
En alas rápidas del huracán,
Y señalar su destructor camino
Con hondo estrépito por donde va.

Mas he sentido el agradable aroma
Que arrastra el céfiro de algún jardín,
Cuando el ambiente perfumado toma
Del seno cándido del alelí.

1847.

ÚLTIMO CANTO DE LORD BYRON

EN GRECIA

Es tiempo ya que deje de palpitar mi pecho,
Pues que otros corazones no laten junto á mi...
Empero, aunque no pueda volver á ser amado,
No importa, me es forzoso amar hasta morir.

Mi vida está en su otoño : marchitos por el tiempo
Las flores y los frutos cayeron del amor,
Tan sólo los pesares me quedan todavía...
Me queda ese gusano hambriento y roedor.

El fuego de mi pecho parece en mi agonía
La llama solitaria que sale de un volcán,
Junto á la luz que arroja, ninguna antorcha brilla,
¡Es una moribunda hoguera funeral!

¡Cuidados, esperanzas, exaltación de penas,
Afanes de los celos, transportes del amor,
No puedo ya sentiros, mas llevo las pesadas
Cadenas que enlazaban mi pobre corazón!

Empero, hoy no debiera tener los pensamientos
Que son el patrimonio de ardiente juventud;
No es hoy cuando á los héroes la gloria con sus lauros
Ó ciñe la cabeza ó adorna el ataúd?

¡Despierta! (Mas ¡oh Grecia! ya tú te has despertado)
Despiértate, alma mía, y observa el manantial
De do la sangre viene que corre por mis venas :
¡No puedan ¡ay! mis hechos su origen profanar!

Contempla aquí... la gloria... el campo de batalla...
La espada... la bandera... la Grecia mira, en fin;
Jamás el espartano que llevan en su escudo
Más libre se creyera, ya próximo á morir...

Es tiempo ya que á estas pasiones miserables
Indignas de asaltarme las huelle con el pie :
Desde hoy deberán serme de amor y de belleza
Extrañas las sonrisas, lo mismo que el desdén.

Si lloras, ¿ por qué vives...? He aquí donde la muerte
Te puede ser gloriosa... Estás en la región
Que lidia por ser libre... ¡ oh, Byron, al combate !
¡ Y dile á la existencia tu postrimer adiós !

Y busca en el combate lo que jamás se busca,
La tumba del guerrero, que es fácil encontrar.
Para probar tu eterno reposo en el sepulcro
En la oprimida Grecia escoge tu lugar.

1847.

CUARTETOS

(IMPROVISADOS EN DIVERSAS ÉPOCAS)

Una cesta de flores primorosas,
Sobre la puerta de Justina vi;
Si es que quiere tener flores hermosas,
¿Por qué no pone su retrato allí?

—

De esa mujer en los hermosos ojos
Un universo de placer chispea,
Palidecen del sol los rayos rojos
Y vacila la luz si pestañea.

—

¿Por qué tu frente siempre tan serena
Sobre tu mano se reclina así?
¡Oh! cambiemos mi dicha por tu pena,
Alza la frente y mírame sufrir.

—

Yo tengo una alma de placer sedienta
Que sólo del pasado vive ya:
Como ya la esperanza no alimenta
Mi dicha sólo en el recuerdo está.

LA LÁGRIMA

(TRADUCCIÓN DE BYRON)

Cuando el amor ó la amistad debieran
Á la ternura despertar el alma,
Y ésta debiera aparecer sincera
En la mirada,
Podrían los labios engañar fingiendo
Una sonrisa seductora y falsa;
Pero la prueba de emoción se muestra
En una lágrima.

Una sonrisa puede ser á veces
Un artificio que el temor disfraza,
Con ella puede revestirse el odio
Que nos engaña;
Mas yo prefiero para mí un suspiro
Cuando los ojos, expresión del alma,
Por un momento miro oscurecerse
Con una lágrima;

El hombre surca el ignorado océano
Con el soplo del viento que le arrastra
En medio de las olas bramadoras
Que se levantan;
Se inclina... y ve las ondas procelosas
Que amenazantes á su nave avanzan,
Mira el abismo... y á sus aguas turbias
Mezcla una lágrima.

En la carrera de la noble gloria
El valeroso capitán se afana
Por ganar con su muerte una corona
En las batallas;
Pero levanta al que postró en el suelo,
Y sus heridas compasivo baña
Una por una, en el sangriento campo,
Con una lágrima.

Y cuando vuelve henchido de ese orgullo
Que hace latir el pecho que avasalla,
Cuando teñida en enemiga sangre
Cuelga su espada,
Se recompensan todas sus fatigas
Al abrazar á su consorte amada
Y al darle un beso en sus mejillas, húmedas
Con una lágrima.

Dulce mansión de mi niñez perdida
Do la franqueza y la amistad gozaba,
Donde en medio de amor vi deslizarse
Las horas rápidas.
Yo te dejé con hondo sentimiento,
Volví hacia ti mis últimas miradas
Y apenas pude percibir tus torres
Tras una lágrima.

Aunque no pueda repetir como antes
Mi juramento á mi María cara,
Á la que fuera para mí otro tiempo
Fuego del alma;

Tengo presentes los felices días
En que, niños aún, tanto me amaba,
Cuando ella contestaba á mis promesas
Con una lágrima.

¿En otros brazos puede ser dichosa?
¿Tiene el recuerdo de su edad pasada...?
Mi corazón respetará ese nombre
Que tanto amaba.
Con un suspiro renuncié á la dicha
Que en ella sola para mí soñaba,
Y dije adiós á mi esperanza loca
Con una lágrima.

Cuando al imperio de la eterna noche
Tome su vuelo para siempre mi alma,
Cuando mi cuerpo exánime repose
Bajo una lápida,
Si por ventura os acercáis un día
Donde mi triste sepultura se halla,
Humedeced siquiera mis cenizas
Con una lágrima.

Yo no apetezco mármol... monumento
Que á la ambición la vanidad levanta;
Manto suntuoso con que el necio orgullo
Cubre su nada.
No darán sus emblemas á mi nombre
El falso orgullo ni la gloria vana,
Lo que yo quiero, lo que pido sólo,
Es una lágrima.

1848.

CANCIÓN

Brille, cual brilla el resplandor del día
Dorando la mañana,
Tu sonrisa de amor y de alegría
Sobre tus labios de carmín, Juliana,
Juliana mía.

Que es tu risa
La precisa
Blanda brisa
Que disipa la nube de dolor
Que produce,
Ángel mío,
El desvío
De tu amor.

—

Vi rodar por tu frente tus cabellos
En rizos perfumados ;
Vi los hoyuelos que se marcan bellos
En tus mejillas, por amor formados,
Y amor vi en ellos.

Y he mirado
Que grabado
Te ha dejado
El tacto de sus dedos el Señor.

Tus hoyuelos
Son el nido
Do escondido
Vive amor

—

El sueño de la muerte aborrecida
¡Cuán dulce me sería,
Si pudiera mi frente adolorida
Reclinar en tu seno, vida mía!
¡Luz de mi vida!

Que eres bella
Cual la estrella
Que destella
Del cielo en el azul vago confín.
Y en ti miro
Pura rosa
Ruborosa
Entreabrir.

1849.

Á MEDELLÍN

DESDE EL ALTO DE SANTA-HELENA

I

Allí está Medellín, la hermosa villa,
Muellemente tendida en la llanura
Cual una amante, tímida hermosura
Reclinada en el tálamo nupcial.
Allí está Medellín : su sol ardiente
La hace ostentar su gala y sus primores,
Y la da los fantásticos colores
Del magnífico Edén del oriental.

Ciñe su talle esbelto su ancho río
Cual cinturón de perlas y de plata,
Y en su onda limpia la beldad retrata
Y allí su imagen sonreída ve.
Murmura el río enamoradas voces
Para adormir á su coqueta reina,
Y ella en sus aguas sus cabellos peina
Y moja en ellas el desnudo pie.

Cual reina joven del pomposo valle
Que de su trono en derredor se extiende,
Cuanto su vista en la extensión comprende
Domina con su vista en la extensión.
Los ojos gozan y los labios callan
Al aspecto de tanta maravilla,
Y el caminante al contemplar la villa
Le tributa su ardiente admiración.

II

Mirad á Medellín, cuál reverbera
Con los rayos del sol en el cenit;
Cual mirada al través de una ancha hoguera,
Partículas de luz hierven allí.
Es el hermoso, trémulo paisaje
Que tiembla al beso de su ardiente sol,
Levemente encubierto en el celaje
Que en la llanura levantó el vapor.
Así se miran al través del sueño
Mundos de claridad, campos de luz,
Cuando de amor el porvenir risueño
Fascina la fogosa juventud.

III

Quédate, adiós, ¡oh Medellín! Tus galas,
Tu cielo azul, tu mágico paisaje,
El tiempo nunca, destructor, ultraje
Ni el hombre insulte, ni entristezca el mal;
Y hállente siempre mis amigos ojos
Muellemente tendida en la llanura,
Cual una amante, tímida hermosura
Reclinada en el tálamo nupcial

1850.

Á M. F.

EN SU CUMPLEAÑOS

¡Oh! ¡si pudiera imitar
Al cantar tu cumpleaños
De las fuentes el murmullo
Y de las aves el canto!
¡Oh! ¡si pudiera encontrar
Notas divinas mi labio;
Ó divinas melodías
En mi cítara mi mano!
Si el cielo me diera luces
Y flores los verdes campos,
Para adornar tu belleza,
Para pintar tu recato;
¡Con cuánto placer entonces
Alzara un canto mi labio
Y qué guirnalda tan linda
Ciñera en tu frente ufano!
Pero ¡ay de mí! ni una flor
De ti digna encuentro al paso,
Pues sólo penas descubro
Donde otros dichas hallaron,
Y mal se aviene por cierto
Con mi dolor y mi llanto
Ver tu inocente alegría
Porque cumples catorce años.

Un cumpleaños debiera
Ser lamentado con llanto

Más bien que con regocijo
Y sonrisas celebrado,
Pues cada año se lleva
Una ilusión, un encanto,
Y sólo tristes recuerdos
Dejan los años pasados.
Un año más, es decir,
Un año más descontado
Del número de los días
Que nos están reservados;
Un año menos de vida,
Un año más de trabajos,
Mil esperanzas deshechas
Y mil recuerdos amargos.
Si los años venideros
Nos parecen siempre gratos,
Es por los recuerdos tristes
Que dejan los que pasaron
Y porque el día presente
Sólo ofrece desengaños.
Esperamos del futuro
Algún alivio, algún cambio,
Pero ese futuro llega
Sin el consuelo esperado.
¡Y tú en tanto... satisfecha
Porque cumples catorce años!

Tú, que te alejas ahora
De la infancia y sus halagos;
Tú, que con ojos de niña
El mundo aun no has divisado,
Cegada por las quimeras

Que en nuestra niñez formamos;
Tú, que has visto de la vida
Sólo el albor sonrosado,
Y envuelta en los oropeles
Que prestan los pocos años
No has formado en tu cabeza
Sino sueños encantados,
Vas pronto á entrar en el mundo
Con la sonrisa en los labios,
Con el rubor en la frente
Y el corazón en las manos;
Y no comprendes aún
Que del mundo los halagos
Manchan la frente y nos dejan
El corazón en pedazos,
Disipados esos sueños,
Trocada esa risa en llanto.
No sabes lo que abandonas
Dejando el tiempo pasado,
¡Y te muestras satisfecha
Porque cumples catorce años!

Anhelas el porvenir,
Y él te tiene preparados
Largos días de amargura,
Años tal vez de quebranto...
¿Lo dudas? Guarda estos versos
Y déjalos olvidados,
Como una cosa perdida,
Siquiera por cuatro años.
Vuelve entonces á leerlos,
Cumplido tan corto plazo,

Y verás cómo tus ojos
Anubla entonces el llanto;
Y de aquí allá, cuántas veces
Habrá su raudal amargo
Empapado esas mejillas
Que hoy sonríen sin descanso.
¡Cuántos objetos queridos
Tendrás de menos al lado!
¡Cuántas muertas ilusiones!
¡Cuántos perdidos encantos!
Y quiera el cielo que entonces
Tu corazón desgarrado
No haya sentido de amor
Los destructivos halagos.
Lee mi cuelga, y tributa
Un recuerdo á tu pasado,
Y una lágrima siquiera
Á tu ya difunto hermano;
Y entonces te asombrará,
Mis palabras repasando,
Que hoy estés tan satisfecha
Porque cumples catorce años.

185

MI DULCE SOLEDAD

(CANCIÓN)

No más esos placeres
De la agitada vida
Que alegre y fementida
Nos da la sociedad.
Aquí vivir prefiero,
Do mi dolor mitiga
La soledad amiga,
Mi dulce soledad.

¿El mundo qué me ha dado?
Dolor en son de amores,
Espinas y no flores,
Cansancio y ansiedad.
Consuelos y esperanzas
El porvenir me veda,
Y sólo ya me queda
Mi dulce soledad.

Mis bellas ilusiones
Los años marchitaron,
Volaron, ¡ay! volaron
Mi amor y mi amistad.
Pasaron como el humo
Mi paz y mi alegría,
Mas queda todavía
Mi dulce soledad.

Y yo guardo un recuerdo
De amor y de dulzura
Que hizo la ventura
De mi primera edad;
Y es hoy memoria triste
De aquel amor pasado,
Que tú no has agotado,
Mi dulce soledad.

El canto de las aves,
El curso de la fuente,
El trueno del torrente,
Su pompa y majestad,
Son voces misteriosas
Que entre la selva crecen,
Que encantan y embellecen
Mi dulce soledad.

Los gritos del tumulto,
Los brindis de la orgía,
Lamentos de agonía
Conmueven la ciudad.
Aquí te rinden sólo
Magnífico concierto
Los ecos del desierto,
Mi dulce soledad.

Bendita para siempre
Mi soledad tranquila,
Donde jamás se asila
Del hombre la maldad.

Aquí morir prefiero,
Do mi dolor mitiga
La soledad amiga,
Mi dulce soledad.

Cuando una cruz humilde
Presida mi reposo,
Emblema misterioso
De paz y de verdad,
Al borde de mi tumba
Será mi único amigo,
Y partirá conmigo
Mi dulce soledad. *

* Entre los manuscritos que dejó Gutiérrez González se halló esta canción, con correcciones, todo de su letra. Por esto suponemos que es suya. LL. EE.

Á UN RECIÉN NACIDO

¿Á qué viniste al mundo de las lágrimas
Ser inocente, inofensivo, ideal?
¿Ignoras que el dolor empaña ¡mísero!
Las aguas de ese límpido cristal?

¿Sabes qué es el mundo? Un negro piélago
Do al fin sucumbe quien navega en él,
Como sucumbe entre las ondas pérfidas
Juguete de las olas el bajel.

Grato me fuera si te viera espléndido
Alzar tu vuelo á la mansión de Dios,
Ántes que empieces á apurar el tósigo
Del desengaño, de la vida en pos.

¿Has visto acaso á la violeta tímida
Mostrar sus galas al primer albor,
Luego en la tarde replegar sus pétalos
Herida por el astro brillador?

Así del hombre los ensueños plácidos
Envueltos siempre en el dolor están;
¡Ah! ¡que los goces de la vida rápidos
Riendo vienen y muriendo van!

Si acaso llega la fortuna pródiga
Alguna vez á coronar tu sien,
Recuerda que este don es siempre efímero,
Y eterna la virtud, único bien. *

* Con desconfianza incluímos estos versos, publicados por *Los Ecos del Ruiz* de Manizales en 1881, con las iniciales G. G. G. No se hallan entre los manuscritos de Gutiérrez.

L.L. G.G.

UN PASEO EN ABEJORRAL

Su mano diestra en mi mano,
Mi siniestra en su cintura,
Su brazo izquierdo á mi cuello,
Triste yo, llorosa Julia,
Largo rato caminamos
Sobre la grama menuda
Siempre limpia y siempre verde
Que la población circunda.
— Vamos allí, al cimenterio,
Dijo mostrando en la altura
Paredes que blanqueaban
Entre la niebla confusas.
— Está muy lejos. — No importa.
— Te hará daño. — Con tu ayuda
Y apoyándome en tu brazo
No hay senda larga ninguna.
— Vamos; pero... al cimenterio...
No puede ser. — ¿Por qué dudas?
Es que quiero dirigirme
Á donde se halla la tumba
Donde descansan los restos
De nuestra hija. — Ninguna
Señal mandé que pusiesen
En su humilde sepultura.
Quiero olvidar los pesares
Si me olvida la ventura.

¿Para qué tener presentes
Fechas, nombres, sepulturas
Que al amargor de la vida
Su amargor cáustico juntan?
¿Para qué dejar señales
Que nuestras penas anuncian,
Si éstas su sello de plomo
Grabando van una á una?
El corazón y la frente
Son buenos testigos, Julia,
Pues llevan talladas siempre
Heridas él y ella arrugas.
Cabellos en relicarios,
Ceniza guardada en urnas,
Cruces en los cimenterios,
Son vanidades, locura.
— No me digas esas cosas;
Vamos andando, y procura
Tener presente su imagen,
Y aquella suprema angustia
De la niña que al ser ángel
Nos dejó; no olvides nunca
Sus bellos ojos, tan bellos,
Que alivio en su madre buscan,
Y que no encontrando alivio,
En sus órbitas se ocultan;
Ni su quejido doliente,
Ni las manitas que cruza
Cayendo desfallecidas,
Sin hallar fuerza ninguna;
Ni su aliento que se apaga,
Ni su estertor. — Oye, Julia:

Yo he mentido al decir que no se puso
Una señal para fijar mejor
Los restos dc la niña que al ser ángel
Sobre la tierra nos dejó á los dos.

¿ Ves un ciprés que empieza á levantarse
Allí, en ese recinto funeral ?
Ése marca el sepulcro en donde se halla
Esa hija que vienes á buscar.

¿ No temes tú manosear los filos
Que te ofrece, acerados, el dolor ?
Gastarlos puedes ó romper con ellos
Las manos, y después el corazón.

Yo no quiero que á una ave casi implume
Corten alas si un vuelo no ensayó :
¿ Por qué, ya que la arrojan á la vida,
No la dejan gozar aire mejor ?

Á esa tumba yo diera el alma mía
Y la sangre mejor del corazón
Si el polvo que ella guarda se animara,
Si reviviera la marchita flor.

Quisiera que un escudo impenetrable
Se interpusiera entre el dolor y yo...
Mas si quieres sufrir, sufre y... te aguardo ;
Aquel es el ciprés ; yo allá no voy.

—¡ Oh ! yo tampoco iré, mas no blasfemes
Es preciso tener resignación,
Que el dolor que sufrimos en la tierra
En su bondad lo santifica Dios.

Haz como yo, inclina la cabeza
Y dobla la rodilla como yo,
Y repite en el fondo de tu alma:
Bendito y alabado sea el Señor.

1853.

Á TOMÁS M. FLÓREZ

EN SU TUMBA

Permite, amigo, que en lugar de lágrimas,
Que á mis ojos ya nunca volverán,
Mi nombre escriba en tu modesta lápida
Como un triste tributo de amistad.

Es una ofrenda sin valor, sin mérito,
Que sólo puedes apreciarla tú,
Si es que de Dios al pie del trono espléndido
Tus ojos miran á la tierra aún.

Aunque haya sido tu existencia efímera,
Tu mano, pronta para hacer el bien,
Pudo en el pueblo derramar solícita
La fecunda semilla del saber.

Mas de la vida en la pendiente rápida
Comenzada dejaste tu labor :
¡Por eso dejas en los ojos lágrimas,
Por eso duelo tras de ti quedó!

La muerte en tanto viste tú con júbilo
Acercarse á tu lecho de dolor,
Y en lo alto abiertas para ti por último
Las puertas que conducen hacia Dios.

¡Bello es morir cuando del vicio el hálito
Nuestra conciencia no manchó jamás,
Cuando podemos, pura y sin obstáculo,
Orgullosa la frente levantar!

¡Bello es morir en el dichoso término
En que, joven, palpita el corazón,
Sin aguardar á que gastado, escéptico,
Se sienta ya sin ilusión ni amor!

Las ilusiones y los sueños mágicos
Que hay de la vida en el primer albor,
Dan una luz cuyo fulgor fantástico
Del sepulcro ilumina la región.

Y en la vejez... cuando los pies inútiles
Resbalan al pisar el ataúd,
Sólo habrá que ilumine el cuadro fúnebre
De cuatro cirios la dudosa luz.

Tú no bajaste á tu sepulcro frígido
Á descansar eternamente en él,
Sino á dejar ese vestido efímero
Que la tierra, prestado, te dió ayer.

Y libre al fin de la cadena incómoda
Que tu cuello á la tierra sujetó,
Atravesaste por la estrecha bóveda,
Cual por arco de triunfo á otra región.

Y en la mansión do gozarás sin término,
Sólo me atrevo á demandarte yo
Una mirada hacia el amigo férvido
Que tu mano en las suyas estrechó.

Pero permite que en lugar de lágrimas,
Que ya á mis ojos no vendrán jamás,
Mi nombre escriba en tu modesta lápida
Como un débil recuerdo de amistad

1853.

CARTA DE DON RODRIGO

(FRAGMENTO DE UNA LEYENDA INÉDITA TITULADA «EL SOMBRERÓN»)

Desesperado entonces don Rodrigo
Viendo á Clara perdida para él,
No puede hallar un corazón que abrigo
Al corazón en su tortura dé.

Mil proyectos siniestros de venganza
Revuelve sin cesar contra Monroy;
Teme, duda, vacila, y nada alcanza
Á calmar su mortal agitación.

Vuelve en Clara á pensar, y en su despecho
Cree que la odia, y que la olvida cree;
Quiere arrancar aquel amor del pecho,
Aunque se arranque el corazón con él.

¡Siempre en ella pensando...! y aunque herido
Se dirige hacia Clara el corazón.
Luchar con el amor es ser vencido;
Don Rodrigo en la lucha sucumbió.

Y dejóse arrastrar por la pendiente
Vertiginosa que le llama á sí,
Marcha veloz que tiene solamente
En el delito ó la locura fin.

Y entonces ciego, loco, delirante,
Volvió con ansia á su primer amor;
Más extraviado cuanto más amante
De las leyes sociales blasfemó.

Y no pudiendo contener el vuelo
De su pasión, se le rindió por fin,
Y á Clara, para él supremo anhelo,
Una carta escribió que dice así :

« Eres, mujer, como el vedado fruto
Que en el Edén ambicionaba Adán;
Es mi amor para ti como el tributo
Que se coloca en el ajeno altar.

¿Por qué si el cielo pródigo ha querido
Que á tantos puedas inspirar amor,
El mundo avaro, imbécil, ha exigido.
Que á uno solo des tu corazón?

¿Por qué el mundo egoísta llama vicio
Sus cadenas injustas quebrantar?
¿Por qué llama virtud al sacrificio
Que le rinde al deber la voluntad?

¿Por qué los hombres, necios, inventaron
Lo que llama *deber* la sociedad?
¿Por qué cadenas para sí forjaron
Que no podrán su corazón atar?

Mas ¿qué importa que existan esos lazos,
Si tú me quieres consagrar tu amor?
Romperé tal cadena en mil pedazos
Si no alcanza á apresar tu corazón.

Me es preciso tu amor. Yo necesito
Que aunque sea un crimen, lo cometas tú.
Quiero que me ames, que aunque sea un delito
Yo haré que el mundo diga que es virtud.

Pero en secreto yo tu amor no quiero,
Quiero á todos mostrar que soy feliz :
¿Qué nos importa lo que el mundo entero
De tu amor y mi amor pueda decir?

Dime que me amas, y ¡ay! del que pretenda
Que otros derechos sobre ti alcanzó.
Teniendo yo tu corazón en prenda,
¿Habrá quién muestre título mejor?

Al que en tus brazos tan feliz ha sido
Yo no le puedo perdonar tu amor.
Yo no puedo olvidar que haya latido
Por otro corazón tu corazón.

Pero te amo hasta en ajenos brazos,
Es para ti desde hoy mi porvenir...
Mi corazón arrancaré á pedazos
Si alguna pulsación no es para ti...

¡Oh! ¡qué no hiciera yo por agradarte!
¡Todo lo hiciera por amor á ti...
Sí, todo, todo, menos olvidarte,
Ni un solo instante sin tu amor vivir... !

Ordena lo que quieras. Me transporta
El ir á obedecerte. Haz la señal...
¿Una virtud...? ¿Un crimen...? ¡Nada importa!
De todo soy capaz. ¡Puedes mandar!

Mas no les pidas á mis labios risas,
Señales cariñosas no darán;
Yo no comprendo, amando, las sonrisas,
Porque yo amando sólo sé temblar.

Tu sonrisa no quiero. Temblorosa
Quiero mirarte, pálida ante mí...
Es bella tu sonrisa cariñosa,
Mas no quiero mirarte sonreir...

Dime que me amas y verás que brota
La ternura del alma para ti.
Mis cantos te daré nota por nota
Y haciéndote inmortal seré feliz.

Yo te alzaré donde jamás un hombre
Á ninguna mujer pudo elevar;
Siento que puedo eternizar tu nombre;
Que el canto de mi amor te hará inmortal. »

1854.

EN EL ÁLBUM

DE LA SEÑORITA VIRGINIA AMADOR

I

Era una tarde... Al pie de tus ventanas
Y al través de la espesa celosía,
Llegó á mí cual torrente de armonía
El eco de una voz angelical...
Y era bello ese canto como es bello
El lejano murmullo de la fuente;
Como el vago susurro del ambiente,
Como el canto expresivo del turpial.

II

Supe tu nombre, y supe que era tuyo
Ese acento flexible y amoroso;
Mas no pude mirar tu rostro hermoso,
Tu noble porte, tu ademán gentil.
Pues sólo oí tu voz encantadora
Unida al eco del sonoro piano,
Al recorrer tu ejercitada mano
Su teclado de ébano y marfil.

III

Un año se pasó... y hora tras hora
El recuerdo constante de tu canto,
De un vago, dulce, indefinible encanto,
Mi ya gastado corazón cubrió...

Te he mirado por fin... y la inocencia,
Que brilla en torno de tu hermosa frente
De admiración y de entusiasmo ardiente
Mi ya gastado corazón llenó.

IV

Entonces quise de mi pobre lira
Arrancar un sonido... ¡Pero en vano!
Que el recio aplauso de mi torpe mano
Nunca á tus plantas osará subir.
¿Qué ofrenda digna de ocupar sería
En tu elogio, esta página preciosa?
Si eres pura y feliz, si eres hermosa,
¿Qué te puedo ofrecer...? ¿qué he de decir...?

V

Pobre de ingenio y falto de esperanzas
Ya considero mi único tesoro
¡Triste de mí, las ilusiones de oro
Que forjara mi cándida niñez...!
¡Oh! ¡y si pudiera convertir en rosas
Ese tesoro de mi edad perdida
Lo arrojara en la senda de tu vida
Para alfombra y descanso de tus pies!

1855.

EN EL ÁLBUM

DE LA SEÑORITA MARÍA JOSEFA ARGÁEZ

Si he perdido, señora, el dulce encanto
De los años primeros de ilusión,
¿Qué te puedo ofrecer en mi quebranto?
Ya que no puedo consagrarte un canto,
Recibe mi sincera admiración.

¡Ya no puedo cantar...! Escucha; un día
La corriente siguiendo al Medellín,
Pobre niño, inocente todavía,
Halléme en medio de arboleda umbría
Que encerraba en su círculo un jardín.

En el jardín entré : la fresca rosa
Sobre su tallo se elevaba allí;
Y la violeta tímida y hermosa
Inclinaba su frente ruborosa
Á la sombra del nardo y del jazmín.

Y mil flores y mil que allí se abrían
Al rayo oblicuo del naciente sol,
Blandamente en sus tallos se mecían;
Y sus dulces aromas esparcían
Al soplo del ambiente juguetón.

Y allí un arroyo limpio serpeando
Arrastraba sus ondas con rumor,
Ora la hierba de agua salpicando,
Ora en su orilla retozón besando
La descuidada y aromosa flor.

Y mil aves allí, rico tesoro
Que por los aires derramó el Señor,
Daban al viento en delicioso coro
El tornasol de su plumaje de oro
Y el dulce canto de su dulce amor.

Y el susurro del aura entre las flores,
Del arroyo el constante murmurar,
Del jardín el perfume y los colores,
Y el cantar de las aves sus amores,
¡Cuánto me hicieron con placer gozar!

—

Mas los años pasaron, y hoy al verte
Quise entonar un himno á tu beldad,
Quise un canto magnífico ofrecerte,
Un canto que librara de la muerte
Tu memoria, mi nombre y mi amistad.

Y quise que mi voz su voz robara
Á las aves dulcísimas que oí;
Que del arroyo el murmurar copiara
Y el susurro del céfiro imitara
Cuando juega en las flores del pensil.

Al punto mismo dirigíme ansioso,
La corriente siguiendo al Medellín,
El pecho ardiente rebosando en gozo,
Á buscar el paraje delicioso
Donde otro tiempo descubrí el jardín.

Empero, en vano le busqué : mis ojos
Sólo hallaron inmensa soledad,
Sólo quedaban del jardín despojos,
Y en lugar de las flores hallé abrojos
En el ancho y estéril arenal.

Mis esperanzas al mirar perdidas,
De mis manos la lira se escapó;
Sus tristes cuerdas por el llanto heridas
Parecían decirme entristecidas
Con moribundo y destemplado son :

« Si ya ha pasado para ti el encanto
De los años primeros de ilusión,
¿ Qué darás á una bella en su quebranto ?
Ya que no puedes consagrarle un canto,
¡ Ofrécela tu humilde admiracion ! »

1856.

EN EL ÁLBUM

DE LA SEÑORITA DOLORES ARGÁEZ

I

¡Bien venida, Dolores, á la tierra
Que has elegido para ser tu patria!
¡Que ella te pague en abundante dicha
Lo que le das en hermosura y gracia!

¡Flor extranjera, del nativo suelo
Á otro suelo distante trasplantada!
¡Errante golondrina, que otro nido
Vas á buscar en extranjeras playas!

¡Que en tu nuevo jardín, flor deliciosa,
Te acaricien sin fin tranquilas auras!
¡Que tu nueva arboleda, ave inocente,
Te brinde sombra entre sus verdes ramas!

¡Sea este suelo para ti tan dulce,
Como es dulce la luz de tu mirada!
¡Bien venida, Dolores, á la tierra
Que has elegido para ser tu patria!

II

Es verdad que este suelo no lo alfombran
Para ti los recuerdos de la infancia,
Es verdad que has dejado allí, á lo lejos
Dulces afectos y memorias gratas;

Pero el risueño porvenir, de flores
Aquí el camino cubrirá en tu marcha,
Y no importa un recuerdo cuyas sombras
Disipa con su luz nueva esperanza.

Esas memorias de la edad primera
Son siempre bellas porque están lejanas,
Y sus recuerdos nos parecen dulces
Porque los vemos al través de lágrimas.

Mas para ti ¿qué importa lo pasado,
Si tanta dicha el porvenir te guarda?
¡Bien venida, Dolores, á la tierra
Que has elegido para ser tu patria!

III

Tú, llena de candor y de inocencia,
Á las bellezas de la nueva patria
El encanto darás de tu hermosura
Y el atractivo de tu inmensa gracia.

Y adoradores á tus pies rendidos
Encontrarás por donde quier que vayas;
¡Y plegue al cielo que feliz encuentres
Una alma noble que refleje tu alma!

¡Que admire Medellín la nueva estrella
Que su cielo bellísimo engalana!
¡Que coloque otra flor entre las flores
Que forman su magnífica guirnalda!

¡Que halles tu porvenir dulce y risueño
Como es dulce y risueña tu esperanza!
¡Oh! ¡bendita, Dolores, esta tierra
Que has elegido para ser tu patria!

1856.

CANCIÓN

(DE VÍCTOR HUGO)

¿De qué sirve que las aves
Entonen dulce canción,
Cuando las aves más tiernas
Sólo cantan con tu voz?

¿Qué importa que entre los cielos
Oculte sus astros Dios,
Si la estrella más brillante
Brilla en tus ojos mejor?

¿Qué importa que abril renueve
Su jardín de flor en flor,
Cuando la flor más hermosa
Germina en tu corazón?

Y esa voz encantadora,
Esa estrella y esa flor,
Tus ojos, tu voz, tu alma,
Es lo que llaman Amor.

1856.

EN UN ÁLBUM

Para cantar tu gracia y tu hermosura
Necesito tener inspiración;
Pero ¿qué inspiración puede venirme,
Si estoy agonizando de calor...?

Ni siquiera me atrevo el bello libro
Á conservar entre mis manos yo,
Porque temo dejar entre sus hojas
Lágrimas, no de llanto, de sudor.

¡Oh, qué calor! Por las hinchadas venas
La sangre ardiente rueda en borbotón,
Y al violento latir de las arterias
Tiembla la hamaca en que desnudo estoy.

¡Oh, qué calor! Los húmedos cabellos
El sudor á mis sienes adhirió;
Por cada poro de mi cuerpo brota
De sudor un torrente. ¡Ohooof! ¡qué calor!

Anhelo el aire, pero el aire es fuego,
Que en vez de refrescar, quema el pulmón:
¡Un poco de aire, por piedad! ¡me ahogo!
¡Ohooof! ¡qué horrible calor, Juana, por Dios!

¡Miente quien diga que David hiciera
Un solo salmo en la ciudad de Sión!
Ó está Jerusalén en tierra fría,
Ó no fué allí donde David cantó.

¿Cómo he de alzar en alabanza tuya
En este clima mi agitada voz?
La boca abierta, la garganta seca
No pueden modular una canción.

No hay siquiera un murmullo delicado,
Dulce acento ni plácido rumor,
Que se pueda escuchar en este suelo,
Digno de ti, para imitarlo yo.

Sólo se oye bramar el Magdalena
En su *salto* infernal y atronador,
De los *pericos* el chillar salvaje
De las *chicharras* la incansable voz.

Del Magdalena en la tostada playa
Yo no puedo ofrecerte ni una flor;
Que si naciera en la caliente arena,
Al punto mismo la quemara el sol.

Bien quisiera cantar... pero no puedo:
Recibe la sincera estimación
Que te profeso, Juana, y que del pecho
No logrará borrar ni este calor

Honda, 8 de julio de 1857

AL SEÑOR AQUILES DE MALAVASI

En la apacible tarde mil veces he sentido
Rodando entre las flores, la fuente murmurar;
La queja lastimera y el canto adolorido
De tórtola que busca su ya deshecho nido,
Su amante compañera, que muerta juzga ya;

He oído entre las sombras de noche silenciosa
La voz incomprensible de incomprensible ser,
Que en medio de las selvas se eleva misteriosa;
Y el lúgubre susurro del aura vagarosa
Que juega entre las hojas llorosas del ciprés

Empero, de tu flauta dulcísima el sonido,
No imita de las fuentes el lánguido rumor,
Ni el canto de las aves, ni el místico rüido
Que se oye entre los bosques fantástico y perdido,
Ni el eco de las brisas entre el ciprés llorón.

Á nada se parece su acento indefinible,
No copia otro ruido, no imita ningún son,
En todo lo que existe jamás fuera posible
Hallar la voz tan tierna, tan dulce, tan flexible
Que á tu instrumento enseña tan inefable voz.

La red de una armonía desconocida y nueva
Que enlaza el infinito al hombre, enseñas tú,
Que el arte, en el delirio que audaz su genio lleva,
Moderno Prometeo, parece que se eleva
Y arranca de los cielos inspiración y luz.

El arte vaticina. El genio del artista
No imita lo creado, se siente creador;
Se lanza al infinito, donde lanzó su vista...
Y vuelve hacia la tierra y anuncia una conquista,
Cargado con los dones del mundo que soñó.

Por eso tu ágil flauta despierta el sentimiento
Que duerme entre las fibras de todo corazón;
Por eso no remeda su misterioso acento
Lo dulce de la dicha, lo amargo del tormento,
La voz de la alegría, los ayes del dolor:

Oyéndote parece que oyéramos, lejano,
De alguna pena vaga pronóstico infeliz;
Por eso cuando te oigo reprimo el llanto en vano
Que brota de mis ojos, y tímida mi mano
Enjuga mis mejillas y no puede aplaudir.

1857.

Á VIRGINIA

EN EL TEATRO, LA NOCHE DE LA REPRESENTACIÓN DE « LUCRECIA BORGIA »

Te he vuelto á ver, mas no como algún día
El recinto llenando de un salón
Con los dulces acentos de armonía
Al resonar de tu divina voz.

Era de noche... En frente al escenario
Entre bellezas mil brillabas tú,
Como luce el yarumo solitario
De la colina en el lejano azul.

Extasiados mis ojos te veían,
Atentos siempre á tu ademán menor...
Y á mi memoria sin cesar venían
Los recuerdos de un tiempo que pasó...

Mas los acentos hasta mí llegaron
Del sublime proscrito de Jersey,
Que al evocar los tiempos que pasaron
Nos hace á su recuerdo estremecer.

Mi pobre corazón puso en tortura
Con su « Lucrecia » el inmortal cantor...
Y llenando sus fibras de amargura,
Una por una con placer rompió.

Y sin fuerza, cansado y abatido
Sentí en el pecho el corazón latir,
Y buscando un descanso, entristecido,
Se volvieron mis ojos hacia ti...

Y fuiste para mí como la sombra
Al ave fatigada por el sol;
Como la dócil y mullida alfombra
Al débil pie que el arenal llagó.

1857.

EN EL ÁLBUM

DE LA SEÑORITA PAULINA GRANADOS

¿Para qué te sirve el álbum?
¿Para qué sirve ese libro?
¿Para que en él los poetas
Ensalcen tus atractivos?
No, pues tú sabes que tienes
Ojos traviesos, ladinos,
Que juguetones ofrecen
Lo que no cumplen esquivos;
Que tienes boca hechicera,
Talle flexible y divino;
Garganta y pecho que sirven
De disculpa al atrevido.
Que bajo tanta belleza
Encierras tanto atractivo;
Que tu graciosa inquietud,
Tu aire burlón y maligno,
Tu sonrisa ó tus desdenes,
Tu gesto amable ó altivo
Te hacen un ser adorable,
Pero un ser indefinido,
Que da temor ó esperanza,
Mas siempre infunde cariño;
Mas tú lo sabes mejor
Que los que pueden decirlo,
Y eso se ve en el espejo
Y no en las hojas de un libro.

¿Será para que en sus hojas
Depositen tus amigos

Con su firma y su recuerdo
La ofrenda de su cariño?
Sólo la falsa amistad,
Sólo el afecto mentido
Necesitan dar recuerdos
Que duren más que ellos mismos.
¿De qué te sirven las firmas
Que dejan falsos amigos,
Más por honrar su memoria
Que por mostrarse sumisos?
Y cuando pase á recuerdo
Lo que te dejen escrito,
Es porque ya su amistad
Del corazón se ha extinguido.
Profanos aduladores
Que al santuario admitidos,
En el altar de la diosa
Colocan dones indignos;
Que la amistad verdadera,
El verdadero cariño,
Se guarda en los corazones
Y no en las hojas de un libro.

¿Esperarás que el amor
Entone ardorosos himnos
En estas hojas, pintando
Sus éxtasis, sus delirios?
No, que el amor verdadero
Jamás publica atrevido
Lo que ha nacido en silencio,
Lo que se crió en sigilo.
Que las frases amorosas

Que al labio dicta el cariño
Sólo guardan su ternura
Murmuradas al oído,
El amor nunca se escribe :
Se sorprende en los suspiros,
Se deja ver en los ojos,
Mas no en las hojas de un libro.

Cuando sientas de la vida
Lo que feliz no has sentido,
El desamor en ti misma
Y en los demás el olvido ;
Cuando sientas disiparse
Esos soñados castillos
Que forja la juventud
Y que destruye el hastío ;
Cuando sientas ya en tu pecho
Un corazón sin estímulo,
Perdidas las ilusiones
Y los encantos perdidos;
Entonces, bella Paulina,
Te servirán de martirio
Las frases de la amistad
Y del amor los escritos.
Marchitas ya y sin aroma,
Flores de un árbol caído,
Recuerdos de un bien pasado,
De un tiempo mejor, testigos.
¿No es bastante la *memoria*
Para un corazón herido,
Que quieres guardar recuerdos
Entre las hojas de un libro?

1857.

¿POR QUÉ NO CANTO?

Á DOMINGO DÍAZ GRANADOS

¿Por qué no canto? ¿Has visto á la paloma
Que cuando asoma en el oriente el sol
Con tierno arrullo su canción levanta,
Y alegre canta
La dulce aurora de su dulce amor?

Y ¿no la has visto cuando el sol se avanza
Y ardiente lanza rayos del cenit,
Que fatigada tiende silenciosa
Ala amorosa
Sobre su nido, y calla, y es feliz?

Todos cantamos en la edad primera,
Cuando hechicera inspíranos la edad,
Y publicamos necios, indiscretos,
Muchos secretos
Que el corazón debiera sepultar.

Cuando al encuentro del placer salimos,
Cuando sentimos el primer amor,
Entusiasmados de placer cantamos
Y evaporamos
Nuestra dicha al compás de una canción.

Pero después... nuestro placer guardamos,
Como ocultamos el mayor pesar;
Porque es mejor en soledad el llanto,
¡Y crece tanto
Nuestra dicha en humilde oscuridad!

Sólo en oscuro, retirado asilo
Puede tranquilo el corazón gozar;
Sólo en secreto sus favores presta
Siempre modesta
La que el hombre llamó *felicidad*.

¿Conoces tú la flor de batatilla,
La flor sencilla, la modesta flor?
Así es la dicha que mi labio nombra;
Crece á la sombra,
Mas se marchita con la luz del sol.

Debe cantar el que en su pecho siente
Que brota ardiente su primer amor;
Debe cantar el corazón que, herido,
Llora afligido,
Si ha de ser inmortal su inspiración.

Porque la lira, en cuyo pie grabado
Un nombre amado por nosotros fué,
Debe á los cielos levantar sus notas,
Ó hacer que rotas
Todas sus cuerdas para siempre estén.

Pero ¡cantar cuando insegura y muerta
La voz incierta triste sonará...!
Pero cantar cuando jamás se eleva
Y el aire lleva
Perdida la canción, ¡triste es cantar!

¡Triste es cantar cuando se escucha al lado
De enamorado trovador la voz!
¡Triste es cantar cuando impotentes vemos
Que no podemos
Nuestras voces unir á su canción!

Mas tú debes cantar. Tú con tu acento
Al sentimiento más nobleza das;
Tus versos pueden fáciles y tiernos
Hacer eternos
Tu nombre y tu laúd... ¡Debes cantar!

¡Canta, y arrulle tu canción sabrosa
Mi silenciosa, humilde oscuridad!
¡Canta, que es sólo á los aplausos dado
Con eco prolongado
Tu voz interrumpir!... Debes cantar.

Pero no puedes, como yo he podido,
En el olvido sepultarte tú;
Que sin cesar y por doquier resuena
Y el aire llena
La dulce vibración de tu laúd.

No hay sombras para ti. Como el cocuyo
El genio tuyo ostenta su fanal;
Y huyendo de la luz, la luz llevando,
Sigue alumbrando
Las mismas sombras que buscando va.

1858.

EN EL ÁLBUM

DE LA SEÑORITA ISABEL BUNCH

I

Coronada de flores y cantando
La alegre juventud viene á la vida;
No halla una zarza su flotante manto,
Ni su planta ligera halla una espina.

El recuerdo del cielo que abandona
Se mira retratado en su sonrisa,
Y en el fondo se ve de su mirada
La esperanza del mundo que imagina.

Las ilusiones en tropel vistoso
Revuelan sin cesar ante su vista,
Sonidos armoniosos murmurando,
Murmurando de amor frases divinas.

Marcha confiada, y en la abierta senda
Ni el llanto observa ni las tumbas mira,
Pues se entretiene en deshojar las flores
Que de su sien en la guirnalda brillan;

Y en el sendero que feliz recorre,
No halla un abrojo, ni su pie vacila,
Pues las flores que arranca á su corona
Entapizan la senda de la vida:

¡Pobre turpial, que los espacios puebla
Con el acento de su voz divina,
Y los alambres de su jaula cubre
Con el plumaje que á sus alas quita!

¡Inocente y voluble mariposa,
Que vuela errante en la extensión perdida,
Regando el polvo de sus alas de oro
Por donde quiera que inocente gira!

Y delirando amores y placeres,
La juventud, soñando con la dicha,
No halla una zarza su flotante manto,
Ni su planta ligera halla una espina.

II

Tú vienes á la vida sonriendo
De bellas flores con la sien ceñida,
Y sin temor del porvenir incierto,
Pues la luz de tus ojos lo ilumina.

¡Oh! ¡quiera el cielo que en tropel vistoso
Las ilusiones por doquier te sigan,
Y con sus alas encantadas cubran
El sendero escabroso que transitas!

¡Que la guirnalda de modestas flores,
Que pura en torno de tu frente miras,
No se marchite al fuego de los años
Y conserve su aroma y lozanía!

El palpitar del corazón deshoja
Las bellas flores que la sien ceñían,
Y una corona dehojada hiere
La misma frente que adornaba un día.

Mas la guirnalda se conserva intacta
Cuando inocente el corazón palpita.
¡Que inocente el latido siempre sea
De tu inocente corazón de niña!

¡Ave feliz! ¡qué en tu dorada jaula
Nunca mires tus plumas desprendidas!
¡Mariposa inocente! ¡que conserves
El polvo de oro que en tus alas brilla!

¡Quiera el cielo, Isabel, como yo quiero,
Que en la senda escabrosa de la vida
No halle una zarza tu flotante manto,
Ni tu planta ligera halle una espina!

1858.

EN EL ÁLBUM

DE LA SEÑORA HORTENSIA LACROIX DE S.

I

Hoy las cuerdas de mi lira
He pulsado una por una,
Y ninguna encontré digna
De sonar en honra tuya;
Que mi voz es triste y débil,
Y ha de ser alta y robusta
La que ensalce tus virtudes,
La que cante tu hermosura.
No te puedo dar cantares;
Pero escucha, Hortensia, escucha :
Yo te ofrezco lo que á nadie
Ofrecer pudiera nunca :
Hay un nombre, nombre santo,
Que en su fondo el alma oculta,
Que en la senda de mi vida
Es el faro que me alumbra;
Y ese nombre te lo ofrezco...
¡Oh! ¡permítele á mi pluma
Que del tuyo al par lo escriba
Y estas páginas los unan!
Es un nombre que yo quiero
Escuchar en boca tuya,
Porque debe ser más dulce
Si tus labios lo pronuncian.

Ese nombre es mi riqueza,
Es mi orgullo, mi ventura,
Lo que más amo en el orbe;
Ese nombre es el de Julia.

II

Yo te vi cuando era joven,
Cuando llena de ventura
La cabeza delirante
En soñar sólo se ocupa;
Cuando el alma en su delirio
Forma imágenes confusas
De una dicha que no alcanza,
De un placer que siempre busca;
Cuando sueña enamorada
Ver angélicas figuras,
Y les presta su entusiasmo
Para darles hermosura...
Y eras bella entre las bellas,
Y modesta cual ninguna,
Y graciosa y hechicera,
Y gentil, y amable, y pura...
Y al mirarte comprendía
Que no en vano el alma busca
Quien realice las visiones
Que en su sueño amantes cruzan.
Yo de lejos te admiraba...
Pero escucha, Hortensia, escucha:
Conocí en el mismo tiempo,

Por mi bien, otra hermosura,
Y si entonce hubiera puesto
En mis manos la fortuna
Este libro, escrito habría
En sus páginas mi pluma :
« ¡Oh! ¡perdona al que atrevido
Otro nombre al tuyo junta !
Que ese nombre es su esperanza,
Ese nombre es el de Julia ».

III

Hoy te he visto, y estás bella
Y hechicera como nunca,
Con tus hijos y tu esposo
Compartiendo tu ternura.
Y tú formas de esos seres,
Que amorosos te circundan,
De los unos la esperanza
Y del otro la ventura.
Yo te admiro de ese modo;
Pero escucha, Hortensia, escucha :
Á lo lejos otra madre
Descubrir se me figura
Rodeada de sus hijos :
En sus labios se dibuja
Fugitiva una sonrisa
De bondad y de dulzura;
Y palabras amorosas
Enseñándoles se escuchan,

Y mi nombre ella repite
Y mi nombre ellos pronuncian.
Esa madre es el tesoro
Que me ha dado la fortuna,
La que me hace ser dichoso,
La que quiero con locura.
Perdón, pues, al que atrevido
Otro nombre al tuyo junta
Pues no tiene que ofrecerte
Sino el nombre de su JULIA.

1858.

EN EL ÁLBUM DE PACHITA

La suerte venturosa ó desgraciada
Del mortal en tus ojos va esculpida;
La muerte está con su desdén ligada,
La vida esta con su cariño unida.
Si la vida has de dar con tu mirada,
Feliz aquel á quien le des la vida;
Mas, si muerte han de dar tus ojos bellos,
Será dulce morir, morir por ellos.

1858.

¡ÁMAME, INGRATA!

¡Yo te amo tanto, que eres el consuelo
Que solo he hallado en mi mortal quebranto!
¡Yo te amo tanto, serafín del cielo,
Yo te amo tanto!
Enjugue ya tu mano seductora
Mi triste llanto;
¡Misericordia para mí, señora,
Que te amo tanto!

¡Oh, si me amaras!... ¡en mi pecho frío
Cuántos tesoros de ternura hallaras!
¡Oh, si me amaras, único ángel mío!
¡Oh, si me amaras!
Tú, reclinada en mis amantes brazos
¡Cuánto gozaras!
¡Cuán dulces fueran del amor los lazos
Si al fin me amaras!

Ámame, ingrata... ó de tus ojos quita
Ese mirar fascinador que mata;
¡Ámame, ingrata, aparición bendita!
¡Ámame, ingrata!
Tu cruel desdén las flores de mi vida
Rompe y maltrata...
Ven á mis brazos y el desdén olvida,
¡No seas ingrata!

1860.

Á MI VECINA

He escuchado las notas de tu piano,
El dulce acento de tu voz he oído,
Y, lo juro, vecina, no es posible
Que te agrade el chillar de los *pericos*.

En frente á mi prisión tus prisioneros
Al aire dan desapacibles gritos,
Displicentes, agudos, penetrantes,
En tus oídos para herir los míos.

Tiene la *Villa* más de cien solares,
Cada solar cien árboles crecidos,
Cada árbol cuenta más de veinte ramas
Y cada rama veinte mil pericos.

Y éstos todos, á un tiempo, hacen apuesta
Á ver cuál tiene su pulmón más fino,
Y con zambra discorde y guasabara
Puebla los aires su infernal chillido.

Se escucha su chillar, que causa espasmos,
Como el chirrido de amolar cuchillos,
Cual se oyera la turba revoltosa
De mil muchachos recortando vidrios.

¡Y tú no estás contenta con los que oyes,
Pues que además enjaulas veinticinco!
¿No temes al histérico, señora...?
¡Suelta, por Dios, los pobres pajaritos!

Respirando, encerrado, olas de fuego
Me atolondran, zumbando los oídos,
Me anonada el calor, pero me mata
El maldito chillar de tus pericos.

¿Por qué, vecina, tu inocencia fija,
Tan mal fijado, tu infantil cariño?
Di ¿no tienes hermanos pequeñuelos?
¿No hay gatos en tu casa? ¿No hay perrito?

¿Por la acera del frente no hay ni un joven
Que pase *casualmente*... y *distraído?*
—¿No? ¡Pues que aspiren al honor de jaula
Las *chicharras,* los *pitos* y los *grillos!*

¿No te dan compasión tus prisioneros?
Concédeles indulto indefinido.
¿No te da pena mi tormento injusto?
¡Vecina, compasión por tu vecino!

Carcel de Honda, junio de 1862.

Á UN RETRATO

¡Es ella! Sí, mi corazón no miente
Y no miente esa plancha de metal.
Ése es su talle, su mirar es ése,
Es ella misma, es ella y aquí está.

Yo bendigo la luz, bendigo el arte
Que su imagen me dan entre los dos,
Que es igual esta imagen á la imagen
Que guarda sin cesar mi corazón.

Aunque vida no tenga, nada importa
Si tiene su mirada fija en mí,
Si es constante su risa seductora,
Si á sus labios mis labios puedo unir.

Nada importa la vida si en sus labios
Hay sonrisas divinas de placer,
Si sus ojos jamás se ven airados,
Si su boca jamás tiene desdén.

Ven á mi pecho, ven, y do reside
Otra imagen igual vivan las dos :
Yo prefiero el retrato que sonríe
Á la que, esquiva, me negó su amor.

1862.

A LA SEÑORITA J. M

(CANCIÓN)

Para formar tu pecho alabastrino
Robaste al elefante su marfil,
Y tus ojos divinos á los cielos
Arrebataron su mejor turquí,

Y, como buitre en la región del cielo,
Se destaca en tu pecho ese lunar ;
Mancha preciosa en la argentada luna,
Buque perdido en el cerúleo mar.

Como las ondas del revuelto Cauca
Cuando cruza una barca su raudal,
Así se entorchan en tu frente cándida
Tus cabellos en mórbida espiral.

Si favorece tu mirada angélica
Al que de amores suspiró por ti,
Inclinas tu cabeza como reina
Que su pueblo al mirar, lo hace feliz.

1864.

TUS OJOS Y TUS CABELLOS

EN EL ÁLBUM DE LA SEÑORITA BIBIANA ROBLEDO

Negros, brillantes, húmedos y bellos,
Tus ojos lanzan rayos de placer,
Y más allá de tu mirada fija
De tu alma el fondo límpido se ve.

La impresión de tus ojos no la olvida
Quien la ha sentido la primera vez;
Que á tu mirada el corazón se ensancha
Como al rayo del sol se abre el clavel.

Son un espejo mágico tus ojos
Donde mirado el mundo es un Edén,
Y el cielo azul en la mitad del día
Tiene máz luz si se retrata en él.

Si tu larga mirada indiferente
Penetra el corazón con su poder,
Si alguna vez con el amor brillara
¡Cuál fuera su ternura ó su desdén...!

—

Negros, brillantes, crespos tus cabellos
Dieran envidia á la beldad mayor
Al contemplarlos cuando vagan sueltos
En undosa y brillante profusión.

Ruedan, flotando, á acariciar tu talle
Á merced del ambiente juguetón,
Y en anillos de luz y de azabache
Su mórbida espiral convierte el sol.

Ó cuando unidos en revuelta trenza
Coronan tu cabeza en derredor,
Reflejando la luz como diadema
Que el joyero de piedras guarneció.

¡Feliz aquél que entre tus ojos bellos
Encerrada sorprenda la pasión!
¡Feliz la mano á quien le dé derecho
De jugar con tus rizos, el amor!

1864.

TRESILLO

Ha pocos días quejábame
De que no hallaba qué hacer
En Medellín por las noches
Desde las siete á las diez;
Ni un baile, ni una tertulia,
Ni nada en qué entretener
Las horas que uso durmiendo,
Cuando me dijo Javier;
En estos días Sañudo
Ha establecido un *Hotel*
En donde puedes pasar
Horas enteras muy bien.
Allí juegan dominó,
Juegan tresillo, ajedrez;
Hay buena conversación,
Periódicos que leer;
Allí dan brandy, cerveza;
Hay vino, dulces, café...
Es buen establecimiento,
¿Por qué no asistes á él?

Pues, señor, con tal notici
Al fin me determiné,
Tomé mi capa al momento
Y entré en el club á las seis.
Tres personas que salían
En el zaguán me encontré:
— ¡Qué tal si no meto el basto!

Decía uno de los tres.
— ¡Y si no das el arrastre!
— ¡Qué solo el que me llevé...!
Me dirigí al comedor;
Allí tomando *beef-steak*
Estaban varias personas,
Y hablando á más no poder.
— Yo perdí este solo de oros,
El más grande que se ve:
Seis de cuatro matadores,
Rey de copas, cuatro y tres;
Por consiguiente, dos fallas...
— ¡Pero, hombre, no puede ser!
¿Lo perdiste...? — Lo perdí.
— ¿Por mal jugado? — ¡Tal vez!
Me recomieron los triunfos
Que en las dos fallas jugué,
Me asentaron los chiquitos
Y me fallaron el rey.
— ¡Amigo! ¿Qué te parece
La polla que me saqué?
Eché vuelta con la espada,
Me salió de espadas, seis;
Con tres de espada fuí al robo,
Ni un solo triunfo robé;
Sin un rey, sin una falla,
Y sin embargo has de ver,
Me la he llevado por cuatro...
¡Tan mala y no la chillé...!

De allí pasé á los salones;
Había en un canapé

Sentadas varias personas
Que hablaban casi á una vez.
— ¡Perdí esta polla de espadas:
Espada, malilla y rey,
Caballo, sota, otro triunfo,
Un rey y una falla! — ¡Á ver!
¿Pero cómo? — De codillo.
— ¡Era muy grande...! ¡Ya ves!
— No; pero nadie ha perdido
La polla que perdí ayer:
Tres matadores en copas
Y la tercia... robé tres...
— ¡Fuiste á robar siendo solo!
— ¡Sí, hombre! ¡y lo que robé!
Un orito, una copita
Y á pateperro. — Pero es
Que tan sólo renunciando
Esa se puede perder...
— Pues así me sucedió,
Robé mal y renuncié.

Cansado ya de escuchar
Sin una jota entender,
Fuí á ver á los jugadores
Sentados de tres en tres.
— Habla el mano. — Paso. — Juego.
— Bien puede; diga de qué.
— De las bravas. ¿Quiere espadas?
— Dan espadas, robe usted.
— La mano juega. El rey de oros.
— Tengo oros, — Y yo también.
— Bastos, tengo. No metí.

¡Siempre está fallo ese rey!
— Un arrastre nunca es malo.
¿Sirvieron todos? Á ver...
¿Cuántos triunfos han salido?
— Salieron... tres y tres... seis...
Á ver su baza. Aquí hay uno.
— Seis y uno... siete... y tres, diez.
— Uno de éstos para el basto.
— ¡No se podía perder!
— ¿De qué entró? ¿Cuánto se debe?
— Cinco reales. — Tome usted.
— Un fuerte por cinco reales.
— Cinco reales. — Muy bien.

Me separé de esta mesa
Y á otra mesa me acerqué.
Allí exclamaban: ¡Pero, hombre!
¿Por qué no quiso volver
Esas espadas, sabiendo
Que estoy fallo? — Lo mismo es,
Si el señor juega su basto,
Mejor, se lo dejo hacer,
Los embazo, y en seguida
Con sota y rey me hago pie
— No hay remedio, tijereta
Para el caballo de usted.
En otra mesa decían:
— Cinco, entrada; vuelta, seis;
Tres matadores, son nueve;
Primeras, diez; dan de á diez.
Y en otra: ¡Si yo he podido
Agachármele á su tres!

— ¡No, señor, con un triunfito
De los míos que eche usted...!
— ¡Ó que usted vuelva sus bastos!
— Ó que no vuelva oros él...
— Es puesta... — Le doy codillo...
— ¡Si era más grande! — Da, Andrés.
Y mareado, aturdido,
No pudiendo comprender
Ni el juego, ni las palabras,
Y maldiciendo á Javier,
Salí á la calle al momento,
Llegué á casa y me acosté;
Pero apenas me dormí
Soñé que estaba en Babel.

1864.

CANCIÓN

(DE VÍCTOR HUGO)

Yo no puedo existir sino á tu lado,
Mi alma ya se rindió á tu corazón,
Porque un mismo destino nos ha atado
Con lazos encantados á los dos.

Y entre tanto que el tiempo hora por hora
Veloz huyendo va,
Mi triste canto que en la sombra llora
Va tu frente á tocar.

Yo soy el labio, tú eres la sonrisa;
Yo soy la lira, y tú la inspiración;
El arbusto soy yo, tú eres la brisa;
Eres tú la belleza, y yo el amor.

Y entre tanto que el tiempo hora por hora
Veloz huyendo va,
Mi triste canto que en la sombra llora
Va tu frente á tocar.

Á LOS EE. UU. DE COLOMBIA

Vednos aquí con el fusil al brazo
Esperando el *descansen* ó el *alerta.*
¿Queréis la paz? Se tornará en azadas
El hierro de las mismas bayonetas.

Pero no vaciléis, y cualquier cosa
Escoged sin demora: ó paz ó guerra;
Que ya pesa la lanza en nuestras manos
Y en nuestros hombros el fusil nos pesa.

¡No creáis que las puertas del Estado
Como otro tiempo encontraréis abiertas!
Iremos á escuchar cerca de Bosa
Si el eco del cañón como antes suena.

Aquí el clarín de Carolina se halla,
Y la orgullosa, altiva Cartagena
Puede escuchar al pie de sus murallas
La agreste *diana* de las bandas nuestras.

El grito de «¡á la carga!» de la Honda
Puede Pasto escuchar entre sus selvas.
Á do quiera que vamos, la victoria
Nos seguirá como vasalla nuestra.

Pero venid, pero venid vosotros;
Poned un pie siquiera en la frontera,
Y encontraréis un pueblo de gigantes
Que sabrá altivo perecer por ella.

¡Será horrible la lucha! Anchos arroyos
De sangre hermana surcarán la tierra,
Y cenizas, cadáveres y escombros
Encontraréis si la victoria es vuestra.

Pero no lo será: Dios sólo puede
Daros el triunfo, y su justicia es cierta...
Y á más de Dios tenemos el derecho
Y nuestro honor y nuestra propia fuerza.

¿Y qué importan las lágrimas? ¿Qué importan
Los torrentes de sangre que se viertan?
¡Feliz lluvia de lágrimas y sangre,
Si el iris de la paz refleja en ella!

Pero si acaso Dios nos abandona,
Venid á comtemplar ruinas inmensas;
Será el cielo de Antioquia nuestro palio,
Tumba gloriosa nuestra amada tierra.

Venid á colocar el epitafio...
La fosa es ancha, la veréis repleta;
Mas no hallaréis, lo juro, ni un amigo
Que no se encuentre sepultado en ella.

Marzo de 1864.

Á DOS AMIGOS

EL DÍA DE SU MATRIMONIO

Sobre vuestras cabezas inclinadas
Va á descender la bendición de Dios.
Él va á santificar lo que en dos almas
Unidas ya, santificó el amor.

¡Eterna bendición que liga en ambos
El bien, el mal, la dicha y el dolor!
¡Lazo puro de amor, dos veces santo,
Que forma el corazón y aprueba Dios!

¡Unión que en las borrascas de la vida,
Forma ese puerto que se llama *hogar*,
Separado del mundo...! ¡y si es que hay dicha
La dicha sólo en ese puerto está!

Nido formado en las desnudas ramas
De un árbol que sacude el huracán,
Que protegen y cubren, enlazadas,
Las alas de dos aves... ¡el hogar!

Ese tibio rincón que abandonamos
Desde niños, en busca de otro sol,
Y á donde vuelve el corazón ingrato
Que heló la sociedad... y halla calor.

¡Isla flotante en medio de los mares,
Que no alcanzan las olas á mojar;
Tabernáculo santo, en donde arde
La sola luz que la ventura da!

Eternamente la mujer perfuma
Con su incansable amor aquel Edén.
¡Es tan grande el tesoro de ternura
Que encierra el corazón de la mujer!...

—

Quiera Dios concederos cuanta dicha
Es posible en la tierra disfrutar:
Varia es la suerte, desigual la vida;
¡Sólo el amor compensaciones da!

Si la desgracia vuestras almas hiere
No blasfeméis por eso del Señor:
Que todo pasa, pero vive siempre,
Y nos espera en su justicia Dios.

1864.

AURES

De peñón en peñón turbias saltando
Las aguas de Aures descender se ven;
La roca de granito socavado
Con sus bombas haciendo estremecer.

Los helechos y juncos de su orilla
Temblorosos, condensan el vapor;
Y en sus columpios trémulas vacilan
Las gotas de agua que abrillanta el sol.

Se ve colgando en sus abismos hondos,
Entretejido, el verde carrizal.
Como de un cofre en el oscuro fondo
Los hilos enredados de un collar.

Sus cintillos en arcos de esmeralda
Forman grutas do no penetra el sol,
Como el toldo de mimbres y de palmas
Que Lucina tejió para Endimión.

Reclinado á su sombra, ¡cuántas veces
Vi mi casa á lo lejos blanquear,
Paloma oculta entre el ramaje verde,
Oveja solitaria en el gramal!

Del techo bronceado se elevaba
El humo tenue en espiral azul...
La dicha que forjaba entonce el alma
Fresca la guarda la memoria aún.

Allí, á la sombra de esos verdes bosques
Correr los años de mi infancia vi;
Los poblé de ilusiones cuando joven,
Y cerca de ellos aspiré á morir.

Soñé que allí mis hijos y mi Julia...
¡Basta! las penas tienen su pudor,
Y nombres hay que nunca se pronuncian
Sin que tiemble con lágrimas la voz.

Hoy también de ese techo se levanta
Blanco-azulado el humo del hogar;
Ya ese fuego lo enciende mano extraña,
Ya es ajena la casa paternal.

La miro cual proscrito que se aleja
Ve de la tarde á la rosada luz
La amarilla vereda que serpea
De su montaña en el lejano azul.

Son un prisma las lágrimas que prestan
Al pasado su mágico color;
Al través de la lluvia son más bellas
Esas colinas que ilumina el sol.

Infancia, juventud, tiempos tranquilos,
Visiones de placer, sueños de amor,
Heredad de mis padres, hondo río,
Casita blanca... y esperanza, ¡adiós!

1864.

A***

Yo era niño, tú niña; nos veíamos
Tú ruborosa y vergonzoso yo;
Que amábamos entonces no sabíamos,
Pero inocentes, tímidos, decíamos ;
¡ Amémonos los dos!

Jóvenes ambos, con amor profundo
Siempre amarnos juraste y juré yo;
Si es nuestro amor, dijimos, sin segundo,
¿ Qué nos importa lo que diga el mundo
Amándonos los dos?

« Nos amamos », decimos todavía,
Tú sin rubor y sin vergüenza yo :
Mas huye nuestro amor la luz del día.
Digamos la verdad, amiga mía :
No amamos ya los dos.

1864.

CANCIÓN

¡Oh! si el volverse á ver fuera tan dulce
Cómo es triste y cruel decirse adiós!
Mas Dios no quiere que el placer se mida
En la misma medida del dolor.

¡Adiós, pues! De tu amor guardo un recuerdo;
Mas si ese amor fué un sueño nada más,
Yo no recibo en cambio de ese sueño
La más encantadora realidad.

Brilla al través de tus hermosos ojos
Un universo de placer y amor;
Y aunque ese fuego no lo brote el alma,
Brille en tus ojos al decirme adiós.

¡Mírame así, que tu mirar ardiente
Pudiera iluminar un porvenir;
Y si tus ojos deben dar la muerte,
Será dulce morir! ¡Mírame así...!

Á MANFREDO

(Á BORDO DEL VAPOR « ANTIOQUÍA », SUBIENDO EL MAGDALENA)

El penoso viaje hacemos juntos;
Me ofreces tu amistad, te doy la mía.
Deja la popa, pues; ven á la proa,
Que allí son frescas las silbantes brisas.

Tendidos en hamacas y fumando
La pena que te agobia allí se olvida,
En los aires meciéndonos la hamaca
Y el Vapor en las ondas cristalinas.

Ven conmigo á gozar. Verás cual hiende
Corriente arriba la cortante quilla,
Y á los costados del Vapor las aguas
Suben, crecen, se esponjan y se rizan.

Ven á ver el paisaje. Aquí, cual toldo
De verde enredadera entretejida,
Arcos de triunfo y de esmeralda ostentan
Á derecha y á izquierda ambas orillas.

De rosado y carmín tímidamente
Ruborosas se tiñen las colinas,
Del sol que se hunde al despedirse tristes
Allá á lo lejos al morir el día.

Mas no vienes, y absorto y silencioso
Muestra tu dedo la lejana orilla
Donde queda tu patria. Entre las nieblas
Nada ya de sus playas se divisa.

En dos puntos opuestos cada uno
Ve su patria, su amor, su hogar, su vida;
Tú la patria perdida que abandonas
Lloras; yo gozo porque veo la mía.

De los seres que dejas el recuerdo
Irá contigo por doquier que sigas,
Y yo en breve he de ver á los que amo.
Ven conmigo... Mas callas y suspiras.

Tú dejas una patria y yo la encuentro;
Al acercarme yo, tú te retiras.
Ven conmigo á gozar. Yo soy dichoso;
Amasemos tu pena con mi dicha.

Recuerdos y esperanza, popa y proa,
Lloroso adiós y alegre bienvenida.
Allí existe el dolor, aquí el anhelo,
Recuerdos y esperanza, noche y día.

¡Decir adiós, dejar á los que amamos
Es tan triste!... Las almas martiriza.
Yo comprendo lo horrible de la muerte,
Porque la muerte es eso: despedida.

Pero volver al seno de la patria,
Calentarse al hogar de la familia,
Volver á ver á Julia... es ser dichoso;
Con que, Manfredo... ¡adiós! Vapor, camina.

Más aprisa, Vapor, rápido vuela
Que allá lejos, muy lejos se divisa
Al través de la bruma y del espacio
La cima azul de las montañas mías.

Allá ruega mi Julia y allá ruegan
Prosternados mis hijos de rodillas
Por mi próxima vuelta. ¡Adiós, Manfredo!
¡Más aprisa, Vapor!... ¡No! ¡más aprisa!

1865.

CONVITE Á UNA FUNCIÓN DE TEATRO

DADA Á BENEFICIO DEL HOSPITAL

Lleno de luz, de gala y de armonía
El teatro invitándonos está;
¡Oh! ¡venid á gozar los que ansiáis dicha!
Pocas monedas os harán gozar.

Pero hay otro edificio á donde vamos
No alegres á reir, sino á llorar,
Compendio del dolor y el desamparo,
Portada de la muerte : ¡el Hospital!

No entréis aquí do la indigencia mora;
Allá reina el placer, entrad allá,
Que ese placer comprado es la limosna
Que da al mendigo la salud y el pan.

Hoy se viste de gala y se disfraza
La caridad para pedir « por Dios »;
Y os convida á gozar, y en vuestra holganza
Cada placer aliviará un dolor.

1865.

UN BESO

¡Un beso! emoción divina
Que en la vida disfrutamos;
Cita que se dan dos almas
Para juntarse en los labios *

* Si las almas se dan cita
Para juntarse en un beso,
En un suspiro se aplazan
Para encontrarse en el cielo.

J. M. V. V.

—

Si en el cielo y en los labios
Es do se juntan las almas,
Las que en la tierra se adoran
Por siempre estarán ligadas

A. J. P.

LA POMPA DE JABÓN

(IMPROVISACIÓN)

Con tu mano y tus labios, hijo mío
Has formado esa pompa de jabón,
Que vuela henchida de tu aliento tibio,
Tornasolada con la luz del sol.

Para ti simboliza la esperanza,
Simboliza el recuerdo para mí.
Con tu soplo pretendes elevarla,
¡Ay! y es tu aliento el que la hará morir.

1866.

Á R.

Se vieron lentamente, y lentamente
Una mirada en otra se infiltró;
Él creyó ser amado; ella, inocente,
Sintió en el pecho su primer amor.

Él á su amor no le pidió más armas
Que darle á su mirada su poder,
Y ella tan sólo contestó en miradas
Lo que en los ojos deletreó en él.

En ambos hasta aquí fué el amor santo,
Mudo cambio de fuerza y sumisión,
De una alma con otra alma puro pacto
Que santifica y atestigua Dios.

Empero, se siguieron las promesas
Que un mundo de esperanza hacen brotar,
Y ella, inocente, adormecida en ellas,
Tuvo sueños de amor... ¡sueños no más!

—

Si al despertarse el que confiado duerme
Halla robado el bien con que soñó,
¿En dónde está la pena que merece
El corazón que engaña á un corazón?

La sociedad con risa ó con silencio
Va á coronar la frente del infiel,
Y en su oprobio sonríese muriendo
La víctima que es mártir de su fe.

Pasáronse los días y los meses,
Y ella recuerdos tiene y nada más...
Si el amor que no avanza retrocede,
Ella del mudo amor es libre ya.

Si otro hay hoy que la ama y se lo dice
(Amar en la mujer no es elegir)
Y ella afectuosa su propuesta admite,
Hace muy bien en proceder así.

Y ¿quién habrá que pueda motejarnos
Porque un engaño el corazón sufrió...?
Aunque no es más ardiente, sí es más santo
Y dura más nuestro segundo amor.

1866.

EN EL CIMENTERIO DE SONSON

Aquí no se descansa ni se duerme,
Que « morir no es dormir y no es soñar ».
Aquí sólo reposa el polvo inerte;
Pero el alma... buscadla más allá.

Mas venid á rogar por el ausente;
Para toda plegaria hay un altar,
Y la fe, la oración, hallan fervientes
Consuelo siempre, decepción jamás.

1866.

DIOS

No es preciso morir, no, para amarlo;
No es preciso morir, no, para verlo.
Quererlo comprender es adorarlo;
No poderlo alcanzar es comprenderlo.

. . . .

Dios es grande doquier que se le busque;
Á la tierra bajad, subid al cielo;
Porque es grande mirándolo en lo grande,
Porque es grande mirado en lo pequeño.

Una línea trazad, seguid por ella,
¿Á dónde vais? No lo sabéis, es cierto;
Mas sabed que si fin tiene esa línea
Encontraréis á Dios, Dios que es el centro.

¿Veis esa gota? Es agua, es una gota;
Tiene mundos y mundos, y misterios
Iguales ó mayores que los mundos
Que pueblan eso que llamamos cielo.

Es que ante Dios nada hay pequeño ó grande;
El fiel de su balanza es tan perfecto,
Que un insecto y un mundo se equilibran
É igualan ante Él, que los ha hecho.

Confiad en el Señor y os dará alivio,
Que es grande, justo, poderoso, eterno;
Confiad en el Señor y os dará ayuda,
Que aun más que justo y poderoso, es bueno.

1866.

SUPER FLUMINA BABYLONIS

En Babilonia, á orillas de su río,
Un día, en cautiverio, nos sentamos,
Y nuestra suerte mísera lloramos
Lamentando la ausencia de Sïón.

Cada cual en los sauces de la orilla
Triste, colgaba el músico instrumento,
Cuyas cuerdas heridas por el viento
Recordaban los cantos del Señor.

Los mismos que cautivos nos llevaron
Y cautivos por fuerza nos tenían,
Sin mirar nuestro llanto nos pedían
De nuestra amada patria una canción.

Pero ¿cómo cantar aprisionados
Los cantos del Señor en tierra ajena...?
¿Cómo elevar con tan amarga pena
Los himnos de otro tiempo á nuestro Dios?

¡Jerusalén, Jerusalén querida!
Que se seque mi mano en el momento
Que pretenda pulsar un instrumento
Entre un pueblo enemigo de tu ley!

¡Que apague para mí su luz el día,
Que se pegue la lengua á mi garganta,
Si en tierra extraña tus canciones canta
Olvidado de ti, Jerusalén!

Acuérdate, Señor, del día horrible
Postrero de Sïón; oye ese acento:
« ¡Arrasadla, arrasadla hasta el cimiento! »
Gritan los hijos bárbaros de Edom.

¡Hija infeliz, ciudad de Babilonia!
Tal rüina te espera y tal estrago
¡Dichoso aquel que pueda darte el pago
De lo que haces con nosotros hoy!

¡Oh! ¡bienaventurado aquel que pueda
Mirar tu destrucción, ciudad maldita,
Y en tus escombros con tu sangre escrita
La historia de tus crímenes leer!

¡Aquel que vea los llorosos niños
Del regazo materno arrebatados
Y en las piedras dispersas estrellados
De la que un tiempo tu muralla fué!

1866

LA RESIGNACIÓN Y LA MODESTIA

Á ISABEL

Son las primeras líneas que reciben
Estas páginas blancas, Isabel,
Y aunque sean primeras que se escriben,
Ellas serán las últimas también.

¿Sabes por qué? Lo sabes. La pobreza
Desde muy niña doblegó tu sien,
Y jamás se levanta una cabeza]
Mientras el oro su esplendor no dé.

Si el brillar de las galas y diamantes
Á tu gracia se uniera y juventud,
Tendrías, de seguro, cien amantes
Que, de seguro, despreciaras tú.

Mas tu instrucción y tu virtud en suma
Desconocidas siempre quedarán,
Modesta flor del campo, que perfuma
Sólo el tronco en que nace y morirá.

—

Pregonan por gemelas en la tierra
Dos famosas virtudes, á saber :
Resignación, modestia, mas me aterra
Que puedas igualarlas, Isabel.

La MODESTIA, la tinta nacarada
Que en el oriente va anunciando al sol;
Tibia luz vergonzosa y desmayada
Que al mirar á su rey siente rubor.

La MODESTIA, plegada enredadera
Que se enrosca en la peana de la cruz,
Y no envidia su copa á la palmera
Pues tiene sombra y aire y vida y luz.

La MODESTIA, diamante solitario
Que á su madre, en una arca, entregó Dios,
Y si ella la selló ¿qué lapidario
Podrá el diamante abrillantar mejor?

RESIGNACIÓN, sofisma que mintiendo
La impotencia habilita de virtud;
Cobarde concesión que hace muriendo
La voluntad del hombre, única luz.

Cansado el hombre de luchar en vano
Por conseguir un fin que no alcanzó,
Hipócrita y rendido exclama ufano,
Fingiendo una virtud : RESIGNACIÓN.

Ante el deber jamás es santo el miedo,
No poder no es virtud. ¡Valor! ¡valor!
Yo quisiera ser Dios, pero... no puedo,
¿Y es virtud resignarme á no ser Dios?

Deja al mundo en su lógica risible
Que á los cobardes ovaciones dé,
Mas tú, joven y bella, tú sensible,
Sé modesta, sé pura, sé ISABEL.

1867.

EN LA TUMBA

DE UNOS GEMELOS

Unidos desde el cielo descendieron,
Y, las puertas del mundo al entreabrir,
De nuestra vida las miserias vieron;
Y tornados en ángeles volvieron
Á su mansión espléndida á subir.

TRADUCCIÓN DE VÍCTOR HUGO

¡Oh! no insultéis á la mujer que cae,
No sabemos que peso la agobió;
Y no sabemos cuánto tiempo el hambre
Hiciera en vano vacilar su honor.

¿Quién no ha visto mujeres extenuadas
Asirse largo tiempo á la virtud,
Y el viento resistir de la desgracia
Y moribundas combatir aún,

Cual la gota de agua que en la punta
De una hoja hace el viento estremecer;
Y el árbol la sacude, y tiembla, y lucha,
Perla antes de caer, fango después?

Empero puede su esplendor primero
Esa gota brillante recobrar;
Puede salir dejando polvo seco,
Que el agua pura en ese fango está.

Dejad amar á la mujer caída,
Dejad al fango que le dé calor,
Porque todo en el mundo resucita.
Con los rayos de amor ó los del sol.

MELODÍAS HEBREAS

(DE LORD BYRON)

I

Si en el mundo distante de este mundo
Se goza del amor que sobrevive,
Si allá se encuentra el corazón querido
Que del nuestro en la tierra se despide;

Si allá vemos los ojos que aquí amamos,
Mas sin lágrimas ya, pues son felices,
¡Benditas para siempre esas esferas
Que el pensamiento más allá concibe!

Si eso es así ¡cuán dulce nos sería
Morir al punto, Eternidad terrible,
Ya perdido el temor con los reflejos
De los torrentes de tu luz sublime!

II

Y debe ser así : no por nosotros
Temblamos á la orilla del abismo,
Y á la frágil cadena de los seres
Luchamos anhelantes por asirnos;

Por los que quedan es por quien temblamos
Al surcar ese mar desconocido;
Por el temor que al vernos separados
Nuestros afectos queden divididos.

Mas en ese futuro se apodera
El corazón del corazón querido,
Y el alma con el alma se hace eterna
Siendo amantes aquí y allá infinitos.

1867.

EN UN ÁLBUM

LA CABEZA, EL CORAZÓN Y LA MANO

—

LA MANO.

Abierto un libro nuevo está sobre la mesa;
La pluma entre mis dedos mojada tengo yo:
Hagamos unos versos muy bellos á Teresa:
¡Que dicte la cabeza!
¡Que dicte el corazón!

LA CABEZA.

Escribe, pues. Como diamantes puros
Que hace brillar entre su esmalte el sol,
Brillan tus ojos en el fondo oscuro
Que el arco de tus cejas encerró.

Como un hilo de perlas medio oculto
Por los bordes de un cofre de coral,
De tu sonrisa al resplandor confuso
Tu linda boca iluminada está.

Como las aguas del revuelto Cauca,
Que entorcha á sus costados el vapor,
Sobre tu frente cándida se apartan
Tus cabellos en blonda profusión...

LA MANO.

No sigas. Ya ella sabe que en ella todo es bello :
Su talle, su donaire, su gracia, su ademán,
Sus ojos y su boca, su frente y su cabello...
Y pálido es aquello
Que empiezas á dictar.

EL CORAZÓN.

Escribe, pues. Los ojos sólo gustan
Cuando de fuego sus miradas dan;
Son alambres eléctricos las tuyas,
Que llegando hasta mí me hacen temblar.

La boca nada vale si no encierra
Lo que encerrado entre la tuya está :
Una sonrisa, que de amor es prenda,
Y en tu labio al nacer, me hace temblar.

Los cabellos ¿qué son si no los vemos
Mecerse á nuestro aliento desigual...?
Quiero los tuyos contemplar de lejos...
No los quiero tocar... ¡Me harían temblar!

LA MANO.

¡No sigas, que en el vuelo de tu delirio insano
Lo para ti vedado tal vez olvidarás...!
¡Vosotros hacer versos...! Fuera un empeño vano;
Yo apretaré su mano
En prenda de amistad.

1868.

Á MI AMIGO SEGUNDO FONNEGRA,

CON MOTIVO DE UNA DEUDA DE VERSOS Á LA PATRONA DE COPACABANA

¡Quién pudiera pagar! Si es tan sagrada
La deuda de un amigo, ¿cuánto es más
La de tumbas de amigas no olvidadas?
¡Quién pudiera pagar!

Tú sabes que ofreciera á tus hermanos,
Á Fernando y á Clara y á Miguel,
Un canto á la Patrona... pero en vano
¡Si murieron tan pronto! y... ¡no pagué!

Mas ¿no sabes por qué! Porque impotente
Se halló muy floja mi mundana voz
Para cantar á la incantable siempre,
La madre de los huérfanos y Dios.

Si pudiera entonar una plegaria
Á la que adoro desde niño yo,
Con humildad dijérala entre lágrimas:
« Conocí tu retrato en tu Asunción ».

« ¡Oh! ¡madre de mi madre y madre mía!
Si cantarte no sé, dame perdón,
Corazón de mi alma que venías
Cuando en la cuna descansaba yo.

« Tú en mi risueña juventud mostrabas
Con una mano el cielo, otra el hogar,
Los dos únicos nidos donde se halla
La dicha pura aquí y eterna allá.

« Pero, perdón, Señora, si te ofendo
Al decir que te quiero más que á Dios.
Madre mía, es que á Dios le tengo miedo
Y á ti te tengo ¡ tánto, tánto amor!

« Para ti guarda el corazón del hijo
El tesoro de amor que encierra en él,
Y aunque Dios es mi padre y lo bendigo
Yo no lo puedo como á ti querer.

« Eres, madre, una tabla, y casi sola
Que, ya náufrago, alcanzo á divisar...
Mas, perdón otra vez, madre y Señora,
Si yo dudo y vacilo... » Basta ya.

Ya ves, Segundo, que imposible fuera
El cumplir esa deuda para ti;
No es el acento de una voz blasfema
Quien la santa promesa ha de cumplir.

1868.

Á ADRIANO SCARPETTA

Sólo de tus cantares he escuchado
De dolor una queja repetida,
Simpática y vehemente, que ha mostrado
Que el alma lleva su mortal herida.
Cantar no alivia al corazón llagado
Mientras aliente el corazón con vida,
Que el dolor y la vida para el hombre
Lo mismo son con diferente nombre.

Pero no es tan amarga, no es tan triste,
Cuando hay amor, nuestra doliente queja,
Que el amor se engalana y se reviste
De algo que alivio en nuestras penas deja,
El dolor al amor no se resiste,
Y vencido por éste, aquél se aleja;
Decir que amando hay vida desgraciada
Es sacrilegio en alma enamorada.

Y dicen que es tan dulce la esperanza
Que da consuelo al hombre atribulado,
Y que, madre feliz, sólo ella alcanza
Á hacer que exista nuestro Edén soñado;
Que no puede quejarse aquel que lanza
Atrevida adelante su mirada,
Pues la esperanza embriagadora y bella
De su vida será faro y estrella.

Y el que tiene, además, como tú tienes,
La fe en el corazón, la fe en el alma,
Ese conjunto de infinitos bienes
Que las borrascas de la vida calma,
Ese, feliz adornará sus sienes;
Tendrá cetro, dosel, corona y palma,
Pues la senda del hombre se ilumina
Con los fulgores de su fe divina.

Llámate afortunado, sin rebozo
Con esa augusta trinidad bendita,
Fe, esperanza y amor. Lleno de gozo
Debes sentir que el corazón se agita;
Publica pues al mundo tu alborozo,
Que la dicha del hombre es infinita:
¡Canta alegre y feliz, de polo á polo,
Y deja al triste que se queje solo!

1868.

Á AMELIA

¿Con que también las extranjeras brisas
Prestan sus alas á mi humilde voz?
¿Con que hay también en apartados climas
Liras galantes cuyas cuerdas vibran
Y dulces brindan á mi nombre un son?

Y ese son inefable que se escucha
Es, Amelia, la voz de tu laúd,
Para pedir que inmortalice á Julia;
Y lo haces de una vez con tal dulzura,
Que yo no alcanzo donde alcanzas tú.

Ya no puede tener mi acento brío;
Gasté todo... hasta el filo del dolor;
Ya ni al aspecto del pesar suspiro;
Odio y me cansa todo lo que es mío;
¡Es más que desaliento, es postración!

Pasó ya el tiempo de cantar á Julia;
Los cantos para ti pasaron ya;
Angustia sólo puede dar angustia;
Con el musgo arrancado de una tumba
¿Quién puede una cabeza coronar?

Antes siquiera en mi dolor soñaba
Con *esperanzas, ilusiones, fe*:
De mariposa encantadoras alas,
Que desparecen cuando al aire vagan,
Fuegcs fatuos que mueren al nacer.

Mas ya la realidad con su esqueleto
No hace vibrar las cuerdas del laúd...
Pasado y porvenir están ya muertos...
¡Tántas noches amargas sin un sueño!
¡Tántas sombras en torno, y ni una luz!

No hay *roca* de la cual la mano mía
« El agua cristalina haga brotar »;
¡Silencio, pues...! Las extranjeras brisas
Yo no debo turbar, pues allí envías
Las dulces notas que tus cantos dan.

Si yo pudiera ser como la antorcha
Que da más luz al tiempo de morir,
Dirigiendo hacia ti mi última nota,
No envidiaras, Amelia, ni la gloria
De Leonor, de Laura ni Beatriz.

Á MI QUERIDO AHIJADO

CARLOS PRADILLA

¡Qué feliz es la infancia! exclama el joven;
¡Qué bella y qué feliz la juventud!
En su edad ya madura dice el hombre;
¿Pero la dicha en dónde
Se ocultaba cual hoy se oculta aún?

¡Oh! ni el niño, ni el joven, ni el anciano
Pueden nunca decir: yo soy feliz;
Al mirar esos tiempos que han pasado
Creemos, engañados,
Que la ventura se ha quedado allí.

Y es mentira: sofisma es el recuerdo
Cuando engalana el tiempo que pasó.
¿La esperanza?... sofisma, aunque sea bello,
Que nos forja el anhelo...
Y anhelamos... ¿y viene, qué? — el dolor.

Recuerdo y esperanza, aunque mentiras,
Algún consuelo á nuestras penas dan,
Que engañarse á sí mismo es sentir dicha,
Pues siempre suprimida
Otra mentira fué, felicidad.

Esperanza y recuerdo, pobre niño,
Vedados para ti siempre estarán;
No encontrarás en tu dolor alivio.
Si sientes un martirio,
Te ha dado el mundo lo que puede dar.

¡Oh! ¡el recuerdo! arráncalo del alma.
Que con él, aunque fuerte, no podrás,
Porque es el mal menor que se te aguarda
Llegar á ser estatua,
Que es el castigo del que mira atrás.

Pero si miras, hallarás doliente
Á una mártir sublime que te dió
Dos legados peores que la muerte:
La vida con su leche,
Y su mal incurable con su amor.

Y desprendido tú de sus entrañas
Otro legado más te dió al nacer,
Llevar como ella tan sensible el alma,
Herencia desgraciada
Que has recibido por tu mal también.

Y si miras, verás alla á tu madre
Desgarrarse entre angustias y morir;
En sus nervios, en su alma, en todas partes
Un verdugo constante
Teniendo encarnizado, la infeliz.

¡Oh! y la esperanza, aunque mentido sueño
Sea la duda, y la duda el torcedor,
No la tendrás aunque los hombres necios
La admitan cual consuelo:
Para ti la esperanza se acabó.

Ya te ha cerrado el porvenir sus puertas;
Adelante jamás debes mirar,
Que lo mismo que atrás, una barrera
Estúpida se eleva.
¡Pobre Carlos! no mires más alla.

Si lo haces, verás lo que miraste
Al mirar hacia atrás, tribulación;
Un tormento, un dolor en todas partes
Que sufrirás más tarde...
Si has de sufrir después, no sufras hoy.

Esa tu enfermedad es como el cáncer:
Lenta, inflexible, se la ve venir;
Tormentos y dolores sólo trae.
Mirándola delante
Sé que ni en sueños puedes ser feliz.

Y sufrirás horrriblemente: horribles
Te aguardan los dolores de tu mal.
Pídele á Dios con fe que te reanime,
Con fe á su Madre pídele
Que te dé lo que saben ellos dar.

En tu círculo estrecho del presente
Retuércete muriendo, y ojalá
Que conforme, aun muriendo nunca llegue
Tu lengua balbuciente
Una blasfemia á proferir jamás.

¡Yo también sufro tanto...! Mas no quiero
Tratándose de ti nombrarme yo;
Quisiera consolarte, mas no puedo;
Que sepas, sí, pretendo
Que alguien hay á quien duele tu dolor;

Y que quiere que al mundo, que te ha dado
Lo que el mundo al que sufre siempre da,
Lo mires con desprecio. ¡Sufre, Carlos!
Y á Dios pídele en tanto
Que no te niegue lo que sabe dar.

El pasado, el presente y el futuro,
Todo se muestra descarnado á ti;
Mas si crees, ¡feliz! fuera del mundo
Salvando aquellos muros,
Puedes tranquilo en tu dolor morir.

Que no importa que el alma torturada
Gima aquí, que gemir es su misión;
Sufre y la frente en tu dolor levanta,
Y de la fe en las alas
Elévate hacia Dios, sólo hacia Dios.

1868.

FRAGMENTOS DE UNA CARTA

MI AMIGO EL DOCTOR MANUEL URIBE ÁNGEL

. . . .
. . . .

Mas, prescindiendo de esto, no te adulo
En decir que al ser médico haces mal.
Yo debo ser muy malo cuando dudo
Si hacer bien es virtud ó es necedad.

Me duele mucho la dolencia agena,
Tanto, como si fuera... iba á mentir.
Pero, en fin, compadezco á los que penan
Porque algo tienen semejante á mí.

. . . .
. . . .

Yo les tuviera lástima á los médicos
Si yo fuera capaz de compasión:
Sacerdotes llamados á los duelos,
Pero á las fiestas y á las risas, no.

Y si no ¿no es verdad que tú sí sabes
Cuántas penas encierra Medellín,
Y el diluvio de lágrimas que cae
¿No es cierto, dime, que te moja á ti?

Pero debes estar desheredado
De los convites en que el goce esté,
Porque él solo y envuelto va pasando
En su manto egoísta, y no te ve.

No verás al fulgor de las bujías
Que iluminan espléndido salón,
Cavernosas miradas, ni sonrisas:
¡Médico para qué, si no hay dolor!

Pero sí te hallarás en una alcoba,
Á la luz vacilante de un candil,
Pretendiendo amenguar esa congoja
Del que al verse morir llámate allí.

Todo enfermo se muere: esa es la regla;
En contra de ella ¿tienes objeción?
No; mas no importa, responsable queda
El médico que asiste al que murió.

Mas, si recobra la salud, ¡milagro!
San Zutano bendito que nos dió
Una prueba palpable, que aun luchando
Contra médico y todo, lo salvó.

Y esa clientela, raza abominable
Que sin tregua te acecha y sin cesar,
Que á todas horas como sombra cae
¿Te da lástima, ó risa, ó qué te da?

Quién te consulta para mal de nervios,
Que nunca tuvo ni podrá sufrir;
Quién va por distraer su propio tedio
Á hacerte bostezar y á estarse *allí*.

¡Oh! ¡que no se convenzan en el mundo
Que el que en su casa está quiere allí estar,
Y que saldría para ver á alguno
Si no fuera mejor su soledad!

Y esa turba de necios que te asalta,
Ya curiosos, ya enfermos ¿qué te dan?
Si el que puede pagar tampoco paga,
¿Esperas gratitud?... Lástima da.

Hay otros, como yo, que á hablar de nervios
Por tu desgracia á tu despacho van,
Pero ya que con nervios me tropiezo
Déjame, pues, á mi sabor hablar.

¿Por qué los hombres no sufrimos todos,
Como debiera ser, de un modo igual?
¿No son hombres los hombres que son gordos?
¿Ó son ranas los flacos, y no más?

¿Está el mal en el alma? ¿Está en las fibras?
Eso que llaman nervios, di, ¿qué es?
¿Son cuerdas nada más que martirizan,
Ó alguna nota guardan al placer?

Esa red de dolores que ha encerrado
Al organismo en su menguado ser
Cual la túnica ardiente del Centauro,
¿Qué es eso? — Sensación. — Y, eso ¿qué es?

¿Por qué, dime, palpita en cada dedo
Una vida, un dolor, un corazón?
¿Por qué...? Muéstrame tú desnudo un cuerpo,
Que el alma voy á desnudarla yo.

. . . .
. . . .

Dios al formar al hombre, en los legados
Que con su santa mano le donó,
Le dijo: sólo, sólo en el trabajo
Hallarás un calmante á tu dolor.

Pero de dolo nadie lo ha acusado,
Porque bien claro nos lo dijo Él:
« Trabajo es trabajar; pero el trabajo
Es lo solo que cumple con mi ley. »

Y eso es verdad, Manuel, porque una gota
Que ruede en nuestras sienes, de sudor,
Condensa más tormentos en sí sola
Que los que nadie en su crueldad forjó.

Que en él, en el trabajo, está la dicha.
Y sólo trabajando se halla paz;
Pues bendigamos la bondad divina,
Que á trueque de un dolor consuelos da.

Se halla satisfacción, se halla un alivio,
Nada más que al cumplir con un deber;
Y el santo goce del deber cumplido
Yo sé que lo conoces tú muy bien.

Empero, ¿á dónde voy? Las digresiones
Me arrastran sin cesar lejos de mí;
Divagar es soñar: buenas entonces,
Porque soñar, Manuel, es no vivir...

. . . .
. . . .

Si dejan ver las carnes estrujadas,
Los harapos ¿no es cierto que hacen mal?
Sólo debe mostrarse lo que es llaga:
¿No puedes, dime, el esternón cortar?

Hazlo en cualquier viviente como lo haces
Allá en tu maniquí; pero en cartón
Su huella no ha trazado la desgracia:
Hazlo en un corazón, ¡hazlo, por Dios!

Y si no, vamos juntos, yo te muestro
Algo más doloroso que el dolor.
Escucha con paciencia y yo te cuento
Una historia de un Carlos que murió.

Mas, no imagines tú que yo soy Carlos.
No me retrato como Jorge Isaacs,
Ni soy tan animal como Lord Byrón
Cuando dijo: soy Hárold, soy Don Juan.

1868.

UN SUEÑO

¡Soñé! — ¡qué cosas se ven en sueños! —
Que Dios estaba de buen humor,
Y que riendo de ver tan viejos
Á mi levita y á mi calzón,

Me dijo: « Escucha: sabe que quiero
Darte una prueba de mi bondad;
Un don magnífico que te reservo:
Quiero que rico puedas gozar.

« Pues he resuelto que no te quejes,
Y tengas plata con profusión.
Siempre que quieras la mano mete
En el bolsillo del pantalón;

« Y un peso fuerte sacarás siempre;
Puedes hacerlo con rapidez,
Pues es lo mismo, que siempre un fuerte
En el bolsillo debes tener. »

¡Lo que es un sueño! Yo no creía,
Pero la mano llevé al calzón,
Y en el bolsillo... ¡un peso! ¡oh dicha!
¡Estar despierto me pareció!

Rápida al punto volví la mano,
Saqué otro peso, y otro después...
Seguí sacando, siempre sacando
Pesos y pesos... muchos saqué.

Sacaba un peso y otro venía
Al mismo punto y en vez de aquél,
Y de mi mano ágil y lista
Iba creciendo la rapidez.

Iba sacando pesos y pesos
Y sobre el suelo formé un montón,
Montón que siempre, siempre subiendo
Una muralla blanca formó.

Mi ansia, mi anhelo, iban creciendo
Cuanto subía más el montón;
Ya no veía, me hallaba ciego;
Me vi inundado por el sudor.

Como en ayunas, estaba débil,
Y tiempo hacía que estaba allí...
Sentí mi brazo desfalleciente
Perder sus fuerzas... rindióse al fin...

Vinieron juntos á suplicarme
Todos mis hijos con mi mujer,
Que algo comiera; pero yo « Gasten »
Sólo diciendo, nada escuché.

Siempre anhelante hice otro esfuerzo,
Quise más pesos de allí extraer;
Pero no pude, diéronme vértigos;
Cayendo exánime me desmayé...

—

Volví á la vida vuelto del sueño:
¡Lo que es un sueño! pensaba yo:
Me había dormido teniendo puesto
Mi pobre y único viejo calzón;

Y desgarrado vi que tenía
Y hecho pedazos mi pantalón.
¡Lo que es un sueño! que en más desdicha
¡Tanto dinero me sumergió!

Noté con esto, pero ¡qué tarde!
Que en el bolsillo se debe echar
Siempre dinero... mas, no sacarle
Sino por grande necesidad.

1869

MORIR

Á MI AMIGO DEMETRIO VIANA

¡Aleluya, aleluya! Ya la muerte
Con su dedo de hielo me tocó;
Si el fin preciso de la vida es ése,
Mientras más cerca nuestro fin, ¡mejor!

Poco sufre el que escucha su sentencia,
Y más si condenar es absolver;
Ese fallo infalible que se espera
Poco le debe atormentar á él.

Mas tú dirás que la existencia es bella
Y que es negro y dudoso el porvenir...
Pero si hoy es dudoso y nos aterra,
¿No es más dudoso más allá ese fin?

Es muy buena la vida, como dices;
Puede un hombre viviendo ser feliz,
Pero sólo el momento en que nos ríe
La muerte amiga que nos llama á sí.

Si nadie se alza de su helada tumba,
Si no se resucita nunca aquí,
¡Oh, bendita la muerte, que asegura
Que jamás volveremos á vivir!

¿Dónde está la desgracia? ¿En dónde se halla,
Jamás felicidad, siempre dolor?
En la vida ¿no es cierto? Y si ella acaba
¿Será el morir felicidad, ó no?

Pero hay hombres que adulan la existencia,
Optimistas en todo, como tú,
Que ufanos dicen : « Nuestra vida es prueba... »
Mas ¿qué entre prueba y dicha hay de común?

La muerte que se acerca ¿á cuántos hace
Un delito cobarde suspender?
Pues ya próxima viéndola delante
¿Quién, necio, la apresura, y para qué...?

La muerte nos reune á los que antes
Alzaron vuelo á la feliz región...
Nuestras almas no pueden separarse...
Pero... ¿al que vive hay que decirle adiós...?

¿Es preciso dejar á los que amamos?
¿Con que es MORIR también SEPARACIÓN...?
Y á la esposa, á los hijos, madre, hermanos
¿Dejarlos y partir? ¡No, Viana, no!

Yo no quiero morir... solo á lo menos,
Si es que debe llorar alguien por mí...
¡Yo no quiero morir... yo tengo miedo!
¡Oh! ¡miedo de quedarme y de partir...!

¿Con que al cerrar mis ojos, ojos yertos,
Al rededor de mi desierto hogar,
(¡Mi hogar, mi hogar...! ¡Qué digo! ¡Hogar ajeno!)
¿Los que ven mi partida llorarán...?

¿Con qué pudiera yo evitar de Julia
Una lágrima sola, una no más...
Con sólo no morir? Demetrio, busca
Un remedio eficaz para mi mal...

¡*Ella* y *ellos* dispersos y sufriendo...
Y tal vez tanto como sufro yo...!
Yo no quiero apartarme nunca de ellos...!
¡Yo no quiero morir...! ¡Gracia mi Dios!

¡Prolóngame la vida mientras vivan
Los que me obligas hoy á abandonar...!
¡Haz, mi Dios, que me quede ó que me sigan!
¡Pero yo solo, no, Dios de bondad...!

Ellos sin mí, ¿qué harán? ¡Oh! ¡la miseria,
Que ha hincado ya sus garras de metal,
Seguirá si me voy...! ¡Necio! ¡Si ella
Sólo por mí la experimentan ya...!

¡Oh! ¡y es eso verdad! ¡Soy un estorbo...!
¡No puede estar la dicha en donde estoy...!
¡Aleluya, aleluya...! Reconozco
Que sí debo morir... ¡lo quiere Dios!

1869.

Á MI AMIGO FEDERICO VELÁSQUEZ

« ¿Con que has visto la muerte hace ya tiempo
Acercarse hacia ti con paso fijo,
Y has exclamado con solemne acento:
Cúmplase en mí tu voluntad, Dios mío? »

Eso preguntas tú. Pues eso es cierto;
Mas quiero que me digas, Federico,
Si próxima la muerte estoy sintiendo
¿Qué es lo que extrañas del acento mío?

—¿Que no debo morir porque no es tiempo
Que yo deba dejar entristecidos
Á todos los que forman mi embeleso:
Familia, patria, porvenir, amigos?

Mas si eso no es así, si no hay remedio,
Y dice Dios: « Ya el término es cumplido »,
¿Me acusarás si ante un poder inmenso
Mi *no poder* con humildad resigno?

Nadie anhela morir cuando á lo lejos
Le da un fanal consolador su brillo:
¿Quién ilusiones al redor sintiendo
Querrá la realidad, amigo mío?

Si desechar la muerte ya no puedo,
Y humildemente resignado digo
(Al ver que Dios es grande y yo pequeño):
« Cúmplase en mí tu voluntad, Dios mío »,

¿Me culparás, me culparás por esto...?
No culpándome yo, muero tranquilo.
Todo lo que es morir yo lo comprendo,
Y con sólo mi miedo lo publico.

Si es preciso morir, también es cierto
Que es resignarse á nuestro fin, preciso.
Si es preciso morir, muramos riendo
Al menos con los labios, Federico.

1869.

Á MAGDALENA

Mis lágrimas bebiendo, de rodillas
Me acerqué silencioso á tu ataúd;
Iba á rogar por ti, pero á tu vista
Olvidé las plegarias que sabía,
Pues toda mi alma la llenabas tú.

Y entonces comprendí que están en fiesta
Saliéndote en el cielo á recibir,
Sabiendo que una voz amiga y nueva
Ya el coro de los ángeles completa;
Y así, no rogué á Dios, te rogué á ti.

1870.

Á MI AMIGO CAMILO FARRAND

El arte, más audaz que Prometeo,
Á los cielos su luz arrebató,
Y aun no ha mandado en su castigo el cielo
Un buitre que le rasgue el corazón.

Por el contrario, al perdonar su robo
Hace que un premio encuentre sólo en él;
Pues teniendo la luz lo tiene todo:
No perece, no puede perecer.

El arte, al escribir «fotografía»
Una frase escribió que es inmortal:
Arte nacido para hacer conquistas
Y al que nadie después conquistará.

Ella, al crecer, no en época remota
La estatua volcará de Gutenberg:
Tardos los tipos de la imprenta copian,
Y aquella copia el todo de una vez.

Rafaeles no habrá, no habrá Murillos;
La luz á los pintores destronó,
Pues ufano les dice: «Cuando pinto
Yo soy más hábil que el pincel mejor».

Con su triunfo animada, en un segundo
Se lanza al cielo hasta pasar el sol;
Y esa luz, que es de allá, la manda al punto
Que otra presa le traiga, como halcón.

Y va, y vuelve, y enseña los retratos
De eso que el hombre con sorpresa ve;
Y la bóveda azul, poblada de astros
Nos la muestra pintada en un papel.

Á esa luz prisionera, ordena el arte
Que hasta el fondo del mar ha de partir,
Parte al instante, y al instante trae
El mundo ignoto que se encuentra allí.

Que al arte el cielo trajo á la morada
Donde juzgan que sólo está el dolor:
Última confidencia que en voz baja
Hizo al mortal al inclinarse Dios.

Tú, discípulo y ayo de tu arte,
Hijo mimado de la nueva luz,
Ya has conseguido engrandecer tu madre,
Si ella te mima, la abrillantas tú.

Tú, Farrand, con tu genio has hecho mucho;
No dejes comenzada tu labor:
Sigue y trabaja, que es salvar los mundos,
Ir más allá y asemejarse á Dios.

Tú tienes ya la ubicuidad hallada,
Mostrándole al inmoble espectador
Por medio de tu lúcido optorama
Lo que hoy existe y lo que ya pasó.

Altivo el hombre al escucharlo irguióse
Lleno de orgullo de su propio ser;
¡Oh! con cuánta razón se eleva entonces,
Porque el hombre no es hombre, sino rey.

Y los cielos, los soles, los planetas
En una imposición dobles nos da,
Si de noche la bóveda refleja
Ese cielo al revés que llaman mar.

En tu optorama entusiasmados vemos
Desfilar en graciosa procesión
Lo que tienen las artes de más bello,
Lo que tienen los campos de mejor.

—

Vete, Camilo, y á tu patria lleva
Eso que has espigado en mi país,
Y di á los hijos de tu magna tierra:
« Aquí hay más orden, más belleza allí ».

Preséntales las vistas admirables
Que has recogido infatigable tú,
Y diles con orgullo: « Esto hace el arte,
Mirad aquí la América del Sur ».

Las azules colinas que se pierden
Coronadas de nubes de algodón,
Y las sabanas y las selvas verdes,
Y los nevados que ilumina el sol,

Y los montes, los valles, las cascadas...
Todo lo primitivo muestra, en fin;
Pero sólo lo agreste, amigo Fárrand:
Nuestras luchas no vayas á exhibir.

Vete, y ufano y orgulloso muéstrate
Cargado de riquezas cual Colón.
Vete, sí; mas no olvides que dejaste
La mano que tu mano aquí estrechó.

1871.

(Estaba un día el poeta ocupado, y quizá de mal humor, cuando le presentaron un merengue que le enviaba su amiga Edelmira, con este recado: « Que le diga á qué sabe »; á lo cual contestó: « Dígale que á nada ». La obsequiosa señorita, que á su vez había recibido como regalo el exquisito merengue de manos de unas amigas suyas, no quedó naturalmente muy satisfecha con la contestación; así se lo manifestó al poeta apenas le vió, y él entonces, en desagravio, le escribió estos versos).

¡Á NADA!

I

¿Me preguntas, Edelmira,
Á qué me supo esa pasta
Llamada por ti merengue?
Pues oye: me supo á nada.
Á nada, muy formalmente
Te lo repito: esto basta.

—

El sabor es, Edelmira,
Cual la voz, cual la mirada,
Cual todo lo que sentimos
Y cuyo juez es el alma.
Y si no, dime, ¿qué dicen
Los pájaros cuando cantan?
¿Qué dicen cuando murmuran
En blancas guijas las aguas?
¿Qué dice la blanda brisa
Cuando tropieza en las ramas,
Y el fiero mar que se escucha
Cuando colérico brama?
¿Qué los truenos cuando rugen

Y entre las nubes estallan?
¿Qué los volcanes publican
Cuando vomitan su lava?
¿Qué se oye, di, cuando suenan
Repicando las campanas,
Y de un péndulo el latido,
Y el de un perro cuando ladra?
Dime, ¿no es cierto, Edelmira,
Que brisas, rumores, auras,
Truenos, volcanes, sonidos,
Son mudos, no dicen nada?

—

¿No has visto tú algunos ojos
Que nos miran y que callan?
¿No has visto algunas sonrisas
Que entre dos hoyuelos vagan
Ó bajo naciente bozo
Furtivamente se escapan?
¿Qué dicen esas sonrisas,
Mudo lenguaje del alma?

—

En el campo, á la oración
¿No has estado reclinada
Mirando pasar las nubes
Que en mil grupos se abrillantan,
Que se escarmenan, se apiñan,
Negras, plomizas ó blancas,
Cuando el sol al esconderse
Débiles rayos les lanza?

Y allí mismo en esas horas
En el césped recostada,
¿No oíste mugir los toros,
No oíste bramar las vacas,
Y del gaballo el relincho,
Y el balido de las cabras,
Currucutear las palomas,
Y al gallo cantar, si canta?
¿No oíste de las gallinas
La monótona algazara,
Cuando disputan un puesto
De un árbol entre las ramas,
Y susurrar las abejas
Cuando anhelantes enjambran,
Y á la torcaz que solloza
Cuando todo rumor calla?
Edelmira, di, Edelmira,
Todo esto, ¿qué dice? Nada.

II

Á nada, es decir, á todo,
Porque esta palabra vaga,
Como el maná del desierto
Á cualquier gusto se adapta.
Se escucha lo que se quiere
Porque es fotógrafa el alma,
Y con su luz un deseo
Es realidad y resalta.
Y si no, dime, Edelmira,
Cuando los pájaros cantan,
¿No te expresan lo que anhelas,

Lo mismo que oculto guardas?
Cuando las aguas murmuran,
¿No responden en su habla
Á una pregunta secreta
Que estás haciendo aunque callas,
Respuesta que á nadie pides,
Pero que confiada aguardas?
Y en las brisas apacibles
Cuando sacuden sus alas,
¿No escuchas en tus oídos
Los mil suspiros que pasan?

III

Nos forja la fantasía
Lo que la mente anhelara,
Y oímos lo que queremos
Si repican las campanas,
Si mugen fieros los toros,
Si braman tiernas las vacas,
Si melancólica arrulla
La paloma enamorada,
Si el relincho percibimos
Del alazán cuando escarba,
Ó el ladrido de los perros,
Ó el gallo criollo que canta,
La torcaz que se lamenta,
Ó las cabras cuando balan.

—

El mar, el volcán, el trueno
¿No te espantan cual te espanta

La realidad de un martirio
Que sus sonidos retrata?
En las nubes caprichosas,
Que tímidamente vagan,
¿No ves fantasmas, vestiglos,
Demonios, ángeles, hadas,
De púrpura inmensos ríos,
De plomo negras montañas,
Formando así tu capricho
La figura deseada?

—

Las sonrisas dicen mucho,
Dicen más que las palabras,
Crepúsculo vespertino
Ó tinte róseo del alba,
Ya sean de ira ó despecho,
Ya de amor ó de esperanza.
Y los ojos, oh Edelmira,
El telégrafo del alma,
¿Cuántas cosas no nos cuentan
Con una sola mirada?

—

¡Oh! Cuán amargas las penas
Son en las horas calladas
De una noche de aflicción...
¡Tan lentas horas no acaban!
Y por eso los murmullos
Que llegan á la almohada
Nos dicen cosas tan tristes,

Que mejor fuera ignorarlas.
Y si postrada en el lecho
Sientes la fiebre que mata,
¿No oyes que el péndulo imita
De la muerte las pisadas,
Cuando palpitando acordes
Tu sien y el péndulo marchan?
Que el péndulo y las arterias
Compás acordado marcan,
Á la sangre que circula
Y al tiempo fugaz que pasa.

—

En fin, sonidos, rumores
Sombras, sonrisas, miradas,
Volcanes, nubes y truenos
Dicen todo, ó dicen nada.

IV

Convengamos, Edelmira,
En que no sabiendo á nada
Ese merengue exquisito,
Mil cosas ocultas guarda.
Yo al probarlo estaba viendo
Esas manos delicadas
De las graciosas criaturas
Que *aéreas* cosas amasan;
Creí que estaba leyendo
El interior de sus almas,
Y en su limpio fondo escritas
Sus ilusiones galanas.

Me supo, y me supo á mucho,
Porque no me supo á nada...
Y veía, sobre todo,
Que aquella bendita pasta,
Pasando antes por las tuyas,
Luego á mis manos llegaba;
Y pensando en ti leía
Lo que allá en tu pecho pasa,
Donde á leer he aprendido
Por tu voz y tu mirada.

—

Concluyamos, Edelmira,
¿Á qué me supo esa pasta?
Á lo mismo que estos versos:
Me supo á todo y á nada.

1871.

IMPROVISACIONES

El mundo solo estaba, desierto Edén sin brisa;
El hombre suspiraba;
Mas la mujer le trajo su sonrisa.

Sin una compañera á quien su labio nombre,
El hombre desespera;
Porque es mundo sin sol, sin ella el hombre.

—

Ya se fué la paloma de su nido
Y arrulla triste en el ajeno hogar.
Paloma blanca, ven, que bien venido,
Siempre que vuelva, el pródigo será.
¡Ven paloma! ¡ven acá!

—

No tengo los gorjeos del ruiseñor que canta
Mecido en las florestas de tu natal país:
Tengo sólo esos trinos que tímido levanta
El tordo en las espigas doradas del maíz.

—

Esa mujer de corazón de amianto
Mis lágrimas no mira:
No se conduele al presenciar mi llanto,
Y oyendo mis suspiros no suspira.

(Pasaba un día frente á la casa en que se alojaba el poeta en Cipaquirá, una señorita muy bella; preguntó él quién era, y se le contestó : « Es E. J.; ha tenido tres pretendientes y todos han muerto ; » entonces improvisó este cuarteto.)

Me han dicho que peligra quien la mira,
Que quien la ama en el instante muere;
Dile, por Dios, que quien la ve suspira
Y que aspira á morir si ella lo quiere.

¡MISERERE!

¡Misericordia, oh Dios, oh Dios eterno!
Escucha las palabras de mi boca:
Guarda tu omnipotencia y tu justicia;
Sólo pido hacia mí misericordia.

Eterno, omnipotente y admirable
Te manifiestas en tus obras todas,
Y yo, rüin, para alcanzar clemencia,
No tengo más que mis mundanas obras.

Tú, todopoderoso, eres el centro
Á do la creación gravita toda;
Sólo tú permaneces inmutable,
Pues todo el tiempo lo destruye y borra.

Círculo eterno cuyo centro se halla
En todas partes, siempre á todas horas,
Y cuya periferia en parte alguna
Jamás puede encontrar la mente ansiosa.

Son los mundos y soles refulgentes
Opacas lentejuelas de tu alfombra.
Y el pasado, el presente y el futuro
Un breve punto á tu presciencia sola.

Al que pretende penetrar tu esencia
Tu poder lo confunde y lo acongoja,
Mas así muestras tu poder eterno,
Abrumando al que intenta ver tu gloria.

Tu ciencia es infinita, y tu justicia
Infinita como ella y portentosa ;
Pero yo sólo á tu bondad ocurro:
Busco al Padre no más; óyeme ahora.

Tu airado rostro de mi rostro aparta,
Y así tu oído escuchará mi boca;
No te acuerdes, Señor, de mis pecados,
Y de mi alma la impureza borra.

Con un santo temor y temblor santo
Quisiera yo servirte á todas horas,
Y espero tu perdón, porque yo, ingrato,
Al fango me arrojé, do gimo ahora.

Señor, soy débil, me confieso reo,
Nada mi infamia y mi vileza abona,
Pero fuí concebido en el pecado,
Y es la mancha de Adán mi herencia odiosa.

¡Apártame del vicio, Dios clemente,
Y tu perdón mi contrición acoja,
Mi contrición que alentarás, que el alma
Es impotente si se encuentra sola!

No son las almas parte de tu esencia,
Pues sólo son tu predilecta obra;
Si tú sombra inmortal tener pudieras,
Nuestras almas, tal vez, fueran tu sombra.

Mas vuelve ya tu rostro hacia mi rostro;
Ya me oíste, Señor, ¡mírame ahora!
¿No me escuchas aún? ¡Virgen María,
Ayúdame á rogar, Madre y Señora!

Pide á mi Redentor, al Hijo tuyo,
Que mi plegaria compasivo acoja.
Me escuchaste ¿no es cierto, Madre mía?
¡Gracias! ¡que así tendré misericordia!

1871.

LAS DOS NOCHES

Á DEMETRIO VIANA

¡Oh! ¡noche oscura! ¡oscura, oscura noche!
Voy á matar mi luz artificial,
Y me quedo conmigo en otra noche
Más oscura que tú, mi propio mal.

Entre dos pabellones que se elevan
Si negro es el de arriba, el mío es más:
De esas cortinas ¿cuál me infunde miedo?
Me infunde miedo la que tengo acá.

Voy á mi lecho, estrujo mi ropaje,
Dando sin descansar vueltas en él;
Vuelve el alma sus ojos hacia dentro,
Y oscuridad en su contorno ve.

Pero en su fondo no, pues donde quiera
Algo hay que punza y en relieve está.
No se puede borrar de la conciencia.
Lo que puede borrar la oscuridad.

Los ojos hacia dentro, te aseguro,
Los infusorios de la vida ven,
Microscópicos seres que un cocuyo
Con su luz vacilante hace tremer.

1871.

LA ORACIÓN

Bien hace aquel que prosternado cae
Y confiesa y alaba á su Señor;
Creer y confesar tal vez lo salven,
Pero es dulce, es mejor pedirle á Dios.

Confiad en la oración, llama que sube
Hasta las salas de la eterna luz,
Telégrafo instantáneo que nos une
Con la patria de amor, patria común.

Las plegarias, que son alas del alma,
La llevan recta hasta encontrar á Dios,
Y oración que á su trono se levanta
Baja trayendo alguna bendición.

Pedidle á Aquél en cuya mansa boca
Tantas promesas para todos hay;
No temáis implorarle á todas horas;
Creed en el *Pedid y se os dará*.

Si no alcanzáis lo que pedís fervientes
(¡Misterioso poder de la oración!),
Encontraréis de los pedidos bienes
Después de orar, necesidad menor.

. . . .

1872.

Á JULIA

« Juntos tú y yo vinimos á la vida,
Llena tú de hermosura y yo de amor;
Á ti vencido yo, tú á mi vencida,
Nos hallamos por fin juntos los dos. »

Así te dije; ¡oh Dios!... ¡Quién creería
Que no hiciera milagros el amor!
¡Cuántos años pasaron, vida mía,
Y excepto nuestro amor, todo pasó!

¡Con cuánto orgullo yo añadí: mi brazo
Te servirá en la vida de sostén!
De nuestro amor el encantado lazo
Risueño, ufano, al mundo lo mostré.

¡Mucho, mucho, mi Julia, hemos sufrido!
Un abismo descubro entre hoy y ayer:
Mas el débil fuí yo, yo fuí el vencido;
Tú, fuerte de los dos, tuviste fe.

Y tu fe te ha salvado y me ha salvado,
Pues unidos vinimos hasta el fin,
Cual dos olas gemelas que han rodado
En busca de una playa en qué morir.

Basta para una vida haberte amado:
Ya he llenado con esto mi misión.
He dudado de todo... he vacilado,
Mas sólo incontrastable hallé mi amor.

Julia, perdón si al fin de la carrera
Fatigado y sin fuerzas me rendí...
¡Si tu suerte enlazada no estuviera
Con mi suerte, tal vez fueras feliz!

Tú fuiste para mí como la roca
Al solo y casi náufrago bajel,
Que, el ancla en ella al arrojar, provoca
Las tempestades que en contorno ve.

Empero, la borrasca no te arredra,
Aunque se avanza hacia nosotros dos,
Y has querido morir como la hiedra
Que se abraza del olmo protector.

Fué desigual la unión de nuestros lares:
Yo con mis faltas, tú con tu virtud;
Tú dándome tu amor, yo mis pesares...
¡Oh! ¡debiste salvarte, sola, tú!

Mas de la vida en la penosa lucha,
Ya en el fin, como yo debes hallar
Un consuelo supremo: Julia, escucha:
Si no como antes, nos amamos más.

1869.

MEMORIA

SOBRE

EL CULTIVO DEL MAÍZ

EN ANTIOQUIA

INTRODUCCIÓN

El uso de voces indígenas ó peculiares de ciertas comarcas, desacompañado de ... aclaraciones, condena á no ser entendidas fuera del suelo donde nacieron á obras que merecieran otra suerte; dígalo si no la *Memoria sobre el cultivo del maíz en Antioquia,* poema bellísimo que con gusto prohijaría Virgilio, pero que su autor, modesto en demasía ó injustamente celoso con sus lectores no antioqueños, destinó sólo á su patria.

(CUERVO, *Apuntaciones críticas).*

GREGORIO GUTIÉRREZ GONZÁLEZ y yo nos conocimos en los bancos de la escuela.

GUTIÉRREZ GONZÁLEZ era un joven contemplativo y propenso á la reflexión; yo era un mozo frívolo é insustancial.

Yo adiviné en GUTIÉRREZ el germen del genio; él adivinó en mí la personificación de un amigo fiel.

En el mundo moral hay leyes semejantes ó iguales á las que arreglan el mundo físico: electricidades de naturaleza contraria se atraen; caracteres diversos tienden á la unión. Fué por eso, sin duda, por lo que GUTIÉRREZ GONZÁLEZ y yo, al entrar en el camino difícil de la vida, nos estrechamos

la mano y quedamos ligados por el vínculo santo de una amistad imperecedera.

—

Salidos del colegio, el destino nos separó por algunos años. Él quedó viendo el humo que salía por la chimenea del hogar paterno, continuó oyendo el suave susurro de las cascadas del Aures, y siguió contemplando por algún tiempo la casita blanca en que pasó su niñez. Yo ascendí al Cotopaxi y al Chimborazo, escuché el trueno de agua de la cascada americana y navegué sobre las ondas revueltas del golfo de San Lorenzo. Mi amigo fué más feliz que yo.

—

Pasado algún tiempo, nos encontramos de nuevo en el país natal, y nos estrechamos la mano con la efusión de antes y la ternura de siempre.

Las pasiones estaban enardecidas, nuestras opiniones sociales eran idénticas; pero nuestras creencias políticas diferían un tanto.

En el debate encarnizado de los bandos y en medio del combate nos encontrábamos de vez en cuando, nos mirábamos, nos estrechábamos de nuevo la mano y nos confundíamos en estrecho abrazo : el odio era imposible en nuestras organizaciones.

—

Gutiérrez quería resolver el problema de la existencia humana.

Recuerdo que un día me dijo : « Manuel, tú que estudias al hombre, dime qué es la vida y qué es la muerte ».

No lo sé, le respondí; pero entiendo que el día en que la losa del sepulcro cubra tus restos y al instante en que tu espíritu comience á transitar por el interminable camino de lo eterno, oirás la primera palabra de verdad en ese asunto.

—

Un poco más tarde mi amigo cayó mortalmente enfermo, y yo le presté los estériles cuidados de mi ciencia.

Era el crepúsculo; una débil luz alumbraba su rostro moribundo; su sensible esposa tenía el corazón hecho pedazos, y sus hijos, agrupados en torno del lecho de muerte, estaban inundados en lágrimas.

La siniestra mano de mi amigo reposaba helada sobre la mía; en la diestra tenía la efigie de Cristo, y sus ojos estaban fijos sobre la Cruz.

La vida de aquel amigo se apagó de un soplo, y su alma inocente y honrada voló hasta el seno de Dios en alas de la fe.

—

Ni un solo día, ni una sola hora, ni un solo instante su recuerdo ha dejado de vivir en el mío.

Hoy, me toca escribir el prólogo á la MEMORIA SOBRE EL CULTIVO DEL MAÍZ, que, acaso por mis indicaciones, cantó en buena hora el vate inspirado de las montañas antioqueñas.

—

Cuando los españoles llegaron al nuevo mundo, el maíz representaba para los americanos el mismo papel que el trigo representó siempre para los pueblos primitivos del viejo continente. El trigo era la base del pan entre los habitantes del Asia, y lo fué para las gentes europeas; y el trigo sirvió al Redentor de los hombres para simbolizar con él su encarnación en la noche de la Cena.

El maíz como alimento fué el primer bocado que cayó de la mano misericordiosa de Dios sobre la boca necesitada de indio. Como elemento de nutrición, pasó de la rústica choza de los aborígenes á la sencilla mesa de los conquistadores. Como elemento de fuerza y de vigor sostuvo más tarde la

escasa provisión de los colonos y mantuvo la energía necesaria para sus difíciles y fatigosas tareas de organización social.

Esparcido este grano redentor por todos los lugares de nuestro continente, ha sido provechoso, sobre todo para las poblaciones establecidas en las comarcas montañosas.

En Antioquía el maíz se encuentra como recurso clásico de alimentación, y aun el nombre mismo de antioqueño despierta en todo el país la imagen socorrida de este riquísimo cereal.

Por una coincidencia que nos ha llamado la atención de algún tiempo á esta parte, el maíz se ha encargado de perpetuar en la memoria de los antioqueños el nombre ilustre de dos esclarecidos compatriotas: el nombre de Zea *(Zea maiz)*, trasmitido por la ciencia á las generaciones venideras, y el nombre de GUTIÉRREZ GONZÁLEZ, que vuela en alas de la gloria literaria, por haber sido su cantor inmortal.

Las estrofas de GUTIÉRREZ GONZÁLEZ tienen hoy su divina resonancia en los valles y en las crestas de nuestras cordilleras; su MEMORIA SOBRE EL CULTIVO DEL MAÍZ se repite con delicia en la cabaña del pobre y se declama con orgullo en el aposento del rico y en el gabinete del literato. Las baladas de Osián no caen mejor sobre el oído del montañés de Escocia, que el eco tierno de los versos de nuestro poeta sobre el oído de nuestros sencillos y honrados trabajadores.

En tanto que los bosques antioqueños puedan caer con fragoroso estrépito al impulso del brazo robusto y de la cortante hacha de nuestros agricultores; en tanto que la serpiente se deslice por entre la maleza, y el turpial se meza lanzando canoras voces, en la mazorca sazonada; en tanto que hacendosas cocineras se inclinen sobre la piedra para preparar infatigables el sustancioso y delicado pan de nuestros festines; en tanto que las devotas gentes asistan regocijadas á la fiesta de la Candelaria; en tanto que haya cosechas que repleten nuestros graneros y sostengan el aliento de nuestro virtuoso pueblo; en tanto que las viejas tradi-

ciones del hogar sean una religión para nuestros campesinos; en tanto que queden inteligencia, memoria y sensibilidad en el alma y en el corazón de nuestros compatriotas, y en tanto que exista nuestra raza con su lengua y sus costumbres; en nuestros campos, en nuestras villas y ciudades vivirá fresco el nombre de GUTIÉRREZ GONZÁLEZ, bardo inspirado de nuestras montañas.

MANUEL URIBE ÁNGEL.

SEÑORES SOCIOS

De la Escuela de Ciencias y Artes

Como es obligación que á todo socio
De nuestra Escuela impone el reglamento
Presentarle, por turno, una Memoria
Llena de ciencia, erudición y mérito;

Yo, que á fondo he estudiado agricultura,
Que he meditado y consultado textos,
Y que largas vigilias he pasado
Atento siempre y consagrado á eso;

Por amor á las ciencias y á las artes,
En favor de la industria y del progreso,
Y sólo en bien de mi querida patria
Mi *Memoria científica* os presento.

No usaré del lenguaje de la ciencia,
Para ser comprendido por el pueblo;
Serán mis instrucciones ordenadas,
Con precisión y claridad y método.

No estarán subrayadas las palabras.
Poco españolas que en mi escrito empleo,
Pues como sólo para Antioquia escribo,
Yo no escribo español sino antioqueño.

En fin, señores, buenos é indulgentes,
Que estos trabajos aceptéis espero;
Y si logro ser útil á mi patria
Veré cumplido mi ferviente anhelo.

1866.

MEMORIA
SOBRE EL CULTIVO DEL MAÍZ
EN ANTIOQUÍA

CAPÍTULO I

De los terrenos propios para el cultivo, y manera de hacerse los barbechos, que decimos rozas.

Buscando en donde comenzar la Roza,
De un bosque primitivo la espesura
Treinta peones y un patrón por jefe
Van recorriendo en silenciosa turba.

Vestidos todos de calzón de manta
Y de camisa de coleta cruda[1],
Aquél á la rodilla, ésta á los codos,
Dejan sus formas de titán desnudas.

El sombrero de caña[2] con el ala
Prendida de la copa con la aguja,
Deja mirar el bronceado rostro,
Que la bondad y la franqueza anuncia.

Atado por detrás con la correa
Que el pantalón sujeta á la cintura,
Con el recado de sacar candela[3],
Llevan repleto su carriel[4] de nutria.

Envainado y pendiente del costado
Va su cuchillo de afilada punta;
Y en fin, al hombro, con marcial despejo,
El calabozo que en el sol relumbra.

—

Al fin eligen un tendón de tierra[5]
Que dos quebradas[6] serpeando cruzan,
En el declive de una cuesta amena
Poco cargada de maderas duras.

Y dan principio á socolar[7] el monte
Los peones formados en columna;
Á seis varas distante uno de otro
Marchan de frente con presteza suma.

Voleando[8] el calabozo á un lado y otro,
Que relámpagos forma en la espesura,
Los débiles arbustos, los helechos
Y los bejucos por doquiera truncan.

Las matambas[9], los chusques[10], los carrizos,
Que formaban un toldo de verdura,
Todo deshecho y arrollado cede
Del calabozo á la encorvada punta.

Con el rostro encendido, jadeantes,
Los unos á los otros se estimulan;
Ir adelante alegres quieren todos,
Romper la fila cada cual procura.

Cantando á todo pecho[11] la guavina[12],
Canción sabrosa, dejativa y ruda,
Ruda cual las montañas antioqueñas,
Donde tiene su imperio y fué su cuna.

No miran en su ardor á la culebra
Que entre las hojas se desliza en fuga,
Y presurosa en su sesgada marcha,
Cinta de azogue, abrillantada undula;

Ni de monos observan las manadas
Que por las ramas juguetones cruzan;
Ni se paran á ver de aves alegres
Las mil bandadas, de pintadas plumas;

Ni ven los saltos de la inquieta ardilla,
Ni las nubes de insectos que pululan,
Ni los verdes lagartos que huyen listos,
Ni el enjambre de abejas que susurra.

—

Concluye la socola [13]. De malezas
Queda la tierra vegetal desnuda.
Los árboles elevan sus cañones [14]
Hasta perderse en prodigiosa altura,

Semejantes de un templo á los pilares
Que sostienen su toldo de verdura;
Varales largos de ese palio inmenso,
De esa bóveda verde altas columnas.

El viento, en su follaje entretejido,
Con voz ahogada y fúnebre susurra,
Como un eco lejano de otro tiempo,
Como un vago recuerdo de ventura.

Los árboles sacuden sus bejucos,
Cual destrenzada cabellera rubia
Donde tienen guardados los aromas
Con que el ambiente, en su vaivén, perfuman.

De sus copas galanas se desprende
Una constante, embalsamada lluvia
De frescas flores, de marchitas hojas,
Verdes botones y amarillas frutas.

Muestra el cachimbo[15] su follaje rojo,
Cual canastillo que una ninfa pura
En la fiesta de Corpus, lleva ufana
Entre la virgen, inocente turba.

El guayacán con su amarilla copa
Luce á lo lejos en la selva oscura,
Cual luce entre las nubes una estrella,
Cual grano de oro que la jagua[16] oculta.

El azuceno[17], el floro-azul[18], el caunce[19]
Y el yarumo[20], en el monte se dibujan
Como piedras preciosas que recaman
El manto azul que con la brisa undula.

Y sobre ellos gallarda se levanta,
Meciendo sus racimos en la altura,
Recta y flexible la altanera palma,
Que aire mejor entre las nubes busca.

—

Ved otra vez á los robustos peones
Que el mismo bosque secular circundan;
Divididos están en dos partidas,
Y un capitán dirige cada una.

Su alegre charla, sus sonoras risas,
No se oyen ya, ni su canción se escucha;
De una grave atención cuidado serio
Se halla pintado en sus facciones rudas.

En lugar del ligero calabozo
La hacha afilada con su mano empuñan;
Miran atentos el cañón del árbol,
Su comba ven, su inclinación calculan.

Y á dos manos el hacha levantando,
Con golpe igual y precisión segura,
Y redoblando golpes sobre golpes,
Cansan los ecos de la selva augusta.

Anchas astillas y cortezas leves
Rápidamente por el aire cruzan;
Á cada golpe el árbol se estremece,
Tiemblan sus hojas, y vacila... y duda...

Tembloroso un momento cabecea,
Cruje en su corte, y en graciosa curva
Empieza á descender, y rechinando
Sus ramas enlazadas se apañuscan;

Y silbando al caer, cortando el viento,
Despedazado por los aires zumba...
Sobre el tronco el peón apoya el hacha
Y el trueno, al lejos, repetir escucha.

—

Las tres partidas observad. Á un tiempo
Para echar una galga[21] se apresuran;
En tres faldas distintas, el redoble
Se oye del hacha en variedad confusa.

Una fila de árboles picando[22]
Sin hacerlos caer, está la turba,
Y arriba de ellos, para echarlo encima,
El más copudo por madrino[23] buscan.

Y recostando andamios en su tronco
Para cortarlo á regular altura,
Sobre las bambas[24] y al andamio trepan
Cuatro peones con destreza suma.

Y en rededor del corpulento tronco
Sus hachas baten y á compás sepultan,
Y repiten hachazos sobre hachazos
Sin descansar, aunque en sudor se inundan.

Y vencido por fin, cruje el madrino,
Y el otro más allá: todos á una,
Las ramas extendidas enlazando,
Con ótras ramas enredadas pugnan;

Y abrazando al caer los de adelante,
Se atropellan, se enredan y se empujan,
Y así arrollados en revuelta tromba
En trueno sordo, aterrador retumban...

El viento azota el destrozado monte,
Leves cortezas por el aire cruzan,
Tiembla la tierra, y el estruendo ronco
Se va á perder en las lejanas grutas.

Todo queda en silencio. Acaba el día,
Todo en redor desolación anuncia.
Cual hostia santa que se eleva al cielo
Se alza callada la modesta luna.

Troncos tendidos, destrozadas ramas,
Y un campo extenso desolado alumbra,
Donde se ven como fantasmas negros
Los viejos troncos, centinelas mudas.

CAPÍTULO II

Que trata de la limpia y abono de los terrenos, muy especialmente por el método de la quema. De la manera de hacer las habitaciones, y de la siembra.

Un mes se pasa. El sol desde la altura
Manda á la Roza, vertical su rayo;
Ya los troncos, las ramas y las hojas
Han tostado los vientos del verano.

Las hojas en las ramas se encartuchan[25],
Sobre los troncos se blanquean los ramos,
Y las secas cortezas se desprenden
De trecho en trecho de los troncos largos.

Aquí y allá la enredadera verde
Tímida muestra sus primeros tallos,
La guadua ostenta su primer retoño
De terciopelo de color castaño.

Ya el verano llegó para la quema;
La Candelaria[26] ya se va acercando;
Es un domingo á medio día. El viento
Barre las nubes en el cielo claro.

Por la orilla del monte los peones
Vagan al rededor del derribado,
Con los hachones de cortezas secas
Con flexibles bejucos amarrados.

Prenden la punta del hachón con yesca,
Y brotando la llama al ventearlo
Varios fogones en contorno encienden,
La Roza toda en derredor cercando.

Lame la llama con su inquieta lengua
La blanca barba[27] á los tendidos palos;
Prende en las hojas y chamizas[28] secas,
Y se avanza, temblante, serpeando.

Vese de lejos la espiral del humo
Que tenue brota caprichoso y blanco,
Ó lento sube en copos sobre copos
Como blanco algodón escarmenado.

La llama crece; envuelve la madera
Y se retuerce en las nudosos brazos,
Y silba, y desigual chisporrotea,
Lenguas de fuego por doquier lanzando

Y el fuego envuelto en remolinos de humo,
Por los vientos contrarios azotado
Se alza á los cielos, ó á lo lejos prende
Nuevas hogueras con creciente estrago.

Ensordecen los aires el traquido
De las guaduas y troncos reventando,
Del huracán el mugidor empuje,
De las llamas el trueno redoblado.

Y nubes sobre nubes se amontonan
Y se elevan, el cielo encapotando
De un humo negro que arrebata chispas,
Pardas cenizas y quemados ramos.

Aves y fieras asustadas huyen;
Pero encuentran el fuego á todos lados,
El fuego, que se avanza lentamente.
Estrechando su círculo incendiario.

Al ave que su prole dejar teme,
La encierra el humo, al rededor volando,
Y con sus alas chamuscadas cae
Junto del nido que le fué tan caro.

Aquí y allá se vuelve la serpiente
Buscando una salida, y en su espanto
Se exaspera, se enrosca, se retuerce,
Y el fuego cierra el reducido campo.

Del aire al soplo se dilata el humo
Hasta que llena el anchuroso espacio;
Rosados se perciben los objetos;
Redondo y rojo el sol se ve sin rayos.

Sobre el monte, la Roza y el contorno
Tiende la noche su callado manto
Bordado con las chispas del incendio
Que parecen cocuyos revolando.

Y con la incierta luz de mil fogones,
Restos aun vivos del ardiente estrago,
Se ve de lejos la quemada Roza
Cual vivac de un ejército acampado.

—

El lunes de mañana los peones
Van, en la Roza, á improvisar un rancho[29];
Como hormigas arrieras[30] se dispersan
Los materiales cada cual buscando.

Van llegando cargados con horquetas,
Estantillos[31], soleras, encañados,
Latas y paja y ruedas de bejuco,
Y todo en un plancito amontonando.

En línea recta clavan tres horquetas,
Y echan sobre ellas la cumbrera en alto
Para formar el rancho vara en tierra[32],
Con un pequeño alar al otro lado.

Atan los encañados con bejuco
En la larga cumbrera recostados,
Y formando sobre ellos una reja
Acaban de enlatar[33] con ágil mano.

Empezando de abajo para arriba
El rancho en derredor van empajando[33];
Pajas diversas confundidas mezclan,
Palmicho[34], santaines[35] y rabihorcado[36].

Y después de formarle el caballete
Lo dividen en dos con un cercado.
Del un lado colocan la cocina,
De habitación les servirá el contrario.

Hacen la barbacoa[37], en que colocan
Las ollas, las cucharas y los platos;
Ponen la vara de colgar la carne,
Y las tres piedras de fogón debajo.

La piedra de moler en cuatro estacas
Aseguran muy bien, y en otras cuatro
Sientan una cuyabra[38] aparadora[39],
Y á su lado, con agua, un calabazo[40].

—

Es hora de sembrar. Ya los peones
Con el catabre[41] sembrador terciado,
Se colocan en fila al pie del monte,
Guardando de distancia cuatro pasos;

Y con un largo recatón de punta
Hacen los hoyos con la diestra mano,
Donde arrojan mezclada la semilla:
(Un grano de frisol[42], de maiz cuatro).

Dan con el mismo recatón un golpe
Sobre el terrón, para cubrir el grano,
Y otros hoyos haciendo, en recto surco,
Siguen de frente y avanzando un paso.

Se miran desplegados en guerrilla,
Como haciendo ejercicio los soldados;
Como blancas manadas de corderos,
Sobre el oscuro fondo del quemado.

Cantando alegres, siempre la guavina,
Teñidos de carbón, siguen sembrando,
Haciendo calles paralelas, rectas...
Y al llegar la oración vuelven al rancho.

CAPÍTULO III

Método sencillo de regar las sementeras, y provechosas advertencias para espantar los animales que hacen daño en los granos.

Hoy es domingo. En el vecino pueblo
Las campanas con júbilo repican;
Del mercado en la plaza ya hormiguean
Los campesinos al salir de misa.

Hoy han resuelto los vecinos todos
Hacer á la patrona rogativa,
Para pedirle que el verano cese,
Pues lluvia ya las rozas necesitan.

De golpe[43] el gran rumor calla en la plaza,
El sombrero, á una vez, todos se quitan...
Es que á la puerta de la iglesia asoma
La procesión en prolongada fila.

Va detrás de la cruz y los ciriales
Una imagen llevada en andas limpias,
De la que siempre, aun en imagen tosca,
Llena de gracia y de pureza brilla.

Todo el pueblo la sigue, y en voz baja
Sus oraciones cada cual recita,
Suplicando á los cielos que derramen
Fecunda lluvia que la tierra ansía.

¡Hay algo de sublime, algo de tierno
En aquella oración pura y sencilla,
Inocente paráfrasis del pueblo
Del « Danos hoy el pan de cada día! »

Nuestro patrón y el grupo de peones
Mezclados en la turba se divisan
Murmurando sus rezos, porque saben
Que Dios su oreja á nuestro ruego inclina.

Pero, no. Yo no quiero con vosotros
Asistir á esa humilde rogativa;
Porque todos nosotros somos sabios,
Y no quisimos asistir á misa.

Y ya la moda va quitando al pueblo
El único tesoro que tenía.
(Una duda me queda solamente:
¿Con qué le pagará lo que le quita?)

—

Brotaron del maíz en cada hoyo
Tres ó cuatro maticas amarillas,
Que con dos hojas anchas y redondas
La tierna mata de frisol abriga.

Salpicada de estrellas de esmeralda
Desde lejos la Roza se divisa;
Manto real de terciopelo negro
Que las espaldas de un titán cobija,

Aborlonados[44] sus airosos pliegues,
Formados de cañadas y colinas;
Con el humo argentado de su rancho,
De sus quebradas con la blanca cinta.

El maíz con las lluvias va creciendo
Henchido de verdor y lozanía,
Y en torno dél, entapizando el suelo
Va naciendo la hierba entretejida.

Por doquiera se prenden los bejucos
Que la silvestre enredadera estira;
Y en florida espiral trepando, envuelve
Las cañas del maíz la batatilla[45].

Sobre esa alfombra de amarillo y verde
Los primeros retoños se divisan,
Que en grupos brotan del cortado tronco
Á quien su savia exuberante quitan.

—

Ya llegó la deshierba[46]; la ancha Roza
De peones invade la cuadrilla,
Y armados de azadón y calabozo
La hierba toda y la maleza limpian.

Queda el maiz en toda su belleza,
Mostrando su verdor en largas filas,
En las cuales se ve la frisolera[47]
Con lujo tropical entretejida.

—

¡Qué bello es el maíz! Mas la costumbre
No nos deja admirar su bizarría,
Ni agradecer al cielo ese presente,
Sólo porque lo da todos los días.

El don primero que « con mano larga »
Al Nuevo Mundo el Hacedor destina;
El más vistoso pabellón que undula
De la virgen América en las cimas.

Contemplad una mata. Á cada lado
De su caña robusta y amarilla,
Penden sus tiernas hojas arqueadas,
Por el ambiente juguetón mecidas.

Su pie desnudo los anillos muestra
Que á trecho igual sobre sus nudos brillan,
Y racimos de dedos elegantes,
En los cuales parece que se empina.

Más distantes las hojas hacia abajo,
Más rectas y agrupadas hacia arriba,
Donde empieza á mostrar tímidamente
Sus blancos tilos[48] la primera espiga,

Semejante á una joven de quince años,
De esbeltas formas y de frente erguida,
Rodeada de alegres compañeras
Rebosando salud y ansiando dicha.

Forma el viento al mover sus largas hojas,
El rumor de dulzura indefinida
De los trajes de seda que se rozan
En el baile de bodas de una niña.

Se despliegan al sol y se levantan
Ya doradas, temblando, las espigas,
Que sobresalen cual penachos jaldes
De un escuadrón en las revueltas filas.

Brota el blondo cabello del filote[49],
Que muellemente al despuntar se inclina;
El manso viento con sus hebras juega
Y cariñoso el sol las tuesta y riza.

La mata el seno suavemente abulta
Donde la tusa[50] aprisionada cría,
Y allí los granos, como blancas perlas,
Cuajan envueltos en sus hojas finas.

Los chócolos[51] se ven á cada lado,
Como rubios gemelos que reclinan
En los costados de su joven madre
Sus doradas y tiernas cabecitas.

—

El pajarero[52], niño de diez años,
Desde su andamio sin cesar vigila
Las bandadas de pájaros diversos
Que hambrientos vienen á ese mar de espigas.

En el extremo de una vara larga
Coloca su sombrero y su camisa,
Y silbando, y cantando, y dando gritos
Días enteros el sembrado cuida.

Con su churreta[53] de flexibles guascas[54]
Que fuertemente al agitar rechina,
Desbandadas las aves se dispersan,
Y fugitivas corren las ardillas.

Los pericos en círculos volando
En caprichosas espirales giran,
Dando al sol su plumaje de esmeralda
Y al aire su salvaje algarabía.

Y sobre el verde manto de la Roza
El amarillo de los toches[55] brilla,
Cual onzas de oro en la carpeta verde
De una mesa de juego repartidas.

Meciéndose galán y enamarado
Gentil turpial en la flexible espiga,
Rubí con alas de azabache, ostenta
Su bella pluma y su canción divina.

El duro pico del chamón[57] desgarra
De las hojas del chócolo las fibras,
Dejando ver sus granos cual los dientes
De una bella al través de su sonrisa.

Su nido conoidal cuelga el gulungo[58]
De un árbol en las ramas extendidas,
Y se columpia blandamente al viento,
Incensario de rústica capilla.

La boba[59], el carriquí[60], la guacamaya[61],
El afrechero[62], el diostedé[63], la mirla,
Con sus pulmones de metal que aturden,
Cantan, gritan, gorjean, silban, chillan.

CAPÍTULO IV

De la recolección de frutos y de cómo deben alimentarse los trabajadores.

Es un alegre amanecer de junio;
El sol no asoma, pero ya blanquea
Por el oriente el aplomado cielo
Con la sonrisa de su luz primera.

Ya dió el gurrí[64] su fúnebre chillido
Largo y agudo, en la vecina selva;
Ya la Roza se va cubriendo en partes
Con los girones de su chal de nieblas.

Lanza la choza cual penacho blanco
La vara de humo que se eleva recta;
Es que antes que el sol y que las aves
Se levantó, al fogón, la cocinera.

Ya tiene preparado el desayuno
Cuando el peón más listo se despierta;
Chocolate de harina[65] en coco negro[66]
Recibe cada cual, con media arepa[67].

Con un costal terciado cada uno,
Todos saliendo van; sólo se queda
El muchacho que debe cargar agua,
Fregar los trastos y rajar la leña.

Van á coger frisoles; por la Roza
Los peones sin orden se dispersan
Cogiendo á manotadas[68] los racimos
Que de las matas enredados cuelgan.

Los chócolos picados por las aves
Cogen también, y los que están en tierra
Echan en el costal y los revuelven
De los frisoles con las vainas secas.

El que llena su tercio á vaciarlo
Va en el rancho, y se vuelve á la faena;
Y llenando y vaciando sus costales
Siguen sin descansar hasta que almuerzan.

Mientras que van y vuelven los peones
Que han almorzado ya, la cocinera,
Infatigable y siempre con buen modo,
Se ocupa sin cesar en sus tareas.

En la misma cuyabra aparadora
Pone el maiz á remojar, y deja
La mitad para hacer la mazamorra[69],
La otra mitad para moler la arepa.

Era la cocinera una muchacha
Ágil, arrutanada[70], alta y morena,
Que su saya de fula[71] con el chumbe[72]
En su cintura arregazada lleva.

Descubiertos los brazos musculosos
Y la redonda pantorrilla muestra
Con inocente libertad, pues sabe
Que sólo para andar sirven las piernas.

Su seno prominente á medias cubre
La camisa de tira de arandela,
En donde se sepulta su rosario
Con sus cuentas de oro y su pajuela[73].

Un tanto cortas, negras y brillantes,
De su negro cabello las dos trenzas,
Rematando sus puntas en cachumbos [74]
Graciosamente por la espalda cuelgan.

Pero vedla cascando mazamorra,
Ó moliendo en su trono, que es la piedra;
Á su vaivén cachumbos y mejillas,
Arandelas y seno, todo tiembla.

—

Arreglado el fogón alza dos ollas,
Y los frisoles echa en la pequeña;
Va en la grande á poner la mazamorra,
De su quehacer la operación más seria.

Se moja en agua-masa [75] las dos manos,
Las pone encima de ceniza fresca,
Las sacude muy bien, y en la agua-masa
Las lava luego y la ceniza deja.

De agua-masa y arroz [76] llena la olla,
Le echa la bendición, y la menea
Con el ahumado mecedor [77] de palo;
Sopla el fogón y aviva la candela.

Acaba de moler, y con la masa
Va extendiendo en las manos las arepas,
Colócalas después en la cayana [78],
Y tostadas de un lado las voltea.

Y luego las entierra en el rescoldo,
Y brasas amontona encima de ellas,
Y chócolos encima de las brasas
Pone á asar recostados á las piedras;

Éstos se van dorando poco á poco;
Los granos al calor se caponean[79]
¡Y exhalan un olor...! que aun los peones
Cuando vienen, un chócolo se llevan.

—

Á las dos de la tarde suena el cacho[80]
Para que todos hacia el rancho vengan,
Pues ya está la comida. Van llegando
Y en el suelo sentados forman rueda.

El muchacho que ayuda en la cocina
Reparte á los peones las arepas;
De frisoles con carne de marrano
Un plato lleno á cada par entrega.

En seguida les da la mazamorra,
Que algunos de ellos con la leche mezclan;
Otros se bogan[81] el caliente claro,
Y se toman la leche con la arepa.

Medio cuarto[82] de dulce[83] melcochudo[84]
Les sirve para hacer la sobremesa,
Y una totuma rebosando de agua
Su comida magnífica completa.

—

¡Salve, segunda trinidad bendita,
Salve, frisoles, mazamorra, arepa!
Con nombraros no más se siente hambre.
« ¡No muera yo sin que otra vez os vea! »*

* J. E. Caro.

Pero hay ¡gran Dios! algunos petulantes
Que sólo porque han ido á tierra ajena
Y han comido jamón y carnes crudas,
De su comida y su niñez reniegan,

Y escritores parciales y vendidos *
De las papas pregonan la excelencia,
Pretendiendo amenguar la mazamorra,
Con la calumnia vil, sin conocerla.

Yo quisiera mirarlos en Antioquia
Y presentarles la totuma llena
De mazamorra de esponjados granos,
Más blancos que la leche en que se mezclan;

Que metieran en ella la cuchara,
Y que de granos la sacaran llena,
Cual isla de marfil que en leche flota,
Como mazorca de nevadas perlas;

Y que dejando chorrear el claro
La comieran después, y que dijeran,
Si es que tienen pudor, ¿si con las papas,
Alguno habrá que compararla pueda?

¡Oh! ¡comparar con el maíz las papas,
Es una atrocidad, una blasfemia!
¡Comparar con el rey que se levanta
La ridícula chiza[85] que se entierra!

Y ¿qué dirían si frisoles verdes
Con el mote[86] de chócolo comieran
Y con una tajada de aguacate
Blanda, amarilla, mantecosa, tierna...?

* Marroquín y Carrasquilla.

¿Si una postrera[87] de espumosa leche
Con arepa de chócolo bebieran,
Una arepa dorada envuelta en hojas,
Que hay que soplar porque al partirla humea?

¿Y la natilla...? ¡Oh! la más sabrosa
De todas las comidas de la tierra,
Con aquella dureza tentadora
Con que sus flancos ruborosos tiemblan...

¡Y tú también, la fermentada en tarros,
Remedio del calor, chicha antioqueña!
¡Y el mote, los tamales[88], los masatos[89],
El guarrus[90], los buñuelos, la conserva...!

¡Y mil y mil manjares deliciosos
Que da el maiz en variedad inmensa...!
Empero con la papa, la vil papa,
¿Qué cosa puede hacerse...? No comerla.

—

Á veces el patrón lleva á la Roza
Á los niños pequeños de la hacienda,
Después de conseguir con mil trabajos
Que conceda la madre la licencia.

Sale la gritadora, alegre turba,
Á asistir juguetona á la cogienda[91],
Con carrieles y jiqueras[92] terciados
Cual los peones sus costales llevan.

¿Quién puede calcular las mil delicias
Que proporciona tan sabrosa fiesta...?
¡Amalaya[93] volver á aquellos tiempos!
¡Amalaya esa edad pura y risueña!

Avaro guarda el corazón del hombre
Esos recuerdos que del niño quedan;
Ese rayo de sol en una cárcel,
Es el tesoro de la edad provecta.

También la juventud recuerdos guarda
De placeres sin fin... pero con mezcla.
Las memorias campestres de la infancia
Tienen siempre el sabor de la inocencia.

Esos recuerdos con olor de helecho
Son el idilio de la edad primera,
Son la planta parásita del hombre
Que, aun seco el árbol, su verdor conservan.

Pero, en tanto vosotros, pobres socios
De una Escuela de Artes y de Ciencias,
Siempre en medio de libros y papeles
Y viviendo en ciudades opulentas;

Nacidos en la alcoba empapelada
De una casa sin patios y sin huerta,
Y que jamás otro árbol conocisteis
Que el naranjo del patio de la escuela.

Vosotros ¡ay! cuyos primeros pasos
Se dieron en alfombras y en esteras
Y, lo que es más horrible, ¡con botines!
¡Vosotros, que nacisteis con chaqueta!

¡Vosotros, que no os criasteis en camisa
Cruzando montes y saltando cercas,
¡Oh! no podéis saber, desventurados,
Cuánta es la dicha que un recuerdo encierra!

¿Con cuál, decidme, alegraréis vosotros
De la helada vejez las horas lentas,
Si no tuvisteis perros ni gallinas
Ni habéis matado patos ni culebras?

No endulzarán vuestros postreros días
El sabroso balar de las ovejas,
De las vacas el nombre, uno por uno,
La imagen del solar[94], piedra por piedra;

Las sabaletas[95] conservadas vivas,
Sirviendo de vivero una batea;
Las moras y guayabas del rastrojo[96],
El columpio del guamo[97] de la huerta;

La golondrina á la oración volando
Al rededor de las tostadas tejas,
La queja del pichón aprisionado,
La siempre dulce reprensión materna;

La cometa enredada en el papayo[98],
Los primeros perritos de Marbella...
En fin... vuestra vejez será horrorosa,
Pues no habéis asistido á una cogienda.

FIN

NOTAS

Á LA «MEMORIA SOBRE EL CULTIVO DEL MAÍZ»,

Arregladas por los señores

D. MANUEL URIBE ÁNGEL Y D. EMILIANO ISAZA

---

1. COLETA CRUDA. — Tela fuerte de cáñamo sin torcer.
2. SOMBRERO DE CAÑA. — Hecho con las fibras de la hoja de caña.
3. RECADO DE SACAR CANDELA. — En rigor esta frase es perfectamente castiza; pero como es poco usada en el resto del país, se advierte que en Antioquía quiere decir, pedernal, eslabón y yesca para encender lumbre. Según la Academia, LUMBRES.
4. CARRIEL. — Especie de saco hecho con la piel de un animal y que muchos antioqueños llevan terciado al hombro, suspendido de una faja, ó amarrado al cinturón en las horas de trabajo; sirve para conducir varios objetos de uso diario. — GUARNIEL.
5. TENDÓN DE TIERRA. — Llaman así los trabajadores una faja de terreno de alguna inclinación, y que regularmente se prefiere, por circunstancias especiales, para hacer las rozas.
6. QUEBRADA. — Se toma, no sólo en Colombia sino en casi todos los países sur-americanos, como sinónimo de ARROYO.
7. SOCOLAR. — *Socolar* en Antioquía, quiere decir, cortar todas las malezas, arbustos y arbolillos de un bosque para dejar claro el espacio y aislados los árboles mayores. Este verbo (en el Cauca, *so-calar)*, que no se halla en el Diccionario de la Academia, se usa en otros varios Estados de Colombia.
8. VOLEANDO. — Se usa por BATIENDO.
9. MATAMBA. — Caña nudosa, sólida y resistente que abunda en las selvas tropicales.

10. CHUSQUES. — *Chusques* ó *chuscos* llaman los montañeses antioqueños una gramínea semejante al carrizo, la cual forma con sus tallos, ramas y gracioso follaje, un enrejado casi impenetrable. CHUSQUEA SCANDENS.

11. Á TODO PECHO. — Á VOZ EN CUELLO.

12. GUAVINA. — Canción provincial festiva y de uso popular. Sus versos son frecuentemente picarescos :

> « Canción sabrosa, dejativa y ruda,
> Ruda cual las montañas antioqueñas,
> Donde tiene su imperio y fué su cuna. »

13. SOCOLA. — Véase la nota 7.

14. CAÑONES. — Se usa por TRONCOS.

15. CACHIMBO. — Nombre vulgar dado á un grande árbol sumamente vistoso en ciertas épocas del año porque sus flores, enteramente rojas, se destacan graciosamente en el fondo verde de la selva y se ve á gran distancia. Llamado en el Cauca *pisamo,* en Cundinamarca y en la Costa *cámbulo,* en Venezuela *bucare* y en otras partes *búcaro.* ERYTHRYNA VELUTINA.

16. JAGUA. — Arenilla ferruginosa que queda en el fondo de la batea en que se lava el oro.

17. AZUCENO. — Especie de quina, familia de las rubiáceas.

18. FLORO-AZUL. — Bello árbol, de flores azules abundantísimas.

19. CAUNCE. — Árbol de madera resistente, de flores grandes, amarillas de oro.

20. YARUMO. — Árbol ficoide, con hojas anchas, rugosas, ásperas, de un blanco argentino por debajo, pero que se invierten y por eso se ven blancas. *Yagrumo* en Venezuela.

21. GALGA. — Usada por los campesinos en un sentido figurado. En los desmontes, la *galga* en vez de ser representada por una gran piedra, lo es por numerosos árboles, de la manera descrita por el poeta.

22. PICAR. — Hacer con el hacha en el árbol un corte de forma semicircular para que por su propio peso caiga al recibir el empuje por el lado opuesto.

23. MADRINO. — El árbol mayor que se escoge para *galga.*

24. BAMBAS. — Partes salientes ó protuberancias, regularmente

en forma de espinazo, que tienen algunos árboles en la parte inferior de su tronco.

25. ENCARTUCHAR. — Arrollarse en forma de cucurucho.

26. CANDELARIA. — La fiesta que se hace á Nuestra Señora el día de la Purificación, en el mes de febrero. Es, entre las varias épocas escogidas por los agricultores, la preferida en Antioquía para hacer la siembra de maíz en las rozas.

27. BARBA. — POR MUSGO.

28. CHAMIZAS. — CHAMARASCA.

29. RANCHO. — Casita hecha á la ligera por los agricultores para vivir en ella el tiempo que duran los trabajos. CHACRA.

30. HORMIGAS ARRIERAS. — Hormigas que, en forma de recua (vulgarmente *arria)*, andan siempre por un camino perfectamente trazado hasta el punto fijado para dispersarse en busca de alimento, y por el cual, en grande orden, van las unas cargadas con su provisión, y vienen las otras sin carga en busca de ella. NEUROPTERA.

31. ESTANTILLOS. — Pilares delgados, de madera resistente.

32. RANCHO VARA EN TIERRA. — Se llama así una especie de choza cuyas varas de armazón inclinadas descansan por el un extremo en el suelo y por el otro en la guía ó cumbrera, parte en que hay sólo un alero, quedando el resto al descubierto.

33. ENLATAR Y EMPAJAR. — Cubrir la armazón del techo con latas y después con paja.

34. PALMICHO. — Palma cuyas hojas son muy propias para cubrir los edificios pajizos, llamada en algunas partes *palmiche* y en otras *palmicha.* Género Oreodoxa.

35. SANTA-INÉS. — Pequeña palma que tiene el mismo uso de la anterior. Género Oreodoxa.

36. RABIHORCADO. — Planta de hojas anchas, de forma semejante á la del plátano, aunque más pequeñas, con una escotadura en forma de horquilla en su vértice, y muy propias para cubrir los techos de las habitaciones.

37. BARBACOA. — Aparador de cañas ó de guadua en que se colocan los utensilios de cocina. Voz procedente de las Antillas

38. CUYABRA. — Utensilio hecho por los campesinos con la mitad de una calabaza, para los usos domésticos. En otras partes se le da el nombre de *coyabra,* que parece voz quichua. *Bangaña* en Centro América y en la Costa, *chocó* en Cundinamarca.
39. APARADORA. — RECIPIENTE.
40. CALABAZO. — Una calabaza seca y hueca en que se carga el agua para los usos domésticos.
41. CATABRE. — Utensilio hecho con la mitad ó las dos terceras partes de una calabaza, el cual se lleva al lado izquierdo de la cintura y en que depositan los peones las semillas de maíz y de fríjol que deben sembrarse. *Catabro* en el Cauca.
42. FRISOL. — FRÍSOL, FRÍJOL Ó FRÉJOL. PHASEOLUS VULGARIS.
43. DE GOLPE. — DE REPENTE.
44. ABORLONADOS. — ACANILLADOS.
45. BATATILLA. — CONVÓLVULO.
46. DESHIERBA. — DESYERBA Ó ESCARDA.
47. FRISOLERA. — Mata de frísol.
48. TILO. — Yema floral.
49. FILOTE. — El fruto del maíz en la primera época de su desarrollo y cuando apenas comienza á presentar en su vértice las blancas fibras que luego han de constituir su cabellera. Parece voz mejicana.
50. TUSA. — El eje esponjoso y ligeramente leñoso de la mazorca en donde se forman los granos de maíz.
51. CHÓCOLOS. — La mazorca en su estado tierno, pero con los granos ya formados. *Choclo,* voz quichua, en varios países.
52. PAJARERO. — Es el nombre que se da á cualquiera persona encargada de espantar bandadas de pájaros para que no devoren el fruto de las sementeras. Por lo regular son muchachos de poca edad los encargados de esta tarea.
53. CHURRETA. — Se llama así una cuerda medianamente gruesa, tejida en trenza y terminada en una especie de fleco ó pincel fibroso. El encargado de ella, cuando ve ó siente venir la bandada de aves que amenazan el fruto, le imprime un movimiento rápido y circular de derecha

á izquierda, de repente contiene el movimiento como para hacerlo en sentido inverso, obteniendo de esa manera un sonido brusco que se extiende á gran distancia y que espanta y hace huir las aves cuando intentan detenerse en la sementera. El sonido obtenido es semejante al del látigo de los cocheros, pero mucho más intenso.

54. GUASCA. — Corteza filamentosa de algunos árboles.

55. TOCHE. — Bellísima ave de color amarillo y negro, muy común en los campos cultivados de Colombia, principalmente en los que tienen temperatura ardiente ó por lo menos media. Género Ictenus, familia Conirrostros.

56. TURPIAL. — Pájaro de color amarillo claro, y negro, y de cantar brillante y apasionado. Género Ictenus, familia Conirrostros.

57. CHAMÓN. — Pájaro negro, de sólido pico, y sumamente voraz, que tiene debajo de las alas una mancha roja de forma circular. Género Chrotophaga major, familia Scansores.

58. GULUNGO. — Pájaro notable por la gracia con que fabrica su nido colgante y en forma de saco. El mismo *rabiamarillo* ó *mochilero* de otras partes. Inglés, *hang-nest*. CASSINUS CRISTATUS.

59. BOBA. — Especie de loro de color azul tornasolado, y llamado así entre los campesinos porque no es susceptible de articular palabras, como no lo son muchos de sus congéneres. Género Psittacus, familia Scansores.

60. CARRIQUÍ. — Pájaro de regular tamaño, de color verde pálido y de amarillo. Se le da también el nombre onomatópico de *querques (querre-querre* en Venezuela), porque parece pronunciarlo en su canto. Familia Conirrostros.

61. GUACAMAYA. — GUACAMAYO, según el Diccionario de la Academia. Género Ara, familia Scansores.

62. AFRECHERO. — GORRIÓN, género Fringilla.

63. DIOSTEDÉ. — TUCÁN, de la familia de los Scansores: ave de enorme pico que al cantar sobre el ramaje de los árboles pronuncia distintamente el nombre onomatópico de *dios-te-dé*. En algunas partes se llama *yátaro*, y en otras *coli-amarillo*.

64. GURRÍ.— Especie de pavo silvestre, llamado en otras partes *pava-gurri*. Género Penelope-aburri, orden de las Gallináceas.
65. CHOCOLATE DE HARINA. — El chocolate ordinario con el agregado de un poco de harina de maíz para hacerlo más económico. Se cree generalmente que es de más fácil digestión.
66. COCO NEGRO. — Vasija hecha con la cáscara interior resistente y sólida del fruto del cocotero. Se usa entre campesinos para tomar diversos líquidos alimenticios.
67. AREPA. — Pan de maíz.
68. MANOTADAS. — PUÑADOS.
69. MAZAMORRA. — Alimento que se prepara poniendo en cocimiento el maíz quebrantado, después de quitarle el hollejo, en agua con harina de maíz y una pequeña cantidad de ceniza, hasta que está blando. Es uno de los alimentos más generales del Estado de Antioquía.
70. ARRUTANADA. — Rolliza, arrogante y graciosa.
71. FULA. — Tela delgada de algodón, teñida de añil.
72. CHUMBE. — Cordón, ordinariamente de lana, con que se recogen las mujeres la saya en la cintura. Se usa también en el Cauca, por faja, del quichua, *chumpi*.
73. PAJUELA. — Laminita de oro ó de plata. Comunmente se usan dos, la una para el aseo de la dentadura, y la otra para el de los oídos.
74. CACHUMBOS. — Tirabuzones.
75. AGUA-MASA. — Agua con la harina que resulta al lavar el maíz quebrantado.
76. ARROZ. — El maíz cascado y lavado.
77. MECEDOR. — Paleta de madera.
78. CAYANA. — Vasija redonda de barro, más grande y más panda que la cazuela, que sirve para la preparación del pan de maíz. Esta voz, quichua *(callana)*, se usa también en el Cauca.
79. CAPONEARSE. — Abrirse los granos en forma de flor por la influencia del calor.
80. CACHO. — Cuerno de res en cuya extremidad delgada y abierta se sopla con vigor para producir un sonido que se trasmite á gran distancia, para llamar á los peones. BOCINA.

81. Bogan. — Tiempo del verbo provincial antioqueño *bogar*, por beber un líquido con rapidez y sin detenerse.

82. Medio cuarto. — La octava parte de una libra.

83. Dulce. — Sustancia concreta que se saca del jugo de la caña de azúcar. *Rapadura* en Cuba, *papelón* en Venezuela, *chancaca* en Chile, y *panela* en otras partes.

84. Melcochudo. — Blando, elástico y de consistencia correosa.

85. Chiza. — Gusano de tierra que ataca de preferencia la raíz de la papa.

86. Mote. — Maíz cocido y condimentado. *Mute* en otras partes.

87. Postrera. — La leche postrera que se ordeña de la vaca. Es más espesa y más apreciada que la otra.

88. Tamales. — Pastel hecho con masa de maíz y carne de cerdo, condimentado de varios modos. *Hayacas* en Venezuela.

89. Masatos. — Preparaciones hechas con masa de maíz, dulce y agua. Pueden ser más ó menos sólidos y más ó menos fermentados.

90. Guarrus. — Bebida preparada con maíz (y á veces con arroz), agua y azúcar, y algunas veces aromatizada con el jugo de alguna fruta.

91. Cogienda. — La recolección de los frutos.

92. Jíqueras. — Sacos de cabuya para la conducción de varios objetos; especie de mochilas. Llamadas en el Cauca y en otras partes *jigras*.

93. Amalaya. — Interjección de deseo vehemente, de la cual se ha formada el verbo provincial *amalayar*. Originariamente se usó *¡ah mal-haya!* para expresar deseo de un mal, y luego pasó á significar deseo de un bien, y simple deseo vehemente.

94. Solar. — Terreno limpio y cercado, adyacente á una casa, ó espacio que quedó sin edificar.

95. Sabaleta. — Pequeño peje de los ríos interiores de América, semejante al sábalo.

96. Rastrojo. — Bosque de arbustos.

97. Guamo. — Árbol del género Inga. Los hay de muy diver-

sas especies. *Guavo* ó *guabo* en varios puntos de Colombia en el Ecuador y en el Perú.

98. PAPAYO. — Árbol frutal de la familia de las Euforbiáceas. CARICA PAPAYA, del género Asimina. Reciéntemente se ha descubierto que la *papaina,* sustancia que se extrae del fruto, es un magnífico digestivo.

ÍNDICE

MEMORIA SOBRE EL CULTIVO DEL MAÍZ

Paris. — Tip. Garnier Hermanos, 6, rue des Saints-Pères.




UNIVERSITY OF N.C. AT CHAPEL HILL
00014811304